

LAURA GARCÍA GARCÍA

A woman with long brown hair, wearing a long, flowing red dress, is lying on her side on a large, dark, textured rock. She has her head resting on her hands and appears to be asleep or resting. The background is a dark, moody seascape with waves crashing against the rocks under a dim, blue-toned sky.

EL
SECRETO
DE LA
SIRENA

Multiverso 

LAURA GARCÍA GARCÍA

EL
SECRETO
DE LA
SIRENA

Multiverso 

El Secreto de la Sirena
© Laura García García
© Multiverso Editorial, 2018
© Grupo Editorial Omniverso. 2018
Dirección editorial:
ISBN: 978-1720466901
Depósito legal: CA-309 2018
Printed in Spain
Primera edición: junio, 2018

www.multiversoeditorial.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

*Para mis padres, con todo mi amor y gratitud.
Nunca podré agradecerlos todo lo que hacéis por mí.*

*Para Alberto,
que siempre ha sabido escucharme y levantarme el ánimo.*

*Para Mollina,
esa tierra maravillosa que ocupa un gran lugar en mi corazón.*

*Para David,
espero que hayas encontrado la paz allá donde estés.*

*Y sobre todo para Roger,
por haber pasado tantas horas a mi lado mientras creaba esta historia.*

I. El día antes

1

Agnes era una mujer que cabalgaba irremediamente hacia las puertas de la vejez. El día antes de que Aneris y ella se conocieran se encontraba cómodamente aislada en su gran casa en la entrada del pueblo de Mollina (Málaga). La noche ya había caído, por fin, y el canto de los grillos suplantó al de las incansables chicharras que se pasaban el día entero zumbando como si no hubiera un mañana.

La noche se presentaba fresca y algo aireada para ser julio, algo que todos los lugareños agradecieron desde sus casas, libres de tener que poner en marcha ventiladores o aires acondicionados. Agnes tenía abiertos los grandes ventanales de su habitación, que dejaban pasar aquellas frescas ventiscas al interior de la estancia, permitiendo que sus delicadas cortinas de seda se debatieran entre sus pies descalzos, provocándole un placentero cosquilleo en ellos.

La mujer descansaba plácidamente en su gran butacón observando la noche mientras buceaba en un estado alterado de conciencia, provocado por el alcohol y unos cuantos ansiolíticos. Ella no era dada al alcohol y mucho menos a las pastillas, pero cuando se veía presionada por un estado de nervios como el que tenía aquel día, la idea de anestesiar los sentidos mediante una «sedación casera» se le antojaba cuanto menos eficaz. Sin embargo, había un lado oscuro y contraproducente en aquel «remedio» y era el de recordar. Y no recordaba cosas bonitas y buenas precisamente. Eran tan vívidos los recuerdos que, en ocasiones, parecían materializarse ante sus ojos y se veía obligada a pellizcarse la mejilla para asegurarse de que no había viajado en el tiempo.

Así pues, Agnes, ya pasada de rosca, en su particular sedación y desparramada sobre su butacón, volvió sin remedio al día en que su vida se resquebrajó, marcándola para siempre. No quería retornar a esa época, pero ya era demasiado tarde. Tal vez fue el último trago de *whisky* o el último ansiolítico que había tomado el que la condujo al día en que su vida crujió como una hoja de castaño seca. Ya era el 13 de agosto de 1977.

La Feria de Agosto les había brindado la ocasión perfecta para urdir el

plan con tranquilidad. Estarían lejos de miradas acusadoras, de oídos que se aguzaban tras las puertas, de preguntas incómodas y difíciles de responder. Todos los lugareños estarían de Feria: beberían en los bares tomando copas de más, bailarían en la plaza de la Constitución a los pies del escenario escuchando a las bandas locales, comprarían algodón de azúcar a sus hijos en los puestos de la Feria, montarían en las atracciones o bien estarían en la caseta bailando hasta el amanecer. Aquella noche era perfecta para hablar y mirarse a los ojos, ideal para atar todos los cabos sin miedo a que alguien pudiera descubrirlo.

Agnes estaba ante el tocador de su habitación dándose los últimos retoques con el colorete. Se soltó la rubia y ondulada melena, meneó la cabeza con brusquedad para darle un aire desenfadado y sensual y la fijó con un gran chorro de laca. Estaba radiante y su mirada iluminaba la estancia. Se había puesto un delicado vestido de encaje negro y unos altos tacones rojos para estilizar más aún sus infinitas piernas que tantas pasiones y envidias levantaban en Mollina.

Miró el gran reloj de péndulo que colgaba de la pared y vio que ya era la hora de irse. «Las diez menos diez. Llegaré sin prisa y todavía me dará tiempo a fumar un cigarrillo», pensó. Cogió un pequeño bolso de fiesta que reposaba sobre su cama, se lo colgó del hombro con cuidado para no estropear el peinado y salió de la habitación.

En la planta baja, su padre tomaba whisky escocés en un ancho y pesado vaso de cristal, mientras su madre hacía ganchillo en el sillón contrario. Ambos permanecían en silencio, cada uno inmerso en su tarea. La tensión y el desprecio que ambos se tenían eran palpables y densos. Agnes lo sabía desde hacía mucho tiempo, sabía que sus padres ya no se querían. Lo único que los unía era la fábrica y el dinero. Era un lazo negro y de interés que ambos habían estrechado, sustituyendo al afectivo, que antaño los convertía en un solo ser. Sin embargo allí seguían juntos en el salón, montando un teatro innecesario noche tras noche, para aparentar una unión y cariño inexistentes.

—Papá, mamá. Me voy a la Feria —advirtió Agnes bajando el último escalón.

—Que lo pases bien, hija —susurró la madre de Agnes sin levantar la vista.

—No llegues tarde —ordenó su padre con la mirada perdida en ninguna parte mientras agitaba el vaso de whisky haciendo chocar los cubitos de

hielo.

Agnes cruzó el gran salón apresuradamente. No quería permanecer allí ni un segundo más. Durante el día aquella situación le era más llevadera, siempre había gente del servicio haciendo las tareas domésticas aquí y allá y su padre iba y venía constantemente de la fábrica. Era todo un revuelo de gente y situaciones que tapaban aquella suciedad. Una película de Hollywood que aplastaba a aquella obra de teatro mediocre de actores ineptos.

—Buenas noches —dijo Agnes saliendo por el gran portón principal.

Caminó lentamente por las solitarias calles de Mollina, intentando alejarse lo máximo posible de las zonas concurridas. Las pequeñas casas tenían las ventanas abiertas de par en par para refrescar el interior, pero no había luces encendidas ni nada que hiciese presagiar que sus moradores se encontraran dentro. La luna se dibujaba plateada sobre la negra noche estrellada. Los viejos farolillos alumbraban a duras penas las aceras, dejándolas prácticamente a oscuras y los grillos cantaban frenéticos. Las damas de noche ya se habían abierto para endulzar el aire con su maravillosa fragancia y la ligera brisa fresca la esparcía por todas partes.

Agnes caminaba decidida disfrutando de cada detalle que aquella noche le estaba brindando. Se concentraba en el sonido acompasado y seco de sus tacones repiqueteando el asfalto en un intento de no salir corriendo y gritar a los cuatro vientos lo feliz que se sentía. Pensó entonces en sus padres y se prometió a sí misma que nunca acabaría así, que si algún día dejaba de amar todo terminaría y no sería esclava de las apariencias. Aunque, en cierta manera, esa había sido la historia de su vida, fingir y vivir una mentira. Pero aquello estaba a punto de terminar. Aquella noche iba a marcar un antes y un después. Iba a dejar volar a la Agnes que se escondía tras la máscara.

Llegó a la calle Plaza Alta jadeando. Se apoyó contra una pared y resopló cansada. Le dolían los pies, pues todo el camino, aunque no muy largo, había sido en pendiente y aquellos tacones de aguja no le hacían ningún favor. «Tendría que haberme puesto otra cosa», se lamentó con una mueca de dolor. Siguió, pues, caminando, pero a un ritmo más lento.

A unos cincuenta metros pudo divisar el cementerio. Habían decidido verse allí, en el lugar más alejado y solitario de Mollina. Junto a unas interminables tierras desiertas, el cementerio se erguía silencioso sobre el último tramo de calle asfaltada. Grandes cipreses gigantes crecían tras los

blancos muros del campo santo, dibujando enormes siluetas negras en el cielo azulado por la luz de la luna.

Cuando Agnes llegó a la puerta del cementerio se desparramó sobre uno de los bancos de piedra que flanqueaban la entrada. Estiró las piernas y sintió que el dolor de los pies se calmaba poco a poco. Gimió por el alivio y decidió coronar aquel momento con un cigarrillo. Apoyó la espalda sobre la gran muralla blanca y esperó con los ojos cerrados, concentrándose en los sonidos de la noche. Grillos, alguna lechuza y, muy a lo lejos, los bajos retumbantes de la música de la Feria.

Sirvió otra copa de anís a Paco, deseosa de que aquella fuera la que lo dejara inconsciente en el sofá y a ella la dejara tranquila de una vez.

Estaban sentados uno frente al otro, en la pequeña mesa de madera redonda del salón. Sobre la mesa aún reposaban los restos de la cena, pero le dolía tanto la espalda de trabajar que María decidió que los recogería más tarde. Sabía que Paco no lo haría y no porque estuviera borracho como una cuba, sino porque él tenía el pleno convencimiento de que de aquellas cosas se tenían que encargar las mujeres. Habían nacido para ello básicamente y, bueno, para joder también.

—¿Por qué no te has ido hoy a la Feria con tus amigos? —preguntó ásperamente a Paco.

—Mañana... Habrá más fiesta... Hoy me quedaré en casa contigo, pichoncito mío —dijo despreocupado y con la voz gangosa. Tenía los ojos entornados y rojos, y le costaba mantenerse recto.

«Ya no le queda mucho para rendirse», se dijo María. Miró disimuladamente el pequeño reloj que había en el mueble del televisor. Eran casi las diez en punto. Empezó a impacientarse.

—Paco, ¿quieres que te prepare la cama? Has bebido demasiado, cariño —propuso María fingiendo preocupación. Se levantó de la mesa cuando su marido le dio el alto.

—Me sentaré en el sofá... y veremos una película juntos. ¿Te parece bien? —Los ojos ya se le habían cerrado por completo y empezaba a balancearse ligeramente hacia delante y hacia atrás.

—Claro, Paco. Espera que te ayude a sentarte...

María cogió a su marido por las axilas y lo arrastró hasta el sofá. Estaba tan consumido por el alcohol que era prácticamente un saco de huesos. Ella, en cambio, era robusta y alta, con una gran fuerza impropia de

una mujer corriente. Había trabajado toda su vida en el campo y hacía unos años que se dedicaba a limpiar casas ajenas. Su descanso se encontraba en volver a casa, después de finalizar la dura jornada, y encargarse en seguir limpiando la mierda que aquel ser dejaba tras su paso.

Colocó un cojín bajo la cabeza de Paco y le dio el mando a distancia.

—Recoge la mesa antes de sentarte... Anda... Ya busco yo algo decente en esta mierda de cacharro —susurró Paco con los ojos cerrados y buscando el mando a distancia a tientas, que ya había extraviado por el sofá.

María negó con la cabeza. «Menudo cuadro...», se lamentó. Recordó el día en que había conocido a su marido. Era todo un caballero: atractivo, trabajador, amable... Para entonces ya bebía, pero de una manera moderada y nada alarmante. Y ahora, viéndolo en el sofá medio inconsciente, en los huesos, con la cara roja y la mirada inyectada en sangre, se preguntó cómo no se había dado cuenta a tiempo, cómo no había podido ver las señales de que su marido enfermaba de aquella manera.

En silencio recogió los platos y restos de la cena. Hizo un par de viajes a la cocina para dejar la loza en remojo y, cuando volvió del tercer viaje, su marido ya roncaba con fuerza sumido en un profundo sueño. Rápidamente se quitó el delantal, lo colgó en una silla y salió apresuradamente de casa. Sabía que ni siquiera se daría cuenta de su ausencia. No se levantaría del sofá hasta el día siguiente.

Corrió por las solitarias calles del pueblo. Se sentía ridícula con la ropa de estar por casa y con las pantuflas resbalando de sus pies a cada acelerón. Tropezó con un par de parejas que volvían de la Feria dando un paseo, comiendo un helado y riendo cómplices. Los vio tan guapos, tan elegantes, con tanta clase... De repente la asaltó la inseguridad. ¿Cómo una mujer como ella —de casa, muy humilde y sin mundo— iba a dar un paso como aquel? Sintió ganas de rendirse y llorar, de sentarse en una calle solitaria, acurrucarse en una esquina oscura y fundirse en la noche para desaparecer cuando llegara el alba, pero sabía que ella no se lo perdonaría y, en parte, le agradecía que la presionara, porque ella por sí misma jamás se habría planteado hacer nada por hacerse feliz.

Continuó con paso acelerado hasta que llegó a la calle Plaza Alta. Entonces aminoró la marcha para recuperar el aliento y la compostura. Cuando divisó la puerta del cementerio esbozó una sonrisa, la primera en

todo el día. Veía una silueta estilizada y oscura fumando un cigarrillo. No pudo verle la cara, pero al juzgar el estilo con el que tenía las piernas cruzadas y en como exhalaba el humo con tanta parsimonia, supo que era Agnes.

Se acercó pesadamente hasta que estuvo a escasos pasos de ella. Agnes, al verla, tiró el cigarrillo e hizo lo mismo sin mediar palabra. En silencio, se fundieron en un tierno y largo abrazo. María comenzó a gimotear y a temblar entre los brazos de Agnes.

—No creo que pueda hacerlo. No sé si voy a ser capaz, Agnes. La valiente eres tú, no yo... Solo tienes que mirarme, parezco un espantapájaros.

Agnes le sujetó la cara con ambas manos, presionándole las mejillas con decisión. La miró a los ojos firmemente y le ordenó en tono severo:

—No quiero volver a escuchar una tontería como esa. Vamos, sentémonos. Tenemos mucho de qué hablar.

Permanecieron en silencio unos minutos antes de empezar la conversación. Ambas debían ordenar sus ideas, sus sentimientos y sus razones antes de expresar nada. Estuvieron calladas un poco más, con la mirada clavada al frente, a la nada, cogidas de la mano. Estaban tensas, muy tensas. Finalmente fue Agnes, la decidida, la valiente, la que interrumpió el mutismo.

—Bien. Esta va a ser la última vez que nos veamos antes de actuar si estás dispuesta a seguir adelante. Así que espero que el lunes, cuando ya lo tenga todo, no te echés atrás y me dejes en la estacada. Porque sin ti no tendría sentido hacerlo, nunca se me habría ocurrido algo semejante. Aun así, lo haré sola si es que decides rajarte. Ya estoy en un punto sin retorno. —Apretó la mano de María y se giró para mirarla directamente a los ojos—. Así que quiero una respuesta definitiva.

—Tengo tanto miedo, Agnes... Pero, al mismo tiempo, me siento tan emocionada y contenta... —María miró al cielo con ojos soñadores—. Sería la primera vez en mi vida en que haría algo importante y bueno para mí. Siempre he estado dedicándome a los demás sin pensar en mis necesidades, primero cuidando de mi hermano, luego de mis padres y finalmente de Paco. Y eso sin dejar de trabajar ni un segundo, ni para respirar...

María se quedó callada, intentando contener las lágrimas, aún con la mirada clavada en el cielo.

Agnes asintió abochornada. Sentía vergüenza cuando María le contaba

su vida, la dura realidad que había vivido y de la que ella solo era consciente por las palabras y no por los hechos, ya que su existencia siempre había sido fácil, cómoda y rica. Eso le impedía ponerse en su pellejo. Su familia había ganado, y ganaba, tanto dinero con la fábrica de aceite que nunca le había hecho falta de nada. Nunca había tenido que trabajar ni limpiar su casa. Había dedicado todo su tiempo a estudiar arte, a comprar carísimos cuadros en subastas, a pintar, a esculpir, a viajar...

—No te va a hacer falta nada si vienes conmigo, María. Me llevaré en metálico todo lo que pueda y tengo una cuenta en la que mis padres han estado ingresando dinero desde que nací. Podemos ir donde queramos, vivir donde se nos antoje, podemos montar un pequeño negocio entre las dos... Estaremos bien, ya lo verás.

—Yo no sé de la vida nada más de lo que he vivido. Tú, en cambio, eres tan lista, tan culta, tan guapa... Tú estás preparada, yo no —dijo con indiferencia e inexpresividad.

—¡Eso tampoco es justo, María! Que yo haya tenido una vida cómoda no quiere decir que a mí no me cueste abandonar mi hogar, dejar esto... — Agnes hizo una pausa para encenderse otro cigarrillo—. Cierto es que tengo estudios y que siempre he podido presumir de físico, pero no tengo la fuerza y la voluntad que tienes tú. Yo no tengo tus valores porque nunca he tenido que luchar por nada, ¿entiendes? Las dos nos necesitamos para dar este paso. Juntas nos complementamos y nos hacemos más fuertes.

Agnes rompió a llorar. Grandes lágrimas surcaban sus pronunciados pómulos, dejando un rastro de rímel en ellos.

—¿Y quién cuidará de Paco? —preguntó María en el mismo tono inexpresivo.

—¡Que se cuide él solo, joder! Se está matando él solito y tú no tienes por qué llevarlo de la manita a la tumba. Además, ¿acaso ese cabrón se merece que le tengas en consideración ni siquiera? Has estado toda tu vida sirviéndole, lavándole, aguantando sus infidelidades...

—Por lo menos nunca me ha pegado.

—¡Ah, claro! Qué considerado. Descuida...

Agnes se levantó y empezó a caminar de un lado a otro enfurecida. Daba grandes caladas al cigarrillo y pisaba con fuerza sobre el pavimento. María la seguía con la mirada sin abrir la boca. Habían hablado tantas veces de aquello... ¿Cómo podía resultarle a Agnes tan difícil de entender su postura?

—Está bien, está bien... —dijo Agnes intentando serenarse. Se sentó de nuevo al lado de María—. El lunes a primera hora de la mañana iré al aeropuerto de Málaga y compraré un billete de avión. ¿A dónde? Ni idea, pero será el primero que despegue, y si no me lleva lo suficientemente lejos, cogeré otro y luego otro, hasta que esté tan lejos que pueda ser yo misma sin sentir miedo, sin continuar esta mierda de mentira que me va comiendo desde que tengo uso de razón. Y tú... Tú podrás hacer lo que quieras.

—Perdóname, Agnes. Perdona mi inseguridad, entiendo que se te pongan los pelos de punta. Pero yo ni siquiera he salido de este pueblo, intenta entender mi temor... Yo también estoy harta de esta mentira, ¿sabes? Y de tener que esconderme, de no poder darte un beso cuando tengo turno de limpieza de mañana y veo cómo te levantas. Estás tan guapa recién despierta... Cuánto me gustaría poder llevarte el desayuno a la cama, pero no, en lugar de eso tengo que mirar para otro lado y fingir que no te he visto, o ponerme a fregar suelos con mis propias lágrimas.

Agnes abrazó a María. «Ya no puedo más, ya no puedo más... La amo demasiado y, si tengo que arrastrarla de los pelos para que venga conmigo, lo haré», pensó mientras se agarraba al robusto cuerpo de María. Le acarició el pelo corto con dulzura e intentó besarla.

—¿Aquí no! ¿Y si nos ve alguien? —preguntó María aterrada.

—Entonces, ¿me darás un beso el lunes cuando ya veamos las nubes desde la ventanilla? —preguntó Agnes juguetona.

—Aun así, me costará acostumbrarme. Llevo toda la vida ocultando mi verdadera sexualidad. No puedo imaginarme cómo será no hacerlo. —La mirada de María se iluminó y Agnes pudo ver un destello de esperanza en sus ojos.

—¿Eso es un sí? —preguntó Agnes entusiasmada, sabiendo cuál era la respuesta.

—Pues claro, Agnes. Sin ti mi vida no tendría sentido. ¿Cómo lo haremos?

Agnes se puso en pie de un salto y empezó a elaborar la huida con voz soñadora.

—El lunes no tienes que venir a trabajar a casa, ¿cierto?

María asintió.

—Bien, pues tú actúa con normalidad al levantarte. Cuando Paco se vaya a trabajar, haz la maleta. Coge solo lo necesario para un par de días, coge también cosas que no quieras dejar atrás para siempre, como fotos o

joyas, ¿entiendes? —Agnes continuó sin reparar en si María le contestaba o no. Estaba demasiado excitada—. Dejarás una nota en la nevera despidiéndote de tu marido (o no, eso ya es cosa tuya) y, cuando estés completamente lista, me llamarás a casa. Entonces cogeré el coche y vendré a por ti y haré sonar el claxon un par de veces para que sepas que soy yo.

—¿Cuánto tiempo se tarda en llegar al aeropuerto? —preguntó María.

—Una hora más o menos. Tendremos tiempo de sobra. Para cuando llegue tu marido de trabajar puede que ya estemos volando, si tenemos suerte, con algún billete de última hora a las Maldivas.

María no sabía dónde estaban las Maldivas. Tampoco preguntó, sintió vergüenza.

—¿Y qué pasará con tus padres?

—Mis padres puede que ni se den cuenta de que me he ido de casa hasta la tarde o la noche, están demasiado ocupados. Aun así dejaré una nota en uno de los cajones de la mesita de noche de mi madre.

—¿Y tu coche?

—Que se quede en el parking del aeropuerto —dijo Agnes con indiferencia.

María asintió asimilando cada detalle del plan. Miró a Agnes y se incorporó para abrazarla.

—No temas, María, yo cuidaré de ti...

—Y yo de ti, Agnes, y yo de ti...

Permanecieron unos minutos abrazadas, sintiendo un amor infinito e incondicional la una por la otra. Sus mentes iban a mil por hora, al igual que sus emociones. Aún era viernes y María se preguntaba si sería capaz de aguantar la emoción y la compostura hasta el lunes sin que Paco notase nada. «Estará tan borracho con tanta fiesta que podría irme mañana delante de sus narices y ni lo notaría», pensó María después.

—Va, déjame besarte, tonta —suplicó Agnes—. Si aquí no hay nadie... ¡Esto está muerto!

—Bueno, vale, pero un besito cortito, ¿eh?

Se dejaron llevar por la pasión y el momento y, lo que amenazaba con ser un pequeño beso, se convirtió en uno intenso y largo, de esos que podrían durar eternamente, pues a cada segundo que pasaba era mejor que el anterior.

Tan ensimismadas estaban en quererse y darse amor que no repararon en un coche que se les acercaba sigilosamente subiendo por la calle Plaza Alta.

El coche apagó las luces y se aproximó en punto muerto.

Estuvieron cenando algo en los puestos de comida que había en la Feria, cerca de las atracciones. Tras comerse un perrito caliente y beberse tres cervezas cada uno, los tres hombres se dieron por satisfechos. Bueno, al menos, en gran parte de sus necesidades.

Uno de ellos, Luis, el más alto y viejo del trío, propuso trasladarse a una zona más solitaria para consumir cocaína sin levantar ampollas entre los viandantes, que no eran pocos.

Alfredo, el más bajito de todos, pero no por ello el menos valiente —de hecho era el que llevaba la voz cantante del grupo, el que disponía, el que ponía los filtros para llevar a cabo una «misión» u otra y el que cribaba las decisiones según sus conveniencias—, dio el visto bueno

asintiendo. Antes de ir a bailar y a beber a la caseta de las fiestas convenía colocarse un poco como «Dios manda» y no andarse con colocones tontos de alcohol, que acababan en mareos y vomiteras innecesarios.

Hizo un gesto con la mano y los dos hombres lo siguieron en fila india, mientras se mezclaban con la gente y los feriantes de camino a un descampado cercano donde habían aparcado el coche, su tartana de fechorías. Un testigo mudo y viejo de los placeres y depravaciones que se alojaban en lo más profundo de sus corrompidas almas. El escenario de sus obras maestras.

Alfredo pisó el acelerador, levantando una gran polvareda tras ellos.

—Tú dirás, Jose. Eres tú el que conoce algo de este pueblo de mierda. ¿Dónde vamos a ponernos finos? —Alfredo conducía con un solo brazo, con el cigarrillo colgando de la comisura de los labios y en actitud relajada. Era su habitual postura chulesca y sobrada. Jamás debía abandonar su rol ni delante de sus secuaces. No podían verle en otra actitud, sino le perderían el respeto.

Luis, que se encontraba en el asiento del copiloto, se giró en redondo buscando la respuesta de Jose, que los miraba desde atrás con el rostro asomando entre los dos asientos delanteros. Este les indicó el trayecto hacia una zona que él consideraba bastante íntima. Alfredo siguió sus instrucciones adentrándose en el pueblo lleno de vallas amarillas que indicaban que las calles habían sido cortadas, bien por la procesión de la Virgen de la Oliva, bien por los conciertos, bien por lo que fuese.

—¡Joder, tío! ¿A dónde nos llevas? Podríamos habernos quedado dentro del coche en el descampado. Con la música y el follón nadie se habría percatado de nada.

—Tío, que tengo familia aquí y no me gustaría que nadie me viera esnifando coca dentro de un coche. Luego se lo cuentan a la Sole y no me deja salir con vosotros —reprochó Jose esperando un poco de comprensión por parte de sus colegas.

Alfredo estalló en carcajadas mientras empezaba a canturrear con voz burlona:

—¡Mariquiiiiita, calzonaaaaazos, mariquiiiiita, calzonaaaaazos!

Luis se unió golpeando el salpicadero y marcando el ritmo de la canción burlona que acababa de surgir de la nada y que tanta gracia les hacía.

—¡Que os jodan, cabrones! Yo no tengo la culpa de que vosotros no tengáis familia —dijo Luis ofendido—. Ahora vas a buscar tú un buen sitio para meterse. Yo paso...

Alfredo y Luis rieron y dejaron de burlarse de Jose.

—Vale, vale, tío. Tú mandas. Dime por dónde sigo —comentó Alfredo en tono conciliador.

—Sigue recto por esta calle hasta el cruce, luego tuerce a la derecha y continúa recto.

Alfredo asintió sin más dilación.

A medida que avanzaban por las calles y se alejaban del centro del pueblo, los colores y las luces se iban apagando. La gente escaseaba y la música de la Feria y los conciertos se quedaba atrás en el olvido. Tan solo el repiqueteo grave de los bajos de la banda que tocaba en la plaza de la Constitución les recordaba que seguían de Feria.

—¡Para, tío! —Jose asomó medio cuerpo por la ventanilla trasera. Tuvo que entornar los ojos para poder leer la pequeña placa que indicaba el nombre de la calle en la que estaban, alumbrada por un pequeño y oxidado farolillo.

—¡Qué! —se impacientó Alfredo.

—Me he equivocado. Gira la siguiente calle a la derecha. Tenemos que llegar a una calle que se llama Plaza Alta. Allí está el cementerio —dijo Luis.

—¿Para qué coño queremos ir al cementerio? —preguntó Luis desconcertado.

—Tío, eres tonto. Pues porque allí no habrá nadie... —espetó Alfredo.

Luis entendió asintiendo.

—Claro, es que no te enteras de nada, colega. Hacedme caso, que yo he estado por aquí unas pocas veces.

Alfredo y Luis asintieron de nuevo conformes. Las calles ya estaban vacías y daba gusto deslizarse por ellas sin obstáculos, pasando desapercibidos, penetrando en la sombra de la noche, sintiendo cómo la cálida brisa que se colaba por las ventanillas les acariciaba el rostro.

—¿Falta mucho? —preguntó Alfredo tenso. Sus dos acompañantes notaron que el mono comenzaba a ser evidente. De los tres era el que más enganchado estaba al maldito polvo blanco.

—No, tío. Mira, es aquí. Esta es la calle Plaza Alta. Continúa recto. Llegaremos al cementerio y allí aparcaremos el coche. No hay casas cerca.

Alfredo comenzó a aminorar la marcha. En el centro de su camino, a unas decenas de metros, había un bulto negro alumbrado por los farolillos del cementerio. No pudo distinguir muy bien lo que era. Afinó la mirada curioso.

—¡Tíos, hay una pareja dándose el lote! ¿No nos habrás traído a un picadero, Jose? ¿No serás un puto maricón que quiere follarnos, eh? —rió Luis buscando la aprobación de Alfredo mientras le daba codazos.

Antes de que Jose pudiera replicar, Alfredo los mandó a callar con un gran golpe en el volante. Apagó las luces del coche y continuó en punto muerto a oscuras. Ambos lo miraron desconcertados.

—¡Son dos tías, coño! ¡Son dos tías dándose el lote! —susurró Alfredo frotando las manos contra el volante. Ni en sueños él mismo se habría imaginado que aquella noche le podía deparar una sorpresa tan insólita a la par que agradable.

—Joder... ¡Dos bolleras! —exclamó Jose con los ojos muy abiertos.

—Vamos a saludarlas, ¿no? —preguntó Luis—. Está claro que les va el vicio, así que también puede que les vaya esto... —Luis sacó una pequeña bolsa con cocaína y la zarandó delante de la mirada de sus colegas—. Tal vez con unas rayitas se animen a cambiar de acera.

A Alfredo se le dibujó una sonrisa malévola en los labios. Se acercó unos metros más a las chicas que, con el temor de haber sido descubiertas, se apartaron de golpe la una de la otra. Detuvo el coche cerrándoles el paso y se bajó, al igual que hicieron sus secuaces.

Agnes y María se miraron unos segundos sin saber qué hacer, mientras

los tres hombres se les acercaban remolones. Parecían críos pequeños aproximándose a un grupo de niñas a las que quieren conocer, pero que no saben cómo presentarse, solo que no con la misma inocencia y, mucho menos, con los mismos fines. ¿Habrían visto que estaban besándose o el sentido común les haría entender que solo eran dos buenas amigas abrazándose dándose consuelo? «Pensarán eso, sí. Es lo más lógico y sensato», pensó Agnes.

—¡Y yo creyendo que no me quedaba nada por ver! Madre mía... Dos bolleras comiéndose el morro en plena calle. Un poco de respeto, ¿no? Podría veros alguien... —espetó con preocupación fingida el más bajito de los tres. María supo enseguida que era el líder. Había lidiado toda la vida con un hombre igual, con su Paco.

—No, no. No es lo que pensáis. Su marido acaba de morir y estaba consolándola. Estaba arrimándole mi hombro para llorar —mintió Agnes al hombre bajito. Ella también había detectado quién estaba al mando, pues los otros dos no hablaban, solo lo escoltaban aceptando sus roles. Hasta un ciego lo vería.

El nerviosismo de Agnes era tan evidente que casi se podía cortar. María, en cambio, intentaba aguantar el tipo. La situación destapó las personalidades de ambas mujeres a la vez, dejando claro que la dura y la valiente era María.

Alfredo se acercó a Agnes poco a poco, regodeándose en cada paso dado y con una sonrisita en los labios. Realmente estaba disfrutando con aquello, le gustaba sentir el miedo, el temor, la sumisión.

—Shhhhhhhh... No hagas eso, por favor. No me mientas en mi puta cara. Sabemos muy bien lo que estabais haciendo. ¿Verdad, chicos? —Alfredo se giró en redondo y vio cómo «sus niños» asentían entre risitas histéricas.

—Bueno, y si ya lo sabéis, ¿qué más os da? Ya nos vamos, no os preocupéis —se apresuró a decir María al ver que Alfredo se acercaba cada vez más a Agnes.

Agnes observaba con pavor cómo aquel hombre pequeño, pero a la vez musculoso, se le acercaba. Podía oler el aliento de sus palabras y estas estaban alcoholizadas y llenas de odio. También pudo percibir el peligro en ellas. Retrocedió un paso, pero este la agarró rápidamente del cuello con fuerza. La sangre se le heló en el mismo instante en que notó la ruda mano del hombre sobre su cuello. Era callosa y áspera, de trabajador. Todo lo contrario a las suyas, finas y delicadas.

—¡Eh! ¡No la toques! —intervino María. Quiso avanzar para apartar a aquel ser miserable de su amada, pero unos brazos la sujetaron y la inmovilizaron. Los otros dos hombres ya se habían encargado de reducirla. Uno de ellos le acarició el pelo con un dedo e inspiró con fuerza buscando su olor.

—¡Eh, tío! Esta huele bien... —dijo Luis.

—Esta también tiene pinta de oler bien... —Alfredo besó con fuerza a Agnes, apretándola contra sus labios. Ella intentó resistirse, pero a los segundos optó por dejarle hacer. Eso sí, sin corresponderle. —Y también sabe muy bien...

—¡Oye! —gritó María.

—¡Anda, mira! Si se ha puesto celosa —dijo Luis mientras seguía mesando el pelo a su presa.

Los tres estallaron en carcajadas.

—Estamos de Feria, chicas, y en la Feria la gente se desinhibe y se lo pasa bien. ¿Qué os parece si subís al coche? Tenemos coca y de la buena... Además, por lo que se ve, os va la marcha, como a nosotros. —Alfredo se regodeaba en la mirada de Agnes. «Está acojonada», pensó.

—¡Ni hablar! ¡Dejadnos en paz! —ordenó María.

El tercer hombre, que aún no se había pronunciado ante las damas, sentenció efusivo:

—¡Es muy buena idea!

—¡No! —gritó María. Miró a Agnes, que permanecía en silencio negando con la cabeza cada vez más deprisa, tanto que le parecieron espasmos. Cascadas de lágrimas le surcaban los pómulos—. ¡No, no, no!

Entonces Agnes se zafó del brazo de Alfredo y echó a correr en dirección contraria al coche que les cerraba el paso, adentrándose en la negrura y profundidad de las tierras colindantes al cementerio. Sin horizonte, sin límite. ¿Acaso tenía otra opción? Notó cómo los tacones se le hundían en la tierra en cuanto dejó atrás el asfalto de la calle y en ese mismo instante fue consciente del error que había cometido. Pero siguió corriendo como pudo, oyendo tras de sí los gritos de los hombres. La llamaban, la amenazaban, la insultaban.

La luz de la luna le iluminaba el camino. Sabía que a unos cientos de metros había unos pequeños establos y un poco más adelante la casa de los propietarios. Con un poco de suerte podrían oír sus gritos, por lo que comenzó a chillar como si estuviera envuelta en llamas. Eran gritos de

terror, de socorro, de desesperación.

Alfredo persiguió a Agnes hasta que le dio alcance y pudo abalanzarse sobre ella. Cayó sobre la mujer como una avalancha, estrellándola contra la tierra, dejando que todo su peso la aplastara.

Agnes apenas tuvo tiempo de reaccionar. Sin previo aviso, una lluvia de golpes se descargó sobre su rostro mientras oía los gritos de María a lo lejos. Un dolor que se le antojaba insoportable y ardiente empezó a aturdirle, mientras iba sucumbiendo en un placentero y pegajoso sueño. Se dejó llevar por aquella paz. Luego vino la oscuridad total.

Oía gritos. ¿Eran suyos? Sí, y los de otra mujer. ¿De María? Seguramente. Todo era confuso. Intentó abrir los ojos pero solo uno de ellos lo hizo. El otro le palpitaba con fuerza revotándole sobre la sien. ¿Seguiría allí en la cuenca? Le quemaba la cara y la zona de la entrepierna. La sacudía un dolor que la asaltaba en fuertes embestidas. Los gritos se sucedían desgarrados de su garganta en cada empujón. Cuando recuperó del todo la conciencia miró al frente con el único ojo sano y vio cómo un hombre se sacudía sobre ella con una mueca extraña de disfrute. Intentó apartarlo como pudo alzando las manos hacia él, pero este las apartó de un manotazo y siguió con su tarea.

«¡Me está violando! ¡Oh, Dios mío! ¡Mátame antes de que lo haga él!», pensó.

—¡Deja de gritar, puta! —chilló su violador golpeándola en el rostro de nuevo.

Agnes solo sintió el primer puñetazo. De los otros ni se enteró.

Abrió el ojo quedamente. Tragó saliva y notó el sabor metálico de la sangre. «¿Estoy muerta? Sí, lo estoy». Agnes intentó incorporarse temblorosa. Le dolía absolutamente todo, los músculos, los huesos, cada parte de su ser. Notó la tierra gruesa bajo la palma de las manos. «Sigo viva y estoy donde antes».

Unas voces masculinas surgieron unos metros más allá de donde ella yacía paralizada por el terror. Se quedó quieta donde estaba y sin moverse ni un ápice. Aguzó el oído mientras se hacía la muerta.

—Tío, esto se nos ha ido de las manos.

—Bueno, por lo menos hemos pasado un buen rato. ¿No os ha merecido la pena?

—¿Están muertas?

—Deberían estarlo después de la tunda que les hemos dado, pero no os preocupéis, si salen de esta, no hablarán. Ya visteis las caras que pusieron cuando las pillamos dándose el lote. Por la cuenta que les trae deberían quedarse calladitas.

—Joder, tío. Que yo tengo familia aquí...

—Pues no vuelvas. Para el caso que les haces...

—Tíos, deberíamos irnos ya. ¡Vámonos ahora mismo!

Los hombres se pusieron en marcha. Agnes pudo sentir cómo los pasos se acercaban levemente a donde ella se encontraba. Intentó respirar lo menos posible cuando los notó cerca. Los pasos se alejaron. Agnes notó cómo la tierra se rompía bajo aquellos andares carentes de empatía. Ninguno de los tres dijo nada más. Se marchaban impasibles sin importarles cómo acababan de destrozar dos vidas para siempre. Las abandonaban como a dos bolsas de basura en un vertedero.

A lo lejos Agnes captó cómo se cerraban las puertas del coche y luego daba marcha atrás. Hasta que no se hizo el silencio completo y absoluto no movió ni un músculo.

—¿María? María, cariño, ¿dónde estás? —preguntó Agnes con un hilo de voz. Tosió bruscamente y escupió lo que supuso que era sangre por el sabor a hierro que desprendía el gargajo.

Se puso de pie y se inspeccionó bajo la luz de la luna. Para su asombro, conservaba ambos zapatos. El bolso estaba a su lado tendido sobre la tierra. No estaba desnuda, pero sí tenía el vestido subido hasta la cintura. La zona interna de los muslos estaba cubierta de sangre. Aquellos animales habían roto su interior, habían profanado la zona más sagrada de su cuerpo de la forma más salvaje y asquerosa que se le podía ocurrir. Recordó entonces cómo deseaba entregarle a María su virginidad una vez hubieran huido juntas. Ese pensamiento se le antojó muy lejano, como si correspondiera a otra vida, una vida que ya no sería suya nunca más. Aquella vida murió en el mismo instante en que aquel coche se detuvo delante de ellas.

—¿María? Vámonos a casa, todo ha acabado, cariño... —Agnes la buscaba perdida en la penumbra y la incertidumbre.

La luna bañaba la tierra con luz azulada. Agnes escaneaba con la mirada el terreno hasta que divisó unos metros más abajo una bulto negro e inerte. Corrió hacia él deseando no hacerlo. En realidad quería correr en la otra dirección para no enfrentarse al dolor, pero sus piernas se movían hacia aquella sombra que, a medida que la iba teniendo cada vez más cerca,

más se iba pareciendo a una persona.

María reposaba boca abajo, con la cabeza a un lado, los brazos pegados al torso y los pantalones bajados.

—María... —musitó Agnes con una mueca de horror corriendo hacia ella.

Le acarició la cara mientras repetía una y otra vez su nombre. María tenía la boca ligeramente abierta y llena de tierra. Sus ojos estaban abiertos, pero con una expresión que a Agnes le costó encajar. Con dedos temblorosos tocó el cuello de María buscando el pulso.

Estaba muerta.

Agnes cerró lentamente los párpados de María, privando al mundo entero de aquella mirada azul para siempre. Besó su cuerpo sin vida mientras lo acariciaba con ambas manos, quitándole la tierra que le había podido caer, como si así la pudiera limpiar y devolverle algo de dignidad. Peinó su pelo con los dedos mientras se retorció de dolor y se mordía los labios para no gritar de horror. Se dispuso a subirle los pantalones, pero no pudo. Se le atascaron en la zona de las rodillas al llenarse de tierra. Entonces Agnes reparó en un detalle que había pasado por alto. Algo que jamás podría borrar de su retina.

María tenía un palo entre las piernas y este apuntaba fijamente al firmamento. La habían violado con un palo y se lo habían dejado puesto, como si fuera el mástil de una bandera para marcar un nuevo territorio descubierto. Agnes hizo un intento de sacárselo mientras la boca se le abría de espanto al sentir que el palo seguía dentro de ella y se negaba a salir. Parecía sentirse cómodo entre aquella carne apretada y todavía caliente. Lo soltó.

Entonces, con una calma pasmosa, Agnes se bajó el vestido, se quitó los zapatos y cruzó campo a través de vuelta a casa.

Ambos se daban siempre la espalda a la hora de dormir. Incluso si se rozaban accidentalmente mientras dormían se sobresaltaban, dando un respingo producido por el rechazo que les causaba notar la piel desnuda del otro. Su marido ya se había dormido, lo notaba en su respiración, pausada y profunda. A ella, en cambio, le quedarían un par de horitas de insomnio por delante, siempre le había costado conciliar el sueño.

La casa estaba sumida en un profundo silencio cuando unos golpes aporrearon la gran puerta de entrada.

—¡Mamá! —gritó alguien fuera.

Marisa se levantó de un salto, anudándose rápidamente un camisón que siempre colocaba en el galán de noche para tenerlo a mano. Joaquín se despertó con un gruñido, maldiciendo con voz malhumorada mientras seguían aporreando la puerta de casa.

Marisa bajó las escaleras casi sin pisar los escalones y corrió al recibidor. No le hizo falta echar un vistazo por la mirilla para comprobar que era efectivamente su hija la que estaba llamándola desesperadamente.

Agnes se encontraba tras la puerta con la mano en alto para volver a golpearla. La pobre parecía haber sobrevivido a una estampida. Su vestido estaba entero, pero tenía la tela rasgada por varios lados y llevaba los zapatos en una mano. La cara la tenía completamente desfigurada. Estaba llena de golpes y cortes. El labio lo tenía partido por dos lados y el ojo izquierdo había desaparecido bajo una pelota de inflamación color púrpura.

Marisa chilló horrorizada y arrastró a su hija hacia el interior de la vivienda mientras reclamaba a su marido a gritos. La condujo al salón y sentó a Agnes con mucho cuidado en un gran butacón acolchado y, con toda la calma que pudo transmitirle, se arrodilló ante ella y le preguntó:

—¿Qué te ha pasado, hija mía?

Joaquín bajó las escaleras vociferando:

—¿Se puede saber qué escándalo es este? ¡Mañana tengo que levantarme temprano y... —La voz se le quebró cuando vio a su destrozada hija sentada en el butacón—. ¡Dios mío, Agnes!

Marisa se levantó apresuradamente y, tan rápido como pudo, trajo un vaso de agua que Agnes bebió de una sola sentada. Joaquín acercó un par de butacas y las colocó alrededor de Agnes. Ambos progenitores se sentaron a su alrededor y aguardaron en silencio esperando a que fuese ella quien diese el siguiente paso.

—Me han violado... Nos han asaltado tres hombres y nos han violado... —murmuró Agnes quedamente. Se sentía tan sucia por lo que le habían hecho que le costaba verbalizarlo.

—¡Jesús! —Marisa se llevó las manos a la cara entre sollozos.

Joaquín enmudeció. Tragó saliva e intentó hablar, pero no pudo.

—¿Nos? ¿A quiénes, hija? ¿Quién te ha hecho esto? —Marisa estaba al borde de sufrir un ataque de histeria.

—A María y a mí. Ella está muerta...

—¿María? ¿Qué María? ¡Dios mío, hay que llamar a la Guardia Civil!

—*¡De eso nada!* —gritó Joaquín a su mujer cuando vio que Marisa se lanzaba rauda hacia el teléfono. De repente había recuperado la compostura.

—*¿Cómo?* —replicó Marisa perpleja.

—*Hija, dime quiénes son esos hombres. ¿Son de aquí? Esto lo voy a resolver yo, no te preocupes.* —Joaquín cogió de la mano a Agnes y la miró a los ojos—. *Los mataré con mis propias manos si es necesario.*

Agnes recordó que uno de ellos había mencionado que tenía familia en Mollina. También se acordaba perfectamente del modelo de coche que conducían y de sus asquerosas caras. En su mente resonaron unas palabras que la frenaron a dar aquellos detalles: «*Ya visteis las caras que pusieron cuando las pillamos dándose el lote. Por la cuenta que les trae deberían quedarse calladitas*».

—*Nunca los había visto.* —*Cosa que era cierta*—. *No sé quiénes eran, papá, pero seguro que de Mollina no eran... Tenían acento gaditano —mintió.*

Joaquín asintió pensativo.

—*¿Qué María, hija? ¡Por el amor de Dios, habla!* —chilló su madre zarandeándola. Agnes gimió de dolor y Marisa la soltó en el acto, muy arrepentida por su comportamiento.

—*María, la del servicio.* —Agnes sintió cómo se le rompía el corazón al pronunciar su nombre.

—*¿Y tú para qué te juntas con gente del servicio?* —Joaquín parecía molesto por aquella mezcla de clases.

Agnes permaneció callada unos instantes tejiendo ágilmente la red de mentiras que para el resto de su vida sería su versión de los hechos.

—*Nosotras siempre nos hemos llevado bien, papá... María tenía problemas con su marido y, bueno, quedamos para hablar del tema. Decidimos quedar en un sitio alejado para poder hablar abiertamente sobre ello. María no quería que nadie se enterase de sus problemas. Quedamos en los bancos del cementerio, lejos de toda la multitud y aquellos hombres aparecieron de la nada...* —Agnes hizo una pausa y rompió en llanto.

—*Continúa, hija. Estás a salvo* —dijo Marisa acariciando el pelo de su hija con cuidado de no lastimarla en los golpes del rostro.

—*Nos llevaron a las tierras que están junto al cementerio. Nos pegaron. Yo perdí el conocimiento, pero sé que me violaron...* —Omitió el detalle del hombre cabalgando sobre ella—. *Cuando me desperté encontré a unos*

metros a María... muerta...

—Tranquila, hija. —Joaquín intentó serenarla. El detalle de que aquella mujer había fallecido no le perturbó lo más mínimo—. ¿Te vio alguien con ella? ¿Sabes si el marido de María estaba al corriente de que se iba a reunir contigo?

—No, me dijo María que no —mintió Agnes. Se suponía que si se iba a reunir con ella para hablar de su marido a escondidas, este no lo sabría. Pura lógica—. Y... no creo que nadie nos viera, al menos no que yo sepa.

—Pues ya está. Esto quedará como un asalto aislado, incluso puede que lo investiguen a él primero —sentenció Joaquín convencido.

—¿Pero de qué estás hablando? —preguntó Marisa sin querer comprender.

—¡No podemos llamar a la Guardia Civil! Tenemos una reputación, un nombre, un apellido intachable con varias generaciones a nuestras espaldas. No podemos consentir que una violación lo manche todo. No, señor. Superaremos esto juntos, pero de puertas para dentro.

—¿Te avergüenzas de lo que me ha pasado? —Agnes no podía creer lo que su padre estaba diciendo. Ella era la primera que no quería airear aquel asunto, pero tenía motivos más que suficientes para ello. En cambio, las razones de su padre rozaban la vanidad, el orgullo y la vergüenza. Aquello prevalecía sobre la integridad de su hija.

—¡No puedes estar hablando en serio! —espetó Marisa.

—¿Y qué te hace pensar que estoy de broma, eh? —gritó levantándose de la butaca, empujándola hacia atrás y arrojándola al suelo.

Marisa se quedó en silencio y miró a Agnes. Sabía que su marido había tomado una decisión y que ambas la tendrían que acatar, pero aun así buscó opinión en la mirada de su hija.

—Tal vez sea mejor dejar las cosas así. Lo superaré —dijo Agnes mirando a su padre con el ojo sano entrecerrado por la ira.

Justo en aquel momento Agnes comenzó a odiar a su padre y a todos los hombres del planeta Tierra, sin excepciones.

Se incorporó del butacón con movimientos torpes y mecánicos como si fuera una marioneta. Dirigió sus pasos hacia el balconcito de la ventana. Las lágrimas le empapaban por completo las mejillas y ni se molestó en enjugárselas. ¿Para qué? Aquella piel ya no luciría jamás como cuando era joven, aunque intentara disimularlo con innumerables y carísimos cosméticos.

Una idea brillante, pero no nueva, había acudido a ella de nuevo. ¿Y si terminaba con todo? ¿Y si se arrojaba al vacío desde la gran ventana para estrellarse contra el firme pavimento para abrirse la cabeza? La idea de cortarse las venas ya le había rondado anteriormente, pero jamás había conseguido reunir el valor suficiente para abrirse los antebrazos con profundos cortes verticales. Una sobredosis de pastillas también había sido otra posibilidad, pero había oído en algún lugar que provocaba unos calambres agónicos en el estómago y que no desaparecían hasta morir, que no ocurría precisamente rápido.

Se asomó a la barandilla del pequeño balcón de la habitación. Muy despacio, pasó ambas piernas a través de la barandilla, colocando sus pies descalzos en el bordillo y se sujetó a la baranda de hierro con ambas manos. Se inclinó hacia delante lentamente y el viento azotó su pelo, convirtiéndolo en una maraña rubia. Sopesó la distancia que había entre ella y el suelo. ¿Cuatro metros? ¿Tal vez cinco? ¿Debía saltar del balconcito en alguna posición concreta para no fallar en el intento? ¿Si saltaba al vacío se mataría o solo se rompería la espalda, quedando el resto de su triste existencia postrada en una silla de ruedas? La primera opción era absolutamente válida y viable. La segunda, simplemente, no podía ocurrir.

Un grito agudo y desgarrador surgió en el horizonte, haciendo callar a todos los grillos de un plumazo. Agnes alzó la vista y en la lejanía vio la antigua fábrica familiar de aceite que tan buena vida le había dado siempre. Se encontraba enterrada entre una arboleda de castaños en un antiguo solar aún de su propiedad y, desde su posición, aparte de divisar la silueta de la gran chimenea de ladrillo rojo, podía ver las ventanas desprovistas de cristales de la segunda planta.

—¡Déjame en paz! ¡¡¡DÉJAME!!! —respondió Agnes al grito, cada vez más penetrante, que escapaba de las ventanas de la vieja fábrica.

Pero el grito no se detuvo y Agnes tuvo que verse obligada a volver sobre sus pasos y regresar al interior de la habitación. Solo entonces el grito enmudeció. Agnes interpretó aquello como una súplica o también podía tratarse de una advertencia. Ambas opciones eran válidas para aquella situación. Sabía que la observaba y que, de algún modo, también la controlaba. Era sabedora de que nunca estaba realmente sola. Pero el aullido de la fábrica tenía razón, no podía arrojarlo todo por la borda. Tenía un compromiso hasta el fin de sus días, algo que cumplir.

—Aneris va a ser la última y, si todo vuelve a salir mal, nada me detendrá.

Ya podrás gritar todo lo que quieras —sentenció con voz ronca y con la mirada clavada en la fábrica. Se encendió un cigarrillo y se desparramó de nuevo como una vela fundida sobre su butacón.

2

Mientras Agnes se debatía entre saltar por el balcón o no, Aneris se hallaba sentada, abrazándose las rodillas y observando a través de la ventanilla con la mirada perdida en la oscuridad del paisaje.

El tren viajaba a toda pastilla cruzando el país de punta a punta, pero el viaje era largo y Aneris sabía que aún le quedaba una larga noche por delante.

A pesar de lo nerviosa e inquieta que se sentía, había engullido toda la cena sin dejar ni una triste miga. El apetito era algo que nunca había perdido fuese cual fuese la situación. El azafato que le sirvió la cena se llevó la bandeja una hora después y con una clara expresión de perplejidad en el rostro al ver los platos completamente limpios. ¿Cómo podía comer tanto una chica tan delgada? ¿Dónde metía todo aquello?

Aneris se acurrucó un poco más en el asiento, inclinándose ligeramente hacia la ventanilla y encajó la cara entre las rodillas. Tenía sueño, estaba cansada, pero no conseguía relajarse lo suficiente como para ir a dormir a la cama.

Dejó que el trote del tren la meciera como una madre mece a su bebé en un carrito. Intentó concentrarse en aquel traqueteo dejando la mente en blanco y, al igual que Agnes, viajó en el tiempo. Regresó a aquella tarde de junio del 2000, hacía poco más de un mes. Volvió al día que determinó que ella acabara en aquel tren.

El mar estaba sumido en una calma total y poco usual. La gran masa de nubes grises que iba apelotonándose al horizonte se reflejaba con nitidez sobre el agua, veteándola en largas líneas claras y oscuras.

«Se avecina tormenta», se dijo Bernard.

Miró a sus pies.

El agua lamía con timidez las grandes rocas que formaban el espigón donde se erguía silencioso el faro al que llamaba hogar, colándose entre ellas y meciendo en un silencioso vaivén las algas que crecían entre los huecos de estas.

Bernard era un hombre de mar. Nació en un viejo pesquero cuando sus

padres partieron de Quiberon hacia la costa gallega buscando un futuro más próspero. Siendo un niño se crió entre anzuelos, redes y nasas, y se hizo un hombre cuando su madre murió y tuvo que lidiar con grandes temporales y eternas tormentas en el pesquero que su padre adquirió con mucho trabajo y esfuerzo.

Aprendió el gran arte de seducir a las mujeres allí donde el barco atracaba, todas distintas, pero todas bellas y rodeadas con ese halo de misterio que las tabernas de los diferentes puertos les proporcionaban a la luz de la luna. Se enamoró por primera y última vez cuando conoció en el puerto de Málaga a la que sería el único amor de su vida. La chica se había quedado viuda muy joven y buscaba un marido desesperadamente para darle a su pequeña hija un nuevo padre, algo que él no tardó en aceptar, reconociendo a la niña como suya. Más tarde aceptó una oferta de trabajo como farero de nuevo en Peñeirás y, allí, los tres consiguieron la estabilidad y la paz que el mar y el amor que sentían el uno por el otro les procesaba.

Las nuevas tecnologías emergieron y se construyó un nuevo faro más potente y que funcionaba de forma automática. Aquello lo hizo volver a la mar para buscarse la vida de nuevo como pescador. Pero, por suerte, consiguió comprarlo por un precio razonable y continuar viviendo en él con su querida familia. Enviudó cuando su esposa recogía percebes y una gran ola la arrojó contra los afilados cantos de las rocas, hiriéndola de muerte. Y ahora que ya era viejo y el cáncer se lo estaba comiendo para no dejar ni las migas, se preguntaba si aquella calma en el mar no presagiaba su inminente final.

Los médicos habían intentado por todos los medios convencerle de que debía tratarse, que debía luchar contra el cáncer, que tenía que hacerlo por él, por su hija, pero Bernard era un hombre de mar y moriría con la vista fija en él, viendo todo lo que el implacable dios azul le había dado y arrebatado a lo largo de su existencia. Debía ser así y no en una triste y estéril habitación de hospital, con las manos de su hija entre las suyas, mientras agonizaba en su lecho de muerte entre estertores.

Pensar en Aneris le iluminó el rostro que, sin percatarse, se le había ido ensombreciendo poco a poco a medida que buceaba en lo más profundo de su historia y las oscuras nubes iban colapsando el cielo. Todo lo que le quedaba en la vida era su hija y el mar, ni siquiera el viejo faro le entusiasmaba ya.

Una dulce voz lo llamó a sus espaldas y lo sacó de su ensimismamiento.

—Papá. ¿Es que te has quedado sordo?

Bernard se giró y vio a Aneris asomada a la puerta del faro.

—La cena ya está lista, papá.

Entonces el faro volvió a iluminarse tras años de oscuridad, como antaño. Siempre lo hacía cuando Aneris surgía de entre las sombras. Su pálida piel resplandecía entre aquellas sombrías y raídas paredes de ladrillo y su larga cabellera rubia ondeaba siempre como una bandera al viento, dejando una estela de perfume tras ella.

Bernard miró el mar por última vez y caminó por el sendero de grava que conducía al faro levantando pequeñas nubes de tierra tras él.

—La sopa se va a enfriar —recriminó Aneris a su padre.

Aquel día Aneris había preparado la mesa en el pequeño balcón de la primera planta del faro. La escena era absolutamente perfecta, habría servido para un catálogo de revista de decoración: una pequeña mesa de madera desgastada por el salitre junto a dos sillas que corrían la misma suerte, dos copas de cristal por cada comensal acompañadas de una jarra de agua, una botella de champán que aún conservaba la escarcha del congelador y unos grandes platos hondos de cerámica que humeaban densamente rebosantes de caldo de pescado. Los cubiertos habían sido envueltos cariñosamente en servilletas de lino y unas flores frescas reposaban en el centro de la mesa en un bonito vaso de cristal.

—¡Vaya! ¿Qué celebramos hoy? —preguntó Bernard sentándose en una de las sillas. Habitualmente Aneris servía la comida y la cena en la planta baja del faro, pues la cocina estaba en la misma estancia que el salón y le resultaba más fácil cocinar y servir.

—¿No te parece estupendo el tiempo que hace? —dijo Aneris sentándose frente a su padre. Miró el mar, pensativa, y ladeó la cabeza con delicadeza —. Hace semanas que no tenemos una calma como la de hoy y he pensado que cenar aquí sería gratificante.

Bernard sonrió mientras se colocaba la servilleta sobre las piernas.

—Hija, me encanta cómo lo has preparado todo. Aunque helara estaría encantado de cenar aquí contigo. Porque últimamente... No sé... Pensaba que...

Aneris clavó su mirada azul hielo en la de su padre. Se irguió sobre la silla y, acercándose a él todo lo que la mesa le permitía, preguntó:

—¿Qué pensabas, papá?

Bernard vio un destello en la mirada de su hija que no supo descifrar.

Sus enormes ojos azules lo escrutaron con avidez sedientos de respuestas.

—Pues no lo sé exactamente, hija. Hace tiempo que estás..., no sé, ausente. O tal vez tan inmersa en algo que hace que no estés aquí. Tengo la sensación de que has desaparecido mientras te puedo ver con mis propios ojos justo aquí, delante de mí o en cualquier otro sitio durante el día. No sé si me explico...

Aneris no se movió ni un ápice. Ni siquiera gesticuló.

El silencio que los unía se quebró de repente por un relámpago que surgió de entre las nubes, agrietando el gris horizonte, seguido de un gran estruendo.

—La tormenta tardará en llegar. Tendremos tiempo suficiente para cenar. Y de hablar también —dijo Aneris con la mirada fija en su padre.

De repente una idea aterradora cruzó la mente de Bernard. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Hacía unos meses que la actitud de su hija había ido cambiando poco a poco. Pasó de ser una chica cariñosa y llena de vitalidad a una silueta triste y escurridiza que evitaba cualquier tipo de contacto con él en el que no estuvieran implícitas las costumbres cotidianas. Pensó que tal vez algún chico le había roto el corazón, que algo no iba bien en el Centro Cívico al que acudía para recibir clases de pintura o cualquier otra cosa relacionada con los bruscos cambios de humor que sufrían los jóvenes cuando empezaban a adentrarse en la edad adulta. Pero no, ahora lo tenía claro, no podía ser nada de eso. Era lo otro.

«Lo sabe... ¡Oh, Dios mío! Lo sabe». Las palabras resonaron en la mente de Bernard, provocándole un repentino sudor frío. Se le secó la boca en el acto y se sirvió un poco de agua.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Aneris—. Estás palideciendo.

Bernard terminó el agua de un trago y fingió serenarse.

—No, no es nada, hija. Es que estoy un poco cansado, eso es todo.

Aneris sonrió. Bernard jamás se habría imaginado que una sonrisa podría proporcionarle tanta paz mental. Se secó tímidamente el sudor frío de la frente con la servilleta y se reclinó algo más calmado sobre el respaldo de la vieja silla, que cedió con un crujido seco.

—Te he escrito unas palabras... Sé que he estado un poco rara últimamente y sabes cuánto me cuesta expresar mis sentimientos, así que..., bueno, ¿qué mejor manera de hacerlo que escribiéndolos? —Aneris le ofreció a Bernard un papel doblado con una mano blanca y fría como la porcelana.

—No hacía falta, hija —dijo Bernard sonriendo y desdoblado el papel—. ¿Puedo leerla en voz alta?

—¡No, no, no! Me moriría de la vergüenza... —negó Aneris sonrojándose y levantándose de la silla ruborizada—. Bajaré a por la cesta del pan, que me la he dejado en la cocina con tanto preparativo.

—Está bien, hija, como quieras. Aquí te espero. —Guiñó un ojo a Aneris y posó la mirada sobre la perfecta y floreada caligrafía de su hija.

Aneris bajó lentamente por la escalera de caracol y se dirigió a la cocina, donde reposaba sobre la encimera la cestita con el pan. A continuación, se llevó un trozo a la boca y lo masticó pausadamente con la mirada perdida en la gran estancia fría y húmeda. Se sentó en una vieja silla de madera y esperó en silencio.

Recordó con total nitidez el gusto del pan caliente en el paladar. Intentó encerrar sus sentimientos con candado en una esquinita de su mente, pero no lo consiguió y empezó a sollozar. Se llevó una mano a la boca para silenciar el llanto y cerró los ojos con fuerza. A fin de cuentas, si tenía que llorar, quería hacerlo en silencio para que ningún azafato o pasajero se alarmara al otro lado de la puerta del camarote. Sola estaba en la vida y sola tenía que llorar.

II. Málaga

1

No había podido dormir en toda la noche. Las emociones se agolpaban en su cabeza e intentaban hacerse un sitio a empujones. Aneris no sabía si reír, llorar o gritar. El zarandeo suave pero persistente del tren tampoco ayudaba mucho a conciliar el sueño. El ruido metálico de los raíles era continuo y, de vez en cuando, un cambio de vía hacía vibrar todo el vagón.

El billete de tren le había salido muy caro, pero no le tembló el pulso a la hora de pagarlo. Ahora podía permitirse cualquier capricho y le encantaba la idea de viajar sola en un camarote privado con sus cosas, con sus pensamientos y con sus lágrimas a buen recaudo, sin tener que verse forzada a aguantar el tipo y tener que conversar con desconocidos para mitigar la monotonía del viaje.

Los primeros rayos de sol comenzaron a penetrar por las cortinas moradas del camarote y Aneris salió de la cama para ver el paisaje. Se veía árido y seco. Grandes campos amarillos y marrones corrían tras el cristal sin detenerse, dando paso al siguiente. Grandes sistemas de riego los delimitaban junto a viejas máquinas de arar. Había algunas montañas oscuras salpicadas en el horizonte, pero muy lejos de allí.

—Mi mar... Mi casa... —se lamentó Aneris con un ligero temblor en el labio inferior.

Entonces, en un intento desesperado de ahogar el llanto, corrió hacia el lugar donde guardaba su equipaje, abrió una de las maletas apresuradamente y encontró la vieja cajita de madera. La abrió con manos temblorosas y sacó un trozo de papel manoseado y arrugado. Leyó su contenido deprisa, saltándose muchas de las palabras escritas que ya sabía de memoria y comenzó a serenarse. Dobló el papel y lo volvió a guardar con cuidado para luego sacar una foto. La miró detenidamente con los ojos muy abiertos y la besó con intensidad. Entonces dejó escapar un largo suspiro de alivio y sintió como una oleada de paz y tranquilidad la invadía. Se llevó la foto al pecho y respiró profundamente un par de veces más.

«Tranquila, todo va a salir bien. Estás haciendo lo correcto», se dijo segura mientras devolvía la foto a la cajita y la ponía de nuevo en la maleta.

¡TOC! ¡TOC! ¡TOC!

Alguien llamó a la puerta de la habitación. Un intenso olor a tostadas se filtró por debajo de la puerta, inundando la estancia. El estómago de Aneris se retorció de hambre con un rugido.

—¿Sí? —preguntó aguzando el oído.

—Le traigo el desayuno, señorita.

Aneris corrió el pestillo de la puerta.

—Adelante.

El mismo azafato que le había servido la cena la noche anterior asomó por el umbral de la puerta el morro de un carrito cargado de bandejas con comida y bebida. El chico alto y entallado en un elegante traje azul marino, que parecía no dejarlo respirar con naturalidad, le preguntó sonriente:

—¿Qué va a querer tomar la señorita? ¿Café o té?

—Té, gracias.

Aneris cogió la bandeja y la colocó en la mesita del camarote. Mientras el azafato le servía el té en una tacita de cerámica le preguntó, curiosa:

—¿Dónde estamos?

—Acabamos de salir de Córdoba, esto ya es Málaga, señorita. En un par de horas llegaremos a nuestro destino —dijo el azafato con una sonrisa aprendida y fingida.

—Recuerde que necesitaré ayuda para cargar el equipaje. Yo sola no puedo con todo esto —apuntó Aneris señalando todos sus bártulos y una bicicleta.

—No se preocupe, señorita. Dos azafatos se encargarán de ayudarla hasta la misma salida de la estación. ¿Desea algo más?

—No, eso es todo, gracias.

Cogió la taza de té y cerró la puerta.

—Señorita, señorita, señorita... —murmuró Aneris una vez pudo oír que el azafato se alejaba por el pasillo. En toda su vida había recibido una atención tan relamida y cargante.

Se acercó lentamente a la ventana y observó cómo el cielo iba iluminándose cada vez más, adquiriendo un azul intenso limpio de nubes. Dio un largo sorbo de té sin apartar la vista del paisaje.

—Así que esto es Málaga. Pues bien, ya estoy aquí...

Manuel se encendió otro cigarrillo en su destartalada furgoneta blanca. Ya

era el tercero. Estaba empezando a impacientarse y a ponerse de muy mal humor. La «vieja estúpida» le había dicho que la chica llegaría a las diez y media a Málaga y ya eran las once y cuarto. El calor comenzaba a apretar y, a pesar de tener las ventanillas completamente bajadas, se veía obligado a abanicarse con un periódico viejo que había encontrado bajo el asiento del copiloto. El aire era denso y caliente, y mucho más húmedo que en el interior de la provincia. Eso le asqueaba sobremanera, pues lo hacía sudar como un cerdo y sentirse sucio. Y, para colmo, había olvidado en casa la petaca con aguardiente y el cuerpo empezaba a pedirle otro trago. Había pensado pasarse por el bar de la estación de tren a tomarse un par de cervezas mientras esperaba, pero no quería arriesgarse a que la chica llegara y tuviera que esperarle, que esta se lo contara luego a la «vieja estúpida» y que no le pagara lo que habían acordado, que no era poco.

Y, sin esperarlo, una marea de gente salió en tromba por la puerta de Llegadas de la estación. Más le valía a la «vieja estúpida» que la chica apareciera entre el tumulto, si no estaría dispuesto a pedirle una buena propina de más.

Manuel salió de la furgoneta y se acercó a la multitud buscando con la mirada a alguien que encajara con la descripción que la vieja le había hecho de la chica. Pero había tanta gente... Unos iban apresurados con sus maletas disparados en todas direcciones, desplegándose en forma de abanico; otros se detenían en seco abriendo un mapa mientras miraban a su alrededor, poniéndose la mano de visera y los más perdidos se dirigían decididos a la parada de taxi. Manuel resopló agobiado. ¿Cuántas chicas podía haber allí mismo justo en aquel momento? Buscó a una alta y rubia con una larga melena y vio a tres con esas mismas características, pero iban acompañadas.

—A ver... —dijo Manuel armándose de paciencia y escrutando a todo aquel que entraba en su campo de visión.

De repente la vio. Tenía que ser ella. Aunque la chica hubiera menguado y cambiado de *look*, la habría reconocido igualmente. Estaba apoyada contra la pared y destilaba temor y desconcierto. Se frotaba las manos con nerviosismo y miraba sin ver. A su lado había dos maletas, un gran rectángulo tan alto como ella envuelto en viejas sábanas, un baúl viejo y una bicicleta. Llevaba un vestido amplio y blanco que le llegaba a los tobillos. El pelo recogido en una difícil trenza que le llegaba a la cintura y de las muñecas le colgaban algo similar a unas pulseras. Manuel la miró varios segundos perplejo. Aquella chica parecía salida de otra época o, mejor dicho, de otro mundo. Sabía por su

hija preadolescente que las chicas podían llegar a ser muy caprichosas con sus *looks* según las modas pasajeras del colegio, de la televisión o de las revistas, pero aquello que tenía delante escapaba a cualquier cosa que pudiera haber visto o imaginado en su vida. Enseguida se dio cuenta de que algo no iba bien en aquella chica y sintió lástima. Se acercó a ella lentamente.

—Hola, vengo de parte de Agnes.

La chica salió de su ensimismamiento dando un pequeño respingo. Miró a Manuel y tímidamente le tendió la mano.

—Sí, sí. Yo soy Aneris. Gracias, señor...

—Me llamo Manuel. ¿Todas estas cosas son tuyas, chiquilla? —dijo Manuel señalando los bártulos.

—Pues sí... Eso me temo —dijo Aneris con una risilla nerviosa. Aquello de «chiquilla» le había hecho mucha gracia.

—Tengo la furgoneta aparcada ahí mismo. La acercaré hasta aquí y así cargaremos todo esto en un momento.

Aneris asintió conforme y esperó a que Manuel volviera. Cerró los ojos y comenzó a aspirar con fuerza. Buscaba la arena, la sal, las algas, el mar. Sabía que no podía andar muy lejos, el olor a salitre le llegaba modestamente, pero le llegaba. Un par de gaviotas graznaron sobre ella. Sobrevolaban la zona y Aneris alargó el brazo izquierdo hacia ellas. Cerró los ojos y empezó a tararear una cancioncilla en francés.

—*La meeeeeeeer a bercé mon cœur pour la vie...*

—¡Eh, niña! ¿Estás bien? —Manuel acababa de aparcar la furgoneta ante ella y la observaba un tanto desconcertado.

—Sí. Estoy bien, gracias —asintió Aneris abrumada. De sobra sabía que sus manías y rarezas no eran aceptadas o comprendidas por la mayoría de las personas y que muchas de estas habían llegado a sentir vergüenza ajena al verse a su lado.

Cargaron con cuidado todo el equipaje en la parte trasera del vehículo y se pusieron en marcha.

Manuel tardó diez minutos en salir del centro de la ciudad y pronto pudo incorporarse a la autovía. Encendió la radio y sintonizó una emisora de flamenco. Siguió el ritmo de la música golpeando el volante con las yemas de los dedos. Aneris rió tapándose la boca con una mano intentando disimular.

—¿Qué pasa, niña? En Galicia no se oyen estas cosas, ¿verdad? —preguntó Manuel divertido. Para nada se sentía ofendido.

Aneris negó con la cabeza aún riendo. Manuel asintió sonriendo, dejando

al descubierto una dentadura claramente castigada por la nicotina y el alcohol. Rebuscó con la mano derecha en el bolsillo del pantalón y sacó una cajetilla de cigarrillos. Se la ofreció a Aneris sin mediar palabra.

—No fumo, gracias.

—Haces bien. Pero yo sí fumo y mucho. Espero que no te importe —dijo sacando un cigarrillo con los labios con una habilidad pasmosa. Se lo encendió y cuando exhaló el humo de la primera calada suspiró aliviado.

—No, no. No me importa.

—Si no te enganchas al tabaco ahora, tal vez no lo hagas en tu vida. Evita la tentación... A tu edad te la encontrarás por todas partes y se pegará a ti como una garrapata. Pero créeme si te digo que... —Hizo una pausa para dar otra gran calada—. Créeme si te digo que las decisiones que tomes ahora, que eres joven, marcarán el resto de tu vida. Te llevarán por un camino u otro, no sé si me entiendes...

—Sí, creo que te sigo.

—Eso está bien.

Aneris apoyó la mejilla sobre la ventanilla y contempló el paisaje. Sorprendida, pudo comprobar que el mar todavía podía verse. Lo deseó tanto, lo amó tanto... Sintió su gran inmensidad en el centro de su pecho y fantaseó con que el meneo de la furgoneta eran las suaves olas meciéndola. Un fuerte sentimiento de anhelo empezó a presionarla y cerró los ojos para evitar que las lágrimas le resbalaran por las mejillas. Sabía que allí donde iba no había mar, sabía que no podría nadar en él todos los días para aislarse y escapar del mundo que tan mal la había tratado. De alguna manera, cuando llegara a su destino, tendría que encontrar su particular escondite para sanar sus heridas y su alma.

Y entonces, inmersa en sus pensamientos, Aneris sintió cómo un dulce sueño empezaba a envolverla y se dejó llevar. Ya era hora de descansar.

Esperaba impacientemente sentada en uno de los grandes sillones de mimbre del jardín. Se había levantado con una resaca terrible que amenazaba con quedarse en lo más profundo de su cabeza el resto del día. Le temblaba el pulso al fumar y golpeaba el suelo con el tacón del zapato, emitiendo un ruido histérico e irritante. Le había pedido a la asistente que le rellenara el vaso tres veces en menos de media hora. Tomaba té helado como todos los días para

refrescarse, siempre a la misma hora y en el mismo lugar. Era una mujer de horarios, de costumbres fijas, pero aquella mañana lo engullía más por hidratarse y combatir la resaca con mejor resultado que por refrescarse.

No era la primera vez que alquilaba el ático. De hecho llevaba años haciéndolo, pero siempre que llegaba el día en que recibía a su inquilina la descomponían los nervios. Eran tantas las dudas, expectativas, decepciones y esperanzas que depositaba en cada una de ellas... Cada vez que había una candidata a alquilar el ático la citaba en casa, nada de llamadas telefónicas. Agnes quería un «cara a cara». Buscaba en la mirada de aquellas chicas algo que solo ella comprendía, una esencia que podía escapar a los ojos de cualquiera, pero no de los suyos.

Sin embargo con Aneris había hecho una excepción. Nunca la había podido ver en persona porque la chica era de La Coruña, pero al escuchar su voz por teléfono percibió mucha dulzura e inocencia y le picó la curiosidad, así que se molestó en pedirle que le enviara unas fotos por correo. «Lo hago con todas, querida. Pura curiosidad. Me gusta saber a quién meto en mi casa», le había revelado Agnes por teléfono ante la extrañeza de Aneris por lo poco común de la petición. En cuanto vio la foto de Aneris sintió una punzada en el corazón. Podía ser la elegida, estaba casi segura de ello, pero no podría cerciorarse hasta que la tuviera delante. Así que le dio una oportunidad y allí se encontraba ella ahora, hecha un manojo de nervios, bebiendo té y fumando como una carretera.

¿Tendría suerte? La respuesta a ello era inminente. Claro que, si no era lo que buscaba, estaba dispuesta a darle la dirección de algún hotel a la chica y cerrarle la puerta en las narices. Entonces sí que acabaría con todo, aunque los gritos de la noche anterior le rogaran que se detuviera. De repente Agnes fue consciente de que su vida dependía de Aneris y sintió cómo el corazón le repiqueteaba ante las costillas.

—¿Le sirvo un poco más de té, señora? —preguntó Teresa acercándose a Agnes con cautela. Era evidente que «la señora» no estaba de humor.

—No, déjalo... Ya puedes llevarte todo esto. —La voz de Agnes sonó seca y tajante.

—Sí, señora. —Teresa recogió el vaso vacío de té y volvió al interior de la casa.

El sol comenzaba a estar muy alto y el calor comenzaba a ser insoportable. Las chicharras llevaban ya un buen rato emitiendo aquel sonido tan estridente que Agnes no podría aguantar mucho más tiempo con aquella resaca.

Se relajó sobre el respaldo del sillón y resopló de calor, cerrando los ojos. Aunque estuviera bajo la pérgola de parra que, a la par de refrescante por el verdor de las hojas, servía de toldo para que el sol no traspasara, empezaba a sentirse asfixiada. Se incorporó con la intención de abandonar el jardín y esperar en la biblioteca mientras leía algo bajo un gran ventilador de techo cuando, de repente, sonó el timbre.

Agnes se sobresaltó. Respiró hondo e intentó hacerse con el control de la situación. Se peinó con los dedos, se alisó el vestido con rápidas pasadas que se dio con manos temblorosas, se irguió y caminó resuelta hacia la casa con una sonrisa de anfitriona perfecta. «La resaca se lleva por dentro, querida», pensó.

—¡Abra, Teresa! —ordenó cuando ya subía las escaleras del porche del patio trasero.

Había llegado el momento.

4

Mientras la furgoneta se adentraba en el interior de Málaga por la autovía, Aneris dormía como un tronco recostada sobre la ventanilla. Manuel la observaba curioso. Se fijó en detalles (descubrió otros nuevos) de la chica que lo dejaron estupefacto. No quería parecer un descarado, así que aprovechó el momento mientras descansaba.

«Parece un ángel traído del mar», concluyó Manuel después de analizarla minuciosamente. La chica llevaba unas redes de pesca enrolladas en los antebrazos. Estas estaban ornamentadas con caracolas y conchas, algunas muy raras, otras de lo más comunes. El cabello lo llevaba trenzado intercalando largas cintas azules de diferentes tonos con su propio pelo. Se había colocado dos estrellas de mar cerca de la sien izquierda, algo que le pareció de lo más original pero que, después de fijarse un poco más, pudo suponer que la misión de las estrellas no era la de decorar, sino la de ocultar algo que la chica tenía en la cabeza. Del nacimiento del cabello le salía una cicatriz rosada cruzándole el pómulos hasta casi llegarle a la nariz. «Tuvo que ser una herida gorda», juzgó Manuel sintiendo lástima por la chiquilla.

Manuel dejó la autovía para tomar el desvío en dirección Antequera. Decidió que era el momento de despertarla, ya les quedaba poco trayecto.

—Tsssss... ¡Eh! ¡Despierta, niña! ¡Despierta! —dijo en voz baja, dándole unas palmaditas en la mano.

Aneris abrió los ojos somnolienta.

—¡Arriba, Eli! En quince minutos llegamos a Mollina.

—¿Eli? No, no. Me llamo Aneris —dijo Aneris desmereciéndose.

—¡Ah, sí, perdona! Nunca... Nunca había oído un nombre como ese.

Manuel pensó que el mundo se había vuelto loco y a los padres les había dado por inventarse los nombres de sus hijos. En fin... Asintió y decidió darle un poco de conversación para despabilarla.

—Esto está muy lejos de la costa. Aquí solo hay campo y calor, mucho MUCHO calor. ¿Qué te ha traído hasta aquí?

Aneris guardó silencio unos segundos mientras miraba el paisaje, sopesando si contestar o no. Finalmente respondió:

—Necesitaba un respiro. Cambiar de aires... —respondió ella con dolor en la mirada.

Manuel supo que había tocado algo que no debía en el interior de la chica ante la escasez de detalles en la respuesta. Aun así decidió regalarle otro consejo, esperando no ofenderla.

—Bueno, cosas malas hay en todas partes. Lo mejor es no huir de esas cosas. Hay que plantarles cara, así dejarán de perseguirte allí donde vayas.

Aneris no contestó. Se limitó a seguir mirando el paisaje seco y montañoso. De repente algo se cruzó en su campo de visión: era un peñón gigantesco en medio de una gran llanura. Estudió la cresta de la roca con detenimiento y precisión.

—¿Qué es eso? —preguntó apuntando al peñón con el dedo índice.

—Eso es La Peña de los Enamorados o, simplemente, La Peña. Así es como la llamamos por aquí.

—Parece un... —Aneris afinó la mirada—. ¡Parece la cara de un indio! ¡Tiene el perfil del rostro de un indio tumbado!

Manuel sonrió.

—Así es. Te has dado cuenta muy rápido. Chica lista.

—¿Y por qué le llaman La Peña de los Enamorados? —preguntó curiosa sin apartar la vista del peñón. De repente Manuel se había ganado toda su atención.

—Cuenta la leyenda que, bueno, leyenda, no se sabe si es, hay gente que asegura que fue real... —Manuel dio una profunda calada al cigarrillo, dando a la situación un halo de misterio. Aneris lo miraba con los ojos muy abiertos, sedientos, como un niño que se sienta al lado de su abuelo a escuchar fascinado sus batallitas sobre la guerra—. Es una historia de amor imposible entre una princesa árabe y un caballero cristiano, allá por el siglo quince.

» Tello y Tagzona. Tello estaba prisionero en Archidona —que para entonces ya estaba bajo el poder musulmán —y Tagzona, que era la hija del mandatario moro, fue un día a las mazmorras en las que estaba preso Tello. Cuando se vieron sintieron un flechazo, se enamoraron perdidamente el uno del otro al instante. Pero sabían que sus religiones estaban en guerra y que no podrían casarse, así que se fugaron. Para su desgracia, los guardias los descubrieron y salieron en su captura, junto con el padre de Tagzona. Subieron al peñón mientras los perseguían muy de cerca y, en la cima, ambos se cogieron de la mano. Se miraron y, sabiendo que tendrían que separarse cuando los capturaran, prefirieron saltar al vacío, despeñándose. Prefirieron morir a no poder estar el uno sin el otro.

Aneris se llevó una mano al pecho conmocionada. Sus ojos se anegaron de lágrimas.

—Es la historia más romántica que he oído en toda mi vida —admitió.

—Bueno, tampoco es para tanto... Es solo una historia. Decide si quieres creerla o no y ya está.

—Pues yo me la creo, me ha encantado.

—Pues cuidado con lo que te crees o dejas de creerte. En los pueblos pequeños como Mollina hay muchas historias, leyendas y rumores. Si te acabas creyendo todo lo que te cuenten acabarás volviéndote loca.

—Bueno, siempre me han gustado las historias, así que correré el riesgo. De todas formas, siempre he estado un poco chiflada.

Ambos rieron y Manuel pensó que había mucha verdad en sus últimas palabras.

Con el ambiente más relajado, Manuel le preguntó:

—¿Y de qué conoces a Agnes? Si no es mucho preguntar, claro —intentó ser precavido.

—De nada, en realidad. Buscaba alquilar una habitación en Mollina y me pusieron en contacto con ella a través de una inmobiliaria. Hemos hablado varias veces por teléfono y parece una mujer muy agradable —sentenció Aneris.

Manuel torció la boca en un gesto inconsciente de desagrado. Aneris se percató de ello:

—¿Qué pasa? ¿No lo es?

—No, no es eso. Es una mujer que vive sola, soltera a su edad y, bueno, es un poco rara. En esa casa tan grande, siempre con sus cosas, inmersa en su mundo, apartada de todo y de todos.

—¿Y qué tiene eso de malo? A mí me parece una opción de vida tan válida como cualquier otra. Creo que, Agnes, ya me gusta más... —dijo Aneris algo crispada.

—Tienes toda la razón del mundo. Soy yo, que soy un antiguo, aunque sea mucho más joven que ella. Tranquila, entre mujeres os entenderéis bien —mintió Manuel en un tono de disculpa. Pero la verdad era bien distinta. No conocía a casi nadie en todo el pueblo que le tuviera cariño a Agnes. De hecho, mucha gente decía que era una bruja-pija-insoportable. Él simplemente decía y creía que era una «vieja estúpida».

Manuel alzó el brazo señalando un cartel a la derecha de la carretera.

—Mira, Mollina. Ya hemos llegado.

Aneris abrió la ventanilla cuando sintió que la furgoneta aminoraba la marcha. Un aire caliente le abofeteó en la cara. Era como si estuviera al lado de una gran hoguera, pero sintió alivio de respirar aire limpio y no el aire viciado y cargado de humo de la furgoneta al que, por educación, no puso objeción alguna.

Pasaron una zona industrial y una pequeña gasolinera vieja y destartalada. Luego, a su izquierda, pudo ver una gran hacienda de color blanco al final de un camino flanqueado de altos plataneros. Parecía de gente importante.

—¿No es esa la casa de Agnes? —preguntó Aneris divertida.

—No, no, qué va. Esa es la Hacienda de los Peláez. Esa gente sí que es rara...

—Ajá —asintió ella con la cabeza fuera de la furgoneta y el cabello azotado por el aire.

A unos cientos de metros se veía lo que era el pueblo. Muchas casitas pequeñas y blancas, de techos de teja marrón y ventanas diminutas. Manuel giró una rotonda y entró por una calle más pequeña.

—Avenida El Limonar. Está prácticamente fuera del pueblo. Esta va a ser tu calle a partir de ahora —indicó Manuel deteniendo la furgoneta ante la entrada de una gran casa.

—¡Vaya! En las fotos parecía más pequeña... ¡Menuda casa! —admiró Aneris mirando a todas partes. Tejados altísimos de pizarra azul que le recordaron a los tejados de las casas francesas de Quiberon, grandes ventanales y paredes de ladrillo blanco, flores preciosas de vivos colores que saltaban hacia la calle por encima de los altos muros que rodeaban toda la casa. Por el momento, estaba muy contenta con todo lo que estaba viendo y durante unos instantes olvidó lo duros que habían sido los últimos meses de su

vida.

Manuel se apeó de la furgoneta y llamó al telefonillo.

—Soy yo, Manuel —contestó a la voz que surgió del pequeño altavoz.

Un sonido vibrante y eléctrico accionó la verja de entrada, abriéndose y dándoles paso a Aneris y Manuel.

Anduvieron por un sendero de losas de piedra. Alrededor todo estaba tupido por un césped perfectamente recortado. Parecía una alfombra de terciopelo verde salpicada de pequeños montones de rosales amarillos.

La puerta de entrada se abrió lentamente ante ellos.

5

Teresa abrió la puerta principal, dejando entrar un gran haz de luz al interior del recibidor. Agnes estaba a su lado tiesa como un palo y con la mejor de sus sonrisas. Unas siluetas oscuras se definieron en el umbral de la puerta al contraluz del sol hasta que fueron perfectamente reconocibles y entonces pudo ver por primera vez a Aneris en persona. La gran cicatriz que había visto en las fotos le cruzaba casi media parte del rostro. Aun así, la gran línea rosácea no conseguía perturbar la belleza natural que poseía. Agnes clavó sus ojos en la mirada perdida y azul de la chica y lo vio. Sí, efectivamente, allí estaba. Todo lo que llevaba tanto tiempo buscando había llamado a su puerta al fin.

«Te felicito, Agnes. Tu intuición no te ha fallado», se premió a sí misma en silencio.

Aneris distinguió a la que sería su casera enseguida, ya que era la única de las dos mujeres que no llevaba uniforme de asistenta.

—Yo soy Aneris. Encantada, Agnes. —Se presentó haciendo una pequeña y tímida reverencia. Ella nunca había tratado con gente de clase alta y no sabía cuál era el protocolo, si es que lo había. Miró a la asistenta e hizo el mismo gesto.

—¡Al fin estás aquí, querida! Y tranquila, no tienes que comportarte como si estuvieras en el Palacio Real. Estás en tu casa —dijo Agnes divertida.

Cogió a Aneris del brazo con complicidad y la acompañó al salón.

—Espera aquí mientras soluciono un asunto con Manuel, luego él y Teresa llevarán tus cosas al ático y yo te enseñaré la casa. ¡Ah, perdona! ¿Necesitas algo? ¿Tienes sed? ¿Hambre?

—Un poco sedienta sí que estoy, la verdad.

Agnes la arrastró ante un gran portal de cristal con porche. Salieron al jardín trasero, era el más grande en el que Aneris hubiera estado en su vida. Abrió los ojos llena de asombro y, cuando vio la piscina, el corazón le dio un brinco de alegría. Nadar era una de sus drogas favoritas y, aunque no pudiera hacerlo en mar abierto, como solía hacer, le serviría.

Agnes le señaló la pérgola de parra.

—Espérame allí, querida. Siéntate y relájate. Enseguida te traigo un gran vaso de té helado.

Agnes entró al salón y Aneris se dirigió a la pérgola, recreándose en cada detalle de aquel pequeño paraíso. La piscina estaba perfectamente centrada con el porche. Tenía forma rectangular y una pequeña isla en el centro, con palmera y dos hamacas incluidas. Grandes extensiones de césped se abrían a los lados salpicados de grandes árboles altísimos que proporcionaban frescas sombras. Al final del jardín vio la pérgola de madera cubierta de parra y, a la derecha, reinaba solitario un gran sauce.

Se dirigió hacia él y se refugió bajo el cobijo del gran árbol, corriendo la densa cortina de hojas. Miró hacia arriba y vio cómo los rayos del sol intentaban filtrarse entre el follaje sin éxito. Era como una gran cúpula de lágrimas verdes. Decidió en aquel mismo instante que ese sería, sin lugar a dudas, su lugar favorito del jardín. Pasó la mano por la áspera corteza y la besó con dulzura.

—Gracias por regalarme este espacio —le susurró.

Agnes volvió al jardín con una gran jarra de té helado y dos vasos. La resaca había desaparecido como por arte de magia. Estaba extasiada. Brillaba con luz propia.

—¿Aneris? ¿Dónde estás? He traído el té —exclamó Agnes alzando la voz cuando se encontró la pérgola vacía.

—Voy.

Aneris tomó asiento en uno de los sillones de mimbre.

—¿Dónde estabas, querida? —preguntó Agnes mientras servía el té en grandes vasos de cristal.

—Estaba viendo el sauce. Es precioso... —dijo Aneris mientras sorbía un poco de té. Tenía la boca seca por los nervios. Bebió el líquido de una sola sentada y le preguntó a Agnes si podía servirle un poco más.

—Por supuesto, debes estar agotada por el viaje. ¿Te ha tratado bien Manuel?

—Claro. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Bueno, le da un poco a la botella, ya sabes... —dijo Agnes con desprecio—. Pero era el único que tenía a mano con furgoneta para cargar con tus cosas. Ya ves, le dije que venías antes para que no llegara tarde... —comentó soltando una gran carcajada.

Aneris sorbió un poco más de té. Estaba ansiosa por instalarse en el ático y poder descansar un rato a solas. Le daba mucha pereza tener que ponerse a charlar con su casera, pero aceptó la situación por educación.

—En la agencia no me hablaron de este hermoso jardín —apreció Aneris.

—Bueno, la verdad es que les pido que no lo incluyan en el anuncio. He tenido malas experiencias con otras chicas que solo querían venir a veranear y, claro, se creen que esto es Ibiza y pueden montarse las fiestas que les dé la gana. ¿No irás a denunciarme por estafa? —rió Agnes. Se encendió un cigarrillo y cruzó las piernas, adoptando una pose sensual y refinada.

—A mí la piscina me interesa solo para nadar.

—Podrás nadar en ella siempre que quieras. Tiene luces para bañarte por la noche si te apetece. Hay un sensor de movimiento que las acciona automáticamente a partir de las nueve de la noche.

—Vaya... —suspiró Aneris. Demasiados lujos y comodidades en un solo día. Se preguntó si podría estar a la altura de las circunstancias—. ¿Y siempre está la asistenta en casa?

—Teresa vendrá cuando yo se lo pida, como hoy. Siendo sábado le he tenido que pagar un día extra. La casa debía estar impoluta y tu ático de revista.

—Gracias, Agnes, pero no era necesario. De donde yo vengo no...

—¡Tonterías! —interrumpió alzando la mano—. Todo debe estar perfecto para mi nueva inquilina.

Aneris asintió sin decir nada un tanto abrumada.

—De todas formas no debes preocuparte. Teresa es muy discreta y solo viene tres días a la semana. Lunes, miércoles y viernes de ocho de la mañana a dos de la tarde. Se encarga del mantenimiento de la casa. La jardinera viene un día a la semana. Yo sola no podría mantener en pie todo esto —explicó Agnes señalando todo el jardín y la casa con la mano abierta, abarcando toda la finca.

—¿Jardinera? —se extrañó Aneris.

—Sí, querida. En mi casa solo trabajan mujeres.

—¿Y cómo es eso?

—No te lo tomes como algo sexista, querida, pero las mujeres somos más limpias, pulidas, organizadas y rápidas. Los hombres solo obedecen órdenes, las mujeres no. Nosotras tenemos iniciativa propia y sabemos qué tenemos que hacer en todo momento.

Aneris guardó silencio. Su forma de pensar no era tan radical como la de Agnes, pero algo de razón sí que tenía. Ella había tenido que cuidar de su padre siempre, estuviera enfermo o no, ya que este no sabía hacerse ni un huevo frito. La limpieza y la compra también corrían de su cuenta e intentaba procurarle un plato caliente a su padre cada vez que terminaba su jornada laboral en el mar.

—Entonces, ¿te gusta el jardín trasero? —preguntó Agnes sabiendo cuál iba a ser su respuesta. Podía ver en los ojos de la chica absoluta perplejidad.

—Es más de lo que yo necesito... Estoy encantada, de verdad —explicó paseando la mirada por todo lo que la rodeaba. Deparó en una verja en la parte trasera del muro que rodeaba todo el jardín. Apreció un pequeño sendero de grava tras la verja, serpenteando entre la maleza que había detrás —. ¿Qué es eso? ¿A dónde va a parar ese camino?

Agnes tragó saliva e intentó aparcar la euforia en la que se veía atrapada desde que había visto a Aneris.

—Un asunto familiar... Te lo explicaré más tarde. ¿Qué te parece si te enseño el resto de la casa y tu ático? A las dos estará la comida servida y quiero que te acomodes.

—¡Me parece genial, Agnes! Estoy un poco cansada... —agradeció Aneris sin apartar la vista de la verja.

—Perfecto, entonces. Ven conmigo, tengo mucho que mostrarte. —Agnes se incorporó y ofreció un brazo a Aneris para que la acompañara.

6

Llegó a las dos en punto al comedor. La chica aún no había aparecido. «¿Se habrá quedado dormida?», se preguntó Agnes impaciente.

La primera impresión había sido buena. Le había enseñado la casa y el ático con prisa porque no quería agobiarla. La chica se veía inocente e inexperta, pero con una gran mochila de madurez a sus espaldas. Lo percibía en su mirada, en sus gestos, en el tono de su voz, en su saber estar.

Agnes se sentó en la silla con impaciencia. Observó la gran tarea que Teresa había emprendido. Había estado cocinando toda la mañana y todo tenía

una pinta exquisita. Deseó con todas sus fuerzas que todo fuera del agrado de Aneris, si no moriría de vergüenza.

—Relájate, joder —dijo en voz baja.

Sus palabras resonaron en el gran comedor como si lo hubiera dicho con un altavoz. Se encendió un cigarrillo y se sirvió una copa de vino blanco, a la espera.

7

Bajó por la gran escalera de mármol tímidamente. Se había puesto un vestido largo y negro. Era lo más elegante que tenía en su fondo de armario. Se había soltado la larga melena y colocado unos pendientes de perlas que había heredado de su madre. Había dejado sus abalorios de caracolas y conchas en el tocador. Tacones no pudo ponerse porque simplemente no tenía, nunca le habían hecho falta. Pero cuando se miró delante del gran espejo empotrado que había en su habitación, antes de bajar a comer, pudo apreciar que apenas se le veían las sandalias bajo la tela. Era tan amplio y largo que daba la sensación de que flotaba, de que no tenía pies.

Entró al comedor con cautela. No sabía si era la primera en llegar.

—¡Por el amor de Dios, querida! ¡Estás resplandeciente! —exclamó Agnes que ya estaba sentada—. ¿Por qué te has vestido así? ¿Qué celebramos?

Aneris se sintió ridícula. Era tanta la clase y el lujo que irradiaba tanto la casa como su propietaria, que pensó que podría encajar arreglándose para la ocasión. Con las mejillas enrojecidas por la vergüenza, se sentó en silencio en la otra punta de la mesa. Aquella forma de comer le pareció fría y distante. Ella siempre se las había tenido que ingeniar para colocar todos los platos, los vasos y los cubiertos en la pequeña mesa de comedor que tenían en el fãro y poder comer junto a su padre sin que se le cayera nada al suelo. Allí, en cambio, se encontró con una extensa mesa de roble repleta de comida y solo para dos comensales y, aun así, la mesa parecía vacía.

—Lo siento, Agnes, pero es que... Yo es que nunca he estado rodeada de tanta riqueza y no sé cómo actuar. Discúlpame.

—Aneris, no tienes por qué preocuparte de nada, querida. Sé tú misma siempre. Estés donde estés. Allá donde te lleve la vida. Es tu esencia la que hablará por sí sola de ti, para bien o para mal, sin que abras la boca. Y aquellos que sepan apreciarla serán los que deban estar a tu lado —dictó Agnes con cierto tono maternal.

Aneris se colocó una bonita servilleta bordada en las rodillas para no mancharse. Después dijo:

—Es que me da vergüenza pasearme por aquí con mis cosas y mis excentricidades...

—¡Nunca sientas vergüenza por ser tú misma, cariño! —inquirió Agnes con un dedo acusador—. Que tú tengas esa forma de vestir o de ser no te hace excéntrica. Tal vez lo seas para la mayoría de personas planas y prescindibles que hay en este mundo. Todos son iguales y no saben apreciar lo diferente y lo único —dijo desganada, dando un largo trago a la copa—. Pero debes cambiar esa forma de pensar y engordar esa inseguridad que tienes. Si no nunca serás feliz...

Aneris bebía cada sabia palabra que Agnes derramaba por aquellos labios tan perfectamente pintados de rojo. Nadie en su vida le había dado tan buenos consejos. Agnes se le antojaba segura, culta y firme. Le encantaba pese a sus modales tan refinados y aires de grandeza.

—Gracias, Agnes. Gracias.

—Y ahora dejémonos de cháchara y comamos. Debes estar hambrienta. Ya habrá tiempo de hablar cuando tomemos el café.

8

Ambas decidieron tomar el café en la pequeña terraza del ático de Aneris. Era lo suficientemente grande para abarcar una mesita con dos sillas y relajarse a la sombra que tan bien sentaba en aquel mes de julio. El balconcito daba a la parte de atrás y, para asombro de Aneris, tenía vistas al jardín trasero y a La Peña, pero, para su desgracia, desde aquel ángulo el peñón no parecía el perfil de un indio tumbado. Era una roca gigante a secas. Allí podría pintar e inspirarse para acabar su cuadro, aunque no tuviera el mar delante. Lo había tenido toda su vida a la vista y tenía grabado en la retina el movimiento del mar y sus tonalidades, las crestas de las olas, las gotas de espuma cuando rompían sobre las rocas o la orilla...

Agnes había servido sendas tazas de café con hielo. El calor era abrasador y las chicharras no cesaban con su monótono zumbido. Agnes notó que Aneris se había sentido algo irritada al respecto.

—Tranquila, querida. Te acostumbrarás. Llegará el momento en que ni las oigas.

—He visto que tienes muchos óleos por todas las estancias de la casa,

Agnes. ¿Son tuyos? Hay algunos realmente buenos... —dijo Aneris cambiando de tema.

—Sí. Solía pintar cuando era joven. Los más malos son míos, los otros los he comprado en subastas por precios indecentes. Me encanta el arte y, en especial, la pintura. Lo intenté con la escultura, pero lo mío no era el cincel, era el pincel. Espero que aquí puedas inspirarte de la misma manera que en tu antiguo faro, querida. Nada en el mundo podría saberme peor que no pudieras dar ni un solo brochazo.

—Tranquila —rió Aneris—. Aquí no tengo el mar, pero sí un ambiente adecuado y una luz natural inigualable, a la par que espacio. Este ático es increíble, Agnes.

—Mientras no me manches la tarima y la protejas como es debido cuando pintes, me doy por contenta. Bueno, y espero poder ver tu gran obra que con tanto recelo escondes bajo esa gran sábana.

—Llevo tres años trabajando en ella y estoy a punto de culminarla. Hace meses que espero el momento oportuno para darle el toque de gracia, pues he estado un poco desmotivada y... ¿Quién sabe? A lo mejor aquí encuentro el ingrediente que me falta para hacerlo.

Charlaron sobre el clima de Mollina y sobre sus gentes. Comentaron de pasada el panorama político. Cuando Agnes vio a Aneris más relajada y confiada, se decidió a hacerle la «gran» pregunta:

—Aneris, cariño, ¿qué tal llevas el duelo? Debe ser muy difícil para una chica de tan solo dieciocho años verse en una situación tan complicada como la tuya—. Agnes procuró que su voz sonara lo más dulce y suave posible.

Aneris permaneció en silencio unos segundos, con la mirada perdida en La Peña. Finalmente se encogió de hombros y, con voz queda, dijo:

—Bueno, no tengo otra opción que seguir adelante. Mi padre estaba muy enfermo y yo ya me estaba preparando para lo peor desde hacía mucho tiempo. Sabíamos que el cáncer que tenía era irreversible y muy agresivo, así que... —Hizo una pausa y sorbió café, serenándose al instante—. Mi padre sabía que me quedaría pronto sola y decidió dejar los papeles de la herencia preparados desde que le detectaron el mal, por lo que, a pesar de la tristeza que supone perder al único miembro vivo de tu familia, estoy relativamente bien. Es un consuelo saber que tienes un gran cojín económico en el que puedas caerte muerta. Mi padre me lo dejó todo para que no me faltase de nada.

Agnes asentía con la cabeza mientras hablaba, sin interrumpirla.

—Así que... Aquí estoy, en Mollina —dijo Aneris abriendo los brazos—.

Donde nació. En el pueblo de mi madre, buscando mis raíces.

—Las encontrarás, créeme. En cuanto me contaste lo de tu madre por teléfono fui a ver a una vieja amiga. Y cuando digo vieja lo digo también en el sentido literal. Tiene ciento dos años. Es la persona más longeva del pueblo y la memoria la tiene intacta. Seguro que te puede ayudar en tu búsqueda.

—¿En serio? Gracias, Agnes. Mil gracias, de verdad —agradeció Aneris llevándose las manos al pecho por la grata sorpresa.

—No tienes que darme las gracias. —Agnes alargó su mano y cogió la de Aneris con firmeza y fuerza. Clavó su mirada en la de ella y Aneris se sintió algo intimidada por la fuerza que tenían aquellos ojos rasgados y marrones—. Simplemente confía siempre en mí, querida. Yo nunca te voy a fallar.

III. Mollina

1

Después de desayunar bien temprano, Aneris se montó en su peculiar bici dispuesta a investigar y descubrir el pueblo. Era lunes y se había pasado todo el domingo durmiendo o tumbada en la hierba fresca que le proporcionaba el sauce. Había necesitado todo el día entero para recomponerse y serenarse. Se sentía tan desubicada por la rapidez en la que se habían sucedido todos aquellos cambios en su vida que tenía una sensación de vértigo permanente. Estuvo todo el día con ganas de vomitar.

—Tranquila, cariño. Eso es ansiedad. Relájate —le había dicho Agnes al hacerle saber su malestar.

Agnes pareció comprenderlo a la perfección y le llevó tanto la comida como la cena al ático en una bandeja. Le había cortado rosas frescas del jardín y las había colocado en una jarra en su mesita de noche.

—¡Agnes, son preciosas! —exclamó Aneris al ver el detalle de su casera. Pero en su interior sentía algo más que agradecimiento. Sentía lástima por aquellas flores que acabarían marchitándose en lugar de seguir creciendo a su libre albedrío.

—Te traigo la frescura y la belleza del jardín a la cama —anunció Agnes resuelta.

El día se presentaba despejado, con un cielo azul eléctrico sin nubes y con un sol radiante. Agnes le había escrito en un papel dos direcciones: la de la biblioteca, para que se pudiera informar sobre los talleres que se hacían en verano para los jóvenes, y la de la Sra. Asunción, la mujer centenaria. Aneris prefirió encontrar la biblioteca por su cuenta para perderse por las callejuelas y relacionarse con los lugareños. Le apetecía mucho indagar y estudiar cada rincón y esquina del pueblo donde ella había nacido.

Pedaleaba suavemente, sin prisa, mientras la fresca brisa de la mañana le acariciaba el rostro. La larga melena le ondeaba al viento y, despreocupada, olvidó que la cicatriz de la cabeza se le veía de principio a fin, desde el pómulo izquierdo hasta la nuca.

Notó que la gente la miraba, pero Agnes, que estaba en todo y por todo, ya le había advertido también que aquello sucedería:

—No te lo tomes como algo personal cuando la gente te mire de arriba

abajo, querida. Este pueblo es muy pequeño y todo el mundo se conoce. Ahora eres la novedad, en cierta manera una intrusa a la que vigilar. En una semana todo el pueblo sabrá quién eres, sobre todo si te paseas con esa bici —había reído Agnes—. Por eso me gusta tanto estar en casa. Aquí mi vida es mía y no de los demás.

Aneris sonreía a los viandantes y los saludaba con la mano contenta. Existía la posibilidad de que cualquiera de ellos pudiese tener algún parentesco con ella y sentía la necesidad de mostrarse amable. Su padre decía que no existían segundas impresiones, que la primera es la que realmente contaba porque esa sería la imagen que tendrían los demás de uno mismo para siempre, pasara lo que pasara después.

Las casas eran bajitas y estrechas, no más de tres pisos de altura. La gran mayoría eran blancas, con ventanitas y puertas de madera marrones y de gruesos y bastos muros. En algunas había visto cómo en los tejados había crecido vegetación por el paso del tiempo y del abandono total, algo que le llamó muchísimo la atención.

Había muchos perros sueltos y sin collar. No pudo resistirse a detenerse un par de veces a acariciarlos, pero estos, al ver que Aneris no traía con ella algo que llevarse a la boca, se iban sin mirar atrás. Aneris los veía alejarse un tanto triste. Ella siempre había querido tener un perro o un gato, pero su padre nunca lo había consentido. Así que sus mascotas habían sido los animales del mar. Jugaba con todo ser viviente que se encontrara en su camino mientras buceaba: un día había tenido un pulpo, otro un cangrejo ermitaño, otro una medusa. Mascotas de un día, para un rato. Animales libres, libres de la esclavitud de un amo. Muy a su pesar, y con el trauma de no haber podido satisfacer aquel deseo, sabía que su padre había hecho bien.

Bordeó varias veces el pueblo para hacerse una idea de las dimensiones de este. Le parecieron correctas. El pueblo no le resultaba ni muy grande ni muy pequeño, teniendo en cuenta que lo comparaba con Peñeirás, su pequeña aldea costera. Al recordar su antiguo hogar le abordó una oleada de tristeza y añoranza. Se enjugó una lágrima con el dorso de la mano mientras con la otra dirigía el manillar de la bicicleta. No quería venirse abajo otra vez (por la noche ya lo había hecho un par de veces) y menos allí en plena calle, rodeada de gente que no conocía. Así que empezó a tararear lo primero que le vino a la mente para cambiar el *chip*, cosa que funcionó.

Se cansó de dar vueltas en vano. Llevaba hora y media dando vueltas, perdida, y decidió preguntar por la dichosa biblioteca. Cuando la encontró se

dio cuenta de que había pasado por allí al menos tres veces y de que no había deparado en el gran portón de madera que custodiaba el local ni del letrero de azulejos que rezaba «Biblioteca Municipal». Dejó la bici aparcada junto a la puerta y entró.

Una mujer regordeta, que se hallaba inmersa en un libro de edición de bolsillo tras un mostrador junto a la entrada, la atendió en cuanto vio a aquella desconocida.

—¡Buenos días, niña! —La señora la llamó agitando la mano para no alzar la voz—. ¿Te puedo ayudar en algo?

Aneris dedicó unos segundos a estudiar la biblioteca. Era pequeña y sencilla, con mesas y sillas en el centro y con los estantes para los libros cubriendo las paredes.

—Hola. Sí. Querría saber si hay cursillos o talleres de verano para jóvenes —explicó Aneris con su habitual timidez.

—¡Anda! Tú tienes que ser de Galicia o de por allí, ¿no? —preguntó la vivaracha bibliotecaria.

—¿Y usted cómo lo sabe? —preguntó Aneris sin recordar que su acento era su carta de presentación.

—¡Hombre, niña! ¡Pues por tu forma de hablar, digo! ¿Estás de vacaciones?

—Esto... Es que para mí los que tenéis acento sois vosotros. Tendré que acostumbrarme.

Ambas rieron.

—Estaré por aquí una temporada, aún no sé cuánto tiempo... Pero sí, serán como unas vacaciones.

—¡Vaya, eso está muy bien! Entonces estarás para la Feria de Agosto y, si estas por aquí en septiembre, pillarás la de la Vendimia. —Dio la espalda a Aneris y se dispuso a rebuscar en unos cajones llenos de papeles—. A ver, a ver... Aquí está.

Tendió a Aneris un folleto informativo sobre cursos para niños, jóvenes y adultos.

—Los cursos empezaron en la primera quincena de junio, por lo que tendrás que preguntar personalmente al profesor en cuestión si puede admitirte —apuntó la bibliotecaria—. ¿Quieres hacerte socia en la biblioteca, también? Puedes llevarte tres libros cada semana.

—¡Claro! No había caído...

—Pues necesitaré tu DNI para hacer una fotocopia y un teléfono. Luego ya

solo tendrás que venir, decir tu nombre y ya está. Sin ningún carnet ni tarjetas.

Aneris se sacó del bolsillo una pequeña cartera, le entregó el DNI y le dictó el número de teléfono de la casa de Agnes que ya había memorizado a conciencia por si surgía algún problema. Mientras la bibliotecaria se dispuso a hacer los trámites pertinentes en la fotocopidora y en el ordenador, Aneris paseó la mirada por el folleto.

—Cursillo intensivo de inglés, cursillo de ajedrez, cursillo de costura... —leía en voz alta—. ¡Aquí! ¡Cursillo de pintura!

—Ese es para jóvenes y adultos, y el turno es de tarde. Lo sé porque mi madre está apuntada —dijo la bibliotecaria sin apartar la vista del ordenador mientras sus rechonchos dedos volaban sobre el teclado—. La dirección y los horarios de los cursillos también están en el folleto. Tendrás que hablar con el profesor, es un hombre *mu' apañao*. No creo que tenga problema en admitirte.

—Eso espero.

—Bueno, chiquilla, pues ya eres un miembro más de esta pequeña familia de lectores —dijo entregándole el DNI con una sonrisa en los labios—. Aquí estamos para cuando nos necesites.

Ambas mujeres se despidieron. Cuando Aneris iba camino hacia la puerta se acordó de que tenía que buscar la casa de la Sra. Asunción. Se volvió de nuevo al mostrador:

—Una cosa más. ¿Sabría decirme por dónde cae esta calle? —Le enseñó el papel con la dirección que le había escrito Agnes.

—¡Digo! Ahí vive Dña. Asun. ¿La conoces? Es vecina mía —señaló.

—No, no la conozco. A eso voy, a conocerla. Quiero preguntarle por... Bueno, me han recomendado que le haga una visita.

—Pues si eso por lo que quieres preguntar a Asun no lo sabe ella... ¡no lo sabe nadie! —La bibliotecaria salió de detrás del mostrador y acompañó a Aneris al exterior—. Sigue esta misma calle hacia arriba y, en el primer cruce que encuentres, gira a la derecha. Es un callejón sin salida.

—Ajá —asintió Aneris.

—Al final de todo hay una casa blanca pero con las ventanas y la puerta azules. Esa es. La mía es la que está al lado, la que tiene los geranios más bonitos de todas.

Aneris asintió satisfecha.

—Gracias. Volveré un día de estos. Nos veremos pronto —se despidió Aneris de nuevo.

—¡Hasta pronto, guapa!

La casa de Dña. Asunción se encontraba justo donde la bibliotecaria le había indicado. En menos de dos minutos se plantó en la puerta que se encontraba abierta de par en par. Asomó ligeramente la cabeza y vio un pasillo oscuro.

—¡Hola! —saludó Aneris alzando la voz—. ¿Hay alguien ahí?

Golpeó el gran portón de madera azul con los nudillos y preguntó de nuevo. Unos pasos apresurados surgieron del silencio que reinaba en el pasillo. Una silueta bajita y regordeta emergió de la oscuridad.

—Ya voy, ya voy —dijo una voz femenina.

Una señora menuda se plantó en la puerta mirando extrañada a Aneris de arriba abajo.

—¿Tú quién eres, niña? —preguntó ajustándose las gafas con el dedo índice.

—Hola, estoy buscando a la Sra. Asunción. —Aneris se apresuró a contar su historia antes de que aquella mujer le cerrara la puerta en las narices. Parecía ocupada y sin ganas de perder el tiempo con una extraña—. Mi madre murió hace muchos años. Nació aquí, en Mollina, como yo, y me han recomendado que hable con la Sra. Asunción porque tal vez ella sepa quién era y...

—Bueno, ella y toda la gente que viviera en aquel tiempo, ¿no? Mi madre está muy mayor y necesita descansar...

—Pero es que no conozco a nadie más... Acabo de llegar y no sé a quién acudir —se lamentó Aneris—. Será solo un segundo, por favor.

A regañadientes, la mujer aceptó y la invitó a entrar haciéndose a un lado.

—Está en el patio. Al final del pasillo. Y no la estreses. Si no se acuerda... ¡pues no se acuerda!

Aneris asintió un tanto ofendida. Cruzó el pasillo con paso ligero para alejarse de la mujer lo más rápido posible y llegó a un pequeño patio interior. Era fresco y acogedor. Las blancas paredes estaban prácticamente cubiertas de plantas y flores. Una anciana enlutada se balanceaba en una gran mecedora a la sombra. Con una mano cadavérica acariciaba a un gato que parecía tener la misma edad que ella y que descansaba en su regazo. Al verla se intentó incorporar, pero su escuálido y huesudo cuerpo parecía no tener fuerza y pesar mucho. Se dejó caer lánguidamente sobre el respaldo de la mecedora. Aneris

se acercó cariñosa hacia ella.

—Hola. ¿Puedo sentarme? —preguntó cogiendo un pequeño taburete y colocándose cerca de la anciana—. Me llamo Aneris. ¿Cómo se encuentra?

—Pues vieja, cariño, y muy cansada. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Aneris, señora.

—¿Y eso que significa? —preguntó curiosa la mujer con el rostro surcado de arrugas.

—Aneris es Sirena, pero escrito al revés.

—¡Oh, niña! ¡Qué cosa más bonita! Es de lo más bonito que he oído en mi vida, y mira que he oído cosas... Y bien, ¿qué te trae por aquí? —preguntó meciéndose lentamente. El gato dedicó una breve mirada de soslayo a Aneris.

—Verá... Agnes me recomendó que viniera a verla.

Cuando Asunción escuchó el nombre de Agnes sonrió:

—Agnes... ¡Qué mujer tan dura! Nos conocemos desde hace muchos años, ¿sabes?

Aneris asintió.

—Yo... He venido desde A Coruña porque mi madre era de aquí. De hecho, yo también nací aquí en Mollina, pero tan solo era un bebé... El caso es que mi madre falleció hace muchos años y a mi padre se lo llevó el cáncer hace poco más de un mes. —El rostro de la mujer se entristeció en el acto. — He venido a Mollina para conocer mis raíces. Me encantaría saber cómo era mi madre.

—Vaya, niña... ¡Qué cosa más triste! —lamentó la anciana—. Pero... No entiendo. ¿Tu madre no te habló de su vida? ¿Y tu padre era de Mollina también?

—La cosa es que... —Aneris no tuvo más remedio que parar de hablar. La angustia le trepó por la garganta y el llanto le sucedió. No entendió por qué pero, delante de aquella mujer, Aneris se permitió dar rienda suelta a sus sentimientos, dejando que estos afloraran. La calidez y dulzura de aquella anciana se le antojaba al cariño de una abuelita, la abuelita que nunca había tenido.

—No llores, niña... Tranquila, serénate y dime qué quieres saber. Seguro que puedo ayudarte. Cuéntame, anda.

Aneris se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Suspiró profundamente y prosiguió:

—A ver... De mi padre biológico no sé casi nada, solo que murió cuando yo era un bebé. Luego, mi madre conoció al que sería mi padre adoptivo en un

puerto de Málaga, aunque, adoptivo o no, para mí él siempre será mi verdadero padre: el que me crió, el que me enseñó, el que me cuidó... Era marinero, de origen francés, y mi madre, que había enviudado recientemente y se sentía sola y dispuesta a reconstruir su vida, se encaprichó de mi padre y él de ella. Se enamoraron perdidamente el uno del otro, se casaron y me reconoció como hija suya. Vivimos los tres en familia en Peñeirás, una aldea costera de A Coruña. Mi padre trabajó como farero y mi madre murió mientras recogía percebes siendo yo una niña.

La vieja anciana asintió atenta a las palabras de Aneris mientras acariciaba el lomo oscuro del gato.

—Entonces, a los trece años sufrí un accidente. —Aneris, con manos temblorosas, corrió su larga melena y descubrió la cicatriz—. Me contaron que sufrí un grave accidente con la bicicleta. Perdí el control del manillar y me estrellé contra un árbol, causándome un grave traumatismo craneoencefálico. Cuando desperté en el hospital no sabía quién era, no reconocía a la gente de mi entorno. Se llama amnesia retrógrada. Mi caso es de los más graves, hay gente que olvida solo el día del accidente o las horas anteriores a este, pero en mi caso... No recuerdo mi vida antes del golpe y lo único que conservo en la memoria sobre mi madre es que me enseñó a pintar. Todo lo demás lo sé por lo que mi padre me contó de ella. Por eso estoy aquí, para saber...

—Menuda historia, cariño. Lo siento mucho, de verdad. Siento mucho que una chica tan joven como tú tenga a sus espaldas tantas desgracias. ¿Cómo se llamaba tu madre? ¿Conoces el nombre de tu padre biológico? ¿Era de Mollina?

—Mi madre se llamaba Dolores García Cortés. Y, no, de mi padre biológico ya le he dicho que no sé nada. Por lo que me contó mi padre, mi madre no habló mucho acerca de él. Por lo visto le dolía mucho su recuerdo y prefirió enterrarlo.

La anciana meditó unos minutos en silencio, minutos que a Aneris se le antojaron horas. Al fin dijo:

—Vaya... Lo siento, chiquilla, pero no recuerdo a nadie con ese nombre. Tal vez Agnes sí sepa algo.

Aneris negó con la cabeza.

—No sabe nada. Cuando hablé con ella por teléfono para alquilar el ático le conté mi historia, el motivo por el que me mudaba a la otra punta de España, y no tiene ni idea.

—No quiero poner en duda la verdad de tu padre, pero... ¿estás segura de que ese era el nombre de tu madre? Nunca olvido un nombre, ni siquiera una cara. Me falla la memoria para otras cosas, pero para esto...

—¡Espere! Tengo una foto de mi madre, tal vez pueda servirle de ayuda. ¿Puedo traérsela mañana? —preguntó Aneris con un destello de esperanza en su voz.

—Claro. No me moveré de aquí a no ser que el Señor decida llevarme con él hoy mismo. Será un placer ayudarte, niña.

Aneris se levantó de un salto del taburete y besó a la anciana efusivamente en la mejilla, mientras le regalaba un cálido abrazo.

—Muchas gracias, Asunción. Mañana volveré y, por su bien y por el mío, espero que el Señor no se la lleve hoy.

Las dos mujeres rieron a carcajadas.

—Hasta mañana, Aneris. Que Dios te bendiga.

3

Agnes comprobó que Teresa estuviera inmersa en sus tareas. Necesitaba que se encontrara lo suficientemente ocupada como para desaparecer un rato sin tener que darle explicaciones. Escuchó cómo fregaba la loza en la cocina y, segura, cogió su manojito de llaves y se dirigió al ático.

Subió la estrecha escalera de madera que conducía a un pequeño rellano en el que había dos puertas separadas por una amplia estantería de roble: una era la del baño y la otra la del ático. Aguzó el oído para comprobar una vez más que Teresa seguía atareada y echó mano al manojito de llaves con cuidado de no hacer mucho ruido. La llave del ático era una de las largas debido al grosor de la puerta. La encontró enseguida y se dispuso a allanar el territorio de su alquilada.

El ático estaba en un completo y escrupuloso orden. Aneris había hecho su cama, había abierto las ventanas y corrido las cortinas para ventilar la estancia. Las rosas que le había llevado el día anterior seguían en el mismo lugar, aún frescas, pero perdiendo su belleza y esplendor. Agnes se sintió muy identificada con ellas.

Se dirigió al armario y, de manera indiscriminada, lo abrió y empezó a estudiar cada prenda que encontraba a su paso, procurando dejarla en la misma posición que la había encontrado.

—Qué ser tan entrañable... —musitó Agnes mientras pasaba sus delicadas manos sobre las ropas de Aneris.

Cogió un vestido largo y azul celeste de punto. Se notaba que había sido elaborado a mano, pues al mirarlo de cerca se podían apreciar las típicas imperfecciones que no deja una máquina. En uno de los tirantes había dos estrellas de mar cosidas.

—Es fantástica...

Soñadora, se colocó por encima el vestido y corrió a mirarse en el gran espejo empotrado para ver cómo le sentaba con su color de piel. Se vio sencillamente exótica y rejuvenecida. Entonces, mientras admiraba su reflejo, vio tras ella el gran lienzo secreto de Aneris.

Volvió sobre sus pasos, guardó el vestido con cuidado y se dirigió decidida al lienzo. Seguía cubierto por la gran sábana vieja y se encontraba postrado sobre un antiguo caballete de madera en el que se podían apreciar manchas de pintura. Sintió deseos de tirar del trapo de un tirón, pero prefirió recrearse con la emoción del momento.

Fantaseó con lo que podía haber tras la vieja sábana. Un paisaje, un retrato, un rostro, unas flores, caballos salvajes cabalgando libres por el campo... Sonrió satisfecha por ser capaz de saber contenerse y manejar la situación, y entonces contó hasta tres y, frenética, destapó el lienzo.

Una gran ola azul turquesa apareció ante ella. Era tan solo eso, una gigantesca ola rompiendo contra unas rocas. Pero era la ola más viva que jamás podría haber visto en su vida. La luz del sol se filtraba perfectamente entre los diferentes volúmenes del agua, haciendo que la ola tuviera miles de tonalidades comprendidas entre el azul, el verde y el amarillo. La espuma de la cresta estaba tan bien definida que tuvo la sensación de que le iba a salpicar, casi podía oír su estallido. Era, sin duda, la imagen más realista y nítida que había visto plasmada en un lienzo.

Entonces, Agnes, aún embriagada por su descubrimiento, decidió que se estaba excediendo con el tiempo que llevaba allí arriba, Aneris regresaría de un momento a otro y volvió a tapar aquella maravilla. Salió del ático, procurando dejarlo todo tal cual lo había encontrado y, cuando se encontró en el segundo piso, volvió a caminar con su habitual taconeo, dejando clara su presencia.

—¡Teresa! Prepara una jarra de té helado y sírvela en la pérgola. Enseguida iré para allá —ordenó asomándose al hueco de la escalera.

—¡En cinco minutos se la llevo, señora!

De vuelta a casa decidió tomar la carretera de La Arenca. Todavía le costaba orientarse y había tenido que preguntar a un anciano que esquivaba el calor caminando por la sombra. Le dijo que aquella carretera bordeaba uno de los extremos del pueblo y que la llevaría directamente a la entrada de Mollina, donde se encontraba la casa de Agnes, sin tener que adentrarse de nuevo en las pequeñas callejuelas que tanto la confundían, pues todas eran prácticamente iguales.

Iba cuesta abajo dejando que el aire la refrescara. La larga melena se azotaba al viento y los pies reposaban sobre los pedales, dejándose llevar por la inercia. Pudo ver a su izquierda grandes extensiones de tierras salpicadas por cortijos blancos y grandes cadenas de montañas oscuras al fondo. Aquello no era la costa, pero el paisaje le gustaba también.

Dirigió la vista al frente y al final de la carretera empezó a dibujarse la casa de Agnes. Vio los árboles y el sauce del jardín trasero. Estaba sedienta y nada le apetecía más que llegar y poder descansar bajo la pérgola de parra con un refresco bien frío, no le importaba cuál.

A medida que se acercaba vio cómo una gran chimenea de ladrillo rojo se erguía entre una arboleda cercana al patio trasero de la casa. Estaba en medio de un solar vallado abandonado lleno de maleza y zarzas. Se preguntó cómo le había podido pasar desapercibida la gran chimenea desde su ático.

Inmersa en su nuevo descubrimiento, y con la vista completamente apartada de la carretera, se saltó un *stop*. El claxon del coche sonó tan fuerte que la ensordeció en el acto, haciéndola despertar de golpe. Frenó lo más rápido que pudo, pero eso no impidió que chocara contra el vehículo que, sin darse cuenta, se le había aparecido allí delante como por arte de magia.

Aneris colisionó lateralmente con el morro del coche y la bicicleta salió despedida unos metros más allá. Se quedó aturdida unos segundos por el impacto y escuchó cómo la puerta del piloto se abría, dando paso a unos gritos llenos de insultos.

—¿Eres tonta o qué coño te pasa?! ¿Es que no has visto la puta señal? ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Mi padre me va a matar! —gritó la conductora.

Aneris se movió lentamente comprobando que no tenía nada roto. Solo se había raspado un poco las piernas y sentía cómo se le entumecía el brazo derecho. Tendría unos buenos cardenales durante semanas.

—Perdona, no te he visto —se excusó Aneris con un hilo de voz.

Se incorporó sacudiéndose la gravilla de las piernas y observó cómo una chica, más o menos de su edad, escrutaba cada centímetro del capó del coche. Al ser negro se podían apreciar a simple vista los arañazos que había causado el choque de la bicicleta y un pequeño bollo.

—Lo siento, de verdad. Yo me ocuparé de la reparación.

Aneris fue a apoyar su mano sobre el hombro de la chica, pero esta la apartó con rechazo y continuó con la inspección.

—¡Claro que lo vas a pagar! El coche es de mi padre. ¡Mierda! ¡Me va a matar por tu puta culpa! ¿Tú quién coño eres? —La chica escupió aquellas palabras con una violencia y un desprecio que empequeñecieron más a Aneris.

Observó con temor cómo la chica abría la puerta del copiloto y sacaba de la guantera unos papeles. Los puso sobre el techo del coche y, con un bolígrafo, empezó a escribir en ellos de una forma frenética.

En el rato que les llevó rellenar el parte del accidente, la chica no le dirigió la palabra nada más que para lo justo y necesario. Aneris no se atrevió a abrir la boca. Echó en falta un «¿estás bien? ¿te has hecho daño?», pero parecía que la única preocupación de la conductora era el vehículo y las consecuencias que aquel pequeño accidente le podían traer en casa.

—Toma. Aquí tienes la copia. La aseguradora ya se pondrá en contacto contigo —dijo secamente.

Aneris observó el papel con manos sudorosas y lo guardó con sumo cuidado en la cartera.

—Una vez más... Lo siento. Si quieres le cuento lo sucedido a tu padre.

—¡Vete a la mierda! —espetó la chica entrando de nuevo en el coche y marchándose del lugar.

Aneris fue a recoger su bici y la revisó con atención. Se había torcido un poco el manillar y algunas de las caracolas y conchas que tenía pegadas en la cesta se habían desprendido, pero no había nada que ella misma con sus manos no pudiera solucionar.

Regresó a casa cabizbaja y a pie. Tiraba de la bici con suavidad, como si tuviera miedo a que se le rompiera entre las manos. Hacía un ruidito que no le gustaba nada y pensó en que tal vez sí que tendría que llevarla a algún sitio a que le echaran un vistazo.

Cuando llegó a casa se lanzó sobre los brazos de Agnes sin mediar palabra mientras sollozaba. La mujer la recostó sobre su regazo en el gran sofá de piel del salón, mientras le acariciaba el pelo para calmarla. Entonces, mientras le

contaba todo lo ocurrido, sintió que de repente Agnes se había convertido en la única persona en la que podía apoyarse. De nuevo tenía a alguien, ya no se sentía sola.

Se despertó antes de que el despertador lo hiciera y se dedicó a dar vueltas en la cama recreándose aún en el descanso de la siesta. Abrazó la almohada y esperó a despabilarse.

Había podido charlar con Agnes con más tranquilidad durante la comida.

—Llamaré a alguien para que venga a casa y repare la bicicleta. No es seguro que vayas con ese trasto medio roto. Podrías no sufrir la misma suerte que hoy —le había dicho Agnes.

Después del disgusto que había sufrido con el accidente, Aneris se había mostrado más positiva y entusiasta mientras le explicaba a Agnes lo del cursillo de pintura y su pequeña investigación sobre sus orígenes con Asunción. Agnes había pedido a Aneris que le enseñara la foto de su madre para ver si la podía reconocer, pero muy a su pesar, tuvo que decepcionarla una vez más con otra negativa.

Habían tomado de nuevo el café en el pequeño balcón del ático antes de que Aneris anunciara que se retiraba a dormir la siesta. Desde allí arriba, Aneris volvió a ver la gran chimenea entre la arboleda que, hasta aquella mañana, le había pasado desapercibida.

—¿Qué es aquello, Agnes? —preguntó Aneris curiosa.

—Querida, aquello que ves allí, entre los árboles, es el cadáver de una antigua fábrica aceitera. Fue un negocio familiar que nos enterró en dinero mientras media España moría de hambre en la guerra. Despertamos mucha envidia entre la gente...

—¿Y por qué está abandonada?

—Cuando murió mi padre heredé la fábrica y todas las hectáreas colindantes de olivares y ni me vi capaz ni quise continuar con el negocio. Vendí las tierras. Vendí todas las máquinas que había en la fábrica y la cerré. Sabía que, tomando aquella decisión, acabaría con todo el esfuerzo que mi familia había invertido en el negocio durante tantos años, pero que también una gran suma de dinero se añadiría a mi cuenta corriente, tanto como para vivir el resto de mi vida haciendo lo que yo deseara. Sé que puede parecer un gesto egoísta, pero también lo es obligar a alguien a cargar con toda esa responsabilidad sin tener en cuenta si quiere o no dedicar su vida a ello. Así que hice lo que debía hacer: pensar en mí misma y en mis necesidades.

—Hiciste bien, Agnes. Yo creo que habría hecho lo mismo —comentó

Aneris mientras estudiaba la chimenea entornando los ojos—. ¿Podrías enseñarme algún día la fábrica? Siempre me han fascinado los sitios abandonados.

—Me temo que no, cariño. Es peligroso entrar allí. Está lleno de escombros, de vigas podridas que podrían desplomarse en cualquier momento, de cristales rotos que podrían cortarte un pie... Además de las ratas y los panales de avispas y demás bichos.

—Entonces... ¿Por qué no mandas que la derrumben?

—Porque vale un dinero que no quiero invertir en destruir lo que queda de mi familia. Sé que si mi padre levantara la cabeza, me mataría por haberlo tirado todo al traste, pero me mataría dos veces si supiera que he derrumbado lo que queda de su querido imperio.

El despertador sonó y Aneris se incorporó de un salto. Debía ir a pie al lugar donde impartían los cursillos de pintura y quería llegar con tiempo para pillar al profesor justo cuando acabara la clase para hablar personalmente con él. Se duchó, se vistió y se puso en marcha con otro croquis de Agnes para no perderse.

5

No tendría que haber asistido a clase aquella tarde. A medida que habían ido transcurriendo los minutos se había dado cuenta de que no había sido buena idea. La innata habilidad para pintar de la que siempre podía alardear en las clases se había esfumado aquella tarde y esto no podía permitirselo. Jamás podía bajar la guardia, cada día tenía que superarse más y más. Siempre había sido así en todas las áreas de su vida (en los estudios, en la música, en el deporte, en la pintura, en su forma física, etc.) y por ello era la mejor en todo. Sus padres nunca dejaban de repetírselo. Por esa misma razón, el pequeño accidente con la «gallega paleta» le había traído graves consecuencias en casa: una semana entera de trabajos forzados en casa, o sea, cuidar y lavar a la abuela. Nada podía repugnarle más. Por esa razón no era capaz de dar una puñetera pincelada certera.

Tomás, el profesor, se había dado cuenta de ello. Se acercó sigilo-samente a ella, sorteando al resto de alumnos inmersos en sus lienzos sin hacer ruido.

—Alba, está claro que hoy no tienes un buen día. ¿Por qué no te vas a casa? Apenas queda media hora para que termine la clase. Deja reposar el cuadro y lo que se te esté pasando por la cabeza. Vuelve mañana o cuando lo

creas conveniente —dijo con paciencia. Conocía el fuerte carácter de su alumna y sabía cómo tenía que dirigirse a ella cuando tenía el ceño fruncido y los labios prietos.

—¿Qué insinúa, profesor? ¿No me ve capaz de continuar? —preguntó Alba con las mejillas encendidas de pura indignación.

—Está claro que no —respondió Tomás con el mismo temple. Señaló un par de zonas poco definidas del paisaje que había en el lienzo—. Si sigues así las vas a hacer desaparecer. Estás metiendo mucha sombra y está perdiendo luminosidad y forma.

—Dejaré esas zonas para otro día entonces y continuaré con las aspas del molino —contestó Alba, decidida e henchida de orgullo.

—Está bien, como quieras...

Javier, un viejo compañero de instituto de Alba, estaba justo detrás de ella presenciando la escena. Negó con la cabeza quedamente.

—Creída —le susurró sin apartar la mirada de su lienzo.

—Tú a lo tuyo, mecánico de pacotilla —le contestó ella sin darse la vuelta. Javier nunca había estado a su altura y no valía la pena entrar en su juego. Le resultaba una persona completamente insípida y banal.

Él tampoco se molestó en contestar y continuó con su bodegón.

La clase terminó con su habitual timbrazo estridente y los alumnos se dispusieron a limpiar sus pinceles y a abandonar la sala entre suspiros de cansancio y alivio.

Aneris estaba en un pequeño pasillo fuera del aula esperando sentada en el suelo cuando escuchó el timbre. Se puso de pie en un santiamén y, nerviosa, se sacudió las piernas, dibujando una tímida sonrisa en el rostro.

La puerta del aula se abrió y de ella emanó el fuerte aroma a óleo y aceite de trementina. Suspiró profundamente intentando acaparar todo aquel olor que tan familiar y gratificante le resultaba.

Un chorro de personas salió lentamente en fila india. Eran de ambos sexos y de edades muy variadas. Aneris los observó con detenimiento, intentando familiarizarse con sus caras por si tenía la suerte de ser admitida en el curso. «¿Haré algún amigo o amiga?», se atrevió a fantasear. Nunca había sido muy buena en las relaciones sociales. Su introversión y timidez tenían gran parte de culpa, sin contar con su estrambótica apariencia que a tantas personas había hecho reír.

De repente una cara conocida surgió de entre el tumulto de gente. Era la chica con la que había tenido el pequeño accidente aquella mañana pero, para

su suerte, iba cabizbaja mirando la pantalla de un teléfono móvil sin percatarse de su presencia.

—Pues empezamos bien... —murmuró Aneris.

Un chico fornido y de pelo cobrizo iba en la fila tras Alba. Al ver a Aneris abrió los ojos con asombro y se permitió admirarla de arriba abajo durante unos segundos.

—¡Vamos, niño! ¡Tira *palante*! —le apremió una señora empujándole con prisa.

—Hola —saludó Javier a Aneris con una sonrisa.

—Hola —se limitó a contestar ella, bajando el rostro ruborizada.

Un hombre alto y muy delgado, que estaría a punto de cumplir los sesenta, cerró la fila de alumnos dando unas palmadas en el aire y diciendo:

—¡Nos vemos mañana a la misma hora! Hola, ¿esperas a alguien? —preguntó a Aneris cuando reparó en ella.

—¿Es usted el profesor de pintura? —Aneris se le acercó sabiendo la respuesta.

—Pues sí, eso me temo —dijo Tomás tendiéndole una mano a Aneris—. Soy Tomás Hidalgo.

—¿Tomás Hidalgo? ¡No me lo puedo creer! *Las niñas* y *Amanecer muerto* han estado presidiendo nuestro comedor durante años —comentó Aneris emocionada sin soltar la mano a Tomás.

—¡Vaya! Así que conoces mi obra. Bueno, tampoco es muy difícil de olvidar. Solo he conseguido pintar dos cosas decentes en mi vida... —dijo frustrado frotándose la nuca.

—¡Tonterías! Seguro que has pintado cosas preciosas.

—Bueno, eso no es lo que opina mi exmujer.

Aneris no supo si reírle el comentario, así que lo abordó con otra pregunta:

—¿Y qué hace un pintor de renombre en un pueblo como este?

—Verás... Después de pintar *Las niñas* y *Amanecer muerto* tuve una crisis de inspiración y me dediqué a dar clases de pintura en escuelas privadas por todo el país. Me cansé de la vanidad de mucha gente, mucho niñato bohemio-rico que se cree un genio solo por pintar cuatro garabatos en un lienzo en blanco. Y, bueno, se me ocurrió la genial idea de dar clases a gente más humilde y más pura, gente de poblaciones pequeñas que sienten la llamada del arte pero que, por equis circunstancias que solo se dan en estos pueblos tan pequeños y alejados de todo, no han tenido la oportunidad de probar o desarrollar su talento como Dios manda.

—Es un gesto muy generoso por tu parte —apreció Aneris fascinada.
Tomás guardó silencio unos segundos.

—En fin... ¿Qué te trae por aquí?

—¿Tienes cinco minutos? Venía para preguntar si podrías admitirme en el curso.

—Pasa, pasa —dijo Tomás haciéndose a un lado e invitándola a entrar en el aula.

Aneris salió del Centro Cultural Villa Ascensión en una nube. Sintió cómo flotaba de felicidad con una sonrisa de oreja a oreja.

Los cinco minutos que Aneris le había pedido al profesor se habían convertido en sesenta. Tomás y ella habían charlado sobre arte con efusividad e ímpetu, sintiendo ambos cómo se creaba una bonita conexión. Pero cuando el profesor le había dicho que no había plazas libres Aneris pasó de la euforia al disgusto en una milésima de segundo.

—Pero haré una excepción —había dicho Tomás—. Eres la única persona de este pueblo que conocía mi obra de antemano, y eso no se puede obviar.

Ambos habían reído al unísono.

—Eso sí, una cosa te voy a pedir a cambio.

—Lo que sea —había dicho Aneris, dispuesta.

—Quiero que me traigas mañana la obra en la que estás trabajando. Así podré evaluar tu nivel en cuanto vea esa gran ola en la que tan estancada estás.

Aneris había aceptado aquella única condición por muy celosa que fuera de su obra. Era lo mínimo que podía hacer, teniendo en cuenta lo que Tomás había hecho por ella.

Cuando llegó a casa Agnes estaba preparando los ingredientes para hacer la cena. Aneris se ofreció a ayudarla y, entre fogones y sartenes, le contó entusiasmada lo de las clases.

—Solo hay un pequeño problema —se lamentó parándose en seco. Había olvidado aquel pequeño detalle.

—¿Cuál, querida?

—Pues que la chica del accidente de hoy también es alumna. Ella no me ha visto, pero cuando me vea mañana no sé cómo reaccionará. La vi sumamente antipática esta mañana. Me temo que hemos empezado con mal pie.

—Querida, Alba no te va a molestar. Cuando dormías la siesta estuve meditando sobre el parte del accidente. Su nombre y apellidos me eran muy familiares y da la casualidad de que esta vieja cabeza recordó de quién se trata.

—Tú no eres vieja, Agnes —replicó de inmediato Aneris.

—Querida, cuando cumplas cincuenta y seis años y veas fotos de tu juventud recordarás por qué me siento vieja. —Agnes cogió una tabla de madera y se dispuso a trocear una cebolla—. Bueno, a lo que iba. Resulta que Alba es la hija consentida de los Jiménez, una familia muy bien avenida. Tienen una empresa de transportes y les va muy bien.

—Ajá.

—Fue Miss Mollina el año pasado y es lo que le ha faltado a la niña para que vaya por ahí perdonando vidas. No hay quien le tosa. Pero, cariño, no tienes por qué preocuparte. Tú eres más madura e inteligente y debes mantenerte al margen como tal.

—Bueno, tal vez hoy tenía un mal día...

—Puede ser. Pero no te hagas ilusiones. Esa niñita de papá siempre ha sido una malcriada arrogante y no creo que congeniéis. De todas formas, si se excede más de lo que se puede esperar de una persona como ella, me lo dices.

—Agnes remarcó sus últimas palabras elevando el tono de voz con firmeza. Luego clavó el cuchillo en la tabla de cortar de un solo golpe.

Aneris se sobresaltó y asintió sin decir nada.

—Una última cosa, cariño —dijo Agnes girándose en redondo y clavando su mirada afilada en la de Aneris.

El cuchillo aún bailaba en la tabla.

—Quiero ser yo la primera en ver tu obra antes que ese profesor tuyo. ¿Qué me dices? El sofrito puede esperar.

Aneris percibió la fiereza y seguridad que Agnes emanaba por cada poro y se sintió tremendamente pequeña ante ella a pesar de que le sacaba una cabeza. Percibió temor, luego envidia. Su vida habría sido muy distinta si hubiera tenido un poco de cada cosa.

—Claro, Agnes. Estás en todo tu derecho.

El cielo estaba totalmente despejado. Una enorme y preciosa luna llena lo coronaba, empequeñeciendo la belleza de las miles de estrellas que lo salpicaban sin medida. Los cantos de las cigarras habían sido relevados por el de los grillos y las damas de noche habían abierto sus flores para embriagar el cálido ambiente con su densa fragancia.

Agnes corrió las cortinas, dejando que la noche penetrara en su dormitorio. Apagó las luces, se sirvió una copa de champán y se sentó en su gran butacón de seda china a contemplar la noche.

Su dormitorio tenía vistas al jardín trasero, como el ático de Aneris. Se preguntó si, a escasos metros sobre su ventana, Aneris también intentaba fundirse con la noche en su pequeño balcón o si, por el contrario, ya se había ido a dormir. La imaginó descansando en posición fetal con la placidez e inocencia de un recién nacido, con su larga melena chorreando por los bordes de la cama como oro fundido.

Sorbió un poco de champán y dejó que las burbujas le estallaran en el estómago. Rememoró el momento en el que Aneris le había enseñado el lienzo y en su gran actuación al fingir sorpresa y conmoción. «Tendría que haber probado suerte en Hollywood. Hubiera sido una gran actriz», se dijo con amargura.

La puerta del porche que daba al jardín se cerró con un golpe seco, arrancándola de sus pensamientos. Corrió ligeramente un visillo y observó tras él en silencio.

Aneris estaba envuelta en una toalla y caminaba descalza hacia la piscina. El sensor del jardín la detectó de inmediato y el agua se iluminó con las luces. Aneris se encogió por la sorpresa y, dubitativa, dio varios pasos en falso sin saber dónde ir. «A ver si recuerdas dónde era. Te lo mostré el primer día», pensó Agnes divertida.

Aneris se dirigió entonces a un pequeño poste de luz que había cerca de la piscina y apretó varios botones. Las luces se apagaron y la oscuridad se hizo de nuevo. «Chica lista. No quieres que te vea. Porque sabes que aquí no puede verte nadie más que yo».

Aneris dejó caer la toalla mostrando su escuálida y alargada figura. La palidez de su piel brillaba en la oscuridad y, cuando se sumergió en el agua negra, Agnes podía seguir apreciándola. No había conseguido volverse invisible y menos a sus ojos. «Eres un ser de luz, querida, pero aún no lo sabes».

Entonces Aneris, como si la hubiera oído, emergió del agua y clavó la mirada en la ventana del dormitorio de Agnes. Esta no se movió ni un ápice, pues por experiencias pasadas y muy similares, ella sí se sabía invisible tras el visillo. Pudo ver cómo los grandes ojos azules de Aneris escrutaban la ventana. Sus miradas se encontraron. Agnes encontró de nuevo aquel destello en su mirada perdida y cándida de un azul imposible. Era un destello que solo

un ser divino y puro podía tener.

Una lágrima surcó la mejilla de Agnes y, sin hacer ruido, acarició a Aneris tras el visillo una y otra vez. «Al fin te encontré, María».

IV. El fantasma de la Ruda

1

Se plantó en casa de Dña. Asunción a media mañana para tratar de no interrumpirla ni en el desayuno ni en el almuerzo. Como era de esperar, su simpática hija estaba en casa y recibió a Aneris con su habitual sequedad. Había encontrado la casa sin vacilaciones, el hecho de no ir en bici la había obligado a fijarse más en todos los detalles del camino y, para su asombro, había descubierto que la casa de la anciana estaba a un tiro de piedra de Villa Ascensión, donde se daban las clases de pintura. No podía esperar a que llegara la tarde para empezar.

La anciana se encontraba en el mismo lugar, reposando su centenario cuerpo en la mecedora en el patio interior de la casa. Se alegró al verla. La recibió con sus brazos huesudos y abiertos para abrazarla temblorosamente. Aneris supuso que, para una mujer tan mayor que tenía una vida tan aburrida y monótona, sus visitas podían ser todo un evento. Le respondió al abrazo con un dulce beso en la arrugada frente y, ansiosa, le entregó la foto.

—Déjame ver, cariño. Permíteme que me tome mi tiempo —le dijo Asunción observando la arrugada fotografía.

—Tiene muchos años y nunca he encontrado el negativo para hacer copias —se justificó Aneris.

La anciana le restó importancia al comentario haciendo un gesto airado con la mano y sin levantar la vista de la foto. De repente, su rostro se iluminó y esbozó una sonrisa.

—¡Esta es Carmela, niña! ¡La Carmelita, digo! —señaló Asunción apuntando repetidas veces el rostro de la mujer con un dedo.

Todas las esperanzas que había puesto Aneris en aquella mujer se disiparon al instante. Con ternura, intentando no ofenderla, le estrechó la mano y le dijo:

—Asunción, creo que se equivoca de persona. —Tomó la foto y se la colocó junto al rostro—. ¿Ve? Mi madre y yo tenemos la misma nariz, la misma boca. Si quiere le dejo la foto aquí para que lo piense y, si no se acuerda, no tiene por qué preocuparse.

—¡Qué no, niña! —negó indignada, arrebatándole la foto—. Esta es Carmela. ¡Que lo digo yo, coño! —espetó la mujer.

—Pero es que no puede ser... Debe tratarse de alguien que se le parecía mucho. Mi madre se llamaba Dolores.

—¡Chiquilla, seré vieja pero no tonta! Esta era la mujer del Jenaro, el de los Carmona. ¡Jenaro-Carmona-Castro, cojones! —gritó subrayando sus palabras.

Aneris retrocedió sorprendida. Aquella tierna abuelita se había convertido de repente en una bruja.

—Creo que debería irme. Lo siento si la he molestado —se lamentó Aneris tomando la foto con voz queda. La dobló con cuidado y la volvió a introducir en la cartera. Se dispuso a salir del patio—. Que tenga un buen día.

—¡Ya volverás, ya! ¡Recuerda lo que te digo!

Aneris cruzaba el pasillo hacia la salida, dejando atrás las voces de Asun. Se mordía el labio inferior intentando mitigar el llanto y dos largas lágrimas le caían a ambos lados del rostro.

2

El calor era abrasador aquel día especialmente. Llevaba hora y media estirada y embadurnada en bronceador sobre una tumbona. Iba dándose la vuelta cada quince minutos para que el moreno le quedara uniforme. Su madre le había reprochado varias veces que no era bueno tomar el sol a aquellas horas, y menos aún con bronceador, pero a ella le daba igual. Era muy joven para pillar un melanoma y debía estar preciosa y deslumbrante para su hombre.

Tenía la minicadena puesta y escuchaba la radio a todo volumen, siguiendo el ritmo de la música con el pie. Los del servicio de mantenimiento de la piscina tenían que comunicarse a voces porque apenas podían oírse entre ellos, cosa que le hacía mucha gracia. Subía y bajaba el volumen de la música a su antojo con el mando a distancia, jugando a confundirlos y dejarlos sordos. Así le resultaba más llevadera la ardua tarea de resistir aquel calor que parecía fuego.

Se quitó la parte superior del bikini, dejando al descubierto unos pechos perfectos y turgentes. Tenían dos años y habían sido el regalo de cumpleaños de sus padres. Entrecerró los ojos disimuladamente y vio que la mirada de los chicos de mantenimiento se había centrado en ella. Sabía que no era necesario mostrarlos con tanto descaro para sentirse deseada, pero la idea de que aquellos hombres rudos y sudorosos volvieran a sus casas y les asaltara el

recuerdo de sus perfectos senos mientras cabalgaban sobre sus fofas y feas mujeres le excitaba. No existía nada parecido a saberse deseada e inalcanzable.

«Tengo que lanzarme ya, no puedo esperar más», se dijo Alba cambiando radicalmente de tema. «Esta tensión sexual me está matando y a él también. Lo que pasa es que finge. Me está poniendo a prueba. Quiere medir mi grado de iniciativa y pienso demostrárselo».

Recordó cómo se conocieron, o mejor dicho, cómo le conoció ella a él. Fue a principios de junio, en una calurosa pero nublada mañana. Él estaba tomando el vermut en la barra de un bar y, cuando ella entró al local para comprar tabaco, lo vio. Fue un flechazo a primera vista. Él podría sacarle unos treinta años o más. Se le veía maduro pero bien conservado, por lo que en aquel momento no pudo precisar demasiado la diferencia de edad. Aun así llamó poderosamente su atención, en el pueblo no se veían hombres así. En seguida preguntó a la camarera si sabía quién era aquel hombre tan apuesto y esta le contestó de manera afirmativa:

—Es Tomás Hidalgo, el nuevo profesor de pintura para el curso de verano. Por lo que se dice, es un artista, un pintor importante.

Sin pensarlo dos veces se apuntó al curso de pintura. Siempre se le había dado bien aquella asignatura en el instituto (como todas las demás), pero quería entablar contacto con él y, cuando empezaron las clases, comenzó a captar las «señales». Tomás le envió tres en concreto; la primera fue la ausencia de anillo (ningún hombre casado se quita la alianza a no ser que quiera dejar claro que está en el mercado, ni siquiera por temas de trabajo), la segunda la captó al vuelo (ella se inclinó sobre su mesa y pudo ver cómo él reposaba su vista en su escote más tiempo del debido) y la tercera fue cuando él acompañó con su mano la de ella para trazar una línea sobre el lienzo (ese gesto se lo había visto con todos los alumnos, pero ella, que sabía que tenía un don y era muy sensitiva, percibió la electricidad que sacudió sus cuerpos en cuanto sus manos se rozaron).

Sin embargo había ido pasando el tiempo y Tomás no había dado más señales. Estaba claro que él, siendo un hombre maduro y con mundo, no iba a irse con la primera niñata que se le cruzara por delante. Por eso sabía que la estaba analizando, la estudiaba cada tarde en clase y, por esa razón, ella debía ser la primera en dar el paso para que viera que era una mujer madura a pesar de tener diecinueve años.

El teléfono móvil le timbró y miró la pantalla haciéndose visera con la

mano para ver mejor. Era Eva, una de sus mejores amigas. Todos los días la llamaba a la misma hora para quedar e ir al gimnasio. Sabía muy bien que tenía que andarse con cuidado. Todas las chicas del pueblo la envidiaban y hacían lo imposible por tener su amistad, pero aquello acabaría cuando Tomás y ella se fueran de aquel pueblucho de mala muerte. Entonces ya no las necesitaría.

Descolgó el teléfono:

—Sí, tía. Me preparo en un momento y vamos al *gym* a darle caña. Yo también te quiero, puta.

3

Le costó sudor y lágrimas cargar con el lienzo hasta Villa Ascensión. No por el peso, sino por lo aparatoso que resultaba cargar con algo tan grande y plano. Cada vez que se levantaba aire la hacía tambalearse. Si hubiera tenido la bicicleta en condiciones habría sido mucho más fácil de transportar. Agnes le había propuesto llamar a Manuel para que le ayudara con la furgoneta, pero Aneris se había empeñado en hacerlo sola. Le gustaba superarse en cada pequeño reto diario que tuviera. Aquello le hacía sentirse más fuerte, cosa que necesitaba en sus circunstancias.

Llegó al aula exhausta. Miró el reloj y vio que llegaba diez minutos tarde. Sintió vergüenza y ganas de salir corriendo, pero giró el picaporte y entró empujada por unas manos invisibles a la sala.

—¿Se puede? —preguntó temerosa. Asomó la cabeza por el marco de la puerta y vio a un montón de personas tras sus caballetes trabajando en sus respectivos lienzos. Algunos alzaron la mirada al oírla, otros no.

Tomás se incorporó. Tenía un libro en las manos y lo soltó sobre su escritorio al ver a Aneris.

—Llegas tarde... —le recriminó risueño.

—Lo sé, pero es que me ha costado un mundo traer el cuadro. Lo siento.

Tomás se asomó al pasillo y, cuando vio las dimensiones del lienzo, dijo:

—Estás de suerte, tengo un caballete para ese monstruo. No lo imaginaba tan grande.

—Te lo dije —rió Aneris.

Tomás entró a clase con el cuadro, Aneris iba pegada a él. Ella cruzó sus brazos sobre su espalda y se limitó a seguirlo como un perrito faldero.

—Atended todos un momento, por favor. Os tengo que presentar a una

nueva alumna, Aneris...

—Aneris Lévesque. Es un apellido francés.

—Eso, Lévesque. Se incorpora hoy mismo. Vamos, háblales de ti mientras preparo tu sitio de trabajo.

Tomás se perdió entre caballetes y alumnos y Aneris se encontró sola ante un público de miradas expectantes colmadas de curiosidad.

—Hola —saludó con una voz prácticamente inaudible.

—Hola —saludó la clase al unísono.

Alba, que hasta el momento había permanecido absorta en las aspas de su molino, alzó la vista y, al ver a la chica que le rayó el coche, un fuego interno explotó en lo más profundo de su alma. Intentó sonar lo menos brusca posible:

—Hola, Aneris.

—Hola, Alba —respondió con un suspiro. En aquel mismo momento supo que ya no habría segunda oportunidad. Su padre siempre había tenido más razón que un santo.

Hubo un silencio, luego una pregunta:

—¡Ay, tú no eres de aquí! ¿De dónde vienes, chiquilla? —preguntó simpática una mujer muy menuda.

—De Peñeiras, una aldea costera de A Coruña.

—¿Y te vas a quedar mucho tiempo? —preguntó una voz masculina entre la multitud.

Aneris desvió su mirada hacia la voz. Era el chico de pelo cobrizo que le había saludado el día anterior.

—Estaré por aquí una temporada, sí —contestó Aneris a medida que notaba que se le sonrojaban las mejillas.

—¿Y a qué has venido a Mollina? —inquirió Alba.

—Bueno, yo nací aquí, así que vengo a conocer mis raíces...

—Y a destrozar coches.

—¿De qué mierda hablas? —preguntó Javier a Alba, molesto.

—Me rayó el coche ayer... ¡Mira, mecánico, ya tienes trabajo!

—Pero por accidente... —replicó Aneris. Un sudor frío y un pánico súbitos empezaron a embotarle la cabeza. Sintió cómo las manos y los pies se le dormían en un extraño hormigueo.

—Está viviendo en casa de Agnes, de la «bruja Agnes» —rió Alba. Sabía que si nombraba a Agnes se ganaría al resto de la clase. Todo el pueblo la odiaba.

—Alba... —regañó Tomás al final del aula.

Alba se sintió satisfecha. Había captado su atención. ¿Sería capaz de lanzarse al final de la clase?

—¿Cuántos años tienes, chiquilla? —preguntó un señor mayor al final de clase.

—Diecio... Dieciocho...

Aneris se sintió mareada y desorientada. Se apoyó en el escritorio del profesor y parpadeó varias veces para aclararse la vista que había empezado a empañársele. Las voces de los alumnos, a los que ya no les podía ver el rostro, comenzaron a interrogarla.

—¿De qué familia vienes?

«¿Qué importa eso?».

—¿Es Agnes tan mala como dicen?

«Es algo altiva, pero es buena persona».

—¿Por qué le has rayado el coche a Alba?

«Me salté un *stop* mientras iba en bici».

—¿Sabes hablar francés?

«Claro, mi padre era francés».

—¿Es verdad eso del fantasma de la fábrica?

«¿Qué fantasma?».

—¿Qué es eso que tienes en el pómulos? ¿Qué te ha pasado en la cara?

«Tuve un accidente a los trece años».

—¿Por qué llevas estrellas de mar pegadas en el pelo?

«Porque pertenezco a él».

Las preguntas le vinieron como una estampida, colapsando su sistema nervioso. Aneris sintió cómo un zumbido que le venía de los oídos perforó su cerebro, dejándola sorda. Se desplomó ante toda la clase, perdiendo el conocimiento.

El eco de unas voces empezó a despertarla. Estaban muy lejos de donde se encontraba ella, en un lugar blanco y luminoso, sin sentir nada más que un descanso muy placentero. Notó pereza y se dejó llevar por aquella sensación de tranquilidad y paz, pero las voces la reclamaban.

—¿Aneris?

Un chorro de agua fría le empapó el rostro, arrebatándole aquella calma celestial en la que buceaba a sus anchas. Notó cómo el líquido helado se abría paso entre su cuero cabelludo, recorriendo su gran cicatriz. Se llevó la mano

de inmediato para tapársela, temiendo que todos vieran lo fea que era. Era un gesto inconsciente que había desarrollado a lo largo de los años. Aquella cicatriz no era apta para todos los públicos.

—Mira, ya vuelve en sí —observó alguien.

—Aneris, ¿estás bien? Te has desmayado. Tranquila. —La voz de Tomás sonaba preocupada.

Aneris abrió los ojos. Vio el techo del aula y un montón de caras sobre ella. Alguien le sostenía los pies en alto.

—¿Qué ha pasado? —logró preguntar mientras se incorporaba. Unos brazos la ayudaron a ponerse en pie. Miró a su alrededor y vio que todo el mundo estaba pendiente de ella. Ya no había personas tras los lienzos; ahora estaban sobre ella.

—Has perdido el conocimiento. ¿Te sientes mejor? —preguntó una voz.

—Sí, eso creo... —asintió Aneris. Se giró y vio que el chico de pelo cobrizo la estaba sujetando.

—Menos mal. ¡Menudo susto nos has dado! —dijo Javier aliviado.

4

Se encontraba junto a Aneris en la terraza del Hotel Fortes. Ella había insistido en invitarle a merendar algo por tener el detalle de acompañarla a casa y, en consecuencia, abandonar la clase de aquel día. Y él, que se había sentido terriblemente atraído por Aneris desde el primer momento en que la vio, aceptó la invitación encantado. Aunque ya había pensado pagar él la cuenta de todas formas.

Tomaron un par de zumos de naranja y unos molletes. Aneris había insistido en probarlos, le había hecho mucha gracia el nombre, le sonaba a chiste. Engulló dos en pocos minutos y pidió al camarero un tercero.

—¿Dónde demonios metes toda esa comida? —le preguntó Javier asombrado.

—Yo creo que es algo genético. Coma lo que coma siempre estoy igual. Parezco un espárrago —contestó ella limpiándose las migas con una servilleta.

La casa de Agnes se veía desde la terraza del hotel. Estaba justo al otro lado, cruzando la calle. Javier la observaba pensativo.

—Siempre me he preguntado qué hay detrás de esos muros. Aunque me puedo hacer una ligera idea. Lo poco que sobresale tras ellos ya es

impresionante —dijo señalando la finca.

—Es espectacular, la verdad. Y el jardín... Tendrías que verlo.

—Eres una de sus inquilinas, ¿no?

—¿Cómo lo sabes? —se intrigó Aneris. El camarero se acercó a la mesa donde ambos charlaban y sirvió el mollete relleno de queso fundido. Aneris se frotó las manos.

—Bueno, siempre se ha sabido que Agnes alquilaba el ático. Han venido numerosas chicas a lo largo de los años. En un pueblo tan pequeño como este es difícil que algo así pase desapercibido.

Aneris asentía mientras masticaba. De repente se le vino un recuerdo a la mente o, más que un recuerdo, tal vez había sido una alucinación, fruto de la bajada de tensión que sintió antes de desmayarse, o un sueño que la había asaltado cuando ya había perdido el conocimiento. Sea lo que fuere, le preguntó a Javier:

—Perdona, Javier, pero me pareció que alguien decía algo de un fantasma en clase. No lo recuerdo muy bien, no sé si fue cosa mía...

—Sí, alguien te lo preguntó cuando te estabas empezando a quedar blanca. No sé quién fue, pero eso es algo que también sabe todo el mundo. Es una leyenda de las de aquí.

—¿Puedes contármela? —rogó Aneris con una vocecilla que encandiló a Javier.

—¿Es que Agnes no te la ha contado? Me extraña, teniendo en cuenta que la fábrica es suya.

—¡Qué va! Me contó la historia de su familia y de la fábrica, pero no mencionó nada de un fantasma. —Aneris se sentía francamente indignada.

—Tal vez lo hizo para no asustarte. Bueno, la cosa es que la gente dice que el fantasma de una mujer vive en la fábrica. No sabría decirte cuando empezó a hablarse del fantasma de la Ruda, pero sí sé que hay mucha gente que dice haberla visto y, ya sabes, esos testimonios corren como la pólvora. Es un espectro con pelo largo y rubio que siempre va en camisón. El cuerpo es lánguido, desgarrado y encorvado. Algunos aseguran haberle visto las manos, las describen como anormalmente grandes y callosas, de ahí lo de «ruda». Unos dicen que era una antigua trabajadora de la aceitera y que murió allí en una de las duras y largas jornadas a las que la familia de Agnes sometía a sus trabajadores. Otros dicen que, bueno, prefiero decírtelo yo porque sé que al final te acabarás enterando tarde o temprano y no quiero que luego me lo echés en cara. Otros dicen que Agnes mató a una de sus alquiladas y la emparedó en

la fábrica para ocultar el cadáver y que ahora el fantasma vaga por allí buscando la salida... Esta última hipótesis me parece una burrada. Si se tratara de un asesinato, alguien habría venido preguntando por la chica pero, en fin, así es la leyenda.

Aneris se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo iba a hacer Agnes algo así? Me niego a creerlo.

—No lo hagas, te acabarías volviendo loca sin motivos.

—Con razón no me ha contado nada. ¿Cómo iba a querer alguien despertar ese tipo de sospechas sobre su alquilerada? —Aneris negó con la cabeza—. No le diré nada de lo que me has contado, no quiero ofenderla.

Ambos guardaron silencio reflexivos.

—No obstante, algo sí que tiene que haber. Una historia así no surge de la nada. Siempre hay algo que despierta y alimenta la leyenda. O al menos eso quiero creer, me fascinan las historias... —aseveró ella mirando la casa de Agnes.

—En eso te doy la razón.

—¿Y no hay manera de entrar allí? Si la gente dice haber visto a la Ruda es porque han tenido que estar muy cerca. De lo contrario lo único que se ve entre la arboleda es la chimenea y algunas ventanas si estás a una altura considerable.

—¿No puedes entrar por la verja del jardín? Esa puerta unía ambas fincas.

—No. Le pregunté a Agnes a dónde conducía aquel camino y se mostró esquiva con el tema. Luego, en otra ocasión, le pedí si podría mostrarme la fábrica y me dijo que de ninguna manera, que era peligroso.

—Vaya... —se lamentó Javier—. Antes la gente se acercaba libremente a la arboleda cruzando todo el terreno para llegar a ella, pero Agnes terminó mandando que lo cercaran todo con una fuerte valla metálica. La gente iba allí a emborracharse y lo dejaban todo lleno de botellas y condones.

Aneris hizo una mueca de desagrado y sorbió el resto de zumo que le quedaba.

Javier se disculpó y se ausentó para ir al baño. Cuando regresó hablaron poco más sobre la fábrica y luego de sus vidas. Cuando él le explicó que trabajaba de mecánico en el taller de su padre, Aneris le preguntó si le podría arreglar la bici.

—Bueno, podría echarle un vistazo. Siempre he sido muy manitas con esas cosas —contestó él halagado, al sentir que la chica que le gustaba le necesitaba.

—¡Perfecto! ¿Mañana por la mañana te vendría bien? Me gustaría avisar antes a Agnes de tu visita. No quiero que le pille desprevenida.

—¡Claro! Me escaparé a media mañana del taller y veré qué puedo hacer.

Se levantaron de la mesa y Aneris fue a pedir la cuenta, pero el camarero le dijo que Javier ya la había pagado.

—Pero, ¿cuándo...? —le preguntó Aneris muerta de risa y de vergüenza al mismo tiempo.

—Cuando me he levantado para ir al baño —le contestó avisado.

Aneris notó cómo se le enrojecían las mejillas, algo que en su blanca piel era claramente evidente. Él se sintió satisfecho al ver cómo ella se ruborizaba. Aquello era una buena señal.

5

Había esperado a que Aneris se fuera a las clases de pintura para entrar allí. La espío desde una ventana y esperó a que la chica torciera la esquina con el gran lienzo entre los brazos. Entonces, sintiéndose sola y segura, subió las escaleras que conducían al ático y observó la estantería que había en el recibidor, entre la puerta de la habitación y la del baño.

Deslizó una de sus delicadas manos por la madera esperando encontrar la pequeña hendidura cuadrada que no se veía a simple vista. Cuando la sintió entre sus yemas la pulsó. De la estantería se abrió una pequeñita tapa de madera que ocultaba una cerradura. Agnes cogió el manajo de llaves que siempre llevaba encima y buscó una pequeña llave plateada de latón, la introdujo en la cerradura y la estantería crujió. La deslizó hacia un lado con fuerza. Aquello pesaba como un demonio con todos aquellos libros que solo estaban de adorno, al igual que la estantería. Esta rodó sobre unas pequeñas vías de metal que permanecían ocultas bajo su base y una gran puerta negra metálica se descubrió en la pared. Buscó otra llave y abrió aquel rectángulo oscuro del que solo ella sabía de su existencia. Entró en el pequeño habitáculo.

Hacía tanto tiempo que Agnes no entraba allí que había olvidado aquella sensación asfixiante y claustrofóbica que tanto detestaba. Con el paso del tiempo aquello se había llenado de telarañas y polvo, por lo que le llevó casi una hora limpiarlo a pesar de su reducido tamaño.

Se sentó en una pequeña silla, lo único que había en aquel reducido espacio secreto, y observó cómo la lámina del espejo seguía inmaculada, permitiéndole ver con total claridad lo que había al otro lado.

La gran habitación del ático estaba en orden. Dos vestidos yacían sobre el lecho de la cama. Seguramente Aneris había tenido dudas sobre qué ponerse para ir a las clases, tal vez quería causar una buena impresión a sus compañeros. A Agnes se le encogió el corazón ante tal pensamiento, sintió mucha ternura.

Pasó la tarde leyendo en la biblioteca del segundo piso. Era su lugar favorito para dedicarse a la lectura y a la escritura. Desde aquella habitación su abuelo y su padre habían dirigido con puño de hierro la aceitera hasta que murieron respectivamente. Era un lugar de poder.

Había abierto las ventanas de par en par para que se filtrara el poco aire que corría y puso en marcha los ventiladores del techo. Dejó el libro que estaba leyendo sobre una mesita de cristal y se tumbó en un largo diván de cuero, dejando que el aire de los ventiladores la refrescara suavemente. Los ojos empezaron a cerrársele poco a poco y decidió abandonarse al sueño.

Unas risitas la despertaron poco tiempo después. Parecía la risa de Aneris, pero, ¿no estaba ella en Villa Ascensión en sus clases de pintura? Se incorporó del diván, curiosa, y se dirigió a una de las ventanas abiertas. Se asomó despacio tras una de las cortinas y entonces la vio.

Aneris estaba en la puerta del patio delantero, apoyada en la verja y retorciéndose un mechón de pelo mientras se balanceaba de un lado a otro mirando al suelo. Había un chico más o menos de su edad a su lado y, aunque Agnes no podía entender lo que este le decía, enseguida pudo leer sus gestos. Era obvio que estaba intentando coquetear con Aneris, con «su» Aneris. Y lo peor de todo era que ella parecía receptiva, aunque intentara escudarse en su habitual timidez. Los chicos se despidieron besándose en las mejillas y Aneris entró en casa.

Agnes corrió escaleras abajo y recibió a Aneris en la puerta.

—¡Hola, querida! ¿Cómo tú tan pronto por aquí? —La sorprendió cuando Aneris cerraba la puerta tras de sí.

—He sufrido un pequeño percance, Agnes. ¿Puedo contártelo en la cena? Ahora mismo me gustaría ir a descansar un rato —dijo con voz queda mientras se quitaba la mochila y la colgaba en el perchero del recibidor.

—Claro, querida. Vete a dormir. Ya tendremos tiempo luego para charlar.

Aneris percibió en la voz de Agnes algo extraño, algo entre la decepción y

el recelo.

—¿Estás bien, Agnes? Te veo un poco pálida.

—Es solo el calor, cariño. Me siento un poco mareada, eso es todo. Ahora mismo iba a la cocina a tomar un poco de té helado. ¿Quieres que te ponga un vasito?

—No, Agnes. Estoy bien, gracias. Nos vemos en la cena —se despidió Aneris, dirigiéndose a la gran escalera de mármol.

Los pasos de Aneris sonaron sobre su cabeza a medida que se alejaban hacia el ático.

—Lo que tú digas, querida.

Agnes se dirigió hacia la cocina, cogió unas flores frescas que Teresa había puesto en el centro de la mesa y las tronchó todas mientras respiraba rápida y entrecortadamente. «Aneris es para mí», se decía una y otra vez.

6

A Agnes no le había hecho mucha gracia la idea de que Aneris trajera a un amigo a casa a la mañana siguiente, o al menos eso es lo que le pareció a ella cuando se lo comunicó a la hora de cenar. Parecía reacia y esquiva. Intentó poner todas las pegas que se le ocurrieron para hacerle ver a Aneris que no era una buena idea, pero al final desistió. Aneris le hizo saber lo importante que era para ella hacer amistades en el pueblo y, por encima de todo, que repararan su bicicleta.

Llevaba media hora en la cama dándole vueltas a todo lo que le había sucedido en aquellos cuatro intensos días que llevaba ya en Mollina. Su mente parecía una olla a presión. Demasiados cambios, demasiados sentimientos, demasiadas novedades. Se sentía como si le estuvieran haciendo tragar todo aquello con un embudo y estuviera a punto de vomitarlo, solo que no sabía cuándo su cuerpo iba a llegar al límite. Aneris sintió que no podía más. Se incorporó y se dirigió al pequeño balconcito atravesando la fresca penumbra de la habitación para tomar el aire y distraerse mirando las estrellas.

La noche estaba negra y despejada, las estrellas parpadeaban intermitentemente y una luna llena brillaba en lo más alto del cielo. Esa noche corría algo más de aire y Aneris sintió un ligero escalofrío al sentarse en una de las sillas del balcón. Tan solo llevaba puestas unas braguitas y una corta camiseta de tirantes, por lo que se cubrió los hombros con su larga melena y se frotó los brazos para mitigar el vello de punta.

Miró al horizonte y vio cómo la chimenea de la aceitera se dibujaba al contraluz del resplandor de la luna, en una silueta negra y compacta. El corazón le dio un brinco y gimió. Hasta el momento no se había percatado de lo mucho que se parecía a lo que fue su antiguo hogar, el faro de Peñeirás. Recordó con dolor y nostalgia las noches de luna llena en las que se iba a caminar por la cala del faro. Sintió la arena húmeda hundiéndose bajo sus pies, mientras el olor a sal la embriagaba. El faro siempre estaba al final de la pequeña playa, erguido y tieso sobre un acantilado cubierto por rocas, formando un titánico espigón, cilíndrico y negro, como la chimenea de la antigua fábrica.

Sintió ganas de llorar y lo hizo en silencio. Añoraba su hogar y su mundo. Se había visto obligada a dejarlo todo en poco tiempo. Recordó cómo una inmobiliaria le había hecho una gran oferta por el faro cuando murió su padre. La aceptó. Su mundo, su vida, su faro, todo había cambiado de color en los últimos meses tras conocer la verdad sobre su trágico accidente, y sabía que cuando su padre muriese, ella debería abandonar aquel lugar.

Tuvo que ponerse la mano en la boca para ahogar los gemidos, pues sabía que la habitación de Agnes estaba justo debajo y que nadie en su sano juicio dormiría con las ventanas cerradas en pleno mes de julio. Entonces intentó recordar a Javier para calmar el dolor y, sorprendentemente, dio resultado. Su sonrisa blanca y perfecta, su mirada negra y ligeramente rasgada, su pálida piel y su pelo cobrizo cayendo implacable sobre su frente se dibujaron en su mente y aliviaron todos sus anhelos y lamentos. Sentía ganas de verle otra vez, de sentir su olor cerca, de dejarse seducir con aquel tira y afloja que tanto le había divertido aquella tarde. Era la primera vez que estaba sintiendo todo aquello por alguien y se sintió frágil y vulnerable, a la par que completa y feliz.

Volvió a la cama con pasos pesados, se acurrucó entre los almohadones y se quedó dormida pensando en el mecánico.

Aneris pasó la mañana preparando limonada casera para Javier. Exprimió un kilo de limones, añadió una gran cantidad de azúcar y hielo al zumo, lo sirvió en una gran jarra de cristal y lo dejó reposar en la nevera. Luego le preguntó a Agnes si tenía alguna caja de herramientas y, con indiferencia, esta le ofreció la única que tenía en la caseta de jardinería, en el patio trasero.

«Espero que algo de lo que haya ahí le sirva a tu amigo», había dicho ella con desdén. Cogió su bicicleta, la llevó bajo el gran sauce donde siempre había sombra y esperó tumbada sobre el fresco césped a que Javier llamase a la puerta.

Llegó a las doce y media. A Aneris casi se le sale el corazón por la boca cuando oyó el timbre. Corrió hacia el vestíbulo y salió a recibirle a la puerta. Agnes, en cambio, se refugió en la biblioteca con la excusa de que tenía que ordenar unos libros.

—¡Joder! —exclamó Javier cuando vio el gran salón de la casa. Aneris tiraba de su mano entusiasmada y lo condujo al jardín trasero.

—La casa es preciosa, ¿verdad? —le preguntó ella—. ¡Pues prepárate para ver el Jardín del Edén!

Aneris le mostró a Javier cada detalle como si se tratara de su propia casa. Se sentía pletórica y feliz de poder compartir con alguien todo aquello que estaba viviendo en aquella enigmática y alucinante casa. Le mostró el ático con la energía de una niña pequeña y Javier la siguió, boquiabierto, allá donde ella le conducía.

Cuando la visita guiada terminó, descansaron a la sombra del gran sauce y, tumbados sobre un gran mantel, bebieron la limonada que había preparado Aneris.

—¿Entonces qué me dices? ¿Qué te ha parecido la casa? —preguntó Aneris sabiendo cuál iba a ser la respuesta. La expresión de Javier se podía leer como un libro abierto.

—Pues... ¡Es impresionante! Jamás habría imaginado algo así, y mira que la gente habla y te puedes hacer una idea... —dijo él dando un gran sorbo al vaso de limonada. Estaba sediento y exhausto—. Por cierto, ¿dónde está ella?

—¿Agnes? Me dijo que tenía cosas que hacer en la biblioteca. Pero creo que no le gustan mucho las visitas.

—Dudo que a esa mujer le guste la gente en general —observó Javier.

—¡Oye! No seas así. Es cierto que Agnes es un poco estirada y distante para con el mundo, pero es una buena persona. A mí me trata muy bien y, a fin de cuentas, estás aquí en su casa, bajo su consentimiento —dijo Aneris molesta.

—Eso es cierto, pero recuerda que le estás pagando el ático. Eso te da a ti ciertos derechos.

—Verdad, pero solo sobre el ático, como tú bien has dicho.

Javier vio en el rostro de Aneris el claro enfado que destilaban sus

palabras e intentó arreglar la situación:

—Tienes razón, perdona. No la conozco de nada, pero me resulta difícil librarme de todos los comentarios que han circulado siempre sobre ella. La próxima vez me presentaré en la biblioteca personalmente con un ramo de flores —bromeó.

—¿Es que vas a venir más veces? —preguntó Aneris coqueta y mirando hacia otro lado muerta de la vergüenza.

—Estaré encantado de venir siempre que me invites.

Los dos permanecieron en silencio unos segundos para ver quién daba el siguiente paso, pero no lo hubo. Aneris cambió de tema radicalmente haciéndole otra pregunta:

—¿Has visto el camino que hay tras la verja? Aun con este sol, resulta enigmático y misterioso. Y más desde que me contaste lo del fantasma.

—No he querido decirte nada, pero ahora que lo dices... ¿No hay ninguna llave que abra ese candado?

—Pues claro que la habrá, pero... —Aneris vio cómo Javier enarcaba las cejas simultáneamente y sonriente—. ¡No pienso hacerlo! ¡No voy a quitarle la llave a Agnes!

—¡Vamos! No me digas que no te mueres de ganas.

—Sí, pero no podría hacer eso. De ninguna manera.

Javier se levantó y salió del sauce corriendo la gran cortina verde de hojas. Puso los brazos en jarra y miró al horizonte, donde la gran chimenea de ladrillo visto asomaba entre la arboleda de castaños. Aneris lo siguió y se colocó a su lado.

—Encontraré la manera de entrar sin que traicionen la confianza de Agnes.

—Entrando a la fábrica ya estaría traicionando su confianza, Javier —se lamentó Aneris mirando en la misma dirección.

—Cierto, pero de una manera menos sucia. Ya estás en un punto de no retorno y sabes que acabarás entrando en la aceitera de una manera u otra, y no te culpo. Yo, si estuviera en tu lugar, ya habría reventado el candado y tirado la verja abajo.

Ambos rieron. La mano de Javier buscó la de Aneris palpando el aire tímidamente. Cuando la encontró la estrechó con firmeza. Ella recibió el gesto sin oponerse.

—Javier, yo... —consiguió decir Aneris. Se sentía mareada y perdida.

Javier se dio la vuelta y silenció sus palabras plantándole a Aneris un dulce beso. Ella lo miró confusa y, aún con sus labios pegados a los de él,

cerró los ojos, dejándose llevar. «Mi primer beso», se repetía sin cesar.

Los tacones de Agnes irrumpieron en el silencio que los rodeaba, repiqueteando con fuerza sobre el camino pavimentado que conducía a la pérgola de parra. Aneris se apartó bruscamente de Javier y fingió observar las hojas del sauce.

—Es un sauce llorón, Javier. ¿Verdad que es precioso? —dijo acariciando las lánguidas hojas.

—Sí, sí que lo es. —Javier siguió la corriente a Aneris, guiñándole un ojo con complicidad.

Agnes se acercó a los chicos ajena a lo que acababa de ocurrir y se dirigió a Javier con aires de grandeza.

—Y bien, mecánico, ¿tiene solución lo de la bicicleta?

8

Eran las dos de la madrugada y no conseguía pegar ojo. Estaba empapado en sudor y la sábana se le pegaba a la piel. De nada servía tener la ventana abierta de par en par, su habitación estaba en la planta baja y no corría ni una pizca de aire. Los ensordecedores ronquidos de su padre atravesaban las finas paredes de su habitación y tampoco le ayudaban a relajarse, por lo que decidió salir a dar una vuelta.

Caminó por las callejuelas del pueblo sin rumbo fijo y sumido en sus pensamientos. Molina dormía en una apacible calma y tan solo los gatos y perros callejeros se cruzaron ante la mirada perdida de Javier.

Se encontraba cerca de la casa de Agnes, así que decidió caminar hasta allí. Cuando se encontró ante la gran finca miró las ventanas del ático de Aneris y no pudo evitar imaginársela tendida sobre la cama, durmiendo plácidamente sobre las blancas sábanas, con su cascada de pelo rubio cayendo por los bordes del colchón y con una sonrisa en sus labios. La misma sonrisa que él había sembrado aquella misma mañana en sus gruesos y rosados labios.

El problema de la bicicleta resultó estar en la rueda trasera. Había que cambiarla. Él se había ofrecido a conseguirle una a Aneris, ya que su padre, además de trabajar en el taller, se dedicaba a la compraventa de chatarra. No sería difícil encontrarle una rueda de repuesto.

En la clase de pintura Javier había colocado su caballete al lado del de Aneris (quería sentirla lo más cerca posible) y ella había aceptado con una

risita tímida a la vez que juguetona. Toda la clase se había acercado a admirar la gran obra de «su Sirena» (que así es como él la había estado llamando toda la tarde después de que Aneris le dijera el significado de su nombre) y eso le hizo sentir pequeño e inútil, pues el bodegón que él estaba pintando en su lienzo era feo e intrascendente.

Él solo se había apuntado a las clases de pintura para romper con la monotonía de su vida en el pueblo. Desde el fallecimiento de su madre, su día a día se veía inalterable y regido siempre por el mismo patrón: casa-taller-casa-taller. Su padre se había empeñado en ocupar cada minuto libre de su existencia para no sucumbir en una depresión que amenazaba con aflorar en cualquier momento, así que volcó cada minuto de su vida en hacer horas extras en el taller y deambular con la furgoneta en busca de «cosas que puedan interesarle a los demás», arrastrándole a él a aquel círculo vicioso del que su padre ni podía ni se atrevía a salir.

Javier se plantó ante los altos muros de la finca de Agnes y pasó la mano por el firme pavimento blanco, aún caliente por el calor abrasador del día. Caminó en dirección contraria a la casa, arrastrando su mano por la pared, sabiendo ya el pequeño gran paraíso que se ocultaba tras ella. Recordó el beso que le había dado a su Sirena y sintió una punzada de emoción en el pecho.

La muralla de la finca terminó con un corte seco, dando paso al gran solar desamparado y cercado. En su interior, y algo alejada, se hallaba la amplia arboleda de castaños con la gran chimenea apuntando al cielo. La miró meditabundo y decidió rodear el terreno siguiendo la valla.

Cuando llegó a la esquina, el cercado torció hacia la derecha, adentrándose en un gran campo sembrado de olivos. El contraste que había a ambos lados era absoluto: a un lado se apreciaba el arduo trabajo de algún lugareño que combatía diariamente contra los duros factores ambientales para poder pagarse las facturas, mientras que al otro lado de la valla el olvido y abandono total habían brotado en una maraña de maleza amarillenta y seca que casi podía cubrir por completo a una persona.

Javier escrutaba la valla a cada paso que daba buscando algún tipo de anomalía o fisura, pero parecía que aquellos a los que Agnes había encargado la pesada tarea de cercar un terreno tan grande habían hecho bien su trabajo.

El chico ya estaba a punto de cruzar la otra esquina del cercado cuando reparó en que uno de los postes que sujetaban la valla se inclinaba considerablemente hacia el interior del solar, dejando entre poste y poste un

espacio más que franqueable. Con sus callosas y fuertes manos de mecánico zarandeó el poste sintiendo como este cedía hacia dentro cada vez más, haciendo el hueco más grande. Recorrió la barra de hierro hasta su base y, rascando un poco de tierra, encontró que una gran raíz se había abierto paso entre ambos postes, separándolos. Eso es todo lo que la luz de la luna le permitió ver y resultó ser más de lo que habría esperado encontrar.

Se irguió y, con los brazos cruzados, observó satisfecho su gran hallazgo. «Verás cuando le cuente mañana a mi Sirena lo que he descubierto. No se lo va a creer», pensó ansioso imaginando la cara que ella pondría al día siguiente.

V. La fábrica

1

La mañana se había sucedido apacible y amena. El sol se había mostrado implacable y abrasador (acompañado del canto de las chicharras que parecían tener las pilas cargadas para el resto de su existencia) y Aneris y Agnes habían decidido pasar aquellas calurosas horas en el islote de la piscina tomando té frío. Habían reído, habían reñido y habían debatido sobre temas sin importancia, mientras se zambullían en el agua y tomaban un trago revitalizante del fresco jugo color cobre.

En la clase de pintura (la última de aquella semana) Aneris se sentía feliz e integrada con el resto de la clase. Notaba un pequeño quemazón cada vez que su mirada se encontraba con la de Alba, que se mostraba fría y cortante con ella, pero aun así la situación le compensaba.

A su lado tenía a Javier, el único chico que había conseguido despertar las famosas mariposas de su estómago, las mismas que le habían devuelto las ganas de terminar «su gran ola», dándole la gran explosión final que necesitaba. Se preguntó, mientras daba las pinceladas pertinentes al lienzo, cómo algo tan reciente en su vida podía resultarle tan imprescindible de repente. Hacerse tan solo a la idea de perderle le resultaba fatal y devastador. ¿Aquello era amor? ¿Era eso de lo que hablaba el arte, la literatura o la música? Todo era posible.

Alba, que estaba absorta en su tarea en la fila de delante, pensaba en cosas parecidas a las de Aneris. También eran cosas relacionadas con el amor, solo que no poseían un cariz tan bello y romántico. Su mente estaba podrida de envidia y maldad. El profesor, su claro objetivo desde que lo descubrió, se había mostrado más que interesado en Aneris. Lo podía ver en cada mirada, en cada gesto, en cada muestra de aprecio hacia «la nueva». Tenía claro que Aneris había trastocado su vida dos veces en unos días: la primera, al estrellarse contra su coche; la segunda, en intentar ligarse a su querido profesor. ¿Acaso se creía guapa? Peor aún, ¿creía que podía superarla a ella? Ante aquella idea, Alba decidió morderse el puño (más que nada por no explotar en una de sus habituales rabietas histéricas girándose y estampándole el lienzo a la tonta de Aneris en la cabeza) y respirar un par de veces profundamente para controlar su pulso, que había empezado a tornarse

acelerado.

—Sirena... Sirena... —susurró Javier a Aneris con la mirada clavada en su lienzo.

Aneris dejó de pincelar su ola un instante.

—¿Qué? —preguntó paciente, intentando no perder el hilo de lo que estaba haciendo.

—Tengo algo que contarte, sirenita.

—¿Has encontrado una rueda para mi bicicleta?

—Aún no, pero he encontrado algo mejor.

—Sorpréndeme —ordenó ella expectante.

—Anoche encontré un agujero en la valla que rodea el terreno de la aceitera de Agnes.

Aneris abandonó su concentración, relegándola a un segundo puesto, y puso toda su atención en Javier, clavándole su mirada azul y felina.

—¿Qué... qué dices?

—Lo que oyes. Ya podemos entrar sin romper ni forzar cerraduras. ¿Qué te parece, Sirena?

Aneris lo contemplaba con la boca abierta de estupefacción.

—Pero... ¿Cómo ha sido?

—¡Chicos, un poco de silencio, por favor! —ordenó el profesor Hidalgo mientras instruía con un pincel a una mujer mayor que parecía perderse entre los colores de su paleta.

Alba les dirigió una mirada resuelta y risueña a ambos, lo que encendió la furia de Javier.

—Zorra asquerosa... —sentenció él mordiéndose el labio inferior.

—¡Silencio! —dijo el profesor alzando más la voz.

—Perdón —se disculpó Javier guiñando un ojo a Aneris. Ella le respondió con una risilla juguetona.

Pasaron unos treinta minutos hasta que Tomás abrió de nuevo la boca para dirigirse exclusivamente a Aneris. Se sentó sobre su escritorio con su habitual postura, relajada e informal, mientras se apartaba la melena y se ajustaba las gafas con el dedo índice. Carraspeó a propósito, consiguiendo que todos sus alumnos levantaran la vista hacia él en el acto.

—Aneris, ¿puedes venir un segundo? —preguntó.

Todos volvieron la vista hacia ella. Aneris se señaló el pecho con el dedo índice. Javier le dio un pequeño codazo, haciéndola reaccionar.

—¿Yo? —preguntó ella sin comprender.

—Sí, claro. Solo será un momento, por favor.

Aneris dejó el pincel y la paleta en las sujeciones del caballete, encajándolos en ellas de manera delicada, y se limpió las manos apresuradamente con un trapo mojado en trementina que le prestó Javier. Cruzó el aula sorteando a sus compañeros con cuidado para no tropezar con ninguno de ellos y se posicionó ante Tomás, dando la espalda a la clase.

—¿Qué ocurre? —preguntó Aneris casi sin voz. Estaba convencida de que iba a recibir una reprimenda, aun sabiendo que no había hecho nada que lo mereciera.

Las voces de Aneris y Tomás se tornaron prácticamente inaudibles, convirtiéndose en un murmullo ininteligible. Los alumnos volvieron a su trabajo excepto Alba, que los observaba oculta tras su lienzo entornando los ojos e intentando leer los labios del profesor.

—Perra... —masculló Alba. El insulto salió de su boca de manera involuntaria. Se sorprendió.

La cabeza de Aneris asentía con efusividad. Tomás le explicaba algo a «la nueva» gesticulando de manera exagerada con los brazos y con entusiasmo. Alba vio cómo Aneris dio un par de pequeños y ridículos saltitos emocionada, meciendo su larga melena dorada de izquierda a derecha, como si fuera un péndulo. Alba sintió ganas de rociarla con gasolina y prenderle fuego.

—¿Va todo bien, profesor? —preguntó sin saber cómo interrumpirlos.

—¿Perdón? —preguntó Tomás a Alba desde el escritorio.

Aneris se giró hacia a ella y Alba vio un destello de felicidad en sus grandes ojos azules que no le gustó ni un pelo. «¿Qué coño estaba pasando allí?», se preguntó impotente.

Tomás la miró impaciente esperando una respuesta y reprendiéndola con la mirada por haberse metido en una conversación privada. Alba se sintió tan herida que lo dejó pasar.

—Esto, que... Nada. Pensaba que habías dicho algo. Perdona —contestó Alba con un hilo de voz sin saber qué otra cosa decir.

Aneris y el profesor volvieron a retomar su misteriosa conversación y Alba con su ardua tarea detectivesca tras el lienzo. Tomás se puso en pie y tomó el rostro de Aneris entre sus bellas y masculinas manos. Le ladeó la cara levemente y tomó la espesa melena de la chica con una mano, pasándosela de atrás hacia delante y apoyándosela sobre el busto. La peinó con movimientos espasmódicos y rápidos, dignos de un profesional, y se alejó unos pasos para ver el resultado de aquello que se traía entre manos. Alumna y profesor

asintieron satisfechos riendo sin hacer ruido, y dieron la conversación por terminada, dándose un apretón de manos. Alba creía que iba a explotarle la cabeza de furia. Las mejillas las notaba rojas y ardientes, sintió cómo varias lágrimas le resbalaban por ellas. Se escondió por completo tras el lienzo y se las enjugó rápidamente para que Aneris no las viera cuando pasara por su lado. No podía consentir que aquella «paleta asquerosa» supiera que se había venido abajo. Eso le daría más poder.

—Apesta a odio... —rió Javier a sus espaldas.

Alba ni siquiera se molestó en responder. Esperó a que Aneris volviera a su sitio, recogió sus cosas y abandonó la clase con el rostro compungido.

2

En la mesa, mientras cenaban, Aneris puso al corriente a Agnes sobre la proposición que le había hecho Tomás.

—Por tu entusiasmo, entiendo que has aceptado. ¿Me equivoco? —preguntó Agnes mientras se limpiaba los labios con la servilleta dándose pequeños y delicados toquecitos.

—¿Y cómo iba a negarme? —inquirió Aneris soltando los cubiertos sobre la mesa.

Se puso en pie y caminó soñadora de un lado a otro por todo el comedor, con las manos unidas sobre el pecho. Agnes la seguía con la mirada y en silencio mientras escuchaba sus palabras.

—Que Tomás me haya escogido para salir en el cartel de la Feria de Agosto es... —Aneris hizo una pausa como si acabara de recibir la noticia y no pudiera creerlo—. ¡A MÍ! ¡Dios mío!

—Toda Mollina estará empapelada con tu cara, querida —apuntó Agnes desde la silla, encendiéndose un cigarrillo.

—¡Ah! No es eso, no es por la notoriedad. Es el hecho de que alguien con tanto talento como él quiera retratarme. ¡A MÍ! —repitió.

—No seas modesta, cariño. A mí no me engañas. ¿Me vas a decir que no te hace ilusión que un retrato tuyo inunde el pueblo entero? —Agnes se incorporó y se acercó a Aneris—. ¡Feria de Agosto del año 2000! —exclamó abriendo los brazos y alzando la voz, subrayando sus palabras—. Y debajo tu preciosa cara. Tal vez con un lunar pintado aquí... Un clavel rojo a este lado del rostro...

Agnes se había ido acercando a Aneris con cada palabra expresada. La

chica no se percató de ello hasta que la tuvo prácticamente encima y le acarició la cicatriz con dulzura.

—¡No! —gritó Aneris cuando sintió el contacto de los dedos de Agnes sobre la cicatriz—. ¡No la toques!

—Tranquila, querida mía. Estoy curada de espanto y una simple cicatriz no va a escandalizarme. Aunque algo me dice que no es tan simple, es más profunda de lo que se puede ver desde fuera.

Aneris se llevó una mano al rostro, ocultándose la línea rosada que le partía el pómulo en dos. Guardó silencio, mirándose los pies. Toda la alegría que sentía hacía apenas unos segundos se había esfumado de un plumazo.

—Aquí hay algo más que un accidente con la bicicleta, ¿no es así? —Agnes inclinó la cabeza y la miró con compasión—. No te preocupes, querida. Cuando estés lista para contarme tu historia házmelo saber. Estaré encantada de escucharte.

Aneris asintió rápidamente con la cabeza y luego se lanzó a los brazos de Agnes, rompiendo a llorar.

—¿Sabes que es lo peor, Agnes? —preguntó sollozando entre los brazos de la mujer.

—Dime, cariño.

—Que la había olvidado por completo mientras Tomás me explicaba lo del tema del cartel. Es como si se me hubiera borrado de la piel. Si no, ¿cómo iba a querer retratarme con esta cosa asquerosa en la cara? —Aneris se zafó bruscamente de los brazos de Agnes y procedió a retirarse la melena a un lado para mostrar la longitud de la brecha.

Agnes vio un largo rayo de carne rosa, aproximadamente de un centímetro de ancho, abriéndose paso por el cuero cabelludo hasta la zona de la nuca. Se llevó una mano a la boca sorprendida. No sabía que la cicatriz de «su chica» fuese tan extensa.

—¿La ves, Agnes...? ¿La ves...? —lloró Aneris.

Agnes devolvió la melena de Aneris a su posición inicial, tapando aquella carnicería, y la acunó de nuevo entre sus brazos. Meció lentamente a la chica hasta que los sollozos y la respiración de esta empezaron a aplacarse.

—Aneris, precisamente eso es lo que le ocurre a cualquiera cuando te ve. Tu cicatriz se borra, tu belleza la eclipsa. Desaparece en cuanto tus ojos se abren. Se hace invisible. —Agnes tenía los ojos cerrados, como si se encontrara sumida en un profundo sueño.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Aneris sin alzar el rostro.

—Sabes que sí. Yo nunca te mentiría.

Aneris se enjugó las lágrimas tímidamente. Miró a Agnes y, con voz congestionada y temblorosa, le abrió su corazón:

—Agnes, gracias a ti mi vida es un poco menos complicada. Gracias a Dios que he dado con alguien como tú. Me siento tan afortunada... Contigo me siento segura, a salvo. Nunca podré agradecerte todo lo que estás haciendo por mí, nun...

—Shhhh... —Agnes posó el dedo índice sobre sus labios haciéndola callar—. No digas más tonterías. No tienes nada que agradecerme.

Ambas continuaron un rato más abrazadas en silencio. Aneris con expresión serena y relajada. Agnes con los ojos abiertos como platos, incapaz de cerrarlos por el éxtasis de alegría en el que buceaba. «Todo está saliendo a la perfección. ¡Al fin!», se dijo.

3

Javier se presentó por sorpresa en casa de Agnes la mañana del viernes. Venía con una rueda de repuesto para la bicicleta de Aneris. La había encontrado en el garaje de casa donde su padre apilaba toda la chatarra que encontraba. No era nueva y mucho menos bonita. De hecho los radios eran de un plástico blanco que ya amarilleaba por el paso del tiempo, pero tenía las mismas dimensiones que la otra rueda, aunque no casaran en apariencia.

Cuando Aneris abrió la puerta principal y se encontró a Javier su sorpresa fue mayúscula.

—¿Qué haces aquí? —preguntó feliz. Tan ocupada se encontraba buceando en la negra mirada de Javier que no deparó en la rueda que llevaba a cuestas.

—Me he escapado del trabajo un rato. Vengo a traerte esto —dijo mostrándole la rueda un tanto avergonzado por su aspecto—. No es igual que la otra pero servirá.

—¡Oh, gracias, Javier! ¡Gracias! —exclamó Aneris, haciéndose a un lado para invitarle a entrar.

Javier se sintió aliviado al ver lo poco que le importó a su Sirena el aspecto de la rueda y entró a la gran casa enjugándose el sudor de la frente con el antebrazo. Era una mañana extremadamente calurosa. La calima se había instalado sobre el pueblo, amenazando con quedarse varios días y el aire que se respiraba era espeso y muy caliente.

Cambió la rueda de la bicicleta con éxito bajo el gran sauce. Aneris le

recompensó con un corto y frenético aplauso.

—Al fin... —dijo Aneris haciendo girar la rueda nueva—. ¿Quieres más té? Estás sudando. Hoy hace mucho calor, ¿verdad? —preguntó mirando el cielo turbio y gris.

Javier miró la piscina como si estuviera muerto de sed y quisiera beberse toda su agua. Los chorros estaban conectados removiendo el agua en pequeñas corrientes. Se la veía tan fresca y limpia...

—¿Cuánto tardará Agnes en volver? —se atrevió a preguntar con la mirada fija en la piscina. Asqueado, se quitó la camiseta sudada y la arrojó al césped.

Aneris se giró en redondo cuando vio el torso desnudo y sudoroso de Javier. La imagen de aquellos músculos perfectos y perlados por el calor danzaría varios días en su retina. Se cubrió los ojos con las manos y, escandalizada, le preguntó:

—Pero, ¿QUÉ HACES?

—Lo siento, Sirena, pero si no me doy un baño ahora mismo, temo que acabaré derritiéndome sobre el césped de tu querida Agnes y no creo que eso le haga gracia.

—Esto le gustará mucho menos. ¡Me va a matar! —reía Aneris aún con el rostro cubierto y de espaldas a Javier. Oyó cómo el resto de la ropa de Javier continuaba cayendo sobre el césped.

—Solo será un momento, no voy a recrearme. Únicamente necesito refresc... —Javier, que ya se encontraba en calzoncillos, se dio cuenta de que Aneris le daba la espalda visiblemente avergonzada. —¿Qué haces, Sirena?

—¡Me da mucha vergüenza! —gritó Aneris riendo y deseando descubrirse el rostro. Pero aquello era demasiado atrevido para ella—. ¡Báñate ya, por favor! Si Agnes se entera de esto, me echa.

Javier, divertido a la par que impresionado por la extrema timidez de Aneris, corrió y se lanzó sobre ella, abrazándola contra él e inmovilizándola por completo.

—¡No, no, nooooo! —chillaba Aneris pataleando con sus largas y blancas piernas.

—Tú te vienes conmigo —ordenó él sin contemplaciones.

Mientras Aneris intentaba zafarse sin éxito de sus fuertes brazos, Javier la transportó pesadamente hasta el borde de la piscina. Entre gritos y risas sintió cómo su huesudo cuerpo se agitaba contra el suyo como un pez fuera del agua y contempló la posibilidad de no soltarla nunca más. Tenerla junto a él era todo lo que necesitaba en su vida.

—¿Preparada? Tres... Dos... —anunció Javier, exponiendo el cuerpo de Aneris sobre el agua.

—¡Mi ropa, Javier! ¡No puedo bañarme así! —suplicó Aneris, sacudiendo la gran melena y sabiendo que ya no había marcha atrás.

—¿Me estás pidiendo que te quite la ropa? —preguntó Javier a carcajadas.

—¡Noooooooooooooooooooooo!

—Ya decía yo. En fin... Dos... Uno... ¡Cero!

Javier saltó al agua con todas sus fuerzas mientras Aneris se desternillaba de risa entre sus brazos. El agua de la piscina los envolvió por completo, refrescándoles en una nube azul de burbujas. Ambos cuerpos se despegaron para mantenerse a flote.

—¡Estás loco! —señaló Aneris cuando salió jadeante a la superficie.

Javier asentía sin importarle lo más mínimo que Agnes pudiera sorprenderle profanando su lujosa piscina. Necesitaba aquel baño tanto como el aire que respiraba.

—Lo siento, Sirena —se limitó a decir con una sonrisa placentera en los labios.

El agua aplastó la larga cabellera de Aneris sobre su cráneo y Javier apreció cómo la cicatriz del pómulo se extendía hasta la nuca. De sobra sabía que Aneris tenía una gran marca que ella intentaba ocultar con el pelo sin mucho éxito. Había visto en varias ocasiones, cuando el aire le había abierto el cabello en un descuido, cómo la línea rosa del rostro continuaba más allá, pero jamás habría imaginado que fuera algo tan profundo.

Aneris pudo ver cómo Javier clavaba su negra mirada en la cicatriz y cómo su expresión cambiaba a medida que iba descubriendo el resto. Rápida como un rayo se escondió bajo el agua y buceó hacia el otro lado de la piscina.

Javier la siguió nadando torpemente con grandes brazadas. Su Sirena se movía en el agua rauda y ágil como un león marino, por lo que le costó alcanzarla. Cuando la tuvo ante él la sacó del agua y la abrazó. Ella apretó fuertemente su cabeza contra su pecho, haciéndole imposible ver la cicatriz. Javier notó cómo sollozaba.

—Tranquila, Sirena. Sssshhhhh...

Aneris sintió cómo Javier le sujetó el rostro con sus manos fuertes y ásperas. La obligó a mirarlo a los ojos para después acariciarle la cicatriz del pómulo con el dedo pulgar.

—¿Cómo te hiciste esto?

—No... —gimoteó Aneris dejándole hacer—. No me lo hice. Me lo

hicieron.

Javier fue descubriendo la larga línea de carne cicatrizada por el cuero cabelludo, al mismo tiempo que la acariciaba con cariño. Quiso preguntarle más acerca de «lo que le hicieron», pero supo que no era el momento.

—Bueno... No me importa, ¿sabes? —comentó con dulzura mientras besaba la cicatriz de su Sirena. —Toda tú me gustas, Sirena, y una cicatriz no va a hacer que cambie de opinión.

—Yo la odio... —musitó Aneris con los ojos anegados de lágrimas.

—Pues yo no. —Javier acabó de descorrer la cortina de pelo de Aneris, llegando al final de la cicatriz, que parecía no tener fin—. Me estoy enamorando de ti...

Ella lo miró perpleja. Que ella supiera, era la primera vez que alguien sentía ese tipo de amor por ella y, lo mejor de todo, es que ella sentía lo mismo. Él guardó silencio sin esperar a que le respondiera. Tan solo quería seguir mirándola de cerca, perdiéndose en el azul imposible de sus gigantescos ojos.

—Yo también, pero tengo miedo —logró decir Aneris con su habitual vocecita.

—No tengas miedo, Sirena. Yo nunca te haré daño.

Javier la besó con ternura y ella le respondió. Aquel fue el segundo beso que se regalaron el uno al otro, un segundo beso más largo y más intenso. Aneris apreció cómo se le desataba un cosquilleo en el bajo vientre, algo también nuevo para ella. No supo exactamente de qué se trataba, pero sintió una instintiva necesidad de calmarlo. Buscó el cuerpo de Javier bajo el agua y lo abrazó contra el suyo mientras seguían fundidos en aquel beso eterno.

Ajenos a todo, unos ojos curiosos los vigilaban tras el visillo de uno de los grandes ventanales de la vivienda.

—Os habéis equivocado de casa —sentenció en silencio.

Las dos figuras se abrazaron apasionadamente en la piscina, luego se separaron y corrieron bajo el gran sauce.

—Os habéis equivocado de casa —repitió Teresa—. Os habéis equivocado con Agnes.

—¡Pare! Es aquí.

Agnes dio el alto al taxista al pasar por delante de la puerta de casa. Sacó

del bolso una pequeña cartera de piel de serpiente y pagó al taxista el importe exacto. No dejó propina.

—Gracias, señora —agradeció el taxista sin comprobar que el pago fuese correcto.

No era la primera vez que había tenido que llevar a aquella señora de Antequera a Mollina y viceversa, por lo que sabía que la clienta ejecutaba su papel a la perfección: ella le indicaba la dirección, se acomodaba en el asiento trasero tras unas grandes gafas de sol y permanecía en total silencio hasta que llegaban al destino. Luego, pagaba el importe exacto y abandonaba el taxi sin despedirse.

—Que pase un buen día, señora —dijo el taxista por inercia.

Agnes cerró la puerta con brusquedad y entró en casa.

—¡Hola! Ya estoy aquí —saludó cuando llegó al recibidor. Colgó el bolso en el perchero y se dirigió con paso elegante hacia la cocina.

—¿Ya está de vuelta, señora? ¿Cómo ha ido la mañana por Antequera? —preguntó Teresa sin apartar la vista de una gran olla humeante. Vertió varios vasos de arroz y removió el contenido con una cuchara de palo.

—Muy bien, Teresa. La manicura ha quedado impecable, como siempre —dijo Agnes mirándose las uñas perfectamente pintadas y limadas—. Y el peinado... Fíjese, Teresa. Me han quitado diez años de encima.

—Está radiante, señora —afirmó Teresa dedicando un repaso fugaz a Agnes.

—El próximo día viene conmigo y le invito a una sesión de belleza, Teresa. Se lo merece.

La asistenta asintió sin decir nada. Agnes le había dicho eso un millar de veces y ese «próximo día» nunca había llegado.

Agnes aspiró el aroma que comenzaba a inundar toda la cocina. Cerró los ojos embriagada y su estómago rugió. Estaba hambrienta.

—*Risotto* con salsa de setas, ¿me equivoco? —preguntó Agnes acercándose a Teresa.

—Claro, señora. Su plato favorito. ¿No se cansa de comerlo todos los viernes? —rió Teresa.

—En absoluto. Lo seguiré comiendo hasta que lo aborrezca y me den arcadas. —Hizo una pausa para encenderse un cigarrillo—. Por cierto, ¿cómo han ido las cosas por aquí? ¿Y la niña?

Teresa se detuvo un segundo sin saber qué contestar. Tal vez debía ocultarle a su jefa que el mecánico había vuelto por casa, pero recordó que

Aneris le había dicho que ya volvía a tener la bicicleta lista y eso era algo que Agnes acabaría sabiendo.

—Bueno... Vino su amigo el mecánico, Javier, a arreglarle la bicicleta.

El rostro de Agnes se ensombreció.

—¿Y?

—Pues se la arregló con una rueda de repuesto que trajo y... —La imagen de Javier y Aneris besándose en la piscina acudió a su mente en una sacudida — Y se fueron enseguida. Me dijo la niña que volvería para la hora de comer.

—¿Le dijo a dónde iba?

—No, señora. Supongo que habrá ido a dar un paseo con su amigo.

—¿Con este calor? —Agnes tenía las mejillas encendidas por la rabia. El mecánico estaba revoloteando demasiado alrededor de su Aneris y eso no le favorecía en absoluto—. Ese chico no me gusta, es una mala influencia. A la niña puede darle un golpe de calor y...

Teresa removía el arroz lentamente. Recordó cómo Aneris le había dicho que volvería a la hora de comer y que después había abandonado la casa de la mano de Javier. Ambos reían y ella iba completamente empapada, aún llevaba puesta la ropa con la que se había bañado en la piscina. Teresa se vio obligada a limpiar los charquitos de agua que Aneris había ido dejando por toda la casa, aunque no se lo reprochó: eran cosas del amor y Teresa sabía de eso. Todavía podía recordar con todo lujo de detalles lo loca que se volvió cuando su marido y ella se enamoraron y, ahora que estaba muerto, se preguntaba si no tendría que haberse vuelto más loca aún.

—A mí me parece un buen chico, señora. Debería estar tranquila — concluyó Teresa sabiendo que a su jefa no le gustaba ningún ser del género masculino, tuviese buen corazón o no.

Agnes no contestó. Abandonó la cocina en silencio y visiblemente enfadada.

Teresa tampoco dijo nada más. Se limitó a negar con la cabeza mientras observaba a Agnes alejarse hacia el salón con paso acelerado.

5

—Mira, es aquí —indicó Javier señalando el poste inclinado.

—Vaya... —observó Aneris.

—¿Ves? La raíz ha crecido hacia fuera y ha debilitado los anclajes del poste —explicó él empujando el poste que cedió sin rechistar—. Por este

hueco pasamos perfectamente. ¿Qué me dices? ¿Te atreves a echar un vistazo?

Aneris meditó la posibilidad de volver sobre sus pasos hasta casa y respetar la prohibición de Agnes, pero aquel hueco la invitaba a entrar para remover en las viejas y dejadas entrañas de la arboleda de castaños y no pudo resistirse.

—Pero... sin estropear nada, ¿eh? —dijo finalmente.

—¿Para qué voy a querer yo romper nada que ya está roto y viejo?

—Bueno, yo solo quiero que no se note que hemos estado aquí. ¿De acuerdo?

Javier asintió conforme y ambos se deslizaron cuidadosamente por el hueco, adentrándose en el solar.

La hierba alta les rozaba las mejillas. Era amarilla y estaba prácticamente seca. Tenían que abrirse paso a través de ella apartándola con las manos, como si se tratase de grandes cortinas pajizas y crujientes. No había un camino definido en el suelo por el que guiarse, de modo que tomaron como punto de referencia la arboleda, que cada vez estaba más cerca, aumentando de tamaño ante ellos. Las chicharras, que cantaban como locas, enmudecían cada vez que uno de ellos daba un paso. Aneris se preguntó apenada si no habría aplastado a alguna con sus mojadas zapatillas. Esperó que no fuera así.

La espesa masa de maleza seca terminó prácticamente en un corte limpio, dando paso a un suelo arenoso. Los castaños salpicaban el terreno, oscureciéndolo. El viento ululaba entre sus hojas, provocando un susurro áspero y fresco, y enterrada entre ellos dormitaba la aceitera. Era una edificación muy simple de dos plantas con forma rectangular. Las hiedras silvestres habían trepado a sus anchas por las paredes de ladrillo visto, dándole un aspecto salvaje y las ventanas de la planta baja estaban tapiadas con descamados listones de madera, mientras que las del piso superior conservaban algunos trozos de los cristales originales. Tras el gran bloque de ladrillo se alzaba sinuosa la chimenea.

Aneris notó un escalofrío. Bien porque seguía empapada, bien porque aquel sitio resultaba más tétrico de lo que había apreciado desde su ático.

—Mola, ¿eh? —observó Javier siguiendo con la mirada las hileras de hiedra que se perdían en el tejado.

—Da un poco de miedo... —contestó Aneris frotándose los brazos para quitarse el bello erizado.

Se acercaron al antiguo edificio abrumados por el aire fantasmagórico que exudaba este por cada uno de sus ladrillos.

—Tiene que haber alguna forma de entrar —dijo Javier con los brazos en jarra estudiando una de las ventanas tapiadas—. Estos listones de madera están podridos y seguro que hay alguno suelto.

Javier se agarró a uno de ellos y empezó a tirar con fuerza.

—¡No, Javier! —le espetó Aneris sujetándole del brazo para intentar frenarle.

—Bueno... —Se sacudió las manos en los pantalones—. Debe de haber una puerta principal. Voy a bordear el edificio a ver si la encuentro. ¿Me acompañas?

—No, yo me quedaré aquí inspeccionando. Si la encuentras, avísame. Y, por favor, nada de romper ventanas...

Javier le guiñó un ojo y desapareció por una de las esquinas del edificio.

Aneris caminó junto a la pared pasando la mano por la fachada, intentando impregnarse de toda aquella esencia tan enigmática que destilaba la vieja fábrica. «¿Cómo no iba la gente a inventar historias sobre aquel lugar?», se preguntó. Lo raro es que no hubiera más leyendas. Dos le parecían pocas.

Con los dedos rozó algo metálico que se escondía tras una ramificación especialmente espesa de hiedra. Apartó las ramas, despegándolas con cuidado de no romperlas, y dio con un pequeño rótulo de metal comido por el óxido en el que aún se podía leer: **Año 1907**. Encima de este había otro rótulo más grande, pero que quedaba fuera de su alcance debido a la altura en que lo habían colocado. Solo podían leerse algunas sílabas, otras estaban cubiertas por la planta trepadora: **Fáb ca A itera Peñ . M lina**.

—Fábrica Aceitera Peñas. Mollina —adivinó Aneris en voz alta.

Siguió inspeccionando la pared hasta que a pocos centímetros se encontró con un gran portal de madera antiquísimo compuesto por dos alas. Aquella debía ser, por fuerza, la entrada principal.

—¡Javieeeeeeeeeeeeeeeeeer! —gritó. Luego se llevó una mano a la boca como si el grito hubiera escapado de manera involuntaria. Se castigó mentalmente por haberlo hecho. ¿Y si alguien los había oído?

Javier apareció a los pocos segundos por la esquina por la que había desaparecido. Venía corriendo.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Estás bien? —preguntó sudando. Hacía muchísimo calor y Aneris se había secado casi por completo sin darse cuenta.

Ella se puso el dedo índice en los labios clamando silencio y lo guió hasta su hallazgo.

—Mira... —le susurró.

Las puertas de la entrada principal estaban unidas con un vasto y oxidado candado cerrado sobre dos argollas muy gruesas, una por cada puerta. Una vieja cadena había sido enroscada sobre las argollas para dar una mayor apariencia de seguridad.

Javier tiró de la cadena y esta resbaló por los aros sin resistencia.

—¡Madre mía! Menuda chapuza... —rió Javier.

Entonces empujó la ranura en la que se unían las dos grandes puertas y cedió con un chirrido hacia el interior del edificio hasta que el candado hizo tope.

—Mierda —masculló Javier—. Tenía la esperanza de que estuviera también de adorno.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Pues romperlo, Sirena.

—Te he pedido que no...

—Vamos a ver. ¿Quieres entrar o no? Si quieres hacerlo, habrá que romper algo. No van a dejarte las puertas abiertas de par en par para que hagas una visita guiada... —Javier estaba ligeramente molesto—. Así que decídete.

Él la miró impaciente, cruzándose los brazos sobre el pecho.

—Vale, vale. Pero intenta no tirar la fábrica abajo...

Javier se dio la vuelta y empezó a husmear entre algunos escombros que habían desperdigados allí y allá. Aneris lo miró nerviosa mordiéndose las uñas. Aquello no estaba bien.

—Esto me servirá —exclamó Javier triunfante, alzando una gran tubería de acero.

—¿Vas a hacer palanca?

—Exacto.

Introdujo la tubería entre las argollas y el candado, la sujetó firmemente con sus fuertes manos y flexionó las rodillas.

—¿Te ayudo? —preguntó Aneris temiendo que Javier se lastimara.

—¿Es que quieres romperte la espalda? No te preocupes. Y ahora... apártate.

Aneris se hizo a un lado dispuesta a ver como «su hombre» se disponía a hacer gala de sus habilidades de tipo duro.

—A la de una... A la de dos... ¡Y a la de tres! —Javier profirió un grito mientras hacía fuerza hacia un lado. Sus tríceps se tensaron a medida que la tubería chocaba contra la argolla—. Vaaamoooooooooosss...

Se oyó un chasquido metálico y una de las argollas se partió por la mitad.

El candado, en cambio, quedo colgando de la otra arandela.

—¡Bien! —exclamó Aneris.

Javier, perlado de sudor y jadeoso, se giró y dijo:

—Anda, mira, la que no quería romper nada se alegra de que haya reventado la puerta.

Aneris rió con una risilla maléfica y se apresuró a abrir las puertas.

La fábrica se hallaba sumergida bajo un silencio espectral. De lejos, el canto de las cigarras intentaba penetrar por las ventanas tapiadas con poco éxito. Unas pequeñas ventanitas rectangulares, situadas a escasos centímetros del techo, dejaban pasar luz suficiente del exterior como para no tropezar con los escombros. El suelo estaba repleto de cristales rotos, de fluorescentes que se habían desprendido del techo y de herramientas oxidadas que en otro tiempo debieron ejercer un papel importante en la elaboración del aceite. Aneris esperaba encontrar tanques, cintas transportadoras y largas mesas con máquinas antiguas. En definitiva, todo aquello que podía poseer una fábrica de tal magnitud, pero, para su disgusto, y como le había dicho Agnes, la aceitera se hallaba en un estado ruinoso.

La sala principal era de grandísimas dimensiones. Los techos eran altísimos y grandes cáscaras de pintura seca se desprendían de las paredes. Allí las alimañas parecían haber encontrado su nido perfecto para vivir. Junto a los cristales rotos del suelo, Aneris vio pequeñas bolitas negras esparcidas por todas partes: eran excrementos de rata. Las arañas, en cambio, habían optado por aposentarse en las esquinas tejiendo gigantescas trampas para las polillas.

—¡Vaya! —exclamó Javier mirando a su alrededor—. ¿Lo imaginabas así? Su voz rebotó contra paredes y techos con un largo eco.

—Bueno, creía que Agnes había exagerado diciendo que entrar aquí podía ser peligroso. Pensé que quería quitarme la ilusión por alguna razón que desconozco, pero... tenía razón. Esto es una ruina.

—Claro, quería disuadirte para que no encontráramos a la chica emparedada —rió Javier. Corrió hacia una de las paredes y empezó a dar golpecitos con los nudillos mientras aguzaba el oído.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Buscando un falso muro. Si suena a hueco ya sabes por dónde tenemos que empezar a picar...

Aneris lo apartó de la pared con enfado.

—¡Te estaba tomando el pelo, Sirena! Venga, sigamos inspeccionado.

Al final de la estancia había dos grandes arcos que habían sido tapiados con hormigón. Javier golpeó el muro con un puño y negó con la cabeza.

—Esto lo han cerrado a conciencia. Me parece que nos quedaremos con las ganas de ver el piso de arriba.

—¡Oh, no! —se lamentó Aneris—. ¿Estás seguro de que no se puede acceder por otro lado?

—¿Ves alguna escalera por alguna parte?

Era una pregunta retórica. No, no la había y ambos lo sabían.

Se adentraron en varias habitaciones anexas a la sala principal. Todas ellas carecían de puertas y de interés.

Lo único que les quedaba por investigar era una puerta de metal negra que se hallaba entreabierta en la otra punta de la gran sala.

—Bueno, continuemos por aquella puerta. A ver dónde nos lleva...

Juntos emprendieron la marcha a través de la larga y silenciosa fábrica. Si no encontraban pronto algo interesante, deberían abandonar la expedición por falta de interés. Visto aquello, visto todo.

Javier se puso por delante de Aneris, en un acto inconsciente para protegerla, y empujó la puerta de metal con el pie. Esta se abrió de par en par, dando paso a un amplio y largo pasillo.

—¿Ves lo que hay al final? Creo que ya sé a dónde va a parar esto... —apuntó ella señalando el fin del corredor.

—¿A dónde?

—Ahora sígueme tú a mí. —Aneris se puso delante de Javier y tiró de él, segura de su presentimiento.

El pasillo conducía a un pequeño patio interior y en él se encontraba la gran chimenea de ladrillo rojo que tanto había fascinado a Aneris. La entrada, recortada perfectamente en el ladrillo, también estaba cerrada. En este caso por otra puerta metálica y pesada sellada con varios candados.

—¿Buscamos otra tubería para hacer palanca? —se atrevió a preguntar ella.

Javier la miró con asombro.

—¿Bromeas? Esas bisagras están ancladas en el cemento de la pared y las otras dos soldadas a la puerta. Aquí no hay nada que hacer a no ser que encuentres dinamita o las llaves de los candados.

—Es que... No sé... Esperaba más de este lugar. —Se acarició la larga melena autoconsolándose—¿Y qué crees que habrá detrás?

—¿Te soy sincero? Hollín y mucha mierda.

—Bueno, volvamos entonces.

—Sí, será lo mejor. Esta escapadita me va a costar horas extras... Estaré muy ocupado por la tarde, pero por la noche, después de cenar, he quedado con unos amigos para jugar al billar en un *pub* muy cerca de aquí. ¿Te gustaría acompañarme? A mí me encantaría. —Las mejillas de Javier se sonrojaron.

—¿Tus amigos? No sé, me da un poco de corte...

—Tonterías, estaré contigo todo el tiempo. No te preocupes, Sirena. —Él le sonrió y se acercó a ella para brindarle un pequeño pero cariñoso beso—. Y ahora, salgamos de aquí.

6

Cuando observó tras el espejo empotrado la forma en la que Aneris se miraba en él, Agnes supo que su querida inquilina estaba enamorada. Se había hecho ya tres peinados y ninguno de ellos parecía convencerle, en la mirada azul de la chica había un gran deseo de gustar. Al final optó por dejarse la larga melena suelta. «Así es como más guapa estás...», se lamentó Agnes en silencio.

Aneris se dirigió a la cómoda y de uno de los cajones extrajo un pequeño neceser con maquillaje. Sacó unos polvos y una brocha y se los aplicó en los pómulos ante el espejo empotrado. Agnes se estremeció al ver el rostro de su querida tan de cerca. La chica repasaba cualquier exceso de colorete que pudiese haber quedado en sus mejillas, aplastando el rostro casi en el espejo. Agnes se sintió abrumada por aquella mirada helada y la acarició tras el cristal imaginando que la tocaba. Inmediatamente las lágrimas emergieron en respuesta a su anhelo por poseerla y tuvo que llevarse una mano a la boca para mitigar unos sollozos que no podía controlar. Aneris, ajena a que todos sus movimientos estaban siendo controlados, se aplicó un poco de máscara de pestañas y brillo en los labios mientras canturreaba una cancioncilla marinera gallega.

—*Catro vellos mariñeiros... Catro vellos mariñeiros... Todos metidos nun bote...*

De repente, el espejo en el que se estaba viendo reflejada tembló levemente. Aneris se paró en seco y enarcó una ceja. Miró a su alrededor, como si esperara a que se sacudiera un terremoto, pero no ocurrió nada más. Curiosa, plantó una oreja en la fina lámina reflectante y aguzó el oído unos segundos. Agnes, que se encontraba al otro lado con los ojos abiertos como

platos, muerta de miedo por ser descubierta, se maldijo en silencio por haber estornudado. Apretó los párpados y esperó a que Aneris cogiera una silla y la estrellara contra el espejo, destapando su secreto, pero no ocurrió nada. La chica movió la cabeza, restándole importancia a lo sucedido, y volvió a la cómoda para guardar el neceser. Agnes se quitó las manos de la boca y empezó a aspirar grandes bocanadas de aire, sintiéndose a salvo.

—*Voga, voga, mariñeiro, vamos pra Viñei...* —Aneris se detuvo en seco cuando sus manos rozaron la pequeña caja de madera que guardaba en lo más profundo del cajón. No la había abierto desde el día del viaje.

Agnes observó cómo el rostro de su alquilada se ensombreció de repente al extraer una cajita de madera de la cómoda. Toda la luz que irradiaban sus ojos segundos antes había desaparecido, dejando paso a una sombría tristeza.

Aneris se sentó en la cama y abrió la caja. Del interior sacó un papel que desdobló cuidadosamente y miró unos minutos mientras guardaba silencio.

—¿Qué te hace sentir tan triste, querida? —susurró Agnes muerta de curiosidad, acercándose al espejo todo lo que podía.

Como si Aneris la hubiese oído temiendo ser descubierta, arrugó el papel frenéticamente y lo devolvió a la caja. Luego cerró la cómoda con brusquedad y abandonó la habitación.

Agnes escuchó desde su pequeño mirador magistralmente oculto cómo cerraba la puerta con llave con una agresividad impropia en ella. Sus pasos se perdieron escaleras abajo y, cuando escuchó cómo abandonaba la vivienda por la puerta principal, salió de su escondite.

—Veamos qué es eso que tanto te cabrea, cariño... —murmuró Agnes con una risilla mientras sacaba el manojito de llaves para volver a profanar la habitación.

Ni el efecto de los tres chupitos de tequila que ya había tomado como si fueran agua conseguían apaciguar la rabia que la pudría por dentro como una necrosis.

Su madre, que tenía un amigo que trabajaba en la Concejalía de Festejos, había comentado mientras cenaban en familia que Tomás Hidalgo se iba a hacer cargo ese año de diseñar y pintar el cartel de la Feria de Agosto. Alba, en cuanto escuchó el nombre de su querido profesor, decidió prestar atención a lo que su madre les estaba exponiendo y, en cuanto supo que la chica gallega

había sido elegida por él para retratarla, entró en cólera y corrió al baño para vomitar la cena.

Mientras se aferraba a la tapa del inodoro con la frente perlada de sudor recordó la charlita secreta que él y Aneris mantuvieron en clase. No podía creerlo. ¿Cómo había podido fijarse Tomás en «la nueva» antes que en ella? ¿Acaso había pasado por alto la fea cicatriz que tenía en la cara? O peor aún, ¿había obviado lo preciosa que era ella? ¿Y qué había entre ellos? No podía estar cien por cien segura de que «la paleta» de Aneris se hubiera tirado a Tomás, ya que la chica parecía necesitar algún tipo de medicación y no la veía capaz de hacer algo así, pero si no había sido de aquella manera, ¿cómo demonios lo había conseguido?

Alba pidió al camarero que le sirviera un Martini con limón y se encendió un cigarrillo con una mueca de amargura. Había hecho grandes planes para aquella noche. Había quedado con unas amigas de Antequera para ir a una famosa discoteca de Ronda, pero cuando acabó de devolver la cena se sintió triste y desanimada, por lo que ir al *pub* del pueblo a ahogar sus penas entre alcohol y cigarrillos se le antojaba una mejor idea.

—Deberías bajar el ritmo. Si sigues así tendré que verme obligado a llevarte a casa —le aconsejó el camarero.

Alba ni se molestó en contestarle. Simplemente lo miró con desdén y le exhaló el humo del cigarrillo en la cara.

Un grupo de chicos irrumpió en el bar entre horcajadas y risas bobaliconas. Alba desvió la mirada en dirección a ellos y, cuando vio que Aneris se encontraba entre el tumulto cogida de la mano del mecánico, sintió un fuerte impulso de coger la copa y reventársela en la cabeza.

—Zorra de mierda... —susurró.

8

Agnes se hallaba sentada en la cama de Aneris con el papel arrugado entre sus manos. Le temblaba el pulso y le sudaban las palmas por el fuerte contenido que sujetaban aquellas líneas.

—No es posible. Esto no puede ser cierto... —se decía una y otra vez intentado asimilar sin éxito lo que acababa de averiguar.

Arrugó el papel intentando darle la forma en la que Aneris lo había dejado, alisó las sábanas para no dejar constancia de su visita y cerró la puerta con

llave.

9

Aneris tardó un rato en percatarse de que Alba la fulminaba con la mirada desde una zona oscura de la barra. Javier, en cambio, la había visto nada más entrar en el local, pero como Aneris estaba integrándose con sus amigos prefirió no añadirle más tensión a la situación.

—Javier, mira cómo me mira. Me odia —dijo Aneris arrastrando a Javier a un rincón donde nadie pudiera oírles.

—Bah, Sirena, no le hagas caso. Es una zorra amargada y envidiosa. —La tranquilizó él acariciándole el pelo.

—Pero es que no me gusta que alguien sienta tanto odio por mí. Me duele...

—¡Ni caso, olvídate de ella! Estás aquí conmigo y con mis amigos a los que, por cierto, les pareces muy guapa y simpática.

—¿En serio? —Aneris sintió que se moría de vergüenza y de emoción al mismo tiempo.

—¡Claro! Y encima en agosto podré fardar de chica cuando tu cara esté por todo el pueblo. —Se encendió un cigarrillo con un gesto tan seductor que Aneris tuvo que controlarse para no saltarle al cuello—. Y ahora, si me lo permites, vamos a darles a estos palurdos una paliza al billar. Tú vas conmigo.

—Pero si yo nunca he jugado... No sé ni coger el palo, Javier... —protestó ella.

—Tranquila, a mí se me da fatal.

Durante la primera hora Aneris consiguió olvidarse por completo de la silueta oscura que observaba cada gesto que hacía, cada carcajada que profería, cada cosa que decía. Los amigos de Javier se mostraron muy interesados en ella. Para todos Aneris era una gran caja de sorpresas. Era una novedad a la que interrogar. Javier se sintió feliz al contemplar aquella estampa. Las cosas le estaban yendo muy bien desde que la Sirena había aparecido en su vida. Todo brillaba de repente.

Aneris se había animado a compartir una cerveza con Javier. Ella no bebía nunca, el olor a alcohol le recordaba a la dura enfermedad que había sufrido su padre, pero se vio tan animada y desinhibida que sorbió varios tragos mientras se turnaban en la partida. Al fin, se vio obligada a ir al baño, ya que sentía que la vejiga le iba a estallar.

—Voy al baño, Javier. Me estoy haciendo pis.

—No tardes, en breve nos toca a nosotros —le contestó Javier.

Aneris se abrió paso entre un par de grupos de personas que charlaban animadamente con sendas copas en las manos y entró al servicio. La música del *pub* se ahogó tras la puerta abatible y sintió cierto alivio, pues no estaba acostumbrada a que sus oídos fueran invadidos con música tan alta y pesada. Se miró al espejo comprobando que el maquillaje siguiera en su sitio y se apresuró a entrar al baño. Vacío su vejiga con rapidez, sintiendo cómo un gran peso se liberaba de ella y se tomó unos segundos para comprobar si le volvían a venir ganas de orinar.

La puerta abatible del servicio se abrió, dejando pasar un chorro de música. Después, unos nudillos golpearon la puerta del baño.

—¡Ocupado! —se limitó a contestar Aneris.

A través de la puerta escuchó cómo unos pasos merodearon por el servicio. Luego la puerta abatible volvió a abrirse y, cuando volvió el silencio, Aneris tiró de la cadena y salió del baño.

Apretó el dispensador de jabón que había al lado de la pica para lavarse las manos y, cuando alzó la mirada hacia el espejo, comprobó que aquella persona que había entrado hacía escasos segundos se había tomado la molestia de dejarle un pequeño mensaje escrito con barra de labios color rojo.

«Frankenstein ¡Comepollas!»

Aneris retrocedió horrorizada con las manos chorreando jabón. Ni falta le hizo saber quién era la autora del mensaje. Rápidamente se lanzó contra el espejo, esparciendo aquellas letras rojas y torcidas con manos trémulas. El mensaje empezó a convertirse en una masa rojiza de espuma. No tenía ninguna intención de limpiar aquello. Con lograr que aquellas palabras dejaran de tener sentido le bastaba.

La puerta del servicio volvió a abrirse, esta vez con una notable timidez. La voz de Javier se coló por la rendija.

—¿Va todo bien, Sirena?

—¡Sí! —se apresuró en contestar—. ¡Ya salgo! ¡Me estoy lavando las manos!

Aneris se enjuagó rápidamente con agua limpia. Miró el espejo, cerciorándose de que el mensaje ya no era legible, y salió de allí a toda prisa

mientras se daba palmaditas en los tejanos para eliminar el exceso de agua. Javier la estaba esperando al otro lado de la puerta.

—¡Vamos, espabila! Es nuestro turn... —Javier detuvo su discurso. El rostro de Aneris estaba más pálido de lo habitual y sus ojos estaban enrojecidos a punto de estallar en lágrimas—. Sirena, ¿te encuentras bien?

Antes de contestar Aneris paseó la mirada por el *pub*. Alba seguía sentada junto a la barra y la miraba desafiante. Estuvo a punto de contarle a Javier lo sucedido, pero por alguna extraña razón, un miedo atroz le hizo cambiar de opinión.

—No, no me siento bien. He vomitado, creo que la cerveza se me ha subido a la cabeza. Nunca bebo, así que...

—¿Quieres que te compre una botella de agua fresca? Te sentará bien.

—No, lo que quiero es irme a casa. Lo único que me apetece es meterme en la cama. Me da todo vueltas...

En cierto modo así era. Se sentía mareada y aturdida, aunque poco tuviera que ver la cerveza. Javier no intentó hacerle cambiar de opinión, todo lo contrario, le pasó un brazo por encima del hombro y se despidió de sus amigos.

—Voy a acompañarla a casa. Luego vuelvo —le dijo a uno de ellos.

El amigo frunció el ceño, contrariado. Javier hizo un gesto a espaldas de Aneris para aclararle la situación, llevándose el dedo pulgar varias veces a la boca. «Va bebida», quiso señalar.

Una vez fuera Aneris sintió cómo la mirada de Alba dejaba de taladrarle la nuca. La tensión que sentía fue diluyéndose poco a poco a medida que se alejaba del *pub*.

—¿Mejor? —preguntó Javier con una sonrisa para animarla.

—La cabeza aún me da vueltas, pero prefiero el aire fresco al aire viciado y cargado de allí dentro.

—¿Cómo se nota que no estás acostumbrada a salir! —rió Javier.

—Ni ganas de acostumbrarme...

Javier soltó una carcajada y Aneris fingió reírse también. Cuando llegaron a casa él le sugirió continuar con el paseo, pero Aneris rechazó la invitación en el acto.

—Otro día, mejor. Ahora solo quiero acostarme. —Era realmente cierto, quería acostarse y también llorar. Estaba deseando perder a Javier de vista porque no sabía cuánto tiempo podría seguir montando aquel teatro.

—Vale, vale. Ya te dejo en paz... Mañana me espera un duro día de

trabajo. Tengo que recuperar las horas perdidas de hoy y, como es sábado, por la noche intentaré llevar a mi padre a cenar a algún sitio medio decente. El pobre lo necesita... ¿Te veo el domingo?

Aneris asintió sin decir nada.

—De acuerdo, que descanses. Buenas noches, Sirena.

Javier la besó en los labios para despedirse y se alejó por la avenida.

10

Las palabras de la nota resonaban una y otra vez en la mente de Agnes, impidiendo que conciliara el sueño. Lo que había leído en aquel desgastado trozo de papel la había revuelto por dentro. ¿Podría aquello cambiar el curso de sus planes? Hasta ahora lo único que se había interpuesto entre ellas había sido la aparición del maldito mecánico que, con su actitud de macho alfa (propia de los hombres), distraía a su querida Aneris. Pero aun así...

La puerta principal se cerró de un portazo, quebrando el silencio que reinaba en la casa. Agnes se quedó quieta en la cama preguntándose qué demonios le habría pasado a Aneris para que se comportara de aquella forma, eludiendo el descanso de su casera.

Un llanto surgió de la garganta de la chica. Agnes se enfundó rápidamente en un liviano camisón de seda y se precipitó escaleras abajo.

Aneris se encontraba de espaldas a ella contra el gran portón de madera. Apoyaba la frente y las manos contra la puerta mientras sus hombros subían y bajaban impulsados por los profundos sollozos que profería. Agnes se abalanzó sobre ella y la abrazó contra sí. Aneris no se opuso.

—¡Aneris, cariño! ¿Por qué lloras, querida? ¿Qué ha pasado?

—Ag... Agnes...

—No se habrá propasado ese mecánico contigo, ¿no? —En el fondo deseaba que así fuera. La maldita piedra que había en su camino se habría quitado del medio por voluntad propia.

—No. Ha sido ella... —dijo con voz queda mientras se dirigía a la gran escalera de mármol.

Agnes la cogió del brazo y la acompañó hacia el ático en silencio. Una vez allí se sentó junto a ella en la cama y la acomodó contra sí para darle cobijo y seguridad. La respiración de Aneris comenzó a serenarse poco a poco.

—¿Y bien? ¿Quieres contarme lo que ha pasado? No puedo verte así, cariño. Se me parte el alma en mil pedazos.

—Fuimos a un *pub*, uno que está en esta misma calle. Resultó que allí estaba Alba y, bueno, ya sabes la poca simpatía que siente por mí...

—Ajá.

—Yo lo estaba pasando muy bien con Javier y sus amigos. Jugábamos al billar hasta que... Tuve que ir a hacer pis y cuando salí del baño para lavarme las manos me encontré con que alguien había dejado un mensaje en el espejo. Sé que fue ella.

—¿Y qué ponía en el mensaje exactamente? —El tono de voz de Agnes empezaba a ensombrecerse.

Aneris vaciló un segundo. Le costaba verbalizar una expresión tan fea y vulgar.

—Frankenstein. Co-Comepollas.

Agnes sintió que la ira la cegaba.

—¿Estás segura de que fue ella, querida? Piénsalo.

—Sí. Antes de entrar al baño ya me llamó la atención el pintalabios que llevaba puesto, de un rojo muy intenso. Era el mismo color con el que habían escrito el mensaje en el espejo. Además, ¿quién sino iba a querer insultarme de ese modo? —La voz se le quebró y se llevó la mano a la cicatriz para esconderla.

—¿Y de eso cuánto hace?

—Pues poco. En cuanto he visto el mensaje le he dicho a Javier que me encontraba mal y me ha acompañado hasta aquí.

Agnes se levantó lentamente de la cama. Se sentía mareada y tuvo miedo de caerse, por lo que tuvo que dar dos grandes bocanadas de aire para tranquilizarse.

—Querida, ¿sabes qué día es mañana?

Aneris se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Mañana ya hará una semana que estás aquí y quiero que lo disfrutemos juntas y en paz. He reservado sitio en un lugar que sé que te encantará y no quiero que la hija de puta esa nos lo estropee. Así que lo mejor que podemos hacer es irnos a dormir y dejar de hablar de esa cerda envidiosa, ¿qué te parece? —La voz le temblaba, al igual que el resto del cuerpo, pero Aneris no pareció percatarse, estaba muy ocupada enjugándose las lágrimas.

—Me parece genial, Agnes. Muchas gracias —contestó sin entusiasmo.

—Bien. Descansa, querida.

Agnes se dirigió a la puerta, no sin antes dedicar una mirada fugaz al espejo empotrado.

Alba tenía más aguante con el alcohol del que Agnes esperaba. Estaba harta de esperar allí a oscuras de pie, cobijándose de la luz de las farolas bajo un jazmín que había crecido descontroladamente por la tapia de un patio. Quería pasar desapercibida y se había ataviado con un pañuelo azul marino alrededor del rostro. Eran las dos y media de la madrugada y aquella niñata malcriada seguía bebiendo Martinis en la barra del *pub*.

—¡Venga ya, joder! Termina ya —murmuró Agnes con impaciencia.

Una hora antes había visto salir del *pub* a Javier con sus colegas. Esperó verlo feliz, ebrio y cogido del brazo de alguna chica, pero no fue así. El mecánico había abandonado el local un tanto alicaído mientras sus amigos intentaban animarle dándole palmaditas en la espalda. ¿Acaso se sentía así por la repentina marcha de Aneris? Si ese era el motivo, Agnes se veía obligada a admitir que tal vez se tratase realmente de un buen chico, pero, al mismo tiempo, eso le hacía más peligroso. Un amor tan joven, noble y sincero podía volver loco a cualquiera y Aneris podría terminar por abandonarla.

Perdida en sus cábalas, Agnes no advirtió cómo Alba pagaba al camarero para abandonar el *pub*. Solo cuando se abrió la puerta del local y la música taladradora del interior inundó la calle volvió en sí. En sus labios se esbozó una sonrisa mezquina.

La chica cruzó la avenida para acceder a la calle Real. Sobradamente, Agnes sabía dónde vivían los Jiménez, de modo que continuó oculta bajo el jazmín hasta que Alba desapareció tras la esquina de la calle. Luego, silenciosa, emprendió su marcha tras ella. Se había molestado en dejar olvidados sus amados tacones en el fondo del armario y en su lugar se calzó unas cómodas manolequinas. Sabía muy bien cómo iba a castigarla por haber insultado a su querida Aneris y no quería que sus pasos la descubrieran antes de tiempo.

Alba llegó a la altura del cuartel de la Guardia Civil y giró a la derecha por una callejuela oscura. En cuanto desapareció tras la esquina, Agnes aceleró el paso tan rápido como pudo. Llevaba un gran bolso tipo bandolera con tres generosas piedras que había recogido del jardín al salir de casa. El bolso se balanceaba estrellándose contra su cadera a cada zancada que daba, provocándole un dolor penetrante allí donde las piedras chocaban. Luciría unos bonitos morados durante unas semanas, pero para ella serían como unas

heridas de guerra, unas heridas de las que podría sentirse orgullosa.

Agnes se asomó con precaución a la esquina de la calle por la que Alba había desaparecido y la vio andando con dificultad por el centro de esta. Al parecer, a la niñata se le estaba acumulando el alcohol en el torrente sanguíneo y cada vez le era más complicado mantener el equilibrio. Eso la hacía vulnerable y le facilitaba la faena a Agnes. Miró fugazmente a su alrededor cerciorándose de que no hubiese nadie y, rápida como un rayo, corrió hacia Alba mientras sacaba hábilmente una de las piedras de la bandolera.

Alba, que bastante preocupada estaba intentando enderezar sus pasos y controlar las náuseas que le emergían del estómago, no se percató de que una silueta negra se le acercaba a toda velocidad con un brazo alzado. Tan solo fue consciente de que no estaba sola cuando alguien tras ella le espetó:

—¡Eh, oye!

Alba se giró pesadamente y algo que le pareció rasposo y duro se estrelló contra su rostro con fuerza. Sintió un terrible dolor en la nariz y la sangre emanó a borbotones de ella. Aquello que la había golpeado aplastó también su labio inferior contra los dientes, notando cómo cortaba la carne a su paso. Ni siquiera le dio tiempo a gritar. Se desplomó sobre el asfalto con las manos en la cara mientras jadeaba intentando no ahogarse con su propia sangre.

Agnes la miró llena de satisfacción. Una de las mejores sensaciones del mundo era la de cobrarse una venganza. Cuando Alba empezó a toser fuertemente y a girarse supo que tenía que dejar de regocijarse en aquella escena y le lanzó sobre el costado y el estómago las dos piedras restantes. La idea inicial había sido coger solo una para lanzársela y abrirle la puñetera cabeza, pero quiso llevarse consigo dos más por si fallaba y, tal y como se habían sucedido los acontecimientos, no quiso desperdiciar el resto de sus provisiones. La chica se encogió sobre sí misma en el acto, llevándose las manos directamente sobre el vientre y olvidándose por completo del destrozo que tenía en la cara. Empezó a vomitar mientras lloriqueaba. Intentó decir algo, pero no lo consiguió. Su boca estaba demasiado llena y entumecida por el dolor.

Agnes la miró por última vez y echó a correr de vuelta a casa, perdiéndose a propósito por las calles más sombrías y solitarias. Ahora se sentía liviana. Librarse del peso de las piedras le hacía sentir que podía elevarse hasta el negro cielo y el peso de la ira que había descargado contra aquel ser humano tan despreciable también ayudaba.

VI. María

1

Volver a la fábrica le pareció una buena opción para pasar la tarde entretenida, aunque no contara con la compañía de Javier. Necesitaba sentirse sola para poder desahogarse como y cuando quisiera, sin la presencia pululante de Agnes por toda la casa. Nunca la molestaba y la dejaba a su aire en sus quehaceres, pero aun así Aneris sentía que siempre estaba pendiente de sus movimientos, aunque lo hiciera con sigilo.

Así pues, a la hora de la siesta salió de casa y se adentró en la vieja aceitera. Dentro encontró una vieja y raída escoba con la que consiguió hacer un pequeño claro apartando la suciedad y los escombros que había repartidos por el suelo. Cuando terminó, dejó la escoba a un lado y se sentó. Suspiró larga y profundamente, visualizando cómo todas las preocupaciones que la asfixiaban se escapaban de su interior por una pequeña *O* formada por sus labios.

—Tranquila... —se dijo en voz alta.

Cerró los ojos con calma y continuó durante un tiempo que no pudo calcular con aquellas respiraciones que los psicólogos le enseñaron a hacer cuando fue consciente de que un golpe en la cabeza había borrado sus trece años de vida. En cierto modo, ella había nacido a los trece en lo que a su dañada memoria respectaba.

Agnes había cumplido con su promesa de la noche anterior. A la hora de comer, un taxi se presentó en la puerta de casa y las llevó a la zona más alta de Antequera, a un precioso y caro restaurante situado en un privilegiado mirador en una de las murallas de la Alcazaba de Antequera, una edificación militar árabe. Desde allí las vistas a la Peña de los Enamorados eran exquisitas y ambas comieron y charlaron prácticamente sin apartar la mirada del gran peñón.

—¿No te gustaba tanto la Peña, querida? ¿O es la comida lo que te disgusta? —le había preguntado Agnes al ver apagado el rostro de Aneris.

Se sintió mal por no mostrarse más entusiasmada con aquel plan que había ideado su casera exclusivamente por y para ella, pero los acontecimientos de la noche anterior le impedían sonreír. «**FRANKENSTEIN, COMEPOLLAS**» seguía resonando en su cabeza cada vez con más fuerza.

—Es precioso, Agnes. Te agradezco que me hayas traído aquí para que pueda disfrutar de estas vistas, pero sigo un poco afectada por lo de anoche. Espero que lo comprendas.

—Lo comprendo, querida. Pero intenta no pensar más en ello. No le des un espacio en tu vida que no merece.

Llegaron los cafés y los cigarrillos de Agnes. Ella no paraba de darle muestras de aprecio y agradecimiento por la compañía y la alegría que había traído a su vida en aquella semana. En un momento determinado, Aneris se sintió tan elogiada y colmada de cariño que empezó a sentirse incómoda. Agnes pareció percibirlo en su rostro y le cogió la mano.

—No seas modesta, cariño. Todo lo que te digo lo digo de corazón.

Aneris contestó con un simple:

—Gracias, Agnes.

Ella pareció satisfecha con su respuesta y continuó con su mano entrelazada a la suya hasta que pidió la cuenta.

La fábrica estaba sumida en una profunda calma. El canto de las chicharras se escuchaba muy lejano tras los gruesos muros de ladrillo rojo.

;;;FRANKENSTEIN, COMEPOLLAS!!!

—Tranquila...

«Aspira profundamente y aguanta el aire cinco segundos. Ahora espira lentamente, Aneris».

—Estoy muuuuuuy tranquila... —repetía Aneris.

Pero no lo estaba. De hecho estaba a punto de explotar. Todo intento de relajarse estaba cayendo en saco roto.

Entonces se derrumbó. Lloró cuanto quiso, pataleó contra el pavimento levantando pequeñas nubecitas de polvo, cogió piedras del suelo y las lanzó contra las paredes, descascarillando la vieja pintura. Entonces agarró un palo de madera y atizó todo lo que se encontraba a su paso. De alguna manera necesitaba aquello, debía dejar salir su dolor del modo que fuese.

Un extraño y taladrante sonido interrumpió aquel frenesí destructivo en el que había entrado sin control. Se detuvo jadeando con el palo aún entre las manos y con la melena despeinada. ¿Qué había sido aquello? Con todo el alboroto que estaba armando no pudo oírlo bien, pero le pareció algo similar a un silbido.

—¿Javier...? —preguntó. Solo él sabía que podía estar allí, al menos que ella supiera.

Silencio.

Dejó el palo en el suelo y aguzó el oído. No estaba segura de lo que había escuchado, pero sí sabía que no habían sido imaginaciones suyas.

—Habrá sido un pájaro. Eso es, un pájaro —dijo en voz alta para convencerse y no dar paso al miedo que se estaba fraguando en su interior.

Dicho esto no esperó ni un segundo más. Salió de la fábrica con paso acelerado y volvió a casa. Cuando llegó, Agnes estaba encerrada en su habitación durmiendo la siesta. Ella subió al ático e hizo lo propio.

2

El domingo por la mañana el olor a café y tostadas se filtró antes de tiempo por debajo de la puerta de la habitación de Aneris. El estómago le rugió con fuerza y se despertó. Estaba realmente hambrienta. No había comido nada desde que había estado con Agnes en el restaurante del mirador de la Alcazaba el día anterior. Se había sentido tan alicaída que había perdido el apetito, algo inusual en ella. Pero aquella mañana parecía sentirse más vigorosa y alegre, así que se vistió y bajó a la cocina. Allí se encontraba Agnes preparando el desayuno, correteando arriba y abajo por toda la estancia.

—Buenos días, Agnes. Los domingos son para descansar, no para madrugar...

Agnes dio un respingo y se llevó una mano al pecho, sorprendida. Luego rió.

—¡Dios Santo, querida! Pensaba que seguías durmiendo. Casi me matas del susto, pero me alegra ver que te has despertado de buen humor. ¿Me equivoco?

Aneris sonrió tímidamente.

—De buen humor y con hambre —contestó sentándose en un taburete.

—No me extraña, cariño. Ayer no quisiste ni merendar ni cenar, así que... ¡Sírvete!

Aneris se dirigió al frigorífico y se sirvió un gran vaso de agua. Luego cogió un plato y empezó a esparcir grandes cantidades de mermelada de frambuesa sobre las tostadas.

—¿Tienes planes para hoy? —quiso saber Aneris.

—Bueno, más o menos. Voy al cementerio a visitar a una vieja amiga... Una vez al mes le dejo flores para que no se enfade conmigo y se me presente por las noches a los pies de la cama. Siempre he creído que hay que cuidar las

buenas amistades.

Aneris no supo si Agnes estaba de broma o hablaba en serio.

—Vaya... Lo siento, Agnes.

—No hay nada que sentir, querida. Murió hace muchos años. Esa herida ya está cerrada.

—¿Puedo acompañarte?

Agnes la miró perpleja. Casi se le cayó la taza de café de las manos.

—¿Cómo dices?

—Que si puedo acompañarte —repitió Aneris segura, mientras daba un gran bocado a la tostada.

—Bueno, a mí no me importa, querida. Pero ¿estás segura de que ir a un cementerio con la muerte de tu padre tan reciente es bueno para ti?

—Podría buscar a mis abuelos maternos por los nichos y las lápidas. No sé sus nombres, pero con los apellidos de mi madre tal vez dé con ellos si están enterrados aquí.

—Es una buena idea, está claro. Pero... ¿y qué hay de tu padre?

—Mi padre fue incinerado. Yo misma tiré sus cenizas al mar en el mismo lugar en el que mi padre arrojó las de mi madre cuando ella murió. No, Agnes. Un cementerio no me afecta, no lo relaciono con ellos, aunque la gente de allí también esté muerta.

—¡A sus órdenes! —exclamó Agnes con un saludo militar.

Las dos estallaron en carcajadas. El ambiente volvía a ser el de antes.

Dieron un pequeño paseo hasta llegar al cementerio municipal. Aneris fue recogiendo por el camino todas las flores que sobresalían olvidadas de los patios de las casas. Cuando llegaron a la puerta del cementerio había conseguido reunir un frondoso ramo de flores surtidas.

Agnes se detuvo unos segundos ante la gran verja de hierro que custodiaba el campo santo. Miró pensativa la cruz de hierro que se encontraba en la cúspide y se santiguó con lentitud.

Aneris la miró intrigada. Hasta el momento no había visto nunca a su casera hacer alusión a ningún tipo de práctica religiosa. Tampoco tenía en casa ninguna figurita de carácter católico o cristiano a la que rendirle culto. Era un tema que Aneris no se había cuestionado y había pasado totalmente por alto. Por eso le preguntó:

—Agnes, ¿tú crees en Dios?

—No —contestó con sequedad.

—Entonces, ¿por qué te santiguas?

—Porque la gente que descansa ahí dentro sí lo hace. ¿Y tú, querida?

—¿Yo qué?

—Que si crees en Dios.

—Mi padre me contó en alguna ocasión que mi madre me enseñó a rezar cuando era niña y tenía pesadillas. No puedo recordar ninguna de esas oraciones, pero supongo que alguna vez me sirvieron, aunque fuera para espantar a los monstruos de mi armario.

Agnes miraba atenta a Aneris.

—Mi madre no me bautizó y mi padre no quiso hacerlo cuando me adoptó y formamos una familia. Desde que tengo memoria nunca he buscado consuelo en Dios, ni siquiera he hecho el esfuerzo de aprenderme el Padre Nuestro, algo que todo el mundo conoce. Así que... no, no creo en Dios.

—¿Y por qué crees que nunca has buscado consuelo en Él?

—Pues... Porque no puedo buscar consuelo en algo de lo que no hay ninguna evidencia razonable de su existencia. Sería como estar en un cuarto a oscuras buscando un interruptor que accionar para arrojar algo de luz y salir de ahí, solo que no sabes dónde está el interruptor y si ni siquiera hay uno.

—Tan joven y tan analítica y racional... —suspiró Agnes mirando a Aneris fascinada—. Ojalá yo hubiese sido tan lista como tú. Yo si creí en Dios un tiempo, incluso iba a misa los domingos con mis padres. Pero, más tarde, la vida me demostró que, si existía un ser superior que velaba por nosotros, no permitiría que le ocurrieran cosas malas a las buenas personas. Cosas horribles, demasiado horribles...

La expresión de Agnes se torció en una extraña mueca de resignación. Aneris no podía estar más de acuerdo con sus palabras, pero aquel tema pareció tocarle alguna herida latente sin cicatrizar, por lo que asintió sin más para zanjear la conversación.

—Será mejor que entremos y dejemos de divagar. —Agnes empujó la verja de la entrada y entró en el cementerio seguida de Aneris.

El campo santo resultó ser más pequeño de lo que Aneris había imaginado. Estaba dividido en dos partes. La primera de ellas estaba situada en la misma entrada del recinto. Un amplio pasillo se abría paso entre bonitas tumbas de mármol blanco. Algunos ángeles lloraban desconsoladamente sobre ellas. Otras, en cambio, estaban coronadas por cruces de piedra. Una gigantesca losa de mármol gris reposaba junto a ellas en memoria de los desaparecidos presumiblemente fusilados de la Guerra Civil. Aneris echó un rápido vistazo por los nombres de aquellos varones que habían perdido la vida de una forma

tan injusta y cruel. Un par de nombres contenían el primer apellido de su madre, pero el apellido García era tan común que no tenía ningún sentido dar por hecho que alguno de aquellos dos hombres tuviesen que estar forzosamente relacionados con su pasado.

La segunda parte del cementerio era más ordinaria si se la comparaba con la primera. Había una gran diferencia de clases a juzgar por los comunes nichos que tanto distaban de las majestuosas y elegantes tumbas de la otra zona. Agnes se adentró entre aquel laberinto de lápidas apiladas y Aneris se dispuso a encontrar algún epitafio en el que aparecieran los dos apellidos de su madre. Había muchos nichos en los que reposaban los restos de ambos cónyuges, tal vez fuese el caso de sus abuelos.

No hubo suerte. Encontró ambos apellidos, pero no en el orden que se requería para que hubiese una coincidencia. En otras lápidas simplemente ponían el primer apellido de familia junto con una pequeña cruz y la habitual frase: «Descanse en paz». Desilusionada, buscó a Agnes entre los bloques de nichos. La encontró sentada en un banco con la mirada fija en una lápida. Estaba en silencio. No había lágrimas en su rostro, pero este parecía haber envejecido veinte años más. Aneris se acercó a ella y se sentó a su lado.

—¿Estás bien, Agnes?

—Sí. Supongo... que sí... —contestó arrastrando sus palabras—. Odio venir aquí. Me deja jodida todo el día, pero siento la necesidad de seguir viniendo para cuidarla. Soy la única que viene a verla, lo sé. Nadie le ha dejado nunca flores...

Agnes señaló una lápida de granito negro. Era muy simple. Sin foto de la difunta, sin dedicatorias, sin ofrendas y, efectivamente, sin flores. Tan solo había un nombre tallado en la piedra con el año de nacimiento y el de defunción.

—María Carmona Castro. 1937-1977 —leyó Aneris en voz alta. Por un momento creyó haber leído ese nombre en otra parte, en otra lápida. Desechó la idea. Era muy poco probable que hubiese otra lápida con el mismo nombre en un cementerio tan pequeño como aquel. Aun así le pareció inquietante la manera en que aquel nombre se hizo eco en su mente. Le resultaba terriblemente familiar.

—Sí. Ese era su nombre.

—¿Y de qué os conocíais?

Agnes tragó saliva antes de continuar.

—Trabajaba para nosotros. Formaba parte del servicio cuando mis padres

aún vivían. Éramos amigas, aunque a mi familia no le gustase que me codeara con gente de clase inferior. Así eran las cosas antes...

—Y... ¿qué pasó?

—Accidente de tráfico —respondió Agnes apresuradamente. Fue lo primero que le vino a la mente. —No tenía a nadie, tan solo un marido machista y borracho que la trataba como a una mierda. De modo que... solo le quedo yo...

Se levantó quedamente y depositó unas rosas rojas en un frasquito de cristal que había junto a la lápida.

—¡Son preciosas, Agnes! ¿Puedo poner mis flores junto a las tuyas?

—¡Por supuesto! Quedarán fantásticas.

—¿De dónde las has sacado? —preguntó Aneris.

—Las compré en un puesto de flores que hay en la entrada cuando saliste a explorar. Por cierto, ¿has encontrado algo?

—No, nada que me sirva de ayuda.

—No desesperes, cariño. Cuando menos lo esperes encontrarás a alguien que la recuerde o que la conoció. Si se bautizó aquí deberá haber una partida de bautismo en la parroquia. Tranquila, hay medios para encontrarla.

Ambas se quedaron meditando en silencio hasta que Agnes estalló:

—¡Querida! ¡En tu partida de nacimiento estará todo! ¿La tienes?

—No, tan solo tengo el DNI. Mi padre era el que se encargaba de guardar los papeles en casa y, cuando dejé el faro, tan solo me traje mis pertenencias. Todo lo demás se quedó allí.

—Bueno, siempre puedes pedir una copia en el Registro Civil.

Aneris empezó a exasperarse. Toda aquella aventura que había ideado para encontrar sus raíces había parecido más sencilla mientras la había ideado desde su faro. Ahora todo se complicaba. Resopló visiblemente saturada por la situación.

Agnes se acercó a ella con intención de serenarla. Posó sus manos sobre sus hombros y la obligó a mirarla a los ojos:

—Tranquila, cariño. Todo saldrá bien.

Aneris sonrió con gratitud.

—¿Sabes, Agnes? La gente no sabe de lo que habla cuando dicen esas cosas de ti. Eres una buena persona.

Agnes estalló en carcajadas.

—Cuchicheos, rumores, envidias... Siempre ha sido así. ¿Y sabes qué? No me afecta en absoluto y quiero que tú aprendas a pensar igual. Serás más feliz.

Ambas mujeres se fundieron en un abrazo con amplias sonrisas en los labios. Se necesitaban la una a la otra y lo más gratificante de todo era saber que se tenían.

3

A las ocho de la tarde, cuando el sol empezaba a apagarse dando paso a una temperatura más tibia y soportable, Javier se presentó en casa de Agnes en busca de Aneris.

Juntos dieron un agradable paseo repleto de risitas y miradas cómplices. Finalmente optaron por sentarse a tomar algo en la terraza del Hotel Fortes. Aneris, al sentarse en una de las sillas junto a Javier, recordó el día en el que se había desmayado y él la había llevado allí a merendar molletes. Lo miró a los ojos y sintió que se derretía literalmente por sus huesos.

—Ayer estuve en la fábrica. Te eché de menos —dijo Aneris.

—¿Tú sola? ¿Para qué? —preguntó Javier sorprendido.

—No tenía nada mejor que hacer. Quería desconectar, no sé...

—Al final Agnes te acabará pillando... —Javier se encendió un cigarrillo y pidió una cerveza al camarero que limpiaba la mesa de al lado—. ¿Quieres tú una también, Sirena?

—¡No, no! Un zumo de naranja, gracias —le aclaró al camarero.

—Tienes razón, la última vez te sentó mal en el *pub*, lo siento. —Exhaló el humo del cigarrillo con tranquilidad—. No deberías entrar allí sola. Podrías cortarte o tropezarte y golpearte en la cabeza. Yo que sé... Se me ocurren mil razones para que me avises la próxima vez que quieras entrar.

—¡Qué exagerado eres! —Alargó el brazo con timidez y le acarició los rizos rebeldes que le caían sobre la frente. Él guardó silencio mientras se dejaba mimar—. Aunque me gusta que te preocupes por mí, hacía mucho tiempo que nadie cuidaba de mí.

Javier se levantó de un salto de la silla y la besó con ímpetu. Luego volvió a su sitio como si nada hubiese ocurrido.

—Estoy loco por ti, ¿te enteras? Así que vete acostumbrando a que te plante besos cuando me venga en gana.

Dos parejas y un hombre mayor que se encontraban sentados en las mesas circundantes dejaron de sorber sus bebidas en el acto para mirarlos. Javier había alzado la voz más de la cuenta y Aneris se desternillaba de risa, a la vez que iba poniéndose roja como un tomate.

—Cállate, por favor. ¡Qué me muero de vergüenza! —susurró Aneris tapándose la cara con la melena.

Javier hizo un gesto airado con la mano, dando a entender que poco le importaba que los miraran. Finalmente se puso serio.

—Sirena, fuera bromas. La próxima vez que quieras ir a la aceitera me lo dices, ¿de acuerdo?

—No puedo prometerte nada, pero sí puedo decirte que tendré cuidado —sentenció ella inflexible.

—Bueno, tú misma. Ni quiero ni puedo obligarte a que renuncies a nada que quieras hacer, pero si se te aparece el fantasma de la Ruda, luego no me vengas llorando... —Javier enarcó una ceja, desafiándola—. Jo... Javier... Qué miedo he pasado... No me dejes sola nunca más...

Aneris abrió la boca de par en par mientras Javier la imitaba con una voz aguda de lo más ridícula.

—¡Yo no hablo así! —le recriminó carcajeando.

—Claro que sí, Sirena. Y lo sabes.

Ambos se partían de risa. Les costaba parar y, cuando uno de los dos parecía que lo había conseguido, enseguida el otro volvía de nuevo a la carga.

—Ahora en serio... Ayer me asusté precisamente por eso. —Aneris jadeaba y se enjugaba las últimas lágrimas del ataque de risa—. Escuché un ruido muy agudo, algo así como un silbido. No podría describirlo.

—No sé, podría ser un pájaro. Un aguilucho, una lechuza, cualquier cosa que duerma en esos castaños.

—Sí, eso pensé yo. Pero aun así sentí miedo —aseveró Aneris pensativa.

—¿Sabes qué pájaro era? El de la sugestión, Sirena. Entras sola en un lugar abandonado repleto de leyendas oscuras, oyes un ruido y lo interpretas de forma incorrecta...

—Eso tiene mucho sentido. En fin, en breve tendré que irme. Agnes me espera para la cena.

—Mañana nos veremos en clase, ¿no? —preguntó él mientras alzaba un brazo hacia el camarero—. ¡La cuenta!

—Claro, Javier.

De madrugada, mientras esperaba dormirse, el nombre de María seguía dando bandazos por su mente. Había algo que le había escamado en aquel nombre y no era capaz de dar con el motivo. Se dio la vuelta en la cama y golpeó cabreada la almohada como si ella tuviera la culpa.

—Vamos, vamos, vamos... —repetía Aneris en voz baja.

Cogió la almohada y la apretó contra su rostro. Así permaneció un largo rato esperando que aquella oscuridad total le dibujara la respuesta.

—Nada, que no hay manera... —se lamentó.

Se tumbó sobre la cama y se acomodó de nuevo para dormir. Intentó dejar la mente en blanco o divagar en otras cuestiones para perderse en el sueño. Los pensamientos e imágenes confusas empezaron a sucederse en su cabeza. Al fin se estaba quedando dormida sin darse cuenta cuando, sin esperarlo, el nombre completo de María estalló de nuevo en su mente, haciéndole dar un respingo. Se quedó con los ojos abiertos un largo rato mientras las cortinas ululaban sobre sus pies. Ya recordaba por qué aquel nombre le resultaba tan familiar.

4

A la mañana siguiente Aneris engulló el desayuno y salió de casa disparada como un cohete en su reparada bicicleta. La rueda de repuesto rodaba a la perfección, se deslizaba limpia y suavemente por el asfalto como su vieja y nueva compañera gemela.

Bajó a toda velocidad por la calle de La Unión hasta dejar atrás unos contenedores de reciclaje que anteriormente había memorizado para tomarlos como punto de referencia. Giró a la izquierda derrapando con la rueda trasera y dejó la bici apoyada en la pared de la casa de Dña. Asun. El corazón le iba a mil por hora y jadeaba de cansancio y de excitación a la vez.

¡TOC! ¡TOC! ¡TOC!

Más que llamar a la puerta, la aporreó. Esperó tras ella varios minutos en silencio. Nadie contestó a su llamada y, presa de la impaciencia, volvió a llamar a la puerta, esta vez con menos insistencia y más suavidad.

Un hombre de avanzada edad que caminaba con un andador pasó por su lado:

—¡Niña! No te abrirá nadie. El coche de Encarna no está, ¿no lo ves?

Aneris dio un respingo por la sorpresa. Miró hacia la dirección en la que el hombre señalaba y vio un espacio vacío junto a la acera de la casa.

—¿Y quién es Encarna? —preguntó al anciano.

—La hija pequeña de Asun, la que vive aquí con ella. Si Encarna ha *salío* con el coche, ha tenido que llevarse a su madre consigo. Nunca la deja sola a no ser que sea para hacer algún *mandao* por aquí cerca, ¿entiendes?

—Claro, gracias. Ya volveré en otro momento.

Decepcionada, subió a la bicicleta y pedaleó un rato sin rumbo. No sabía qué hacer ni por dónde continuar, de modo que pensó en volver a la calle de La Unión para ir a la biblioteca. Aparcó la bicicleta junto al gran portón de madera de la entrada y se dirigió hacia el mostrador. La misma mujer de la vez anterior la atendió con aquella actitud tan risueña y resuelta.

—¡Buenos días, niña! ¿Qué te trae por aquí, guapísima? Hubo suerte con el cursillo de pintura, ¿verdad? Mi madre va a esas clases y me comentó que una chica nueva se había incorporado al curso. Y esa solo puedes ser tú.

Aneris tragó saliva abrumada por aquella tromba de palabras que aquella mujer acababa de escupir sobre ella.

—Sí, Tomás es un gran pintor y un excelente profesor. Me hizo un grandísimo favor aceptándome en sus clases.

La mujer asentía con interés tras el mostrador.

—Ajá.

—Bueno, el caso es que he ido a visitar a Dña. Asun y me ha dicho un señor que Encarna y ella no estaban. ¿Sabe dónde podría encontrarlas? Necesito hablar con Asun. Es urgente.

—Uy, cariño, te vas a tener que esperar. Asun sufrió el sábado un ataque de angina de pecho y está ingresada en el hospital.

—¡Oh, no! Pobrecilla... —musitó Aneris.

—Bueno, tal vez sea ya hora de que se la lleve el Señor. Está tan mayor... En fin, si crees que yo puedo ayudarte en algo, házmelo saber.

Aneris lo sopesó en silencio unos segundos. Finalmente accedió a preguntarle a la bibliotecaria por su madre y por el nombre de María. No tenía nada que perder y sí mucho que ganar.

—Tal vez pueda. ¿Le suena el nombre de Dolores García Cortés?

—Dolores... García... Cortés... —repitió la bibliotecaria con lentitud mientras hacía memoria.

Tras unos interminables segundos, la mujer acabó negando con la cabeza.

—No, creo que no. Pero es que Dolores es un nombre muy común. ¡Y ya no te digo el apellido García! Así que tal vez sí que conozca a alguna Dolores García, pero que su segundo apellido sea Cortés...

Aneris comenzó a desesperarse sabiendo que la bibliotecaria no iba a ayudarle con el tema de su madre, así que la abordó con su segunda pregunta.

—¿Y el nombre de María Carmona Castro?

La habitual expresión risueña y alegre de la bibliotecaria se torció en el

mismo instante en que Aneris acabó de recitar el nombre completo de María.

—Anda que han tardado en hablarte de eso... Las personas de los pueblos pequeños deberíamos olvidar según qué cosas y enterrarlas para siempre, ¿sabes? Si no corremos el riesgo de cargar siempre con el mismo estigma. De alguna manera nos lo merecemos por seguir manteniendo eso con vida. De lo contrario nadie te lo habría contado.

—¿Pero a qué se refiere con todo esto? No la entiendo...

—¿Tú no me has *preguntao'* por María Castro? ¿La mujer que mataron allí en el campo hace una *pechá'* de años?

—¿Qué...? No, a mí no me han dicho nad...

—Mira, tengo guardados varios de los artículos que publicaron los periódicos locales y de la provincia en aquella época. —La bibliotecaria sacó de un largo archivador un portafolios con recortes de prensa. Se lo tendió a Aneris con resignación—. Algunos morbosos se han acercado por aquí preguntando por el sitio exacto donde la masacraron, yo siempre me hago la sueca y no les digo nada, pero... ya que tú has venido a vivir aquí, mereces saber la verdad de entonces y no lo que pueda contarte la gente ahora. Las historias se deforman y mutan con el tiempo, especialmente estas.

La bibliotecaria golpeó repetidas veces con el dedo índice el portafolios transparente. A través del plástico Aneris leyó tres palabras que la hicieron retroceder espantada: TORTURADA, VIOLADA, ASESINADA. Quiso arrojar el portafolios al suelo, pero este parecía haberse quedado adherido a sus dedos.

—Puedes fotocopiarlo si quieres. La fotocopidora está al final de todo, junto a unos mapamundis que cuelgan de la pared. Salen a cinco pesetas cada una y solo salen blanco y negro.

Aneris asintió sin entender muy bien qué estaba ocurriendo. Tal vez la amiga de Agnes y aquella mujer tenían el mismo nombre y apellidos, o tal vez Agnes no sabía la verdad de lo que le había pasado a su amiga, aunque lo veía poco probable, dada la facilidad con la que salía la información en el pueblo y la repercusión mediática que había tenido el suceso, o tal vez, simplemente, le había mentado.

Se dirigió a la fotocopidora y empezó a sacar los recortes de periódico y a exponerlos encima del cristal de la máquina. Insertó cinco duros y pulsó el botón IMPRIMIR. Cuando terminó de hacer todas las copias que deseaba, volvió a meter los recortes originales en el portafolios y se lo devolvió a la bibliotecaria.

—Muchas gracias. Espero no haberme metido donde no me llaman... —se disculpó Aneris.

—No te preocupes, chiquilla. El interés por estas cosas viene implícito con tu edad.

Aneris quiso explicarle que se trataba de un malentendido, pero lo dejó correr. Aquellas fotocopias le quemaban en las manos, clamando ser leídas. Se despidió cordialmente.

—Bueno, he de irme. Gracias, que pase un buen día.

—Igualmente, cariño. Hasta luego.

Quería leer aquello antes de llegar a casa y a solas. Al salir de la biblioteca se dirigió hacia la plaza Atenas, una plaza cubierta que se hallaba justo allí. Se sentó en un banco y se apresuró a leer algo que, un poco más tarde, desearía no haber leído nunca por la dureza de las imágenes y los hechos.

«Una vecina de Mollina es brutalmente asesinada durante la Feria de Agosto»

14.08.1977

... A las siete de la mañana, un lugareño daba la voz de alarma al toparse con el cadáver maltratado y semidesnudo de una mujer.

... Fue el marido de la víctima, Paco Hernández, quién la identificó.

... El cadáver de María Carmona fue trasladado al Instituto de Medicina Legal de Málaga para realizarle la autopsia.

«Dos días de luto por la muerte de María Carmona»

14.08.1977

... El Ayuntamiento ha decretado la suspensión de las fiestas y dos días de luto oficial, según ha informado el alcalde, Teodoro Sánchez.

«El dolor mató a María Carmona»

16.08.1977

... Los forenses del Instituto de Medicina Legal de Málaga practicaron ayer la autopsia al cuerpo.

... Paco Hernández, el marido de la víctima, se derrumba ante una cámara de televisión. «Ay, mi María... Que me la han ensartao' como a un cochino...».

... La autopsia ha revelado que María Carmona fue brutalmente

golpeada y atravesada con un palo desde su sexo hasta casi su corazón. Falleció por un paro cardiorrespiratorio debido al «intenso dolor» que sufrió como resultado de la terrible agresión del empalamiento.

«Mollina continúa conmocionada por la horrible muerte de María Carmona»

16.08.1977

... Los lugareños se encuentran escandalizados y horrorizados a medida que se van conociendo los escabrosos detalles del crimen.

... Todos sospechan del vecino y las mujeres temen por su vida.

«¿A dónde iba María Carmona la noche de su muerte?»

17.08.1977

... A María se la vio caminando por la calle de la Alameda con ropa de estar por casa y visiblemente nerviosa.

... Paco Hernández, el marido de María, afirma no saber a dónde iba su mujer. Insiste en que iban a ver una película, pero que se quedó dormido hasta la mañana siguiente.

... El cadáver de María fue hallado con la misma ropa que vestía cuando la vieron varios testigos.

«El terrible crimen de Mollina fue perpetrado, al menos, por tres personas»

20.08.1977

... Los forenses del Instituto de Medicina Legal de Málaga reconocen haber encontrado tres perfiles de ADN diferentes como restos de vello púbico masculino de tres hombres en la zona genital de la víctima.

... Las pesquisas de los investigadores se corroboran con dichas pruebas: María fue violada peneanamente antes de ser salvajemente empalada.

Llegó a casa poco antes de la hora de comer. Mientras Teresa terminaba de hacer la comida y preparar la mesa, Aneris se dirigió a la pérgola de parra donde Agnes se encontraba sentada leyendo a la sombra tranquilamente.

—Hola, querida. ¿Qué tal el paseo en bicicleta? ¿Funciona bien esa rueda mugrienta que te trajo tu amigo, el mecánico?

Aneris pudo oler el desprecio que sentía hacia Javier en sus palabras.

Prefirió no entrar al trapo recriminándole su actitud. Era obvio que Agnes sentía una gran animadversión hacia el género masculino, lo supo desde el primer día que se conocieron. Y ahora, después de haber leído aquellos artículos de prensa, creía saber los motivos.

—Funciona a la perfección —aseveró.

—Estupendo —contestó Agnes bajando la vista hacia el libro.

El silencio reinó entre las dos durante unos minutos. Las chicharras cantaban alrededor locas por el calor.

—¿Qué tal has pasado la mañana? —se atrevió a preguntar al fin Aneris.

—Bien, muy tranquila. Tomando el sol, charlando con Teresa, leyendo...

—Me alegro, Agnes. Pensé que hoy estarías triste. Ya sabes, por lo de tu amiga.

Agnes alzó la mirada hacia Aneris un tanto sorprendida. Puso el marcador entre las páginas y dejó el libro a un lado.

—Gracias por preocuparte por mí, querida. Estoy bien, de verdad —dijo con franqueza.

—Debe ser muy doloroso perder a un amigo, ¿no? Quiero decir..., de esa manera. No sé, yo perdí a mi padre por una enfermedad y a mi madre también por un accidente, aunque de lo último no hay constancia de ello en mi memoria.

Le temblaba la voz y comenzaba a ser evidente que su nerviosismo iba en aumento. Si seguía así, Agnes acabaría dándose cuenta de que le estaba ocultando lo que sabía, si es que no se había percatado ya. Pero Agnes, con cierta indiferencia, se encendió un cigarrillo para alivio de Aneris. No parecía sospechar nada.

—La muerte de un ser querido siempre resulta traumática sean cuales sean las razones. Claro que se dan circunstancias en las que la mente de uno mismo debe luchar más para no caer en la locura. —Hizo una larga pausa. Su pecho empezó a moverse con rapidez. Aneris la miró en silencio mientras observaba cómo empezaba a mostrarse inquieta. Eso hizo que ella se relajara—. No todas las muertes son iguales, no. Pero aun así son muertes y es lo único en el mundo que no tiene solución. Hay que asimilarlo y continuar con tu vida.

—Pues sí. No es lo mismo morir por enfermedad que por accidente o por asesinato...

Al mencionar la última palabra Agnes se levantó de un salto, cogió el libro y se dispuso a salir de la pérgola.

—¡Vamos, querida! Dejemos de lado este tema tan desagradable y

vayamos a comer. Hoy tenemos arroz caldoso con bogavante para comer. ¡Delicioso!

Aneris la siguió por el jardín. Sabía que le estaba mintiendo descaradamente. Lo que no sabía era por qué.

5

Intentó echar una cabezadita antes de ir a clase, pero la idea de reencontrarse con Alba le provocaba náuseas. Sentía un temor atroz hacia ella y no entendía bien el porqué. Había pasado por cosas infinitamente peores, pero aun así no conseguía deshacerse de aquella sensación pegajosa de pavor que se resistía a abandonarla.

Llegó tarde a clase, concretamente con veinte minutos de retraso. Cuando estuvo ante la puerta del aula sintió que no era capaz de tocar el pomo de la puerta. Estaba completamente paralizada. No quería verle la cara, no quería escuchar sus comentarios afilados que tanto la herían, no quería oler su potente perfume ni ver su melena desde la fila de atrás.

Hizo un esfuerzo titánico y se aferró al pomo, pero no lo giró. Un sudor frío empezó a emanarle por las palmas de las manos. Sintió que el corazón se le aceleraba. Las voces de los alumnos resonaban a través de la puerta. Quería entrar y ver a Javier, quería charlar con sus compañeros, que tan bien se portaban con ella y, ante todo, tenía que posar para el retrato de Tomás. Quedaron en que hoy precisarían la postura, la expresión y el ángulo del rostro, y que mañana Tomás ya se lanzaría al acrílico para terminar el cuadro lo antes posible, pues la Concejalía de Festejos necesitaba tener el cuadro el 1 de agosto para pasarlo a las pancartas que anunciarían la Feria. Pero, aun así, no podía entrar.

Unos pasos acelerados se acercaron a ella por el pasillo. Aneris continuó inmóvil con la vista y la mano clavadas en el pomo de la puerta.

—¡Anda, niña! ¿Tú también llegas tarde? Vamos *pa'* dentro.

Paquita, una mujer menuda y con una vitalidad impropia de su edad, empujó a Aneris hacia la puerta, obligándola a girar el pomo. Prácticamente la arrojó dentro del aula.

—¡Ya era hora, chicas! No sé qué os pasa hoy con los retrasos... —Tomás dio una palmadita cómplice a Aneris y le indicó que se sentara junto a su escritorio mientras él preparaba el material para realizar los bocetos.

Paseó la mirada entre los caballetes buscando a Alba y, para su sorpresa,

encontró que su puesto de trabajo estaba vacío. La chica no estaba.

Inmediatamente suspiró aliviada. Fue como si durante todo aquel rato alguien hubiera tenido un cuchillo presionándole la yugular. Alguien le chistó entre los caballetes y se encontró con la mirada negra de Javier. Este le guiñó un ojo y le lanzó un beso.

En aquel preciso momento, todos sus males se disiparon. Su atención se centró en contar los minutos que faltaban para terminar la clase. Solo así podría abrazarse al cuello de Javier hasta aburrirse mientras él la llamaba Sirena.

6

Dado que los martes Teresa no trabajaba en casa y Aneris se había comido todo el pan para cenar la noche anterior, Agnes le pidió amablemente que fuese a por un par de *baguettes* a una panadería cercana. Aun así, Aneris cogió la bicicleta para hacer el recado. Adoraba sacarla a pasear mientras acariciaba con mimo las conchas que componían la cesta que colgaba del manillar.

Dio una pequeña vuelta para despejarse antes de ir a la panadería. Después, cuando entró en el pequeño y austero negocio, el olor a pan recién horneado le hizo poner los ojos en blanco. Estaba hambrienta, como casi siempre. Se acercó a la vitrina, respetando el turno de dos señoras que estaban por delante de ella, y se fijó en dos grandes y doradas napolitanas de chocolate. Al salir de la panadería se acercaría al taller donde trabajaba Javier y le llevaría el dulce almuerzo. Eso le alegraría la mañana. Volvió a la cola y consoló su estómago acariciándose el vientre, que le rugía como un león.

Al salir depositó la compra en la cesta de conchas y se dispuso a ponerse en marcha cuando alguien a su espalda tiró de su melena con violencia y brusquedad, obligándola a mirar al cielo.

Preso por la sorpresa y la incertidumbre, se llevó las manos al cabello, buscando a tientas a quien fuera que la estaba agrediendo. Encontró unas manos aferradas a dos espesos mechones de pelo y les clavó las uñas en un intento de zafarse de ellas. Las manos soltaron la melena en el acto y Aneris pudo girarse para ponerle rostro a su agresor, aunque, mientras sufría el ataque, ya pudo hacerse una ligera idea de quién estaba detrás de ella.

Al principio le costó reconocerla. Tenía el rostro amoratado e hinchado. El

labio superior había sido suturado y la nariz estaba cubierta por un espeso vendaje blanco con manchas amarillentas de yodo.

—Alba... —dijo Aneris con un hilo de voz.

Alba miró en ambas direcciones a lo largo de la calle. Parecían estar ellas dos solas, al menos a primera vista. Luego abrió una mano y estampó la cabeza de Aneris contra la pared. La fiereza y la fuerza que empleó eran propias de un animal.

—¡Ah, ah! —Aneris sintió cómo el estucado de la pared le laceraba la mejilla.

—Dime, Frankenstein. ¿Te asusta que te ataquen por la espalda? Cobarde de mierda... ¿Por qué lloras? ¿Es que no te atreves a enfrentarte a mí de frente?

Aneris lloriqueaba como un bebé. Le sacaba casi dos cabezas a la chica que le estaba aplastando el cráneo contra la pared, pero era de tal magnitud el pánico que sentía que no pensó en defenderse. Quedarse quieta y esperar a que terminara el fatídico encuentro era lo único que se veía capaz de hacer.

—¿Tanto te jodió lo de «comepollas»? Pero ¿es que acaso es mentira? ¿Eh? ¿Cómo si no ibas a quitarme a Tomás? Tenías que destrozarme la puta cara para asegurarte de que ya no me mirara como antes, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas, Alba. Yo no te he hecho nada... Suéltame, por favor... —Las lágrimas de Aneris caían de sus ojos en pequeños regueros, mojando la mano de su agresora.

—¡Cállate! —Alba se mantuvo en silencio unos segundos. Parecía estar conteniéndose—. Se me va a quedar la nariz torcida por tu culpa y la boca se me...

Alba comenzó a balbucear y sus ojos se tornaron lacrimosos.

—La boca se me va a quedar rara... Nunca voy a volver a ser la misma. ¿Qué querías? ¿Que me pareciera a ti? Pues ya lo has conseguido, puta.

Aneris no daba crédito a lo que estaba oyendo:

—No sé quién te habrá hecho eso, pero yo no he sido. Créeme por favor... —Sintió que empezaba a perder el control de su vejiga. Si aquello iba a peor acabaría haciéndose pis encima.

—¿Y por qué iba a confiar en ti, eh? Desde que llegaste aquí no has dejado de joderme.

—Por favor...

La dependienta de la panadería salió a fumar un cigarrillo.

—¡Eh! ¿Qué haces, niña? ¡Déjala en paz! —chilló.

Alba ni siquiera se molestó en mirar a la dependienta, pero sí que bajó la mano para dejar libre a Aneris. Ella suspiró aliviada, cerrando los ojos. No podía dejar de hiperventilar.

—Desaparece, ¿me oyes? Vas a volver a tu puta aldea. Créeme si te digo que voy a asegurarme de que cumples lo que te pido, voy a ser tu puñetera sombra.

—¡Vamos, niña! ¡Haya paz! —ordenó la dependienta, acercándose a las chicas dispuesta a intermediar.

—No puedo irme, Alba, aún no... —lloriqueó Aneris.

—Te doy tres días. Si no atente a las consecuencias.

—Pero...

Alba miró por última vez a Aneris para cerciorarse de que había captado el mensaje. Luego abandonó el lugar sin mirar atrás. La dependienta alcanzó a Aneris y, con un tono protector y maternal, le preguntó:

—¿Estás bien, cariño? ¿Quieres que avise a alguien?

Aneris miró a la dependienta en silencio. Intentó decirle que no, pero de sus labios no brotó sonido alguno. Se limitó a negar con la cabeza.

—¿Estás segura? Mira que tiene mala uva esa niña, siempre ha sido así. Vaya por Dios, ¡qué mal rato has tenido que pasar, cariño! —La mujer sujetó la barbilla de Aneris y le giró el rostro. Tenía la mejilla enrojecida y arañada—. Anda, ¡pasa a que te ponga algo en esa cara!

Aneris obedeció a la mujer sin rechistar. La dependienta sacó de la trastienda un pequeño botiquín mientras Aneris la esperaba sentada en una vieja silla de madera. La mujer le lavó la mejilla con agua fría y con una delicadeza extrema. Luego le aplicó un poco de agua oxigenada con un algodón.

—¿Te escuece?

Aneris ni se inmutó. Se preguntó en silencio si la pobre mujer no había deparado en la cicatriz que tenía en la otra mejilla. Aquello sí que le escoció en su día. Recordó con amargura cuánto le picaba cuando le empezó a cicatrizar mientras se recuperaba del trágico accidente que le había reseteado el disco duro.

—Bueno, ¿ya estás mejor? Tienes mejor cara.

—Gracias, señora —dijo Aneris por fin—. Ahora debo irme, gracias...

—No hay nada que agradecer, cariño. Que pases un buen día.

Aneris abandonó el establecimiento como si caminara a cámara lenta. Las piernas le respondían pero con lentitud, por lo que prefirió continuar su

camino a pie llevando la bicicleta a su lado.

7

—¡Papá, salgo fuera a tomar el aire un rato! —gritó Javier limpiándose la grasa de las manos con un trapo.

—¡Vale! —contestó el hombre bajo el vientre de un coche.

Javier resopló cansado y estiró la espalda moviendo los brazos hacia delante y atrás simultáneamente. Sacó una cajetilla de Chesterfield del mono azul y extrajo un cigarrillo. Cuando dio la primera calada suspiró relajándose en profundidad mientras se dejaba caer sobre la pared. Se quedó así un largo rato sintiendo cómo el cansancio palpitaba en todos y cada uno de sus músculos hasta que escuchó que alguien se acercaba por su izquierda.

—¡Sirena! —gritó sorprendido al ver a Aneris caminando por la acera. Se lanzó sobre ella para abrazarla—. ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí?

Aneris sintió que se rompía bajo sus brazos. Mientras Javier enterraba el rostro en su cuello y la besaba con efusividad, contestó:

—Fui a comprar el pan y pensé que te apetecería almorzar algo. Te he traído una napolitana de chocolate. Espero haber acertado.

La voz de Aneris sonó triste y apagada, algo que Javier no pasó por alto. Se volvió para mirarla y le vio la mejilla magullada.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien? —preguntó preocupado mientras la estudiaba con la mirada.

—Me... Me he caído con la bici y me he raspado un poco la cara.

—¡No me digas que la rueda te ha fallado!

—No, no. Hoy estoy muy torpe, eso es todo. Últimamente no me siento muy bien, creo que estoy incubando algo... —mintió.

—Puede ser, tienes muy mala cara. ¿Quieres que te acompañe a casa?

—No, no te preocupes. Voy caminando.

—Sirena, ¿seguro que es eso lo que te pasa? Me estás contando la verdad, ¿no?

Aneris hizo un esfuerzo por fingir una sonrisa. Sacó de la cesta la napolitana y se lo entregó a Javier.

—¡No seas tonto, anda! Cómete esto, que tienes cara de necesitarlo.

Javier quedó convencido. Destapó la pasta de chocolate y dio dos grandes bocados.

—Joder, Sirena. Gracias por cuidarme. ¿Qué haría yo sin ti?

«¿Y yo sin ti?», se preguntó ella.

—Javier, no creo que vaya a clase esta tarde. Debes decirle a Tomás que estoy indispuesta y que lo siento por lo del retrato. Si mañana sigo igual iré a urgencias. Tengo el ambulatorio justo enfrente de casa.

Javier la miró con preocupación y con la boca llena de chocolate.

—Se lo diré con una condición —dijo.

Aneris sacó un pañuelo de uno de sus bolsillos y se lo ofreció. Él lo cogió sabiendo que estaba hecho un cuadro.

—¿Qué condición?

—Que me dejes que te acompañe a casa. De lo contrario no me quedo tranquilo.

—No tengo alternativa, ¿no?

—No —respondió Javier tajante—. ¡Papá!

—Quéeeeeee —gritó el hombre desde un punto del taller invisible para los ojos de Aneris.

—Voy a...

Javier miró a Aneris con una chispa de entusiasmo en sus avispados ojos negros.

—¿Quieres conocer a mi padre? —preguntó tomándola del brazo.

Aneris se negó en rotundo.

—No, no, no. En otra ocasión, por favor —suplicó—. Hoy no me parece el día más indicado para eso.

—Está bien... ¡Papá! ¡Que salgo a hacer unos recados! ¡Ahora vengo!

—¡Que sí! ¡Que valeeeee!

Aquella voz ronca y carente de paciencia arrancó una risita a Aneris.

—Es un burro... —rió Javier.

—Parece... gracioso.

—Y pesado, si no ya me lo dirás cuando lo conozcas.

Ambos rieron y se alejaron calle abajo.

Aquella tarde Aneris fingió ir a clase. Bajo la atenta mirada de Agnes, cogió su bicicleta y se despidió de ella como solía hacer. Pero en lugar de ir a Villa Ascensión a posar para el retrato de la Feria de Mollina fue a la vieja fábrica. Tenía que «desaparecer» como le había pedido Alba y qué mejor manera de hacerlo que escondiéndose en un lugar abandonado y olvidado por

todos.

Pasó la tarde barriendo y ordenando en pequeños montículos los escombros que cubrían el suelo de la vieja aceitera. De alguna manera aquello la mantenía ocupada y, por ende, alejada de sus preocupaciones. Cuando vio que se acercaba la hora en la que las clases de pintura finalizaban, se sacudió la porquería y el polvo que se le habían adherido en su turno de limpieza y esperó un tiempo prudencial para volver a casa sin que Agnes sospechara nada.

9

A la mañana siguiente Javier volvió a escaparse del taller para hacer una breve visita a Aneris para ver qué tal se encontraba.

—He estado toda la noche vomitando, esta tarde iré al médico. Tal vez sea gastroenteritis... —mintió ella de nuevo.

Javier se ofreció a acompañarla, pero ella declinó la propuesta. Alegó que Agnes lo haría en su lugar. Otra mentira. Una detrás de otra.

—¿Está Tomás enfadado conmigo? ¿Le explicaste lo que te dije? —preguntó Aneris preocupada.

—Bueno, se mostró un tanto impaciente porque tiene los días contados para retratarte y espera no pillarse los dedos. Pero también comprende que, si estás enferma, no vayas a clase.

Aneris se mantuvo en silencio con la mirada fija en el suelo.

—Por cierto, no te lo vas a creer —irrumpió Javier cambiando de tema—. A tu querida amiga le han dado una buena tunda. ¡Vino ayer a clase con la cara hecha un cristo! Se ve que alguien la atacó la misma noche que fuimos al *pub*. Una vecina escuchó unos lamentos de madrugada y, cuando se asomó por la ventana para ver qué pasaba, la vio tirada en medio de la calle cubierta de sangre y de vómito. La habían apedreado por lo visto.

—¡Madrea mía! No sabía nada. ¿Quién podría hacer algo así?

—Pues cualquiera. Con la actitud que tiene hacia los demás no me extrañaría que alguien haya querido cobrarse su particular venganza.

—A mí tampoco me extraña.

10

El jueves Javier volvió a ausentarse un rato del trabajo. Fue flechado a

casa de Agnes para ver cómo estaba su Sirena.

—El médico ha dicho que, efectivamente, tengo gastroenteritis. Debo reposar y tener un baño cerca —explicó Aneris a Javier llevándose las manos al vientre simulando sentir molestias—. Serán solo unos días.

—Sirena, me estás mintiendo...

—¿Qué? ¿Por qué crees que te miento y sobre qué? —El pulso de Aneris se disparó.

—Porque estás triste, no enferma. Bueno, o las dos cosas. Tienes los ojos hinchados e irritados de llorar y tu voz ya no tiene el color que tenía antes. No me miras directamente a los ojos y te muestras esquiva...

Los ojos de Javier comenzaron a enrojecerse también, anegándose de lágrimas. Ella, sin embargo, no era capaz de hablar.

—Es eso, ¿no? Ya no quieres estar conmigo. ¡Solo tienes que decírmelo!

Aneris se lanzó sobre él y lo rodeó con sus brazos mientras empezaba a llorar también.

—No, Javier, no tiene nada que ver contigo. Me paso el día del baño a la cama y viceversa. Estoy agotada, eso es todo. Créeme, por favor.

—¿Y por qué lloras tú también entonces?

—Porque no quiero verte triste.

—Está bien... Bueno, tengo que volver al trabajo. Que te mejores, Sirena.

Javier se marchó de allí serio y cabizbajo. No miró hacia atrás como solía hacer al despedirse de ella. Siempre lo hacía antes de torcer la esquina para dedicar una última mirada a Aneris. Cuando lo perdió de vista corrió al ático y se hartó a llorar hasta que se quedó dormida bajo la mirada de Agnes que, al otro lado del espejo, sonreía al ver que las cosas con el mecánico parecían estar torciéndose.

11

El viernes por la mañana Javier no se presentó en casa de Agnes. En cierto modo Aneris lo esperaba, aunque mantenía la esperanza de estar equivocada. Se cobijó debajo del gran sauce y se sentó apoyando la espalda sobre el tronco. Aquel era un día especialmente ventoso y las largas ramas del viejo llorón se sacudían en el aire como su melena de oro. Cerró los ojos e intentó descansar. Había tenido una mala noche, una noche triste y negra en la que hubo más lágrimas que sueños.

—¡Querida! —Agnes se introdujo bajo el sauce apartando la espesa

cortina verde de hojas—. El taxi ya está en la puerta, he de irme ya. ¿Estarás bien? Teresa ha cocinado para todo el fin de semana, solo tendrás que calentarte la comida. ¡Ah! Y en la nevera te he dejado su número anotado por si necesitas cualquier cosa.

—Gracias, Agnes —dijo Aneris incorporándose.

—Anda, ¡dame un abrazo! —Agnes la rodeó con los brazos y le frotó la espalda como si intentara hacerla entrar en calor—. No me voy tranquila, ¿sabes? Te he visto muy apagada estos últimos días.

—Estaré bien, Agnes.

—No te estará dando problemas el mecánico, ¿no? —Agnes la sostuvo por los hombros obligándole a mirarla.

—No, bueno...

—No sabía cómo pedírtelo, querida. No quiero que pienses que desconfío de ti o que te tomo por una cualquiera pero... No quiero a ese chico en casa, no mientras yo no esté. Espero que lo entiendas.

—Agnes, es tu casa y son tus normas. Yo no tengo que entender nada.

—Bien. También te he dejado en la nevera un número en el que me podrás localizar si pasa cualquier cosa o si, simplemente, te apetece hablar conmigo porque me echas de menos.

Agnes soltó una larga y sonora carcajada echando la cabeza hacia atrás.

—¡Vamos, Agnes! Estoy y estaré bien. ¡Y vete ya, que el taxista te va a cobrar una fortuna!

—Bah... Eso nunca ha sido un problema para mí... ¡*Au revoir*, querida!

—*Au revoir*, Agnes. *Bon voyage* —se despidió Aneris en un perfecto francés.

VII. Sola en casa

1

Esperó media hora bajo el sauce, entró a casa y, cuando se supo sola, gritó con todas sus fuerzas con los brazos extendidos en cruz. Necesitaba dar aquel grito como aquella maravillosa soledad que le había caído del cielo, aunque solo fuera durante el fin de semana. Anhelaba estar a solas consigo misma como hacía cuando estaba en el faro y su padre se iba a trabajar aquellas largas jornadas. Había días en los que llovía a mares y se quedaba horas recostada en el marco de la ventana viendo el mar enfurecido por la tormenta mientras la lluvia repiqueteaba contra el cristal. Para ella, pocas cosas se podían comparar con aquello.

A la hora de comer calentó unos espaguetis al roquefort, los puso sobre una bandeja y comió sentada en uno de los sofás del comedor mientras veía la tele. Estaba harta de comer en aquella habitación gigantesca a la que Agnes llamaba comedor. Odiaba aquella mesa tan fría e impersonal en la que tenía que elevar la voz para entenderse con el comensal de enfrente y aquellas sillas de respaldo alto que te obligaban a estar tiesa como un palo.

Cuando acabó de comer escrutó cada centímetro del sofá, cerciorándose de que estaba todo limpio y en orden, y se echó la siesta con la compañía del murmullo del televisor.

Despertó a las seis totalmente descansada y llena de energía.

—¿Y qué hago yo ahora? —se preguntó en voz alta.

Pensó en que podía ir a buscar a Javier al taller, pero desechó la idea enseguida. No se atrevía a salir. No sabiendo que Alba podía estar por ahí fuera esperándola para darle la paliza que tanto merecía según ella.

Miró a través de los esplendorosos ventanales del salón y vio la chimenea sobresaliendo entre la arboleda de castaños en el horizonte. Pensó que allí se entretendría hasta la hora de cenar. Aquel era un lugar en el que podía sentirse segura sin tener que vigilarse las espaldas. La fábrica era su santuario, su secreto. Era para ella.

Tardó menos de un minuto en llegar a la aceitera. Salió de casa disparada como un rayo en la bicicleta. Hasta la fábrica había un buen trozo de carretera que tenía que recorrer para llegar al solar abandonado y, si Alba estaba realmente acechándola como le había asegurado, podría sorprenderla durante

aquel tramo, así que decidió ir en bicicleta. En ella era inalcanzable.

Cuando se halló delante del poste roto vio que no era viable pasar la bicicleta por allí. Muy a su pesar, la dejó apoyada sobre la valla y entró en el solar.

Los castaños se agitaban con fuerza por el fuerte viento que llevaba azotando Mollina todo el día. Las hojas y las ramas chocaban entre sí enfurecidas. Tanto era el ruido que hacían que apenas podía oír cantar a las chicharras y, por eso, tardó en percatarse de que alguien más estaba cantando. Era una voz femenina y Aneris no supo encontrar el lugar del que procedía.

«Estreeelliiiiita, ¿dóonde estáaaas...?»

Aneris se encontraba ante la entrada de la fábrica completamente inmóvil mientras su cabello serpenteaba en el viento. Parecía una cerilla humana.

«...Me preguuunto quién seeerás...».

La voz pareció aumentar el tono, pero sonaba extremadamente dulce y delicada. Como si fuera empujada por unas manos invisibles, Aneris desenroscó la cadena de las argollas y empujó el gran portón de madera, penetrando en el interior.

Fuera, el viento golpeaba las paredes de la fábrica con invisibles bofetadas. Todo parecía temblar, incluidos los listones que tapiaban torpemente las ventanas.

«En el cieeeeloo o en el maaaar... un diamaaanteeee de verdaaad».

Aneris estaba petrificada por el terror. La voz ahora parecía surgir en un suave eco de la fábrica, de cada uno de sus ladrillos, de las tuberías cortadas que recorrían las desconchadas paredes, de las rejillas de ventilación...

«Sireeeeniitaaaa, ¿dóonde estás?».

«¿Sirenita? ¿¿Ha dicho sirenita??», se preguntó.

«Ven, Sirenita, que la estrellita te querrá...».

Aneris puso el grito en el cielo y echó a correr. Empujó la pesada puerta de entrada como si fuera de papel y abandonó la arboleda, abriéndose paso entre la hierba alta. Una voz surgió entre ella gritando:

—Sirenaaaaa, ¿estás ahí?

Era la voz de Javier.

Aneris abrió los ojos de par en par y lo buscó entre la maleza con la mirada, pero sin detenerse.

—¡Javieeeeer! ¡Estoy aquí!

El pelo rizado y cobrizo de Javier asomó sobre la hierba por el lado izquierdo de Aneris. Corrió hacia él como si la persiguiera el diablo y, cuando

vio su figura con claridad, saltó sobre él, derribándolo.

—¡Ja-Javier! Menos mal... ¡Menos mal que-que estás aquí! —Estaba histérica y fuera de sí.

Javier, tumbado en el suelo sobre la densa alfombra de hierba amarilla y fina, la abrazó contra su pecho y le besó la cabeza con cortos y sonoros besos.

—Tranquila, estoy aquí contigo. ¿Qué pasa?

—He oído al fantasma, Javier. ¡Estaba cantando y me ha llamado!

—¿Qué te dije de venir aquí sola, Sirena? —le reprendió Javier—. ¿Qué te dije sobre la sugestión?

—Nooooooo, Javier. ¡No ha sido nada de eso! La he oído cantar alto y claro, y ha dicho: «SIRENA. Ven, Sirena, ven...» —Aneris tiritaba de arriba abajo sobre el cuerpo de Javier—. ¿Cómo... cómo sabías que estaba aquí?

—Fui a tu casa para verte y, cuando vi que no había nadie, se me ocurrió acercarme por aquí. Entonces vi la bicicleta y...

—Quiero irme de aquí...

—Eso haremos, vamos.

Se sentaron en la terraza del Hotel Fortes y Aneris pidió dos botellas de agua, que bebió prácticamente de un solo trago. Luego se vio con fuerzas de contarle a Javier lo acontecido en la aceitera.

—Vaya. No sé qué pensar. Yo estas cosas siempre me las había tomado a broma. Pero si me lo dices tú... Joder, no puedo evitar creerte.

—Yo no sé qué pensar...

Ambos permanecieron callados un rato, cada uno buscando sus propias respuestas y conclusiones sobre aquello hasta que Javier se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Sirena, no quiero que te enfades conmigo por cuestionarte, pero... ¿qué hacías en la aceitera si estás con gastroenteritis?

Aneris lo miró incrédula. No esperaba que llegara a dudar de ella aunque tuviera razones para hacerlo. Lo que le estaba preguntando era del todo coherente.

—Está bien, Javier. No tengo gastroenteritis. Te he mentido y lo siento. Pero esta pequeña mentira piadosa no ha tenido nada que ver contigo. Puedes estar tranquilo...

Él la miró estupefacto. Sabía que Aneris le ocultaba algo, pero no que fuese capaz de inventarse tal cosa y mentirle deliberadamente.

—¿Por... por qué lo has hecho?

—Es complicado, Javier. Vine aquí con un propósito y estoy buscando

respuestas. No puedo perder el tiempo en ir a las clases de pintura.

—¿Qué estás diciendo? ¿No vas a ir más a clase? ¿Y el retrato de la Feria? Sirena, no tiene sentido lo que dices. Tienes el resto del día libre para investigar y buscar dónde y lo que te dé la gana...

—NO-VOY-A-VOLVER —subrayó sus palabras una por una alzando el tono de voz.

—Espera. ¿Es Alba el problema? ¿No quieres ir por ella?

—No. No es por ella.

—Entonces... Puede que el problema sea yo... Si es eso dímelo de una vez y dejaré las clases. A mí me importa una mierda el arte. Me apunté para romper con la rutina. Y, últimamente, solo iba para estar contigo... —Javier estaba al borde del llanto.

—¿Que no tiene nada que ver contigo! —Aneris dio un manotazo a la mesa, haciendo temblar los vasos y el cenicero—. No eres el centro de mi vida, ¿sabes?

Javier se quedó boquiabierto. Nunca había visto a Aneris mostrar signos de agresividad. Se sintió solo y extraño, se dio cuenta de que estaba compartiendo mesa con una extraña. En realidad, sabía muy poco de ella, pero hasta ahora le había restado importancia. Estaba enamorado hasta las trancas y eso era lo único relevante.

—Es una pena porque tú sí que empezabas a serlo en la mía.

Se levantó lentamente, como si acabase de sufrir un golpe en la cabeza. Tenía los ojos cubiertos de lágrimas y no pudo ver cómo Aneris se llevaba las manos para cubrirse el rostro, ella también lloraba. Buscó en los bolsillos algo de dinero suelto y lo arrojó sobre la mesa.

—Aquí habrá suficiente para pagar la cuenta...

—Javier... Tú no lo entiendes...

—Adiós, Sirena.

El camarero que les había servido había presenciado la escena discretamente mientras limpiaba unas mesas cercanas. Se acercó a ella con un servilletero y se lo ofreció.

—Toma, niña. Lo necesitas.

—Gracias, señor —dijo Aneris enjugándose las lágrimas. A continuación se dispuso a contar el dinero que había dejado Javier para pagar.

—No te molestes, niña. Hoy invita la casa.

Aneris lo miró con los ojos y la nariz enrojecidos.

—Es usted un buen hombre.

El camarero se encogió de hombros.

—Y ese chico también lo es. Soy amigo de su padre. Sé de qué hablo...

Aneris lo sabía también.

—Bueno, gracias otra vez.

Se puso en pie y abandonó la terraza del hotel tirando de la bicicleta como si esta pesara una tonelada. Por suerte solo tenía que cruzar la calle para llegar a casa. La amenaza de Alba seguía latiendo con fuerza en su interior.

2

Ambos pasaron una mala y larga noche. Javier, inquieto, había dado vueltas en su pequeña y humilde cama mientras que Aneris había preferido dormir en uno de los sofás del salón en compañía de los anuncios de la Teletienda que murmuraban en la oscuridad de la madrugada. Ambos pensaban irremediablemente en el otro sin saber si aquella tarde en el bar del hotel había sido su último encuentro.

A primera hora de la mañana Aneris desayunó con desgana cereales con leche. Luego se enfundó el traje de baño y se lanzó a la piscina para liberar tensión. Sentirse rodeada de agua le devolvía la estabilidad y la paz mental que necesitaba, por lo que nadó hasta quedar completamente exhausta. Subió al islote que había en el centro de la piscina y se tumbó en una hamaca.

Cada vez que cerraba los párpados para evitar que el sol abrasador de julio le dejara ciega, la cara de Javier se dibujaba en su mente. Primero lo veía riendo, después besándola mientras le hacía cosquillas y, por último, con la cara contraída a punto de romper a llorar.

—Esto no puede terminar así... —se dijo negando con la cabeza.

Tenía que ir a buscarlo, pero no se atrevía a ir a su casa sabiendo que el plazo que le había dado su «querida amiga» había cumplido.

«¿Qué pasará ahora?», se preguntó inquieta. Cabía la posibilidad de que se tratara de un farol, pero no quería correr el riesgo, no después de ver lo violenta que había sido con ella sin razón. Entonces tuvo una idea. Saltó de nuevo al agua y salió de la piscina. Se enroscó una toalla alrededor del cuerpo y entró en casa.

Se dirigió a la pequeña mesita de teca donde Agnes tenía puesto el teléfono. Buscó en uno de los cajones y encontró la guía telefónica. Recordó el rótulo del taller del padre de Javier en el que se podía leer en letras azules Taller Mecánico Hnos. Velasco. Buscó el taller en la guía y encontró el

nombre completo del padre de Javier. Luego lo buscó de nuevo en la guía y dio con el teléfono particular.

Miró el teléfono de la mesita como si estuviera provisto de dientes en lugar de teclas y, tras vacilar varios minutos, se armó de valor y marcó el número. Enseguida alguien contestó al otro lado de la línea.

—Hola, buenos días. ¿Está Javier en casa?

—...

—Sí, soy yo. He encontrado tu número en la guía telefónica. Siento lo de ayer.

—...

—Lo sé. ¿Puedes venir a casa? Necesito verte.

—...

—Vale, de acuerdo. Hasta ahora.

3

Llevaba toda la mañana en su habitación encerrada. Yacía sobre su cama con la vista clavada en el techo. El dolor de la maltrecha nariz le palpitaba con fuerza, a pesar de estar tomando rigurosamente los analgésicos. Las lágrimas se le saltaban de la impotencia. El día que amenazó a «la paleta» no pensó que esta se atreviera a saltarse su advertencia. Pero, para su asombro, la había estado espionando todos aquellos días y en ninguno de ellos la vio salir de casa con una maleta y subir a un taxi.

—Asquerosa... —musitó.

La había visto con Javier en el hotel que había en la avenida del Limonar y meterse en la fábrica abandonada del pueblo. ¿Qué coño hacía allí?

Lo más humillante fue cuando se presentó en clase para ver si había osado volver. Cuando Tomás vio su cara supo que nunca más la desearía. Pero, afortunadamente, no todo había sido malo. Aneris no había ido a clase. Ni aquel día ni el resto.

Pero lo relevante era que la chica no se había ido del pueblo. Cuando la amenazó con tomar represalias si no lo hacía lo había dicho sin pensar. Claro que iba a tomarlas, pero ¿cómo? No tenía ni la menor idea. Tal vez tendría que haberle dado un poco más de margen para marcharse, tres días eran poca cosa, pero lo dicho, dicho queda y ahora tenía que actuar.

Decidió que no saldría de su cuarto hasta que se le ocurriera algo.

—Hola, Javier. Pasa, por favor —pidió Aneris haciéndose a un lado para darle paso.

Javier cruzó el recibidor en silencio mientras ella le indicaba que fuera al salón.

—Siéntate —le ordenó ella.

Javier miró a su alrededor observando la calma total que reinaba en la casa.

—¿Y Agnes? ¿Estás sola?

Aneris asintió mientras se acomodaba en un gran butacón frente a Javier.

—Sí. Está en Marbella. Han operado a una amiga suya y, como el marido está de viaje de negocios, ella ha ido a hacerle compañía. Volverá mañana.

—Bueno, entonces sí que puedo sentarme.

Permanecieron en silencio uno frente al otro sin mirarse a los ojos. Javier se entretenía rascándose las durezas de las palmas de las manos, mientras Aneris jugueteaba con un mechón de cabello.

—Javier... —dijo ella al fin.

—¿Sí?

—Siento lo de ayer. Me desesperé al ver que seguías pensando que algo me ocurría contigo a pesar de haberte dicho ya que no era así. Aunque, en cierto modo, lo entiendo. He estado un poco ausente últimamente... Perdí las formas, lo siento.

—Acepto tus disculpas, Sirena. Yo también puedo sulfurarme en determinadas situaciones, pero lo que no acepto es que no confíes en mí. En que te hayas inventado un virus estomacal para no decirme qué es lo que te pasa realmente. Hemos hablado de tu amnesia, de tus padres, de tu vida en Peñeiras... No son temas triviales. Pensaba que me había ganado tu confianza.

A Javier se le veía apático y sin energía. Bajo sus ojos pendían dos grandes surcos violáceos. Aneris supo que él también había pasado una mala noche. Eso le demostraba lo mucho que llegaba a importarle, más de lo que ella se había imaginado. A punto estuvo de hablarle del incidente del día del *pub* y de lo que le había ocurrido a la salida de la panadería. Pero se vio incapaz. Tenía miedo y, aun sabiendo que él la protegería y que incluso podría llegar a tener unas palabras con Alba, seguía sintiendo miedo. Era un sentimiento hermético que no podía desembalar.

—Debes entender que he vivido muchos cambios en poco tiempo. Es

normal que esté triste o ausente algunos días. —Aneris abandonó el butacón y se acomodó junto a él en el sofá—. Prométeme que no te lo volverás a tomar como algo personal...

Él la abrazó y apoyó su cabeza en su hombro. Aspiró varias veces el olor de su piel y experimentó una felicidad sin precedentes. Reconciliarse con su Sirena era como volver de la guerra al cálido hogar.

—Prometido. Entonces... ¿volverás a clase el lunes? No es lo mismo sin ti.

Aneris vaciló unos instantes antes de contestar.

—No, no voy a volver. —Javier levantó el rostro mirándola muy de cerca, tanto que sus narices se rozaron—. Creo que he descubierto algo importante y me voy a centrar en ello. ¿Podrías traerme el lienzo y pedirle disculpas a Tomás de mi parte? Yo no podré hacerlo, se me caerá la cara de vergüenza... Además, seguro que improvisa otra cosa para el cartel y le queda fantástico.

—Lo haré, Sirena. —La besó con ternura en los labios—. ¿Puedo preguntarte qué has descubierto?

Aneris se levantó del sofá y se puso ante él de pie como si fuera a dar una conferencia.

—A ver... El otro día fui con Agnes al cementerio porque quería llevarle flores a una amiga suya que está allí enterrada.

—Ajá.

—Pues bien, esa amiga suya resulta que es María Carmona, una mujer que mataron aquí en 1977. ¿Tú sabes algo de eso?

—Sí, eso es algo que todos los que vivimos aquí conocemos, pero tampoco he estado nunca muy puesto en el tema. Sé que la mataron cerca del cementerio, pero no sabía su nombre. Yo ni había nacido. Pensaba que se llamaba Manuela o algo así...

Aneris asintió, se cruzó de brazos y anduvo por el gran salón mientras le narraba a Javier su descubrimiento.

—Pues en el cementerio Agnes me dijo que su amiga había muerto de un accidente de tráfico, pero fue en la biblioteca donde me enteré de lo del asesinato. Y entonces me pregunto, ¿por qué me ha mentado Agnes?

Javier se encogió de hombros.

—Ni idea. Tal vez le duela hablar de ello. Al tratarse de su amiga... ¿Por qué no se lo preguntas cuando vuelva? Eso sí, con delicadeza, sin dar manotazos a la mesa. —Javier guiñó un ojo a Aneris y esta corrió a pegarle. Él cogió un cojín y lo utilizó como escudo.

—¡Olvidalo ya! —le gritó Aneris golpeándole en los brazos.

—Venga, Sirena. Si no tienes fuerza... —rió él dándole un cojinazo en la cara y despeinándola.

Ambos estaban encantados de volver a la complicidad y al cariño mutuo que habían perdido. Pero Aneris se vio obligada a frenar lo que se estaba convirtiendo en una batalla campal y continuó con su discurso:

—No me desconcentres, que me disperso, y esto es importante.

—Perdona, luego seguimos. Continúa.

—Bueno, a ver... —Aneris cerró los ojos para recuperar el hilo—. ¡Ah, sí! Ya encontraré el momento de hablar con Agnes de eso, pero lo que me escama de este asunto es que yo ya había oído ese nombre antes. Me costó caer en la cuenta, pero al fin recordé que fue Dña. Asunción la que me lo dijo.

—Espera, espera... ¿Qué pinta esa señora en esto?

—Ya hablamos sobre ello. Te dije que la había ido a visitar en varias ocasiones para saber si la foto de mi madre le sonaba de algo.

—Sí.

—Pues recordé que cuando le enseñé la foto de mi madre la reconoció, pero con otro nombre. No me acuerdo cuál era, pero sí recuerdo que dijo que la de la foto, o sea, mi madre, era la mujer de un tal Jenaro Carmona Castro, porque me lo repitió gritando varias veces.

—Creo que me estoy perdiendo...

—¡Pues que María Carmona y Jenaro podrían ser hermanos!

—¿Y qué si lo eran? —preguntó Javier indiferente.

—Pues no sé... Pero es una extraña coincidencia. ¿No crees?

—¿Extraña coincidencia? En una ciudad de cien mil habitantes lo habría sido, en un pueblo como este no. Aquí casi todos estamos unidos por parentescos, amistades o relaciones de cualquier tipo. De todas formas, ¿por qué no se lo preguntas?

—Porque está ingresada por una angina de pecho. Esperaré a que vuelva.

—Si es que vuelve...

—¡JAVIER!

Javier cogió el cojín para protegerse de otro posible golpe, pero Aneris se limitó a reír. Miró el reloj de péndulo que había junto a la chimenea:

—Ya casi es la hora de almorzar. Tú date un baño en la piscina mientras yo hurgo en la nevera y veo qué puedo hacer para comer. Soy un cocinillas, ¿sabes?

—¡No, Javier! No puedes quedarte aquí. Agnes me lo ha prohibido... De

hecho, ya he roto mi promesa dejándote entrar.

—Sirena, no me voy a ir a ninguna parte porque tú tampoco quieres que lo haga.

—Pero Javier, ¿y tu padre? ¿No decías que los sábados salías con él para distraerle? —dijo Aneris intentando disuadirle. Deseaba con toda su alma que Javier se quedara en aquella casa de ensueño con ella, pero tenía que seguir mostrándose contraria a ello. No quería que pensara que era capaz de incumplir una promesa así, a la ligera.

—Mañana también es fiesta. Después de desayunar me iré y pasaré el día con él.

—¿Después de desayunar?

—Sirena, estoy loco por dormir contigo. No veo el momento en el que pueda tumbarme a tu lado para quedarme dormido mientras me acurruco en tu cabello y escucho tu respiración lenta y profunda. Y no te hablo de sexo, que conste. Aunque si me lo pides de rodillas tal vez...

La palabra sexo se le clavó a Aneris en el pecho como un punzón de hielo. Sabía que, si continuaba con Javier, «eso», el sexo, acabaría llegando por sí solo a la relación. Era algo natural. Javier divisó un destello de inseguridad en Aneris, aunque solo fue por un momento:

—Sirena, estaba bromea....

—Yo también me muero por dormir contigo, Javier. Quédate.

Javier escogió el menú haciendo una exquisita selección de la comida que había guardada en los *tupperwares* de la nevera, luego la calentó y la sirvió en la mesa que ya había preparado mientras Aneris se daba un baño. No daba crédito a lo que veía en los platos. En su casa lo único que contenían los *tupperwares* de la nevera eran sobras, pasta cocida o filetes empanados, nada de *risottos*, cremas, quiches o *soufflés*. Pensó que, probablemente, aquella sería la mejor comida de su vida. Él no anhelaba un nivel de vida más alto, ni comodidades o lujos, era muy feliz con lo que tenía, pero joder, qué bien sentaban de vez en cuando.

Aneris entró a la cocina con una toalla enroscada en el cuerpo y con el pelo húmedo. Se acercó a la mesa donde Javier ya la esperaba sentado y, al ver la cantidad de comida que había preparado para ellos dos, resopló. Se sintió llena sin haber probado bocado:

—*Carallo*, Javier, no vamos a poder comernos todo esto... ¡Es demasiado hasta para mí!

—Sí, lo sé. Puede que se me haya ido la mano un poco, pero es que nunca

había visto tanta variedad de comida, con este olor y... ¡no sé qué es esto, pero huele de muerte! —dijo sirviéndose una crema anaranjada sobre una rebanada de pan de semillas de amapola.

Aneris creyó ver que se le saltaban las lágrimas del gusto cuando probó la crema de langostinos.

—Pues aquí siempre se come así. A Agnes le gusta la gastronomía selecta y Teresa es una cocinera excepcional. Una mezcla perfecta.

—Dios mío... ¡Qué maravilla! ¿Podría llevarle a mi padre mañana un poco de esto? Y un poco de aquello también... —preguntó Javier suplicando con las palmas de las manos unidas.

—Claro. Pero tendremos que controlarnos con la comida, sino Agnes va a sospechar. Yo como mucho, pero no tanto.

—Tranquila, esta noche compensamos cenando lo que nos sobre ahora.

Cuando terminaron de comer Aneris preguntó a Javier qué deseaba hacer. Este le propuso echar una partida de cartas bajo el sauce mientras tomaban el café sobre el césped.

—Yo no sé jugar... —se lamentó ella.

—No te preocupes, yo te enseño. ¿Sabes dónde podría guardar Agnes una baraja?

Aneris negó con la cabeza.

—Ni idea. Ya has visto lo grande que es la casa y yo siempre intento ser discreta cuando Agnes abre los cajones o las puertas de los armarios. Pero lo que sí que hay en la pérgola de parra es un baúl de mimbre con juegos de mesa para las visitas. Tal vez allí haya una baraja.

—¡Perfecto! Yo traeré el café mientras tú buscas las cartas, ¿vale?

Aneris asintió conforme y se dirigió a la pérgola. Abrió el baúl de mimbre y sopló el polvillo que se había acumulado sobre las cajas. El surtido de juegos que guardaba Agnes era de lo más variado. No faltaban los clásicos como el parchís, el ajedrez o el juego de la oca, pero también había otros más antiguos de los que Aneris no tenía constancia de que existieran. Removió las cajas buscando una pequeña y simple baraja, algo demasiado básico como para no estar allí junto al parchís, pero en lugar de eso encontró otro juego de sobra conocido. Fascinada, se quedó mirando la caja. Había oído hablar de él pero nunca lo había visto en persona. Lo llevó bajo el gran sauce y empezó a presentar las piezas sobre el césped.

Javier entró bajo la cúpula del sauce con los cafés y se encontró a su Sirena sentada ante una tabla de Ouija.

—Vaya... Así que a Agnes le va este rollo... —dijo Javier indiferente, sin darle la importancia que Aneris parecía darle a la tabla.

—Pues no lo sé, tal vez no la use. Está muy vieja. Y no hablemos de la caja...

—Yo leí sobre esto hace algún tiempo. Hay gente que juega con ella a diario para consultar todo tipo de cosas o pedir consejos. Otros simplemente se lo toman a broma y la utilizan como cualquier otro juego de mesa. —Javier le ofreció la taza de café con hielo—. Yo no creo en esto. No digo que no funcione, pero creo que es uno mismo el que mueve el máster, aunque sea de manera inconsciente. ¿Tú qué opinas, Sirena?

—Nunca he jugado, así que no puedo posicionarme. Aunque después de lo ocurrido en la fábrica ya no sé qué pensar. ¿Crees que guardará relación con el fantasma de la Ruda? —Aneris parecía absorbida por la atracción que sentía hacia aquel abecedario y aquellos números escritos en forma de abanico. Pasó sus finos y largos dedos por la tabla de madera repasando las vetas.

Javier se encogió de hombros sin saber qué decir.

—Quiero jugar —sentenció finalmente.

—¿Estás segura?

Aneris asintió mientras sorbía el café de un trago.

—¿Y dónde quieres hacerlo? Podemos colarnos en el cementerio esta noche si quieres. La gente que juega a eso suele acudir a sitios de ese tipo. Por lo visto se consiguen mejores resultados.

—No, al cementerio no. Hagámoslo en la fábrica, así sabremos si hay un fantasma o no.

—¿En la aceitera? ¿Es que has olvidado el susto que te llevaste ayer?

—Pero estaba sola. Ahora estoy contigo. —Aneris guardó el tablero y el máster en la caja—. ¡Vamos, termínate el café!

—¿No puedes esperar, Sirena? Quería echarme una siesta. Ahora hace demasiado calor...

—¡No, no puedo! ¡Vamos, vamos!

Se sentaron en el suelo el uno frente al otro con la tabla entre ambos. Colocaron el dedo índice sobre el máster que reposaba a un lado del tablero. Aneris soltó una risita nerviosa.

—¿Quién empieza? ¿Quieres preguntar tú primero? —sugirió ella con un ligero temblor en la voz.

Javier se encogió de hombros.

—Bueno, veamos... Pregunto por el fantasma en concreto, ¿no?

—Sí.

—Bien. —Javier carraspeó para que su voz sonara alta y clara—. Hola. Queremos comunicarnos con el fantasma de esta fábrica, con la Ruda. ¿Estás aquí?

El máster se mantuvo inmóvil sobre la tabla.

—¿Y ahora? —susurró Aneris.

—Shhhhhh... Esperemos un poco —ordenó Javier en el mismo tono—. ¿Hola? ¿Estás aquí entre nosotros... Eh... Ruda? No queremos hacerte daño. Solo queremos contactar contigo.

Calma absoluta.

Esperaron unos cinco minutos con los ojos cerrados y con los dedos posados sobre el máster sin que se produjera ningún movimiento.

—Quizás deba preguntar yo. Puede que no le gusten los hombres... —bromeó Aneris.

Javier accedió. No creía que aquel trozo de madera en forma de puntero llegara a moverse por sí solo.

—Como quieras...

Aneris pensó en formular la pregunta de otra forma, tal vez así...

—Hola, venimos en son de paz. ¿Hay alguna presencia que quiera ponerse en contacto con nosotros?

Pasaron entre quince y veinte segundos hasta que el máster empezó a desplazarse lentamente. El sonido de las maderas rozando entre sí puso los pelos de punta a Javier.

—Sirena, dime que lo estás moviendo tú...

—No... Yo no... —Aneris tenía los ojos exageradamente abiertos y expectantes.

El máster terminó su lento y siniestro recorrido.

«HOLA».

Ambos se miraron como si acabaran de descubrir que se hallaban encima de una mina antipersona.

—Esto no puede ser —musitó Javier sin apartar el dedo del máster. También había leído que no era conveniente salir en mitad de una conversación sin decir adiós, así que no levantó el dedo.

Aneris reunió todo el valor que creía poseer y continuó preguntando:

—¿Eres la trabajadora que murió aquí?

«NO».

—Entonces... ¿eres una antigua inquilina de Agnes? ¿Estás entre los muros

de esta fábrica? —quiso saber Javier. De repente todas aquellas historias y rumores sobre la aceitera y su fantasma perdieron la gracia.

El máster no se movió.

—Pregúntaselo tú, Sirena.

—¡No voy a preguntar eso! ¡Agnes no es una asesina!

—Eso que nos lo diga la tabla.

Aneris asintió a regañadientes. Visto aquello, cualquier cosa se le antojaba posible.

—¿Estás enterrada aquí? ¿Te mató Agnes?

El máster arrancó la carrera por el tablero señalando las letras del abecedario, formando las palabras:

«NO MUJER».

—¿No mujer?

—¿Quieres decir que no eres una mujer? —preguntó ella sorprendida por el giro de la conversación.

«HOMBRE».

Javier y Aneris se miraron perplejos.

—¿Y si aquí ocurrió una tragedia distinta de la que siempre se ha hablado? ¿Podría ser eso?

Ella asintió.

—Entonces... ¿Estás enterrado aquí? ¿O moriste aquí?

El máster no se movió.

—No lo entiendo... Sirena, pregúntale quién es.

—Me da miedo saberlo. ¿A ti no, Jav...?

El máster se movió sin pregunta previa.

«SIEMPRE CONTIGO».

Aneris palideció en el acto, llevándose la mano libre al pecho.

—¿Contigo? ¡Mierda, mierda, mierda! ¿Contigo o conmigo, Sirena? Por Dios te lo pido, ¡pregúntale quién coño es! —Javier sudaba en abundancia y no era precisamente por el calor.

Aneris comenzó a sollozar. No se atrevía a preguntar por la identidad de aquel supuesto espíritu porque intuía la respuesta. El máster volvió a formular palabras por iniciativa propia.

«ANERIS MÍA».

—¡Joder!

«ESTÁ EN LA CUEVA».

—¡Esto no se calla!

—¡Quiero abandonar la sesión! ¡Queremos abandonar la sesión! —chilló Aneris.

El máster se deslizó hacia la palabra «ADIÓS».

En ese momento Javier cogió el máster y lo estrelló contra la pared. Aneris rompió a llorar.

—Sirena, ¡salgamos de aquí! —dijo levantándola del suelo—. No pienso volver a poner un pie en este sitio.

Ella se lanzó a sus brazos y se apoyó contra su pecho, buscando consuelo. Javier la abrazó con fuerza contra sí y la besó en la cabeza.

—No toques eso nunca más, ¿me oyes?

Aneris asintió sin decir nada. Tenía los ojos cerrados y las mejillas empapadas en lágrimas.

—Ni muerta —dijo finalmente.

—¿En serio, Sirena? ¿Ni muerta? ¿Es que no has tenido suficiente?

Aneris rió sin ganas. Apretó más el rostro contra el pecho de Javier y buscó protección en su piel suave y aterciopelada carente de vello.

Así se quedaron un largo rato hasta que sus ritmos cardiacos se serenaron y volvieron a la normalidad. Javier cogió el rostro de Aneris con sus manos para besarla en la frente.

—Venga, será mejor que volvamos a ca...

«*Estreeelliiiiita, ¿dóoonde estáaaas...?*».

—Pero... ¿qué coñ...?

«*...Me preguuunto quién seeeráss...*».

Javier soltó a Aneris para mirar a su alrededor. La voz procedía de todas partes, inundando la estancia. Aneris se tapó los oídos y gritó:

—¿Tú también la oyes, Javier? ¡¡¡Haz que se calle!!!

Javier se giró en redondo, la agarró del brazo con firmeza y tiró de ella, arrastrándola hacia la puerta de entrada. Él tenía tanto miedo como ella, solo que no se atrevía a gritar. Se le había hecho un nudo en la garganta y era incapaz de tragar saliva. Aneris chillaba como un cerdo en una matanza y seguía sus pasos, pisándole los talones. Empujaron los portones de madera y salieron disparados sin mirar atrás. No se detuvieron hasta que llegaron a la carretera y volvieron a la «civilización».

—Se acabó... Esto de la... fábrica. Nunca más... Pienso vol-volver —dijo Javier jadeando.

—Yo tampoco... Javier —Ella también tenía dificultades para respirar—. Esta vez... sí que puedo prometértelo... *Nunca mais...*

Para cenar Javier calentó las sobras del almuerzo, como habían acordado. Comieron sin mediar palabra, desde que habían salido de la fábrica apenas se habían dirigido la palabra. Se sentían abatidos por el fuerte impacto que habían sufrido. Aquella experiencia les había sobrepasado.

Al terminar de cenar Aneris recogió los platos y él los fregó. Mientras enjuagaba los cubiertos él le preguntó si podía servirle una copa.

—Yo había pensado en irme ya a la cama, Javier. Estoy cansada. Demasiadas emociones fuertes en un solo día, ¿no crees?

—Precisamente por eso te la pido. Me ayudará a conciliar el sueño. Tú ve a dormir si quieres; yo me la tomaré tan tranquilo en el balcón de tu ático fumándome un cigarrillo. No te preocupes, ni te enterarás.

Aneris se dirigió a un gran aparador de puertas de cristal ahumado y lo abrió. Allí Agnes guardaba todo tipo de bebidas alcohólicas. Muchas de las botellas estaban sin abrir y cubiertas por una fina capa de polvo mientras que otras, de marcas más mundanas, tenían las etiquetas de los tapones retiradas.

—Lo único que te puedo ofrecer es vodka, ron, ginebra y anís. ¿Qué prefieres?

—¿Hay Cola en la nevera?

—Sí, debería.

—Pues un ron con Cola.

Aneris preparó el cubata con destreza, añadiéndole hielo picado y una rodaja de limón y se lo ofreció a Javier. Este dio un sorbo y miró a Aneris sorprendido.

—Sirena, ¡lo has clavado! ¿Cómo es posible que alguien que se emborracha con media cerveza sepa preparar algo así?

—Quizás sea porque mi padre era alcohólico y le habré visto prepararse como unos mil vasos de esos, mientras que otras mil veces se los tenía que preparar yo. Así que...

—Vaya, lo siento, Sirena. No había caído. Lo siento.

—No pasa nada, tranquilo. Me voy... a la cama.

—Yo no tardaré en subir. Enseguida termino de limpiar esto. —Besó a su Sirena en los labios y le sonrió.

Aneris subió a la habitación y se puso una fina camiseta de tirantes. Acostumbraba a dormir tan solo con unas braguitas, pero teniendo en cuenta que Javier iba a dormir con ella, pensó que no estaría de más cubrirse un poco. A fin de cuentas, aún no se habían visto desnudos y tampoco quería

darle a entender que ocurriría algo más en esa cama que dormir.

Se tumbó en el gran colchón y se acurrucó en posición fetal y de espaldas a la puerta de manera que, cuando entrara Javier, ya tuviera su lado de la cama despejado.

Cerró los ojos e intentó conciliar el sueño, a sabiendas de que no lo conseguiría por muy cansada que estuviera. No había sido una buena idea jugar a la Ouija. Aquel maldito juego había dicho cosas prohibidas, cosas que ella y solo ella sabía. Fuese cual fuese la inteligencia que movió aquel máster, la suya o la presencia en cuestión habían hablado más de la cuenta, y aquellas palabras no eran más que la punta del iceberg.

Los pasos de Javier irrumpieron en la habitación y Aneris se hizo la dormida. Escuchó cómo el tintineo del hielo chocando contra el vaso se alejaba hacía el balcón y que Javier resoplaba cansado al sentarse en una de las sillas.

Aneris continuó en silencio hasta que Javier terminó la copa y se acercó a la cama. Escuchó cómo se quitaba la ropa mientras esta caía sobre la tarima prenda a prenda. Segundos después, Javier se tumbó en la cama y, tímidamente, se acercó a ella muy despacio, acoplándose a su cuerpo.

Suspiró complacido.

—Sirena... Mi Sirenita preciosa... —susurró al oído a Aneris. No sabía si estaba dormida o estaba en ello, pero no pudo evitar decir aquellas palabras en voz alta.

Aneris prefirió seguir en silencio mientras su corazón daba brincos de alegría. Tal vez si continuaba haciéndose la dormida, seguiría escuchando palabras tan maravillosas como aquellas. Y así fue.

—Tan diferente a las demás... Tan enigmática y atrayente... Tan excéntrica, con tus redes, tus caracolas y tus estrellas de mar... Tan bella y tan única... Tan grande para alguien tan simple como yo... —continuó Javier mientras arrastraba su mano por la infinita cabellera de oro—. Te quiero, Sirena. Es la primera vez que te lo digo y ni siquiera sé si me estás escuchando, pero acabo de sentir la necesidad de decírtelo y, si no me has oído, mañana en cuanto abras los ojos volveré a decírtelo para que lo sepas.

—Te he oído. —Aneris se giró, quedando de cara a Javier. Le acarició la mejilla y él gimió al sentirse el hombre más afortunado del mundo—. Yo también te quiero, Javier. Sospechaba que lo hacía, pero no fue hasta ayer, cuando me di cuenta de que así era, cuando vi que podía perderte.

Los gigantescos ojos helados de Aneris brillaban en la penumbra de la

habitación. Javier le apartó el cabello de la cara para verla mejor y pensó que no podía existir nada más maravilloso en el universo que aquel rostro angelical.

—Sirena...

Ella le selló los labios con un largo e intenso beso. Ni podía ni quería contener su deseo hacia él. Acarició su espalda desnuda, intentando acaparar con las manos toda su piel. No quería perderse ni un trozo.

Javier hizo lo propio, pero a diferencia de él, ella llevaba puesta una camiseta de tirantes. Desplazó su mano por debajo de ella y le masajeó el vientre con efusividad. Estaba demasiado excitado y le costaba contenerse, pero no iba a pasar a mayores si Aneris no le daba una señal para dar el siguiente paso.

La señal vino en aquel mismo instante de manera rápida e inesperada. Se quitó la camiseta, dejando al descubierto un torso pálido y escuálido con dos pequeños y respingones senos. Él se lanzó sobre su cuerpo y la besó frenéticamente, mientras ella le mordía el cuello con ternura. Aneris pensó que sería maravilloso poder llevarse un bocado de él a la boca. Así podría formar parte de ella para siempre.

Bajo los calzoncillos, la erección de Javier era tan evidente que Aneris no pudo evitar sentirla contra su vientre. Él empezó a moverse rítmicamente hacia delante y atrás sobre ella, apretando su sexo contra el suyo. Había llegado el momento.

—Sirena...

—¿Sí..., Ja-Javier? —preguntó ella jadeante por la excitación.

Él se paró en seco y la miró fuera de sí.

—Quiero hacerte el amor. Sé que dije que solo quería dormir contigo, que también es cierto, pero no puedo contenerme. No puedo desearte más. Quiero estar dentro de ti y... Sirena, ¿qué te pasa?

El brillo de los ojos de Aneris se apagó por completo. Ahora solo se veían dos manchas oscuras y opacas en la penumbra. Había dejado de jadear y se había quedado inmóvil bajo su cuerpo. Si no fuera porque su pecho subía y bajaba, Javier hubiera creído que estaba muerta.

—No-No puedo hacerlo... —dijo ella con un hilo de voz.

—Sirena, no vamos a hacer nada que tú no quieras. Pero tal y como estaban yendo las cosas pensé que...

—No podré hacerlo nunca, lo siento. —Aneris apartó a Javier con cariño. Se hizo a un lado y se quedó en silencio con la mirada fija en el techo.

La erección de Javier se desplomó del disgusto.

—¿Cómo que nunca podrás hacerlo? ¿Qué tontería es esa? Puede que sea algo pronto, pero eso no quiere decir que...

—No... —Aneris negaba con la cabeza sin apartar la mirada del techo. Le resultaba más fácil afrontar aquella situación sin mirar a Javier a los ojos.

—Vale, creo que ya sé lo que te pasa. Eres virgen. Es eso, ¿no? Si es así no tienes por qué avergonzarte. Yo la perdí el año pasado y fue un desastre, ¿vale? Pero...

—Fui víctima de una violación, Javier.

Aquellas palabras cayeron sobre él como una gigantesca y pesada losa.

—¿Q-Qué? —logró decir.

—Pues que a los trece años fui víctima de una violación... —La mirada de Aneris buscó entonces la de Javier. Sus ojos brillaban de nuevo, pero por la fina capa de lágrimas que se estaban acumulando en ellos.

Su mano buscó la de él y cuando la encontró la aferró con fuerza. Javier, pensativo, la besó repetidas veces. No sabía muy bien qué decir.

—Sirena, lo siento muchísimo... Eras... Eras una niña.

—Sí, pero por suerte no me acuerdo. Ocurrió horas antes de estrellarme contra el árbol cuando iba en bicicleta. Antes de que perdiera la memoria.

—¿Y sabes quién fue? —Javier no sabía si estaba acertando con sus palabras. Era una situación muy delicada con la que nunca se había topado.

—No, ya te he dicho que no me acuerdo.

—Sí, pero... Supongo que tu padre te llevaría al hospital, lo denunciaría a la Policía y te harían pruebas y... —Entonces, de repente, las piezas encajaron en su mente. Con mucho cariño y amor Javier le acarició la cicatriz—. Sirena, ¿esto tiene que ver con lo que me estás contando?

—Javier, no puedo seguir hablando de esto. Me duele muchísimo, solo quería que entendieras por qué no puedo hacer el amor contigo.

Aneris se llevó las manos al rostro, tapándose por completo. Fue un acto inconsciente de querer desaparecer. Bajo aquellos dedos largos y pálidos derramó densas lágrimas.

—Shhhhhhh... Tranquila, Sirena. Lo entiendo perfectamente. Puedes estar tranquila. No te voy a presionar, ¿vale? Ni voy a hacerte más preguntas al respecto. Cuando tú quieras contármelo, me lo cuentas y ya está.

—Sabiendo esto, ¿cambia algo entre nosotros? Quiero decir... ¿Me ves de manera distinta? Te... ¿te da asco? —Aneris tiritaba y sollozaba al mismo tiempo.

—¿Qué? ¡Por Dios, Sirena! Asco me da la persona que sea capaz de hacer algo así. ¿Cómo puedes pensar que mi actitud contigo va a cambiar? Tú no tienes la culpa de nada.

Aneris se destapó la cara, algo más serena.

—Aunque tal vez tengas razón, te voy a ver de manera distinta, pero mejor. Admiro tu valentía por habérmelo contado y, sobre todo, por ser una persona tan buena y maravillosa con los demás. Si yo hubiera estado en tu lugar, no creo que fuera tan simpático ni tan amable con la gente.

—Tal vez sea porque no lo recuerdo.

—¡Pero lo sabes! Y eso es suficiente como para estar cabreada con el mundo.

Javier se puso boca arriba e invitó a Aneris a que se acomodara sobre él. Ella apoyó su cuerpo inmediatamente sobre él y lo abrazó como a un oso de peluche gigante.

—Vamos a intentar dormir, ¿vale? —preguntó él.

—Vale. Te quiero, Javier.

—Y yo a ti...

Aneris cerró los ojos inmediatamente y enseguida su respiración se tornó profunda. Javier, en cambio, permaneció largo rato con los ojos abiertos. Lo que le acababa de contar su Sirena era más de lo que esperaba oír. Muchísimo más...

5

Ya había pensado en algo, y era algo realmente bueno, al menos por lo que a ella respectaba. Podía servir para quitarse de en medio de una vez a Aneris sin que la sangre llegara al río.

Decidió levantarse bien temprano para que «la paleta» no se le escapara. Se sentó a esperarla en un banco situado justo en la acera de enfrente para tener buenas vistas de todos los movimientos que podían sucederse en la casa. Antes de salir de la suya se puso una gorra y unas gafas de sol para que Aneris, si se asomaba por casualidad por la ventana, no la reconociera. Tan solo llevaba un paquete de cigarrillos encima, suficiente pasatiempo para la espera.

Sobre las diez de la mañana el mecánico salió de la casa, despidiéndose de Aneris con un beso que a Alba le removi6 el est6mago. «¿Es que ninguno de los dos se había mirado nunca en el espejo? Bueno, tampoco podían aspirar

a más. Los feos con los feos», pensó. Ni Javier ni Aneris vieron a la chica que fumaba a pocos metros de ellos. Eso la hizo reír.

Pasaron dos horas hasta que Aneris apareció de nuevo por la puerta. Al fin el ratoncito había decidido abandonar su madriguera. La vio cómo salía montada en la bicicleta mirando en todas direcciones. Alba pudo ver el miedo y la incertidumbre en sus ojos. Sabía que la razón de su temor era ella misma, y lo que más le divertía era que la tenía delante y era incapaz de reconocerla. Se sintió invisible.

Aneris empezó a pedalear y giró a la derecha por la carretera de La Arenca. Alba la siguió corriendo a una distancia prudencial hasta que se detuvo detrás de un coche. Vio que Aneris volvía a girar a la derecha y Alba supo a dónde iba. Hacía ya unos días que la había visto meterse en aquel solar abandonado donde estaba la fábrica abandonada. Decidió seguirla. El destino le había regalado la ocasión perfecta para poder dejarle las cosas claras a «la paleta» sin que nadie la interrumpiese, como ya sucedió la vez anterior con la panadera.

6

Cuando se fue Javier recogió todo lo que sugiriese a Agnes que no había estado sola en casa. La idea de ser descubierta mintiendo a su casera le aterraba. Cuando terminó sintió una especie de insatisfacción. Faltaba algo, pero no daba con ello.

Repasó la casa de arriba abajo dos veces y todo le pareció estar en orden, pero la sensación de que quedaba un cabo suelto seguía rondándole en la cabeza.

Salió al jardín de nuevo y repasó los lugares en los que había estado con Javier, pero, como ya suponía, estaba todo recogido.

—No lo entiendo... —murmuró cruzándose de brazos mientras paseaba la mirada por el lugar.

Sus ojos se toparon con la pérgola de parra y entrevió tras los sillones de mimbre la tapa del baúl de los juegos abierta.

—¡El tablero! —exclamó tapándose la boca como si se le hubiera escapado un taco delante de un niño.

Pensó que Agnes podría no darse cuenta de que aquel maldito tablero había desaparecido de su colección de juegos de mesa, pues por el aspecto en que encontró la caja parecía llevar allí dentro mucho tiempo sin ser usado.

¿Pero iba a correr el riesgo? Y si la descubría, ¿qué iba a decirle?

Debía volver a la fábrica a por él y devolverlo a su lugar. Recordó lo que había sucedido el día anterior con la tabla de Ouija y cómo Javier y ella habían sido testigos de la siniestra canción que parecía estar cantando la fábrica. Le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo. Había algo más a lo que temer.

Mientras tanto, Alba continuaba por ahí fuera esperando a que abandonara Mollina, porque si no... ¿Si no qué?

—Tengo que intentarlo —se dijo decidida.

Cogió la bici. Al menos si Alba la abordaba conseguiría sacarle ventaja para huir.

Salió a la calle y miró temerosa en todas direcciones. No la vio, aunque era lo lógico, si lo que pretendía era asaltarla como el día que salió de la panadería.

Decidió no darle más vueltas al asunto y se echó a la carretera pedaleando lo más rápido que le permitieron sus piernas. Cuando llegó al poste roto por el que accedía al solar se sintió a salvo. Suspiró aliviada y se dirigió a la fábrica.

La puerta estaba abierta de par en par, tal y como ella y Javier la habían dejado al salir corriendo espantados. Respiró hondo y corrió al lugar donde ambos se habían sentado para comunicarse con el fantasma de la Ruda. Allí seguía el tablero junto a la caja y el máster un poco más allá. Se arrodilló y les limpió el polvo, frotándolos vigorosamente con la mano.

—Vaya, así que es a eso a lo que juegas cuando te metes en este lugar tan cochambroso... ¡Qué pena me das!

La voz de Alba retumbó contra las paredes de la fábrica. Se hallaba justo detrás de ella. Aneris se quedó petrificada, ni pudo ni quiso volverse.

—Sabía que eras rara, pero no tanto. —Alba se regodeaba viendo a Aneris agazapada ante ella, paralizada por su inesperada visita.

—Alba, te lo suplico. ¡Déjame en paz! —dijo, al fin, Aneris, mientras guardaba el juego en la caja.

—Levántate, anda. Tenemos que hablar.

Aneris se incorporó y se dio la vuelta. Alba llevaba puestas unas gafas de sol y una gorra. Aún conservaba el vendaje de la nariz. Su labio cosido se estiró con dificultad al sonreír.

—¿Qué quieres de mí? —Aneris empezó a derramar sus primeras lágrimas del día.

—Te pedí encarecidamente que te marcharas de aquí. Incluso te di unos días de margen para que te tomaras tu tiempo y que pudieras gestionar lo que fuese. Tal vez tendría que haber sido más generosa, pero el plazo se te acabó el viernes y ya estamos a domingo. —Alba se sentía borracha de poder. Tenía a aquella «paleta» bajo su dominio, aunque no la hubiese obedecido. Podía ver el miedo en sus malditos y preciosos ojos azules.

—Alba, no puedo irme de aquí. Aún no he encontrado lo que necesito saber sobre mi madre y... y quiero a Javier.

Alba estalló en carcajadas.

—Lo de tu madre me la trae «al paio» ¿pero lo del mecánico? Bueno, no es de extrañar, sois igual de mediocres.

Aneris sintió una punzada de ira al oír tanto desprecio dirigido a las dos personas más importantes de su vida.

—Oye, métete conmigo todo lo que quieras. ¡Pero no te consiento que hables así de mi difunta madre y de mi novio!

Alba, sorprendida, enarcó una ceja, a la par que permanecía divertida:

—¡Anda, mira tú por donde! ¡«La paleta» se ha enfadado! No dejas de sorprenderme, *Frankenstein*...

—No me llames así...

—Yo te llamaré como me dé la real gana, ¿entiendes? Y más después de lo que me has hecho en la cara...

—¡Pero si yo no...!

—¡Cállate! —Alba se acercó a ella desafiándola. Aneris retrocedió unos pasos hasta que se topó con la pared—. No estás en condiciones de replicarme, y mucho menos de alzarme la voz, no teniendo lo que tengo en mi casa. Te tengo cogida por los huevos, «paleta».

El rostro de Alba se acercó tanto al de ella que pareció que iba a besarla. Aneris olió el odio que destilaba su aliento.

—No te entiendo...

—Es muy sencillo. Mañana a primera hora de la mañana te quiero ver en la puerta de casa con las maletas preparadas y llamando a un taxi para irte de aquí. Yo estaré esperándote con tu querido y precioso cuadro y te lo entregaré encantada si veo que cumples lo que te pido. De lo contrario, si mañana no desapareces de aquí, te lo rajo de arriba abajo con una navaja. ¿Estamos?

Aneris se vino abajo.

—¡Mientes! ¡Estás mintiendo! —chilló histérica.

Alba negó con la cabeza.

—Yo nunca miento. Y créeme si te digo que te lo destrozaré de tal manera que te será imposible reconstruirlo.

—Pero eso no puede ser... Tomás y los demás se habrían dado cuenta si te lo hubieras llevado.

De nuevo negó con la cabeza.

—Lo robé anoche de la escuela. Te sorprenderías lo fácil que me resultó llevármelo a casa sin hacer ruido.

—Alba, por favor... No puedes hacerme esto. He estado años trabajando en esa obra.

Aneris rompió en llanto. No creía del todo a Alba, pero tampoco podía correr el riesgo. Aquella obra era la representación del amor de su madre por el mar y por ella misma. Era la única cosa que no había olvidado de ella después del accidente, la pasión que su madre le transmitió por el arte y por el mar.

—Bueno, pues ya está. Te dejo aquí para que reflexiones. Mañana a las nueve estaré vigilándote. Y no intentes pedirle ayuda a tu amiguito o a la bruja de Agnes. Mi navaja estará abierta sobre tu lienzo y si veo cualquier tontería lo abriré en canal.

Dicho esto se dio media vuelta para abandonar la fábrica.

—Alba, ¡por favor! —suplicaba Aneris.

Alba se llevó los dedos a los oídos y se los tapó.

—Bla, bla, bla... No te oigo... —canturreó en un tono burlesco e infantil.

—¡No me hagas esto! —suplicó Aneris.

—Bla, bla, bla...

Algo explotó dentro de Aneris, llevándola a la locura. Atrás quedaron el miedo y la sumisión.

—¡TE HE DICHO QUE NO ME HAGAS ESTO!

—Bla, bla, bla...

Aneris bajó la mirada y encontró una vieja y robusta tubería de acero. La aferró con ambas manos y corrió tras Alba, que ya casi se encontraba ante el umbral de la puerta.

—¡Se acabó! ¡A mí no me vas a joder más!

Con un grito de guerra, Aneris alzó la tubería y la descargó con todas sus fuerzas sobre la espalda de Alba. Esta emitió un alarido desgarrador al sentir que sus vértebras crujían como una ramita seca y cayó a plomo sobre el duro pavimento. El golpe del cráneo, al estrellarse contra el cemento, emitió un

sonido hueco que puso el bello de punta a Aneris.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Aneris.

Lanzó la tubería hacia un lado y se arrodilló ante el cuerpo inerte de Alba.

—¡Oh, no! ¡Alba! ¡Alba, despierta! Lo siento, lo siento muchísimo...

Pero Alba no se movía. Aneris intentó buscarle el pulso en el cuello, pero no encontró ninguna señal vital.

—¡Dios mío! ¡La he matado! ¡Oh, no!

La cabeza le zumbaba y la visión empezó a nublársele. Perdió el equilibrio al retroceder, impactada, ante el cuerpo de Alba. Aquello no podía estar sucediendo, debía de tratarse de una pesadilla.

Pisó algo que crujió bajo la suela de su zapatilla. La caja del juego de la Ouija continuaba donde la había dejado. La cogió y se la llevó al pecho, a modo de escudo, como para protegerse del espanto que sentía al ver el cuerpo sin vida de Alba. Bordeó el cadáver de puntillas, como si en lugar de estar muerta estuviera sumida en un profundo sueño y no quisiera despertarla.

Una vez fuera cerró la puerta, procurando hacer el mínimo ruido posible, aunque las chicharras ya se encargaran de taponar cualquier sonido anómalo con su irritante canto. Corrió la cadena a través de las argollas y dejó la puerta en la misma posición de siempre. Finalmente abandonó el lugar.

Volvió a casa andando arrastrando la bicicleta. Ya no hacía falta recorrer los cien metros que la separaban de su casa montada en ella. Ya no tenía nada que temer. La persona que le había estado haciendo la vida imposible desde que llegó a Mollina ya no la iba a molestar más y, todo y que se hallaba en estado de *shock* por lo que acababa de hacer, sintió cierto alivio.

VIII. Estrella

1

Agnes llegó a casa media hora después de que Aneris lo hiciera, el tiempo suficiente para guardar el juego en el baúl y darse una ducha. Tenía la horrible sensación de estar cubierta de sangre y apestar a cadáver, aunque solo se tratara de eso, de una sensación.

Agnes irrumpió en casa saludando a los cuatro vientos.

—¡Querida, ya estoy de vuelta! ¿Me has echado de menos?

Aneris bajó las escaleras de mármol como si caminara a cámara lenta. Agnes la esperaba apoyada en la barandilla, ataviada con un liviano vestido ibicenco. Estaba notablemente más morena, portaba unas gafas de sol que le cubrían la mitad del rostro y una pamelita de lo más hortera.

—¡Vaya, Agnes! ¡Tienes muy buen aspecto!

—Es el mar, querida. Ayer me escapé un par de horitas a la playa mientras mi amiga descansaba. ¡Y ya ves lo bien que me ha sentado! —Agnes giró, coqueta, sobre sí misma, mostrándole a su inquilina lo bien que se sentía con su bronceado.

—El mar siempre es la solución... —aseveró Aneris con nostalgia.

—¡Anda, ven aquí y quita esa cara de acelga! —Agnes la asió por el brazo —. ¿Es que no te alegras de verme?

Aneris la abrazó sin mucho entusiasmo.

—Pues claro, Agnes. Es que me he dado un baño relajante con sales aromáticas y velas, y estoy algo somnolienta.

A Agnes no pareció convencerle mucho su excusa y se dispuso a caminar por el salón y el comedor buscando cualquier anomalía con la mirada. Se dirigió a la cocina y abrió la nevera.

—¿Ha ido todo bien por aquí? —preguntó escrutando el interior del frigorífico.

La imagen del cuerpo inerte de Alba bombardeó la mente de Aneris.

—Sí. Todo genial...

Todo pareció estar en orden para Agnes, a juzgar por su mirada. Se acercó a Aneris y la besó en la mejilla, plantándole la silueta de sus labios pintados con carmín.

—¡No sabes cuánto me alegro, cariño!

Cuando terminaron de comer, Agnes se retiró a su habitación, alegando que estaba agotada y que se moría de ganas por tumbarse en su cama. Aneris se encargó de fregar los platos y, mientras lo hacía, urdió un plan para ocultar el cadáver de Alba. Primero iría a la fábrica para buscar un lugar donde enterrar el cuerpo y de madrugada volvería con una pala para cavar la tumba sin que nadie la viese. Sabía dónde podía encontrar las herramientas necesarias. La caseta de jardinería del patio trasero estaba atestada de cosas útiles para tal empresa: bolsas de plástico industriales, cuerda, picos, palas, sierras... Enjuagó el último vaso, se secó las manos y salió pitando hacia la aceitera.

Cuando se encontró ante el portón de la entrada comprobó que la cadena que había atado sobre las argollas continuaba en la misma posición que la dejó. La desenroscó y empujó las alas de la puerta, pero estas parecieron resistirse. Algo estaba obstaculizando su trayectoria tras ellas.

—¿Pero qué demon...?

—¡Ah!

Un lamento surgió tras los portones. Aneris volvió a la carga y empujó con ímpetu. Esta vez las alas sí cedieron, pero de manera lenta y pesada.

—¡Oh, Dios mío!

El cuerpo de Alba estaba boca arriba ante sus pies. Respiraba con dificultad y tenía un gran chichón en la frente.

—Estás... ¡Estás viva! —exclamó Aneris, triunfal.

Entró en la fábrica y cerró la puerta. Miró en el suelo y vio el rastro que Alba había dejado entre la porquería, tras intentar arrastrarse hasta la puerta. Las gafas de sol y la gorra se le habían caído.

—Alba, perdóname. Perdí los nervios, la situación me superó. —Se arrodilló ante ella y le acarició la mejilla con cariño.

Alba intentó esquivar su mano, pero el dolor tan intenso que sentía en la espalda se lo impedía. De hecho había perdido el conocimiento varias veces en su intento por salir de allí y sospechaba que estaba a punto de volver a desvanecerse.

—Alba, te vas a poner bien. Pediré ayuda y solucionaremos esto.

Alba giró levemente la cabeza para mirarla. Tragó saliva con dificultad antes de abrir la boca.

—Ni... lo sueñes... Pedazo d-de puta. Vas a pagar... por lo que... me has hecho.

Aneris, contrariada, retrocedió.

—¡Tú me incitaste a que lo hiciera! No has parado de machacarme. Vamos, olvidemos esto, ¿eh? Venga, que te ayudo a levantarte.

La asió por las axilas e intentó levantarla y ponerla en pie. Alba emitió un alarido de dolor tan desgarrador e intenso que Aneris se sobresaltó, dejándola caer al suelo.

—No... siento las... las piernas. Creo que... me has roto la espalda...

—¡No, Alba, no! ¡Fue un accidente! Lo siento, yo no quería...

—Te... Te vas a pudrir en... la cárcel. —Alba tosió mientras reía—. Serás la preferida de... cientos de... presas. Te f-follaran en las d- duchas con un palo...

—No, otra vez no... —El rostro de Aneris se contrajo por el temor—. Eso no va a pasar. ¡Tuve que defenderme de ti! ¡Ibas a romperme el cuadro! Me estabas chantajeando...

Alba soltó una apagada carcajada. Eso le hizo retorcerse de dolor de nuevo.

—¿Qué... chantaje? Que yo s-sepa tu cuadr-o es-está donde debe estar.

—¿Cómo dices?

—Te... mentí, «paleta». El cu-cuadro sigue en... la escuela, en Villa Asc-Ascensión...

—No...

—S-Sí. Te mentí p-para que t-te pus-sieras las pilas. Pensaba... llevármelo es-esta noche. Iba a dártelo mañana al irte.

Aneris rompió a llorar.

—¿Te... te das cuenta, «pa-paleta»? Me has r-roto la esp-palda por nada.

—¡No! ¡Me lo ibas a romper de todas formas porque no pensaba irme!

—O no... Eso... nunca lo sabrás... Has quer-querido matarme. ¿Sa-sabes en que te convierte eso?

—¡No soy una asesina! ¡La culpa es tuya!

Aneris cogió a Alba por los antebrazos y arrastró su cuerpo hasta la otra punta de la estancia, lo más lejos posible de la puerta. Alba chilló hasta desmayarse.

—Chilla todo lo que quieras. Nadie te va a oír.

Colocó el cuerpo de Alba en posición fetal y aprovechó para levantarle la camiseta y ver el daño que le había causado con la tubería. En el centro de la zona lumbar había surgido un feo y gigantesco morado oscuro. Paseó su mano por encima de él y notó una inflamación muy prominente.

—Madre mía... —susurró con voz temblorosa.

Dejó el cuerpo de Alba en aquella posición. Ya que la iba a dejar allí hasta que pudieran llegar a un acuerdo, creyó que descansaría mejor así. Cogió la gorra que había perdido y se la colocó bajo la cara para que estuviera más cómoda.

Cuando salió de la fábrica no enroscó de manera superficial la cadena como solía hacer, sino que la anudó como pudo para bloquearle la salida a Alba por si despertaba y conseguía arrastrarse hasta la puerta. Aun así no creía que consiguiera abrir la pesada puerta desde dentro en su estado, atravesar el solar a rastras y llegar a la carretera de La Arenca, campo a través.

—Por si acaso... —murmuró Aneris.

Tiró de la cadena para ajustar el nudo y abandonó el lugar.

Por la noche Aneris se retiró pronto hacia el ático y esperó hasta bien entrada la madrugada para volver a la aceitera.

Cogió una manta del armario y se la echó al hombro. Bajó las escaleras de puntillas y se acercó sigilosamente hacia la habitación de Agnes. Aguzó el oído y pudo escuchar sus ronquidos tras la puerta. Dormía como un tronco.

Fue a la cocina y preparó un bocadillo de chorizo. Lo metió en una bolsa, junto con una manta y una botella de agua. Luego salió al patio trasero hacia la caseta de jardinería en busca de una linterna, que no tardó en encontrar y, para su sorpresa, tenía las pilas cargadas.

Caminó por la carretera de La Arenca evitando los charcos de luz que derramaban las farolas, quería pasar lo más desapercibidamente posible. Torció a la derecha y caminó a oscuras hasta el poste roto, siguiendo la valla con la mano. Una vez en el solar sí que encendió la linterna; atravesar la hierba alta a oscuras le asustaba sobremanera. Sentía que podría desorientarse y caminar en otra dirección o bien tropezar con algún bicho nocturno que la pudiera atacar. Pulsó el ON y la luz la guió sin problema hasta la arboleda.

En otras ocasiones había observado desde el ático la chimenea en la noche, solitaria, erguida sobre las siluetas dispersas de los castaños, pero jamás habría imaginado lo aterrador que podía resultar hallarse en aquel lugar de noche. El canto de las chicharras había sido substituido por el de los grillos y una suave brisa azotaba los castaños, proyectando sombras amorfas sobre las paredes de ladrillo de la fábrica, sombras que podían parecerse a cualquier cosa que nadie quisiera ver o imaginar.

Aneris enfocó el portón de madera y deshizo el nudo de la cadena. Esta vez

la puerta no opuso resistencia y cedió con su habitual chirrido. Dirigió el foco de luz al lugar exacto en el que había dejado a Alba. Al principio sintió un súbito ataque de pánico ante la posibilidad de que no estuviera allí, de que hubiera conseguido huir por alguna otra salida que ella desconociera y que la hubiera denunciado a la Policía, pero todos sus miedos se esfumaron cuando la linterna alumbró el cuerpo recostado de Alba.

Aneris se acercó con cautela y comprobó que no se había movido ni un centímetro. Seguía en posición fetal y dormía o continuaba inconsciente. Una mancha oscura se había abierto paso en la zona de su entrepierna. Se había orinado encima.

Cogió la bolsa y sacó de ella la manta, la bebida y el bocadillo. No hacía frío en absoluto, pero consideró que cubrirla con la manta no estaría de más, teniendo en cuenta el estado en el que se encontraba. El bocadillo y el agua los dejó en el suelo y a su alcance.

—Ojalá te guste el chorizo... —susurró Aneris. —*Boas noites*, Alba.

Abandonó la fábrica y volvió a casa.

Por la mañana montó en la bici y se dirigió a casa de Asun para ver si estaba de vuelta. Aunque tuviera a Alba malherida en la fábrica, seguía teniendo asuntos pendientes que tratar. Pensó visitar a Alba a la hora de la siesta para ver su estado e intentar negociar para hallar una solución al problema. Quizás ver que se había preocupado por ella procurándole víveres y una manta le haría cambiar de parecer.

Volver a pedalear en su bicicleta, relajada y despreocupada, fue maravilloso. Ya nadie la acechaba, ya nadie quería perseguirla o hierla. Volver a vivir sin ese miedo le devolvió la alegría y la emoción con la que había llegado a Mollina. Le resultó egoísta pensar en ella misma, sabiendo que Alba yacía agonizante y abandonada en la fábrica, pero no podía evitar sentirse feliz.

Cuando llegó a la casa de Dña. Asun observó que el coche de su hija estaba aparcado en la acera y la felicidad volvió a abordarla. Quizás hoy podría conseguir más respuestas, aquel día se estaba convirtiendo en uno de los mejores que había pasado allí.

Llamó y enseguida apareció Encarna, con el mismo gesto amargo de siempre.

—Hola, buenos días. ¿Está Asunción en casa? ¿Cómo se encuentra? — saludó Aneris con la mejor sonrisa que pudo esbozar.

—Mamá está muy débil, casi se nos muere. No molest...

—Niñaaaaaaaaaa, ¿quién es? —La voz de Asun surgió de una de las habitaciones del pasillo.

Encarna miró con recelo a Aneris.

—¡La niña que está con Agnes! Ya se iba... —gritó la mujer hacia la habitación.

—¡Déjala pasar, anda! —La voz de Asun llegaba con fuerza a través del pasillo.

Encarna negó con la cabeza y se hizo a un lado, dejando pasar a Aneris.

—La segunda puerta, a la izquierda.

—Gracias, señora.

La puerta estaba abierta de par en par. Habían puesto una cuña de madera en el suelo para evitar que la puerta se cerrara por la corriente que se creaba entre la ventana y la puerta.

—Sabía que volverías, niña. Te lo dije —dijo Asun desde la cama—. Cierra la ventana si tienes frío, niña. Hay mucha corriente, o eso me parece a mí, aunque yo me muero de calor... Le he pedido a mi hija que me ponga un ventilador, pero por lo visto eso es muy agresivo para mí.

Aneris se sentó en el borde la cama. El calor que hacía en la habitación era espantoso y un olor denso y rancio flotaba en el ambiente. Asun yacía tumbada con unos grandes almohadones tras la espalda y la cabeza. Vestía un fino camión azul bastante antiguo. Pudo ver por primera vez sus piernas: eran finas como alambres y carentes de musculatura. Manchas oscuras similares a cardenales campaban a sus anchas por su piel cetrina.

—Estoy bien, gracias. ¿Cómo se encuentra, Asun? ¿Está mejor de la angina de pecho?

—Bueno, ahora sí pero... Si me diera el achuchón tendría que tomarme estas pastillas —señaló con un dedo cadavérico una cajita que había en la mesita de noche.

—Bueno, eso no pasará. Manténgase positiva —le aconsejó Aneris, acariciándole la mano.

—No pasará. No mientras él esté conmigo en la habitación.

—¿Con quién? —preguntó Aneris paseando la mirada por la estancia.

—¡Con él, niña! —Asun señaló un sillón que había al final de la habitación.

El gato que había visto en sus otras visitas yacía sentado y erguido en el sillón, clavando la mirada a Aneris.

—Él me protege... —aseveró la anciana—. ¿Y bien? ¿Qué te ha hecho volver?

Aneris sacó la foto de su madre y se la mostró a Asun.

—¿La recuerda?

—Sí, claro. La Carmela, la mujer del Jerano Carmona.

—Está bien... —Aneris cerró los ojos para armarse de paciencia—. Ya le dije que mi madre se llamaba Dolores García Cortés. ¿Pero y si mi madre tenía una hermana gemela que se llamara Carmela? Eso lo explicaría todo.

—¿Una gemela con unos apellidos diferentes a los de su hermana? ¿Y las dos en Mollina? Tienes mucha imaginación, niña.

—Ya, sé que no suena muy coherente...

Aneris se miró los pies, desilusionada.

—Cariño, no quiero meterme donde no me llaman, pero... ¿y si tu padre adoptivo te mintió respecto al nombre de tu madre?

—¿Y por qué iba a hacer eso? No tiene sentido.

—¿Y es que algo de toda esa historia lo tiene? Pregúntale a Jenaro directamente.

—Lo haré, porque esto me está volviendo loca —concluyó Aneris masajeándose las sienas—. ¿Sabe dónde vive?

—¿No lo voy a saber? —Asun rió mostrando una boca sin dientes—. Vive en la parte vieja del pueblo, en la plaza de la Crujía. Pregunta allí por Jerano, el número de su casa no lo recuerdo.

—¿Plaza de la Crujía? No sé dónde está, pero preguntaré, no se preocupe. —Aneris miró a Asun a los ojos y le apretó de nuevo la mano—. Asun, es usted una persona admirable. Me alegro de haberla conocido.

La anciana rió entrecortadamente

—Bueno, a veces tengo un poco de mal humor... Discúlpame si el otro día te grité.

—No hay nada que perdonar, eso nos pasa a todos. —Aneris se levantó de la cama para irse—. Gracias por su tiempo, Asun. Vendré a visitarla de vez en cuando, y no para interrogarla.

Ambas rieron. Aneris se despidió de la anciana besándola en la frente. Cuando se disponía a salir por la puerta el nombre de María Carmona la asaltó, obligándola a volver a la habitación. Se abalanzó sobre la cama de Asunción y esta se tambaleó.

—¡Una última cosa!

Asun se llevó una mano al pecho, protestando, alterada.

—¡Más despacio, niña! Que estoy *mu' delicá'*.

—Lo siento, Asun. Es que casi me voy sin preguntarle algo importante.

—A ver... Dime.

—¿Sabe si Jenaro y María Carmona, la mujer que asesinaron aquí, son hermanos?

—¡Digo! ¿Por qué iban a tener sino los mismos apellidos? María era la hermana mayor de Jenaro. *Pobresilla'*. Aquello fue tremendo... —se lamentó la anciana.

—Lo sabía... —murmuró Aneris en tono triunfal.

—¿Te habló Agnes de María? *Pobresilla'*. Eran amigas y a Agnes le afectó mucho aquello, bueno, nos afectó a todos de alguna manera. Nadie merece morir de esa forma.

Ambas asintieron en silencio.

—¿Te habló Agnes de María? —preguntó Aneris.

—Bueno, más o menos. Sí.

—Agnes es muy suya y especial, pero es una buena mujer, ¿sabes? También ha tenido una vida complicada. Con aquellos padres tan estrictos que no la dejaban ni respirar, luego el asesinato de su amiga, la muerte de sus padres, después tuvo que criar a la niña sola y para colmo la niña decidió abandonarla... Una lástima.

—¿Cómo una niña? ¿¿Qué niña??

—Pues Estrella, su hija.

—¿¿¿QUÉ???

El corazón de Aneris dejó de latir durante varios segundos.

2

Se lanzó a la calle con la misión de encontrar la casa de Jenaro. Tenía la necesidad de seguir tirando del hilo en todo aquel asunto y, en cuanto encontrara el momento, se armaría de valor para preguntarle a Agnes por qué le había ocultado cosas tan significativas que la gente del pueblo merecía saber, a excepción de ella.

Bajó por la calle de La Unión siguiendo al pie de la letra las instrucciones que le había dado un señor al salir de casa de Asun para llegar a la plaza de la Crujía que, por suerte, no andaba muy lejos de allí.

Pasó por la plaza de Málaga, una pequeña placita provista con bancos de piedra y una simple fuente. Frenó en seco y aparcó la bici junto a un árbol para

servirse un largo trago de agua de la fuente. El calor era abrasador y el *shock* que le había provocado el saber que Agnes tenía una hija le había dejado la boca seca.

Caminó hacia la fuente ante la mirada de unas señoras mayores que charlaban bajo la sombra de los árboles de la placita. Aneris pudo oír cómo enmudecían ante su presencia y cómo luego se arrancaban a murmurar mientras el agua fresca de la fuente le corría por la garganta.

—¡Chiquilla! ¡Cuántos días sin verte! —exclamó una de ellas a su espalda.

Aneris se giró en redondo, secándose la boca con el dorso de la mano. Una de las señoras era Paquita, alumna de las clases de pintura. No la había visto.

—¡Hola, Paquita!

Paquita se acercó a Aneris y el resto de mujeres la siguieron, ávidas de información de cualquier tipo.

—¿Cómo estás, niña? Ya dijo tu amigo en clase que estabas *malilla'* —dijo estudiándola con la mirada.

—Mejor, pero aún sigo enferm...

—Oye, ¿no te has *enterao'*? —preguntó la mujer interrumpiéndola.

—¿De qué?

—De lo de la niña de los Jiménez, la muchacha de clase. Se ve que está desaparecida desde ayer.

Aneris sintió que se le helaba la sangre.

—Pues... No, no sabía nada. ¿Qué ha ocurrido?

Una de las otras señoras explicó la versión oficial que la mitad de Mollina se había encargado de hacer correr como la pólvora.

—Pues se ve que los padres de Alba la oyeron salir temprano de casa. Ellos decidieron levantarse más tarde porque era domingo y querían descansar. Pero la chiquilla ya no volvió. Hoy se iban a poner la denuncia al cuartel.

—¿Pero para qué? —le recriminó otra de ellas—. Esa niña es una fresca y seguro que anda por ahí con alguno divirtiéndose. Y mira, si algo le ha *pasao'* ella se lo ha *buscao'*.

Aneris no pudo estar más de acuerdo con aquellas últimas palabras.

—Pues no, no sabía nada. Espero que no se trate de nada grave.

—Uy... Con esa nunca se sabe —sentenció Paquita—. ¿Vas a venir hoy a clase, niña?

—Verán, tengo un poco de prisa. —Aneris se abrió paso entre el corrillo de mujeres que la rodeaban en dirección a su bicicleta—. ¡Que tengan un buen

día, señoras!

—¡Adiós, cariño! —se despidió Paquita.

Montó en la bicicleta y decidió volver a casa. Aquellas mujeres la habían puesto en sobreaviso. La visita a Jenaro podía esperar.

Cuando entró en casa se topó con Agnes en el recibidor. Esta se estaba mirando escrupulosamente en el espejo cuidando cada detalle de su *look*. Parecía estar preparándose para salir.

—¿Te vas? —preguntó.

—¡Aneris, querida! Voy a Antequera a una galería de arte en la que hoy expone una buena amiga. Es la primera vez que presenta sus obras en público y anda algo nerviosa. Por lo visto, ha contratado un servicio de *catering* fantástico, así que comeré allí.

—Ah, vaya...

—No te preocupes, cariño. Teresa está cocinando cordero a la menta, así que, aunque yo no esté, no tendrás que comer sobras recalentadas.

—¿Y cuándo volverás?

—Pues no sé, a la tarde, supongo... —Agnes se volvió para mirar a Aneris. Su voz destilaba recelo y su inocente sonrisa había desaparecido por completo—. Querida, ¿va todo bien? Te veo rara...

Aneris sintió la imperiosa necesidad de escupirle en la cara todo lo que Agnes le había estado ocultando. Se sintió muy decepcionada con ella. Fuera cuales fueran las razones por las que le había ocultado todo aquello, creía que entre las dos podían contarse todo, o casi todo. A fin de cuentas, Aneris le había hablado mucho acerca de ella y de sus sentimientos. Pero aquel no era el momento de sacar toda la artillería pesada. Tenía que estar a solas con ella y sin prisas. Tal vez en la cena...

—Bueno, acabo de enterarme de que Alba ha desaparecido y... no sé cómo sentirme, después de todo.

—¡Va! No seas tonta, querida. Seguramente será una aventura de fin de semana, pero si no es así tampoco te lamentes. Piensa en ti y en el daño que te estaba haciendo. ¿Qué más da si no vuelve? Mejor para ti.

Aneris asintió en silencio, meditabunda. Agnes había dado en el clavo sin saberlo.

El claxon de un coche sonó tres veces en el exterior.

—Es mi taxi, querida. ¿Cenamos juntas o estarás con tu amigo «ese»?

—Cenamos juntas —ratificó Aneris.

—¡Bien, *au revoir!*

Agnes salió por la puerta resuelta y cantarina. Por supuesto, Aneris conocía el carácter tan marcado de su casera, pero ese día la veía especialmente positiva y con el humor ideal para sentarse cara a cara con ella y ponerle las cartas sobre la mesa. Después de cenar, cuando se reclinara en la silla y cruzara las piernas, satisfecha, para fumarse un cigarrillo, la asfixiaría a preguntas.

3

¿Qué hora era? ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Un día? ¿Dos? Desde que «la paleta» de Aneris la había agredido, el tiempo se había vuelto confuso y espeso, no transcurría con normalidad. El dolor que sentía en la espalda era tan agudo que le hacía perder el conocimiento, pero ¿durante cuánto tiempo? No llevaba reloj para poder saberlo y, por la escasa luz que entraba en la fábrica, era difícil orientarse. No sabía si era mañana, mediodía o tarde. Lo único que sabía es que había despertado de noche, tapada con una manta y, cuando empezó a entrar luz, había visto ante ella una botella de agua y algo envuelto en papel de aluminio. «La paleta» parecía estar dándole todas las atenciones y comodidades de un hotel de cinco estrellas.

Desenvolvió el paquete. Era un bocadillo de chorizo. No tenía mucho apetito, pero necesitaba nutrirse. Dio varios bocados y luego bebió la mitad de la botella de agua.

—Dios mío, dame fuerzas...

Alargó un brazo y alcanzó un pequeño leño de madera. Estaba cubierto de polvo y a saber de qué más, pero no le dio importancia. Se lo metió en la boca y la cerró sobre él. Si perdía varios dientes en el intento le daba igual. Moverse, o al menos intentarlo, le provocaba un intenso dolor extra en la espalda.

Apretó la mandíbula y se armó de valor para hincar los codos en el suelo. Intentó arrastrarse con ellos porque todo intento de mover las piernas seguía siendo inútil. No las sentía, no le respondían.

Ahogando el grito con el leño escuchó como este comenzaba a crujir. Grandes gotas de sudor le caían por la frente, empapando el suelo. Era inútil. El dolor se había intensificado y su energía disminuía cada vez que intentaba moverse.

Cerró los ojos y se dejó llevar por el agotamiento y el dolor.

Tuvo un sueño extraño. Alguien le cantaba una cancioncilla infantil en la lejanía, era algo relacionado con una estrella. Entonces supo que su muerte estaba cerca. Un ángel había venido a buscarla para llevársela al cielo, a una estrella.

—Es... Estoy lista —dijo en voz alta. Luego todo se volvió negro y retornó el silencio.

Un ruido metálico la despertó. Las alas de la puerta se abrieron de par en par, dejando pasar un chorro de luz y aire fresco, pero «la paleta» volvió a cerrarlas, devolviendo la sombra al lugar. Se sentó junto a ella y, sorprendida de verla consciente, le preguntó:

—¿Cómo te encuentras, Alba? ¡Vaya! Veo que has comido un poco.

—Loca de-de mierda... —masculló llena de odio e impotencia—. ¿Cuándo piensas sacarme d-de aquí? ¿Eh? Ne-necesito que me atienda un... un médico. No siento nada de-de cintura hacia a-abajo. Me est-toy haciendo mis... cosas encima.

Aneris se mantuvo en silencio. Clavó sus ojos felinos en los de ella, le mantuvo la mirada un largo rato sin parpadear.

—¡¡¡CONTÉST-TAME, LOCA D-DEL COÑO!!!

—¿Ves? Por tus venas solo corre odio... —Aneris movió la cabeza mientras se lamentaba—. Te sacaré de aquí cuando me veas como a un ser humano que siente y padece. Cuando seas capaz de comprender que no merezco lo que me has hecho. Tienes que asimilar que esto que ha pasado lo has provocado tú solita.

—Yo n-no voy a asumir q-que eres una put-a loca que ha... ha intentado matarme...

—¡Y yo no estoy dispuesta a ir a la cárcel por alguien que me habría matado encantada si no fuera porque hay una ley que te castiga por ello! —Aneris se levantó, se sacudió el polvo de las manos en el pantalón y la miró por última vez antes de abandonar la fábrica—. En tus manos está salvarte, Alba. Piénsalo bien. Volveré pronto.

Vio cómo «la paleta» se alejaba de ella sin compasión. Desesperada, empezó a pedir ayuda mientras le profería todo tipo de insultos.

—Grita cuanto quieras. Aquí nadie va a venir a buscarte, esto es una propiedad privada. Nadie sabe que estás aquí —aseveró Aneris antes de cerrar la puerta.

Gritó hasta quedarse ronca. Luego volvió a dormirse entre sollozos

mientras se apretaba la manta contra el rostro.

4

Descansó toda la tarde acurrucada en el sofá ante el televisor. Veía la tele sin verla. Si alguien le hubiera preguntado en aquel momento qué había estado viendo durante aquellas cuatro horas no habría sabido qué contestar. Tenía tantísimas cosas en la cabeza que no era capaz de centrarse en algo.

DIING DOOONG

Alguien llamó al timbre y Aneris dio un respingo. Se levantó del sofá descalza, pisando el frío mármol. Se lo pensó dos veces antes de contestar al telefonillo. ¿Y si se había iniciado ya una investigación policial y venían a interrogarla por ser persona de interés, debido a que mucha gente era sabedora de su mala relación con Alba? Pero ¿y si simplemente era Agnes que se había dejado las llaves y estaba de vuelta? Miró el cuenco de cristal del mueble del recibidor y vio que el pesado manojito de llaves que siempre portaba Agnes no estaba allí.

DIING DOOONG

Tenía que contestar. Descolgó el auricular del telefonillo.

—¿Sí?

—Sirena, ¿eres tú?

—¡Voy!

Aneris se calzó unas chanclas y corrió a abrir a Javier. Cuando lo tuvo ante ella saltó sobre él, abrazándolo como un koala y comiéndoselo a besos.

—¡Vaya, Sirena! ¿Tanto me has echado de menos? —preguntó Javier, riendo mientras se dejaba mimar.

—Pues sí...

—Bueno, yo a ti también un poco. Uno no se queda indiferente después de dormir contigo, ¿sabes?

—Qué tonto eres... —dijo Aneris abrumada, enterrando el rostro en su cuello.

—Es lo que tiene estar enamorado. —Javier se la descolgó del cuello con cariño—. Mira, mira lo que te he traído.

Aneris observó un gigantesco rectángulo envuelto en una sábana apoyado

contra la pared.

—Mi cuadro... —musitó—. ¿Está bien?

—¡Pues claro! ¿Por qué no iba a estarlo? Lo he traído con todo el cuidado del mundo.

—No, no es eso. Espera aquí, voy a dejarlo dentro.

Cogió el gran lienzo y lo llevó al interior de la vivienda. Allí, sin la atenta mirada de Javier, lo destapó y comprobó que, como él le había dicho, el cuadro estaba en perfecto estado.

—¡Oh, Dios mío! ¡Gracias! —murmuró aliviada. Aunque Alba le confesase que había sido un farol no las tenía todas consigo.

Lo dejó apoyado sobre una pared y se reunió con Javier.

—Tengo muchas cosas que contarte —le dijo ella entusiasmada.

—¿No será lo de Alba? Yo me he enterado en clase...

—No, eso ya lo sabía. Esta mañana me topé con Paquita y sus amigas y me lo contaron. Lo que yo tengo que contarte es algo aún mejor.

—¿El qué? —preguntó Javier, muerto de curiosidad.

—Creo que ya sé quién es el fantasma de la Ruda...

Se sentaron en la terraza del hotel mientras Javier la atropellaba a preguntas. Ella le pedía que se calmase y que la dejara hablar sin interrumpirla.

Le explicó la conversación que había mantenido con Asun desde el principio. Javier se mordía las uñas y se mostraba ansioso por llegar al punto en el que Aneris le desvelara la identidad del fantasma, pero el tema de su madre era muy importante para ella y se mantuvo callado.

—¿A ti te suena ese tal Jenaro? —le preguntó ella.

—Pues la verdad es que no. Tal vez si le viera la cara...

—Mañana iré a su casa, a ver qué me cuenta.

Aneris disfrutaba viendo a Javier removerse en la silla, impaciente por hablar sobre la Ruda. Era evidente que dentro de él se había librado una lucha interna por no interrumpirla en su monólogo familiar. Lo miró sonriente, ya le había torturado lo suficiente:

—¿Sabías que Agnes tiene una hija?

La pregunta cayó sobre Javier como un cubo de agua fría.

—¿QUÉ?

—Así reaccioné yo también.

—¿Y por qué te ha ocultado tal cosa? —Javier estaba absolutamente

perplejo.

—Eso mismo pienso averiguar hoy. Eso y lo del asesinato de María.

—Madre mía, Sirena. ¿Y dónde está su hij... —Javier se quedó pensando en silencio—. ¡Oh, Dios! ¡Ella es el fantasma de la fábrica!

Aneris se encogió de hombros.

—Puede ser, porque hay una relación. ¿Sabes cómo se llama la hija?

—No, claro que no.

—Estrella.

—¡Como la canción que oímos! —Javier, espantado, se tapó la boca—. Pero entonces... ¿y lo de la Ouija?

—Eso olvídalo —dijo Aneris restándole importancia—. Asun me dijo que la hija de Agnes la había abandonado.

Javier, incrédulo, rió.

—¡Sí, claro! Esa mató a la hija y la enterró allí...

—Pero ¿por qué ese empeño en convertir en una asesina a Agnes?

—Pues no sé. La leyenda siempre ha sido la misma y supongo que cuesta quitártela de la cabeza de un día para otro. Así, sin más.

—Pero ¿y si su hija sufrió un accidente fatal y Agnes decidió enterrarla en sus terrenos? Pueden ser mil cosas, pero me niego a pensar que una de ellas esté relacionada con un crimen.

Javier asintió meditabundo, con la mirada perdida.

—Sea lo que sea, lo que averigüe hoy te lo contaré mañana. Iré a verte al taller un rato. —Aneris le cogió una mano y se la besó.

—Estoy impaciente. ¿Quieres que demos un paseo hasta la hora de cenar? Te invito a un helado.

—Pues sí, me apetece muchísimo.

Pasearon cogidos de la mano, haciéndose arrumacos y carantoñas. Caminaron por la calle Real hasta la plaza de la Constitución. Allí, frente a la iglesia, había un tumulto de gente apilada ante la puerta. Ambos se acercaron curiosos.

—¿Qué habrá pasado? —preguntó Aneris a Javier.

—Pues no sé. Vayamos a ver.

Se adentraron entre el barullo de gente que, poco a poco, iba creciendo por el número de curiosos que se le iban sumando. Javier se acercó a un hombre al que, por la forma en la que se saludaron, Aneris dedujo que se conocían.

—*¡Illo'*, qué ha pasado aquí?

—*Na'*, el padre de la chiquilla esa que ha desaparecido. Está reclutando a

gente para hacer una batida vecinal mañana a primera hora.

El corazón de Aneris empezó a latir con rapidez.

—¡Vaya! ¿Has oído eso, Sirena?

Aneris asintió en silencio.

—¡Si la Policía no hace su trabajo lo haremos nosotros por ellos! —gritó el padre de Alba, encaramado en las escaleras de la entrada a la iglesia—. ¡Mi niña no se ha ido por voluntad propia, a pesar de lo que la gente diga! ¡A mi hija se la han llevado!

Algunos de los presentes aplaudieron aquellas palabras; otros negaron dudosos con la cabeza. Javier continuó charlando con su colega del tema, mientras Aneris miraba aterrada a su alrededor. Estaba rodeada de caras desconocidas que parecían oler su miedo. Sintió que llevaba un cartel luminoso en la frente en el que se leía: «Culpable». Una mano le dio unos toquecitos en el hombro. Aneris se giró y se encontró con la bibliotecaria.

—Hola —saludó sin ganas.

—¡Hola, cariño! ¿Has visto, niña? ¿Tú que crees que le habrá *pasao*'? —preguntó la mujer con el mismo ímpetu de siempre.

—Pues... no sé. Acabamos de llegar y aún no me he enterado muy bien de lo que ha ocurrido.

—Verás... Se ve que la Policía cree que la chiquilla se ha podido ir por voluntad propia porque lo había hecho más veces, no tenía muy buena relación con su familia. Pero tampoco se entiende por qué alguien que se fuga de casa se deja la documentación, el teléfono móvil y otras cosas necesarias que podrían servirle.

—Ajá. ¿Y no hay ninguna pista de su paradero? O... ¿algún sospechoso responsable de su desaparición...?

—Están investigando al entorno familiar. Por lo visto, en el noventa y nueve por cien de los casos la familia siempre está involucrada. Aunque esperemos que no sea un caso de esos. Ojalá solo sea una aventura que ha decidido emprender la chiquilla y aparezca al cabo de pocos días.

—Yo también lo espero. —Aneris creía que iba a desmayarse de la tensión.

—Pero... Es que es raro, ¿eh? Nadie se tropezó con ella. Siendo un domingo por la mañana temprano es más comprensible, pero... es como si se la hubiera tragado la tierra.

—¡A mi hija la asaltaron en un callejón y la apedrearon la semana anterior! ¡Los que le hicieron eso son los mismos que se la han llevado! —vociferó el

padre de Alba.

—¡Niña! ¿Te encuentras bien? Te estás poniendo blanca.

—No, la verdad es que no. —Aneris tiró de la mano de Javier—. Javier, me estoy mareando. ¿Podemos salir de aquí?

Javier no pareció oírla.

—¡Eh, niño! Saca a esta de aquí, que se le está poniendo mala cara — regañó la mujer a Javier.

—¿Qué pasa? —preguntó él, alarmado.

—¡Sácala de aquí, que se viene abajo! —gritó la bibliotecaria.

Aneris tenía los ojos entrecerrados y el color de sus labios empezó a tornarse purpúreo. Las voces de la gente le llegaban en ecos lejanos, como si se hallaran a cientos de metros de allí. Antes de desvanecerse sintió cómo los fuertes brazos de Javier la sostenían por las axilas, intentando sujetarla. Luego se volvió todo negro.

Aneris recuperó el conocimiento. Tenía la boca llena de azúcar y alguien le sujetaba los pies en alto. Unas manos le acariciaban el rostro. La persona la llamaba:

—¡Vamos, Sirena! Despierta, cariño...

Aneris abrió los ojos y se topó con la mirada preocupada de Javier.

—Muy bien, Sirena. Ya ha pasado todo.

Cuando el camarero que le sujetaba las piernas vio que había vuelto en sí, se las colocó en el suelo con cuidado.

—Otra vez, Javier...

—Sí, como el día que nos conocimos, ¿te acuerdas?

Aneris asintió con la cabeza.

—¿Te ves capaz de ponerte en pie?

—Sí, eso creo.

Entre el camarero y Javier la incorporaron y la observaron atentos.

—Me he vuelto a desmayar, ¿verdad?

—Empezaste a ponerte blanca y a marearte. Te desvaneciste y te trajimos en brazos hasta aquí —explicó Javier, acariciándole la mejilla.

—¿Hasta aquí? ¿Dónde estamos? —preguntó Aneris desorientada.

—Estamos en una cafetería enfrente de la iglesia. Mi colega me ayudó a traerte aquí.

—Claro, eso ha *sí* un bajón de tensión. Con *toa'* la gente y el calor... Mal asunto —observó el camarero—. ¿Quieres algo, niña? ¿Te traigo una

botellita de agua fresca?

—Sí, por favor. Gracias.

Javier la acompañó a que se sentara en una silla. Él hizo lo propio poniéndose a su lado y sujetándole la mano.

—Ahora esperaremos un rato aquí hasta que se te pase del todo, ¿vale? Luego te acompañaré a casa.

Ella se dejó caer sobre su hombro.

—Te quiero, Javier.

—Y yo a ti, Sirena.

5

No podía creerlo. ¿Qué pintaba aquello en medio del salón? ¿Se había rendido Aneris con su «ola»? Estaba deseando que llegara a casa para preguntárselo. Se sirvió una copa de vino blanco y la esperó sentada sobre uno de los butacones del salón. No tardaría en llegar, eran las ocho y media pasadas y acostumbraban a cenar a las nueve.

A los pocos segundos la puerta principal se abrió. Aneris colgó la riñonera que llevaba en el perchero y dejó las llaves dentro del cuenco de cristal.

—¡Querida! —Agnes corrió a su encuentro y la condujo al cuadro—. ¿Qué hace esto aquí? ¿No me digas que has dejado las clases?

—Pues sí, Agnes. Ya no voy a ir más. —Su voz sonaba monótona e inanimada. Estaba agotada tras haber sufrido el desmayo y el recelo y la desconfianza que sentía hacia ella no la ayudaban a mostrarse afable—. Eso no significa que vaya a abandonar mi obra. El ático es estupendo para pintar.

—Pero... ¿Y lo del retrato para la pancarta de la Feria? ¿Ya está terminado?

—Ni está terminado ni se va a terminar. No con mi cara, al menos.

Aneris se agachó para recoger la sábana y empezó a envolver el lienzo para llevarlo arriba. Agnes la detuvo cogiéndola por la muñeca.

—¿Por qué, querida? ¿Qué te ha llevado a dejar las clases? Estabas tan contenta... —Agnes estaba realmente preocupada por ella.

—Cosas mías.

—¿Cosas tuyas? ¿Es que no vas a contármelo? Creí que podíamos apoyarnos mutuamente y confiar la una en la otra.

—Mira, pues ahora que lo dices... Espera, espera un momento aquí. Voy arriba a por una cosa.

Aneris subió las escaleras de mármol de tres en tres. Agnes escuchó sus pasos acelerados retumbando por toda la casa. Ella se sentía totalmente descolocada, nunca había visto a Aneris portarse de aquella forma tan seca. Inquieta, bebió la copa de vino de un solo trago. Aneris apareció por el salón con unos papeles en la mano.

—Será mejor que nos sentemos —sugirió ella.

Agnes accedió y ambas se dejaron caer sobre el sofá. Aneris desplegó las hojas que portaba sobre la mesita de café. Eran fotocopias de artículos de periódico y Agnes dedujo en el acto qué noticia cubrían.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó al fin.

—¿Y cómo no iba a enterarme? Por Dios, ¡lo sabe todo el mundo! Y lo que no entiendo es por qué yo no tenía derecho a saberlo. Estoy viviendo en la casa de la mejor amiga de la víctima de un asesinato y todos lo saben menos yo.

Aneris estaba realmente enfadada. Agnes lo comprendió.

—Entiendo que estés ofendida, querida. Pero solo lo hice para protegerme del dolor. ¿Crees que me resulta agradable tener que recordar ciertas cosas? ¿Que aunque no hable sobre el tema no existe ni una sola noche en la que no piense en ello? Este tema me afecta muchísimo, más de lo que puedas llegar a imaginar. Y, como es natural, sabía que si te explicaba el suceso me ibas a acribillar a preguntas. Estas historias despiertan mucho morbo.

—Entiendo lo que me dices, Agnes. Pero si tú me lo hubieras pedido yo no te habría preguntado por María nunca más. Hubiera preferido enterarme por ti y no por terceros. —Aneris, indignada, guardó silencio unos segundos.

—Siento haberte decepcionado, querida. Pero hay temas que... —Agnes cruzó las piernas con elegancia. Se encendió un cigarrillo y su mirada se tornó desafiante. —... que es mejor no remover si no tienen solución. ¿No estás de acuerdo?

Agnes quedó complacida al ver cómo a «su querida» se le descomponía el rostro. Muy lejos estaba Aneris de sospechar que ella había leído la nota que guardaba con recelo en la cómoda del ático, pero de alguna manera Aneris asoció en el acto sus palabras con el maltrecho trozo de papel.

—¿Te ocurre algo, querida? Te has quedado muy callada de repente.

—No, no. Es solo que hoy no he tenido un buen día... —Aneris se pasó el dorso de la mano por la frente para secarse el sudor—. Pero... tengo una duda sobre el caso de María.

Agnes, molesta, se levantó del sofá.

—¿Lo ves? Ya empieza la rueda de prensa...

—No, no, no, Agnes. Es una simple pregunta. Sin ánimo de indagar en detalles escabrosos.

Agnes la miró como si estuviera perdonándole la vida.

—¿Es que no tienes suficiente información ahí? —espetó señalando las fotocopias sin mirarlas—. Dime, pregúntame qué se les escapó a esos cerdos sensacionalistas. ¡Pregúntame qué macabro detalle se dejaron en el tintero!

Aneris se levantó del sofá y sujetó a Agnes por los brazos. Tiritaba de arriba abajo.

—Agnes, solo quería saber cómo, habiendo tres perfiles de ADN, no se ha podido resolver este crimen. Es solo eso. Y créeme si te digo que jamás volveré a preguntarte por el asesinato. Te lo prometo.

Agnes sintió cómo se destensaba ante su cálida piel. Sus largas y blancas manos le frotaban los brazos como si estuviera intentando hacerla entrar en calor. Sintió que podía acariciar el cielo con las yemas de los dedos. La amaba con toda su alma.

—Los perfiles de ADN continúan a la espera de que haya algún día una coincidencia. Por desgracia, hasta hoy no la ha habido. Y los cotejos que se hicieron en su día con algunos sospechosos no dieron resultado.

—Gracias, Agnes. Todo aclarado. Hoy pongo yo la mesa y sirvo la cena. —Aneris le regaló una sonrisa y se marchó a la cocina.

—Gracias, querida —agradeció Agnes con un hilo de voz.

Mientras Aneris trasteaba en la cocina, decidió servirse otra copa de vino. Esa noche la iba a necesitar.

Aneris comprendió que «la gran pregunta» debía esperar al menos hasta pasado el postre. No creía que la reacción de Agnes fuese a ser tan dramática, así que durante la cena la animó contándole chistes y haciendo el payaso. Dio resultado, al llegar al segundo plato ambas ya se relacionaban con la misma complicidad de siempre. Agnes bebió tres copas más de vino durante la cena, seguramente eso también tuvo algo que ver. Pensó en preguntarle por Estrella al día siguiente, no sabía en qué agujero se estaba metiendo formulando aquella simple pregunta, pero la curiosidad la estaba devorando y ya estaba llegando al hueso. Tal vez Agnes montara en cólera y la echara de casa o tal vez se echaría a llorar desconsolada, pero si no conseguía una explicación

aquella noche se volvería completamente loca.

Aneris retiró los platos donde habían tomado el postre y le preguntó si quería tomar café.

—No. Hoy voy a cambiar... Ponme un orujo de hierbas con hielo. Sírvete uno tú también si quieres. Lo tomaremos en el porche. Hoy hace una noche espléndida, hay una luna preciosa.

Aneris resopló al ver el estado de embriaguez de Agnes. Se dirigió a la cocina y sirvió el orujo con cubitos de hielo en un vaso de tubo. Ella optó por prepararse una gran jarra de agua fría con varias rodajas de limón. Lo puso todo sobre una bandeja y lo llevó al porche, donde Agnes ya la estaba esperando, desparramada sobre un sillón y con la mirada fija en la luna.

—Aquí tienes el orujo, Agnes —señaló Aneris posando la bandeja sobre la mesita.

—Gracias, querida. ¡Brindemos! Aunque tú bebas agua... ¡Por nosotras! ¡Por todas las mujeres del planeta tierra! —exclamó Agnes eufórica, chocando su vaso contra la jarra de agua.

—¡Chinchín! —contestó Aneris.

La noche era cálida y corría una suave y templada brisa adormecedora. Los grillos cantaban y alguna que otra lechuza piaba en la oscuridad. Aneris disfrutaba mucho de aquellas noches. En Peñeiras eran bastante más frías e inestables, pero le faltaba el sonido del mar y el olor a salitre. Nadie podía hacerse una idea de cómo añoraba a «su mar», así solía llamarlo. Derramó una lágrima cargada de nostalgia, pero la brisa se encargó enseguida de secarla. Miró a Agnes, estaba completamente absorta mirando el cielo. Parecía estar intentando contar las estrellas.

—Las estrellas... Son preciosas, ¿verdad? Aquí se ven fabulosas. En Peñeiras también se veían así.

Agnes asintió en silencio.

—... Tan alejadas de nosotros, de nuestro mundo... Y, aun así, después de muertas, nos sigue llegando su luz. Como un lejano mensaje para recordarnos que un día estuvieron ahí, llenas de vida.

Agnes volvió a asentir sin decir nada. Parecía no captar las indirectas de Aneris, o eso quería hacer ver. En vista de que no parecía que ninguna de sus palabras iba a hacerla reaccionar, Aneris decidió soltar la pregunta, sin más preámbulos.

—Agnes, ¿dónde está «tu Estrella»?

Agnes bebió el orujo de una sentada y, sin apartar la vista del cielo, dijo:

—Veo que hoy vas a por todas... Has hecho bien tus deberes, querida.

—Agnes, todas estas cosas que me has ocultado han llegado por sí solas. En ningún momento he decidido hurgar en tu pasado, pero es que... me extraña tanto secretismo. De verdad, no lo comprendo.

—La gente habla demasiado en este pueblo, eso es lo que no se comprende. ¿Tan aburridas son sus vidas que no tienen nada mejor que hacer que hablarte de mí? ¿Tanto interés suscito? No sé si tomármelo como un halago o como una forma malsana de dañarme por envidia.

—Agnes, he obviado todas las cosas negativas que he oído de ti, créeme. Pero los temas de María y de Estrella no han surgido de la misma manera. Asun me lo mencionó como algo trivial. No te lo tomes como un ataque.

Agnes permaneció reflexiva unos segundos.

—Bien, ¿y qué te dijo exactamente Asun de Estrella?

—Pues poca cosa. Que tenías una hija, que la habías criado sola y que te había abandonado. ¿Es por eso que no me has hablado de ella? —Aneris utilizaba el tono de voz más suave que le era posible emitir.

—Mi hija... Estrella... Era muy conflictiva y muy rebelde desde bien pequeña.

—Ajá.

—Cuando llegó a la pubertad la situación ya era insostenible, así que decidí internarla en un buen colegio de Suiza para que la enderezaran. Rechazaba mis visitas cuando iba a verla, me odiaba.

—Cuanto lo siento, Agnes.

—Cuando cumplió la mayoría de edad salió del internado. Me envió una carta pidiéndome que no la buscara, que no quería saber nada más de mí. Así ha sido hasta hoy. Fin de la historia.

—Lo lamento, Agnes. No puedo ni imaginarme lo duro que debe ser que tu propia hija reniegue de ti.

—No lo lamentes tanto, querida. Yo también tengo mi orgullo y, por lo que a mí respecta, mi hija está muerta y enterrada. Eso no se le hace a la mujer que te ha dado la vida.

Aneris sintió que a aquella historia le faltaba un importantísimo ingrediente.

—Y... ¿su padre?

Agnes soltó una sonora carcajada.

—Su padre... Su querido padre...

El recuerdo de aquel desconocido golpeándola y embistiéndola la noche en

que mataron a María acudió de inmediato a su mente. Sintió ganas de vomitar al pensar que aquel desgraciado había eyaculado dentro de ella, engendrando una vida en su interior.

—Lo conocí en una subasta de pintura gótica en Antequera. Era un empresario muy adinerado de Londres, estaba casado. Venía todos los fines de semana a Málaga alegando que eran viajes de negocios, así fue nuestro romance, encerrados en habitaciones de caros hoteles y borrachos de champán. Me prometió que dejaría a su mujer porque estaba locamente enamorado de mí y yo le creí. Pero cada vez que venía le preguntaba si había presentado la demanda de divorcio y siempre se excusaba diciendo que no había encontrado el momento, que no era tan sencillo. Cuando supo que me había quedado embarazada desapareció. Nunca más volvió a Málaga — mintió.

—¿Y no lo buscaste?

—Intenté llamarle, pero había cambiado de número. Conocía su dirección en Londres y pensé en personarme allí y contarle a su mujer lo nuestro, pero luego desestimé la idea. ¿Para qué? ¿Para romper un matrimonio? Estaba bastante claro que no quería saber nada de mí y del bebé, así que joderle la vida tampoco lo habría devuelto a mis brazos.

Cuando Aneris conoció todos los detalles de aquella triste historia se preguntó si no había sido muy egoísta por su parte anteponer su curiosidad al respetable silencio de Agnes. Conociendo los hechos, era comprensible que no quisiera hablar del tema.

—Perdóname, Agnes. Siento haberme entrometido en tu pasado. No pensaba que...

—Disculpas aceptadas, querida. Y, si no te importa, me gustaría estar a solas un rato... —Los ojos de Agnes se veían vidriosos a la luz de la luna. Estaba a punto de romperse.

—Lo entiendo. Que descanses, Agnes. Hasta mañana.

—Buenas noches, cariño.

Aneris tardó en conciliar el sueño. La historia de Estrella le había parecido sincera y del todo verosímil. Pero si Estrella no era el fantasma de la Ruda y no estaba muerta, ¿de dónde demonios procedía aquella cancioncilla infantil de la fábrica? ¿Sería alguien capaz de estar gastándole una pesada broma? Y, si así era, ¿con qué fin?

IX. Jenaro

1

A la mañana siguiente Aneris montó en su bici. Llegó hasta la plaza Málaga, donde Paquita y sus amigas le habían interrumpido su trayecto el día anterior, y pedaleó por las callejuelas en pos de la plaza de la Crujía. No recordaba bien las indicaciones que aquel señor le había dado para llegar a ella, pero sabía que andaba muy cerca y, efectivamente, dio con la plaza antes de lo que esperaba.

Gracias a la placa que colgaba de una pared supo que se encontraba en el lugar adecuado, si no habría pasado de largo. Aquello no se asemejaba en nada a una plaza, más bien era una calle bastante amplia con viejas casas a ambos lados de la acera. En el centro había unas pequeñas medianas con plantas y algún banco.

Aneris se paseó por delante de las viviendas admirando sus viejas y blancas fachadas. Algunas eran tan antiguas que, a simple vista, se podían adivinar las protuberancias del barro con las que fueron construidas. A Aneris le pareció fascinante el hecho de que algo así pudiese continuar en pie.

Una señora barría su correspondiente trocito de acera mientras canturreaba. Aneris se acercó a ella bajando de la bici y le preguntó si conocía a un tal Jerano Carmona.

—El *sin grasía*’ ese vive ahí —señaló la mujer con el palo de escoba—. La casa de la puerta marrón, la que no tiene número.

Aneris le dio las gracias y se acercó a la casa. Era tan antigua o más que todo el resto. Pensó que tal vez Jenaro la invitaría a pasar y así podría ver el interior de la vivienda. Sentía mucha curiosidad por ver cómo era la distribución de una casa que, a lo sumo, bien podría tener cien años como mínimo.

A falta de timbre, tuvo que llamar a la puerta con los nudillos. El sol caía sobre su espalda sin compasión, si nadie contestaba pronto tendría que volver en otro momento si no quería sufrir un golpe de calor.

Tras la puerta se escucharon pasos apresurados y gritos de niño:

—¡Ya voy! —gritó al otro lado de la puerta una voz femenina.

Aneris tragó saliva mientras un pestillo se corría tras la puerta. Esta se abrió y apareció una mujer de etnia gitana que rondaría los treinta y cinco

años, con un bebé en brazos y una niña pequeña que iba en braguitas y que se escondía tras sus piernas. La mujer parecía estresada y cansada. Miró a Aneris con el ceño fruncido mientras el sol le caía sobre el rostro.

—¿Sí? —le pregunto mirándola de arriba abajo.

—¿Vive aquí Jenaro Carmona?

—¿Quién pregunta por él? No serás una de sus amiguitas especiales, ¿no? Aneris se sintió contrariada.

—¿Qué...? ¡Oh, no! Yo ni siquiera lo conozco.

La mujer la miró de nuevo de arriba abajo. La niña que se escondía tras ella pareció no ver peligro en Aneris y se descubrió tras las piernas de su madre.

—Tú no eres de aquí, ¿verdad? Hablas raro —observó la niña.

Aneris se arrodilló ante la niña para estar a su altura.

—Sí, vengo de muy lejos y estoy buscando a mi mamá. Eres una niña preciosa, ¿sabes?

La niña se ruborizó y le señaló una de las estrellas de mar que portaba Aneris en la melena para disimular la cicatriz.

—¡Qué bonitas! ¿Son del mar de verdad?

—¿Te gustan? —preguntó Aneris.

La niña asintió sin decir nada. Aneris le sonrió y, del brazalete de red que portaba aquel día en la mano izquierda, se arrancó una estrella. Se la ofreció a la niña y esta, llena de ilusión por su nuevo y extraño juguete, corrió con ella al interior de la vivienda.

—¡Jasmina! ¿Qué se dice? —le chilló su madre volviendo la cabeza.

—Graaaaaciaaaaaaaas, señooooora —gritó Jasmina desde algún punto de la casa.

—Bueno, ¿y qué pinta Jenaro en la búsqueda de tu madre? —preguntó la mujer, recelosa.

—Quería enseñarle una foto, me dijo Dña. Asunción qué...

—Pasa, anda. Que te va a dar algo —pidió la mujer al ver la cara sofocada de Aneris—. Sigue recto hasta el final. Ahora en el patio hay sombra.

—Se lo agradezco, hace muchísimo calor.

—Sí, hoy decía «el parte» que podíamos alcanzar los cuarenta y dos grados al mediodía.

Aneris resopló agobiada y cruzó dos especies de salas de estar en la dirección que la mujer le había indicado. Las paredes eran amarillas y estaban pintadas sin amor. El suelo era de losas de piedra pulida. Todo a su alrededor

era desorden y caos. En la segunda sala había una mesa camilla con una cocina y una nevera. Una olla hervía un jugo naranja en uno de los fogones mientras varias moscas revoloteaban hambrientas sobre el vapor.

Llegó al patio. El suelo era de cemento y estaba notablemente abultado por el paso de los años y por el crecimiento desmesurado de las raíces de los árboles que asomaban por las tapias de los patios colindantes. Jasmina jugaba dentro de un barreño lleno de agua, sumergiendo la estrella en el agua.

—Deberás tener mucho cuidado, Jasmina. Son muy frágiles y se rompen con facilidad —le aconsejó Aneris.

La niña hizo caso omiso a las palabras de Aneris. Aquella estrella tenía las horas contadas.

—Toma, bebe algo. —La mujer sorprendió a Aneris por la espalda. Llevaba un vaso de agua en una mano y al bebé medio dormido en la otra.

—Gracias, no sabe cómo se lo agradezco... —Aneris bebió el vaso de agua de un trago—. Me llamo Aneris.

La mujer parpadeó un par de veces y enarcó una ceja.

—Es sirena escrito al revés —aclaró.

—¡Ah! ¡Ya, ya! Yo soy Lourdes. —Le indicó que se sentara alrededor de una vieja mesa que había bajo un pequeño porche. Este había sido construido rápidamente con el fin de arrojar algo de cobijo al patio. No había sido pintado de blanco como el resto de los muros de la casa. A la vista quedaban los ladrillos y los pegotes de cemento.

La mujer no pasó por alto la mirada de desagrado de Aneris.

—Mi marido, que es todo un manitas, como puedes ver... —comentó la mujer sentándose frente a Aneris. El bebé ya se había dormido en el regazo de su madre.

—¿Jenaro?

—Sí. ¿Quién decías que te había enviado aquí?

—Dña. Asunción. ¿La conoce? —preguntó Aneris.

—Por favor, no me hables de usted. Me hace sentir mayor —espetó Lourdes.

—Perdona, la costumbre...

Lourdes le quitó importancia con un gesto despreocupado y le respondió:

—No conozco a esa tal Asunción. Yo soy de Antequera y me vine a vivir aquí por Jenaro. Apenas salgo. Con los niños y la limpieza de la casa... Si lo hago es para ir a comprar o llevar a Jasmina al colegio. No tengo tiempo para hacer amigos.

Aneris no supo qué contestar.

—En fin, ¿por qué esa mujer cree que mi marido conoce a tu madre?

—Por nada en especial. Al parecer vivían por la misma zona de pequeños.

No me quedó muy claro —mintió.

Se sacó la foto de su madre de un bolsillo y se la mostró a Lourdes.

—¿La conoces tú? Se llamaba Dolores García Cortés.

Lourdes se tomó varios segundos para confirmar que no reconocía a la mujer de la foto. Negó con la cabeza.

—No, lo siento. Ni conozco su cara ni su nombre. Ya te he dicho que yo era de Antequera.

Aneris se encogió de hombros.

—Bueno, por si acaso...

—Has dicho se llamaba... En pasado... —observó la mujer.

—Sí, murió hace bastantes años.

—Vaya, lo siento.

—No pasa nada —dijo Aneris. Miró la foto de su madre y la guardó de nuevo.

—No, sí pasa. Yo tampoco tengo madre. —La mirada de Lourdes se apagó—. Ni padre ni familia.

—Vaya, ¿y cómo es eso? —se atrevió a preguntar Aneris. La mujer parecía tener la necesidad de desahogarse con alguien.

—Los míos nunca aceptaron que me divorciara de un gitano y luego me casara con un payo.

—Lo siento... —Aneris guardó silencio unos segundos—. Pero el amor es así, ¿no? Puede con todo.

—La verdad es que sí. Mi Jenaro me hace muy feliz, no necesito a nadie más. Me acogió en su casa y me dio a dos niños maravillosos. Ya sé que tiene fama de tener un carácter un poco brusco y que siempre salen mujeres diciendo que se han acostado con él, pero... es buena persona. Me mantiene y yo le limpio y le cocino como buena esposa que soy.

Aneris pensó en Agnes. Si hubiera oído aquellas palabras tan machistas, se habría lanzado sobre Lourdes para estrangularla.

—Me alegro de que seas feliz, Lourdes. —Aneris se levantó de la silla—. Debo irme. Siento haberte entretenido. ¿Puedo volver en otro momento en el que él esté en casa? Es muy importante que vea esa foto.

—Claro, estará aquí por la tarde. Hoy estaría trabajando pero, ya sabes, casi todos están de batida buscando a la chiquilla desaparecida.

—Sí. Eso oí ayer —dijo Aneris despidiéndose con una mano—. Gracias por tu ayuda, Lourdes.

Cuando la chica desapareció por el umbral de la puerta Lourdes rompió a llorar.

—Gracias a ti por venir —murmuró entre sollozos.

Jasmina abandonó el barreño y se acercó a consolar a su madre cuando la escuchó gimotear:

—No llores, mamá. Papá aún no ha llegado a casa.

Las calles de Mollina estaban notablemente más vacías y muchos negocios habían bajado sus persianas. Aneris se preguntó si, tanto la panadería como el taller de Javier, estarían abiertos. Decidió averiguarlo y se deslizó por las callejuelas vacías hacia la panadería.

Tuvo suerte. La persiana del local estaba abierta de par en par. Apoyó la bicicleta sobre una farola y se adentró en el lugar. Allí estaba despachando la misma mujer que había presenciado cómo Alba la agredía y como luego, con un amor maternal desmesurado, le curó la mejilla magullada.

—Hola, buenos días —saludó Aneris.

—¡Hola, cariño! ¿Cómo va esa carita *presiosa*'? —preguntó la mujer tras el mostrador.

—Perfecta, gracias a usted —dijo Aneris mostrándosela.

Ambas callaron unos segundos.

—Ya lo sabes, ¿no? —le preguntó la panadera al fin.

—Sí...

—Mira si es casualidad, ¿eh? El otro día os vi aquí fuera a las dos y hoy, ¿quién sabe lo que le habrá *pasao*'? —Los ojos de la mujer se empañaron con las lágrimas—. Con el carácter que tiene esa niña, no me extrañaría que se hubiera *metío*' en un lío bien gordo. Esperemos que vuelva pronto.

—Sí. Esperemos que todo quede en un susto... —ratificó Aneris sin entusiasmo—. En fin, ¿puede ponerme una napolitana de chocolate?

—Claro, cariño.

El taller de Javier también resultó estar abierto. Aneris entró en el local con la napolitana envuelta en las manos y miró alrededor buscando a alguien, el local parecía desierto.

—¿Javier? —preguntó alzando la voz—. ¿Sr. Velasco?

Sus palabras retumbaron entre aquellas paredes manchadas de grasa. El olor a gasolina y a goma inundaban el lugar. Avanzó varios pasos entre dos coches.

—¿Hola? —preguntó de nuevo.

Sobre el mostrador un ventilador enviaba ráfagas de aire fresco en un ángulo de ciento ochenta grados.

Su pie chutó, por accidente, una llave inglesa que yacía en el suelo. Mandó la herramienta dos o tres metros más allá y, cuando fue a recogerla, una mano negra surgió bajo el coche, aferrándose a su tobillo.

Aneris emitió un grito de asombro, mientras agitaba el pie para zafarse de aquella zarpa que había surgido de la nada.

—¡Suéltame! —chilló, histérica.

Javier salió bajo el coche deslizándose sobre una especie de patín.

—¡Tranquila, Sirena! ¡Soy yo!

Aneris sintió el impulso de pisarle la cara por haberle dado semejante susto, pero, en lugar de eso, le recriminó:

—¡No vuelvas a darme un susto así! ¡Casi me da un infarto!

Javier no pudo evitar reírse. Se levantó y besó a su Sirena en los labios.

—Perdóname, pero es que me lo has puesto muy fácil.

Ella lo miró con maldad.

—Me parece que la napolitana de chocolate me la voy a comer yo solita —sentenció entornando los ojos.

—No serás capaz...

Javier se lanzó sobre ella y la cosió a cosquillas. Mientras Aneris se desternillaba de risa, él se percató de que la estaba manchando de grasa.

—¡Madre mía! ¡Cómo te he puesto!

—¡Va! No tiene importancia. ¿Estás solo?

—Sí, mi padre se ha ido a la batida. Alguien tenía que hacerse cargo de esto. —Entonces se dirigió a un pequeño baño.

Aneris lo siguió y lo observó apoyada sobre el umbral de la puerta, mientras él se lavaba las manos.

—¿Sabes si hay alguna novedad? —preguntó ella con cierto temor.

—No, ni idea. Cuando mi padre regrese seguro que trae algún chisme de vuelta. —Se secó las manos con una toalla y clavó la mirada en Aneris.

—La que me tiene que contar novedades eres tú. ¿Cómo fue anoche con Agnes?

—Uff... —resopló Aneris.

—Salgamos para que pueda fumar y me lo cuentas TODO.

Se apoyaron sobre una pared a la sombra de unos árboles. Aneris le explicó a Javier las dos conversaciones que mantuvo con Agnes sobre María y

Estrella.

—Lo de la hija no me lo trago —concluyó Javier cruzado de brazos.

—¿Qué parte de la historia no te crees?

—Toda ella. Parece sacada de una novela.

—¿Y no suena a novela de terror matar a tu hija y emparedarla o enterrarla en una fábrica? —preguntó Aneris con retintín.

—*Touché*. —Javier desenvolvió la napolitana y le dio un gran bocado—. ¿Te veo esta tarde, Sirena?

—Esta tarde voy a ir a ver a Jenaro. Veremos si realmente conocía a mi madre o no —explicó Aneris con un hilo de esperanza en la voz.

—¿Después de cenar, entonces?

Aneris pensó en Alba, debía volver a la fábrica para ver si había reflexionado. Tenía que ir de noche, había demasiado revuelo con las batidas de búsqueda y no convenía que alguien la viera andando sola por aquel terreno comportándose de manera extraña.

—No, hoy me quedaré con Agnes. Anoche se lo hice pasar mal y hoy estaba un poco decaída. Le debo mi compañía por haberme inmiscuido en su vida.

—¿Y mañana? —Javier tuvo la ligera sensación de que lo estaba esquivando.

—¡Claro! Me volveré a pasar por aquí y ya planeamos algo para hacer por la tarde. ¿Te parece bien?

—Me parece genial. Pero te echaré de menos, Sirena. Me estoy acostumbrando demasiado a ti...

Ambos sonrieron y se fundieron en un largo e intenso beso.

Cuando Aneris llegó a casa Agnes estaba aislada en la biblioteca, por lo que decidió nadar un rato hasta la hora de comer.

Salió al jardín con el traje de baño y una toalla colgada del hombro. Se acercó al borde de la piscina donde había un bote de crema solar protectora. Si no se la aplicaba antes de bañarse y en abundancia acabaría quemándose. Su piel era blanca como el alabastro. Siempre debía tomar precauciones a la hora de exponerse al sol. En su diccionario la palabra bronceado no existía.

Mientras se aplicaba el ungüento una voz femenina la sorprendió a sus espaldas.

—¡Hola!

Aneris pegó un brinco. Últimamente estaba en un estado de alerta permanente. Creía estar sola en casa, ya que Teresa no acudía a casa los

martes y, si Agnes seguía en la biblioteca, ¿a quién tenía detrás?

—Tú debes ser Aneris.

Aneris se giró, temerosa. La voz femenina que sabía su nombre resultó ser una señora de edad madura enfundada en un peto verde y unos guantes amarillos. Llevaba el pelo recogido en una coleta y se refugiaba del sol bajo una gorra.

—Soy Beatriz, la jardinera. Nunca habíamos coincidido. Tenía ganas de conocerte. Agnes me ha hablado muy bien de ti.

Aneris respiró aliviada. Por un momento creyó que Alba había conseguido recuperarse y huir de la fábrica. Antes de llamar a la Policía habría preferido cobrarse su particular venganza. Habría conseguido entrar en su casa, burlando todas las sofisticadas medidas de seguridad, incluso a la propia Agnes y ahora la estaba esperando para devolverle el golpe. Tal vez con la misma tubería...

—Hola, me alegro de conocerla —respondió Aneris.

—¿Qué tal te va por aquí, niña? ¿Estás a gusto con «la señora»? A Agnes o la odias o la adoras. Así es ella, una mujer de extremos. Supongo que no te cuento nada que a estas alturas ya no sepas...

Ambas rieron. La mujer se quitó los guantes y estrechó la mano a Aneris.

—Sí, Agnes es una mujer con una personalidad muy fuerte, pero nos llevamos muy bien.

Beatriz asintió con una sonrisa.

—¿Sabe? Hace usted un trabajo excelente, los jardines están preciosos e impolutos. Y los rosales de la entrada... ¡Guau! —exclamó Aneris con admiración.

—Bueno, lo llevo en la sangre. Vengo de una familia de jardineros, así que... No es ningún mérito, y los aspersores me facilitan la tarea.

Aneris observó a Beatriz. Se la veía clara y transparente, todo lo contrario a Teresa, que siempre procedía en silencio y, si abría la boca, era para lo justo y lo necesario. Por eso se atrevió a preguntarle cuánto tiempo llevaba trabajando en aquella casa.

—Uff... Muchos años, demasiados. Pero aquí siempre se me ha tratado muy bien y, hasta que el cuerpo me lo permita, aquí seguiré. Bueno, siempre y cuando Agnes no cambie de idea.

—Entonces, ¿conoció usted a Estrella?

—¡Claro! La niña de Agnes, su linda muñequita.

Aneris quiso saber más. No pudo contenerse.

—¿Qué recuerda de ella?

—Bueno, yo empecé a trabajar para Agnes cuando Estrella tenía dos o tres años. Era una niña preciosa, con un pelo rubio, muy largo y lacio. Tenía los mismos ojos almendrados de su madre y... Agnes siempre andaba pintándole los morritos y haciéndole coletas o trenzas. Como ya te he dicho, era su muñequita.

—Y... ¿era conflictiva? O sea, ¿era una niña difícil o con temperamento?

Beatriz rió.

—¡Oh, sí! Era una niña muy movida. A menudo me destrozaba los geranios o me hacía agujeros en el césped para enterrar sus tesoros. Eran cosas de chiquillos. Yo no lo veía como un comportamiento difícil, pero ya sabes lo estricta que es Agnes, así que comprendo que para ella sí lo fuera.

Aneris asintió.

—Eso me dijo, que era una niña muy rebelde.

—Sí, pero... —Beatriz vaciló unos segundos antes de decir aquellas palabras—. ¡Es que es normal! Una cría necesita salir y relacionarse con otros niños de su edad. Yo eso de educarla en casa nunca lo vi muy normal.

—¿Estrella no fue a la escuela? —preguntó Aneris, escandalizada.

Beatriz negó con la cabeza.

—Esa niña creció entre estos muros. Agnes quería darle una educación muy... —Beatriz pareció perderse unos segundos buscando la palabra perfecta — ...muy exclusiva. A veces la castigaba días enteros en el ático cuando tenía alguna rabieta.

—¿En el ático?

—Sí, cariño. La habitación de Estrella es la misma en la que estás durmiendo tú.

—Vaya... —Aneris sintió cómo un escalofrío le recorría toda la columna—. Y... ¿qué pasó cuando creció?

Beatriz negó con la cabeza mostrando su total desacuerdo con la forma de actuar de Agnes.

—Yo siempre he creído que el problema de aquella niña estaba en la falta de libertad. Cuanto más mayor se hacía, más tiempo pasaba en el ático. Nosotras, las trabajadoras, oíamos los fuertes gritos de las peleas que tenían ella y su madre.

—Vaya...

—Y un buen día llegamos y nos dice que la ha mandado a un internado. Y ¿sabes? Yo me alegré por ella. Allí tendría más libertad de la que tenía aquí y

a Agnes también le convenía desconectar de aquella espiral de riñas y disgustos en la que estaban las dos.

—¿Y ya no la volviste a ver?

Beatriz vio como Agnes salió al porche, llevaba una bandeja con tres vasos grandes cargados de té y hielo picado. Aun así, le dio tiempo a contestarle.

—No, nunca más.

Con todos aquellos detalles sobre la vida de Estrella, Aneris pensó que Javier podía no estar tan mal encaminado con sus escalofriantes teorías.

—¡Traigo té para mis chicas! Os he visto desde la ventana y he pensado: «¡Oh, Dios mío, se me van a achicharrar!».

Aneris y Beatriz se dedicaron una mirada fugaz y cómplice.

—Gracias, Agnes —respondieron al unísono.

2

Las cosas estaban yendo bien con Aneris. Agnes esperaba un poco más de cariño por su parte, pero el cariño que ella demandaba requería un tiempo y una dedicación necesarios para ganárselo. Tenía que esperar a que los sentimientos de la chica empezaran a fluir de forma natural, porque lo harían, estaba plenamente convencida. En cuanto se acabara su absurda historia de amor con el mecánico —porque esa relación tenía los días contados. Los hombres eran así. Se cansaría de ella en cuanto se hubiese acostado con ella un par o tres de veces. Luego, cuando apareciera una «nueva», la abandonaría sin miramientos para continuar satisfaciendo sus apetencias sexuales— tendría la oportunidad perfecta de explicarle a Aneris cómo eran los hombres en realidad, lo primarios, llanos y vacíos que estaban. Después le comentaría las ventajas que tiene la vida al lado de una mujer y, cuando lo comprendiera, le declararía su amor.

Pero, aun así, se sentía dolida con ella. ¿Por qué había tenido que hurgar en su pasado? ¿Qué derecho tenía en meter el dedo en sus heridas todavía abiertas? Primero María. Luego Estrella, su querida Estrella...

Octubre de 1977

Agnes navegaba a la deriva en una profunda depresión que cada día iba a peor. No salía de su cuarto a no ser que fuera para ir al baño. La comida se la traían siempre a la cama las asistentes y, normalmente, devolvía la

bandeja con la comida intacta.

Desde que María había muerto, la vida había dejado de tener sentido. ¿Qué razones tenía para continuar viviendo si no iba a poder volver a perderse en las pintitas claroscuras de aquellos ojos azules? ¿Qué la iba a impulsar a levantarse por las mañanas si no la iba a poder acariciar nunca más? ¿Y qué pasaba con su olor? ¡Oh, Dios mío! ¿Qué haría cuando el uniforme de trabajo que guardaba de ella en secreto perdiera su esencia?

Su corazón había sufrido un daño irreparable, jamás volvería a ser la misma. La única razón por la que no había intentado abrirse los antebrazos con una cuchilla de afeitar era por su madre. Agnes sabía que si ella moría su madre iría detrás.

—Mamá... —se lamentó Agnes con las sábanas cubriéndose el rostro en un intento desesperado por desaparecer.

Las cosas eran diferentes con su padre. Él parecía más aliviado por cada día pasado, se sentía a salvo al ver que las investigaciones policiales sobre el caso de María anduvieran ya muy lejos de ellos. Los primeros días fueron todos investigados por dos agentes de la Guardia Civil al estar relacionados con ella, aunque solo fuera por trabajo. Joaquín rezaba todas las noches con la esperanza de que su hija o su mujer no se derrumbaran en ninguno de aquellos interrogatorios. Él, en cambio, se había mantenido frío e impasible cuando le habían preguntado por su empleada asesinada, no podía permitirse bajar la guardia en ningún momento. La reputación de su apellido y su imperio estaban en peligro. Que se pudiera descubrir que a su hija la habían violado mientras mataban a «la otra» le resultaba humillante y deshonroso.

Aquella mañana su madre le llevó el almuerzo a la habitación. La llamó a través de la puerta y Agnes le invitó a pasar.

—Hija... ¿Aún estás en la cama? Siéntate a leer un rato o pinta un poco. Tienes que intentar animarte, salir adelante... —le aconsejó su madre sentándose en la cama.

—¿Y qué voy a pintar, mamá? Ya no hay color en mi vida, solo oscuridad.

Marisa empezó a sollozar.

—No digas eso, hija. Con el tiempo todo se arreglará. Ya lo verás...

—Se arreglará para vosotros, mamá. A mí me han jodido la vida. —La voz de Agnes sonaba monótona y sin matices.

—Tal vez deberías venir a misa con nosotros los domingos. Sé que hace

años decidiste darle la espalda a Dios, pero... tal vez ahora sea un buen momento para abrirte de nuevo a Él. Te ayudará a lidiar con tu dolor.

—Claro, mamá. Es lo último que me falta para que me rematen, que me digan que Dios tiene un plan para cada uno de nosotros —exclamó Agnes, enfadada e incorporándose—. ¿Este es el plan que tenía para mí? ¿Esto era lo que me tenía preparado ese cabrón? Pues si eso es así que le jodan, mamá. ¡Que le jodan como me jodieron a mí!

Agnes emitió un gruñido cargado de dolor y frustración. Le arrebató la bandeja a su madre y la lanzó por los aires, estrellándola contra la pared.

—Hija, ¡no hables así, no digas esas cosas! —dijo Marisa entre lágrimas mientras se arrodillaba sobre la tarima para recoger los restos esparcidos de comida.

—¡Fuera de aquí! ¡Sal de mi cuarto ahora mismo! ¡Vete!

Marisa abandonó la habitación despavorida y sin rechistar.

Una semana más tarde Agnes empezó a sospechar que podía estar embarazada.

La falta de la menstruación desde que tuvo lugar la violación la achacó al estrés postraumático y a lo poco que comía, pero cuando empezaron las náuseas matutinas supo en seguida que una vida crecía en su interior.

Pasó días pensando qué hacer. En un primer momento pensó en la posibilidad de ir a Londres unos días y abortar sin que sus padres llegaran a saber nada. Disponía de dinero suficiente para alojarse en el mejor hotel e ir a la mejor clínica privada de la ciudad, pero un precioso sueño le hizo replantearse la idea. Un sueño en el que se veía feliz y en un avanzado estado de gestación. Pintaba las paredes de la gran habitación del ático, haciendo prolongados descansos, y cosía fundas de cojín con motivos infantiles. Luego pintaba una cuna de pino de color blanco y le colocaba un delicado dosel para evitar que, en un futuro, entraran mosquitos en el interior. Estaba decorando y preparando la habitación para su bebé.

Aquel sueño despertó una chispa de ilusión y esperanza por salir de aquel pozo de tristeza y amargura en el que se estaba ahogando. Aquel amor desmesurado que sintió en su sueño por la criatura que portaba en su vientre fue la única cosa que la hizo sentir bien en todo aquel tiempo. Sabía que el bebé podría parecerse al desalmado que la violó y que por sus venitas correría su sangre, pero aquella criatura nunca lo sabría. Ella no tenía la culpa de haber sido concebida de aquel modo tan atroz.

Esperó a que le creciera el vientre para contárselo a sus padres.

Mientras, continuó encerrada en su habitación, arropada entre las sábanas y gestando. Desde que tomó aquella decisión no volvió a dejar ni una bandeja de comida vacía.

Diciembre de 1977

Agnes despertó a media mañana. Se cubrió con el edredón al salir de la cama para no enfriarse y descorrió las cortinas con ímpetu. Tal y como había leído en el diario, aquella ola de frío que llevaba azotando Málaga una semana había traído consigo nieve. Mollina estaba cubierta por un manto blanco tan insólito como las ganas que le entraron por salir de la habitación.

Corrió al jardín enfundada en un amplio abrigo de pieles para disimular su tripita. Aspiró el aire helado con fuerza y, por primera vez en todo aquel tiempo, se sintió viva. Derramó lágrimas de júbilo mientras sobre su rostro caían sendos copos de nieve. Era 23 de diciembre y pensó que, dadas las fechas tan señaladas que se aproximaban, decirle a sus padres que iban a ser abuelos sería un buen regalo de Navidad. Un bebé no podía ser una mala noticia, fuese cual fuese su procedencia.

Esperó a la hora de cenar para tenerlos a ambos en la misma habitación. Bajó las escaleras ataviada en una gruesa bata de lana. Sus padres se hallaban en el comedor cenando en silencio, cada uno pensando en sus cosas. Irrumpió en la sala con un tímido «Hola».

—¡Cariño! ¿Has bajado a cenar? ¡Qué alegría, hija mía! —exclamó su madre, arrojándose a sus brazos.

—Me alegra ver que estás mejor, hija. Siéntate, que enseguida pedimos que te sirvan un plato —comentó su padre, ofreciéndole asiento.

Agnes llevaba un mes sin verlo. Tampoco lo había echado de menos y su amor por él se había reducido a cero. Pero ahora que sabía que estaba en estado tenía que tragarse su orgullo y resentimiento, no quería que a su bebé le faltara de nada y su padre ya era viejo. Era cuestión de tiempo que la naturaleza se lo llevara, tal vez en un par de años estirara la pata. Con el dinero de su abuelito rico y muerto su bebé tendría la vida resuelta.

Agnes tomó asiento y vio cómo sus progenitores la miraban esperando a que dijera algo más, pero ella permaneció en silencio. Salió la pequeña Agnes, la que nunca había tenido la atención de sus padres porque siempre estaban demasiado ocupados. Disfrutó viendo cómo de repente solo tenían ojos para ella. Al fin, fue su padre el que inició la conversación.

—Hija, has cogido peso. Deberías comer menos y salir de esa habitación para hacer algo de ejercicio.

Agnes miró a su madre con una sonrisa y, sin apartar la mirada de ella, dijo:

—Claro que he cogido peso. Las embarazadas suelen engordar.

Marisa, atónita, se llevó las manos a la boca. A Joaquín se le cayó la cuchara dentro del plato de sopa justo cuando se disponía a dar un sorbo.

—¡Oh, Señor! —exclamó ella.

—¿Cómo es posible? ¡Esto es un despropósito! No estás casada y hace meses que vives entre las cuatro paredes de tu cuarto. —Joaquín enrojecía de pura indignación—. ¿Es algún trabajador del servicio? Lo habrás metido en tu habitación para entretenerte.

—Deja que se explique, Joaquín —suplicó Marisa sujetando la mano temblorosa y fuera de control de su marido.

Agnes dedicó una mirada fría y altiva a su padre.

—Vas a tener que tragarte esas palabras, papá.

—¿Pero cómo te atreves a hablarme así! Que seas una descocada no te da derecho a...

—Estoy de cuatro meses, así que haz cálculos y saca tus propias conclusiones.

Marisa se echó a llorar desconsoladamente.

—No sabes cuánto lo lamento, hija. ¿Por qué no me lo contaste? A una madre se le cuentan esas cosas.

Agnes miró a su madre con cierta vergüenza. Tenía toda la razón del mundo. A ella tendría que habérselo dicho en el primer momento en que empezó a sospechar que estaba en estado. Entre ambas existía un vínculo especial, excluyendo el que ya tenían por defecto entre madre e hija, que se había forjado a través de la supervivencia diaria bajo el yugo machista de su padre.

—Lo siento, mamá. No estaba preparada, supongo.

—Y... ¿vas a tenerlo? En un caso como el tuyo entendería que...

Joaquín descargó un puño sobre la mesa.

—¿Cómo no va a tenerlo? ¿Qué insinúas? ¿Que mate a esa criatura de Dios que no tiene culpa alguna de haber sido engendrado de esa... de esa forma? ¡Ni pensarlo!

—Gracias, papá, pero eso he de decidirlo yo, no tú —sentenció Agnes—. Además... te convendría ir asumiendo que Franco ya murió y que la

sociedad está progresando.

Joaquín se la quedó mirando fuera de sí. Era impensable que una hija desafiara con tanto descaro a su propio padre. Era como si el embarazo la hubiera colmado de una osadía que hasta aquel mismo momento él nunca había visto en ella, pero estaba muy lejos de comprender lo que sucedía en realidad. Su hija se había convertido en otra persona. El respeto y la sumisión eran cosa del pasado, de la Agnes pura e inocente. La Agnes de ahora era una mujer resentida, rota por dentro y curada de espanto. El miedo ya no existía. ¿Acaso podía pasarle algo peor a lo que le ocurrió aquella noche de agosto?

—Pero no te preocupes, papá. Voy a tener al bebé. —Agnes se dirigió de nuevo a su madre—. Mi vida estaba muerta, pero desde que sé que otro cuerpo habita en mí y que yo soy responsable de su vida... —se miró el vientre y se lo acarició —siento que esta es mi luz al final del túnel.

—Gracias a Dios —murmuró Joaquín.

—Eso que has dicho es precioso, hija. ¿Lo ves? Te dije que todo iba a salir bien —indicó Marisa.

Ambas se miraron, cómplices, con una sonrisa.

—Pero... ¿y qué vamos a decir? ¿Quién ha llamado a la cigüeña para que traiga al bebé de París? —preguntó Joaquín, preocupado.

—¿Qué me importa a mí el qué dirán? —espetó Agnes.

—¡Pero a tu madre y a mí sí que nos importa! Tenemos una reputación, una vida intachable, un apellido que la gente respeta. Y ahora, de buenas a primeras, nuestra hija es madre soltera. ¡Alguna historia tendremos que contar para justificar... esto! —prosiguió Joaquín señalando el vientre de Agnes.

Marisa miraba a su marido con sumisión.

—¡Pues inventaos vosotros la historia si tanto os importan las consecuencias que pueda traer esto! —chilló Agnes señalándose el vientre e imitando a su padre—. Yo no pienso hacerlo. Escoged vosotros la versión que mejor os convenga para quedar bien.

Joaquín, pensativo, se masajeó el mentón durante unos minutos.

—¡Ya sé! ¿Recuerdas aquel inglés que vino durante unos días una semana o dos antes de que te violaran? —Joaquín pronunció la palabra «violaran» con tanta naturalidad que Agnes sintió deseos de clavarle el tenedor en un ojo.

Marisa hizo memoria:

—Sí, yo le recuerdo. Estaba interesado en la pintura gótica y había una subasta en Antequera. ¿No era un buen amigo de Luis? Por eso le hospedamos aquí unos días.

—Sí, más o menos —sentenció Joaquín restándole importancia al aporte de su mujer—. La cosa está en que a aquel hombre lo vieron todos por aquí, el servicio y mis empleados, y ya no volvió a aparecer más. En fin, podemos argumentar que tú...—señaló a Agnes.—... que tú y él mantuvisteis un romance durante tus innumerables viajes a Londres y que él había venido aquí para pedirme tu mano, al margen de querer asistir a la subasta. Te quedaste embarazada y... él salió por patas. Te abandonó porque tenía a otra en su país. No sé, ya puliremos la historia antes de hacerla oficial. ¿Qué os parece?

—Qué tienes una imaginación desbordante, padre —concluyó Agnes asqueada—. Aun así, me habría quedado embarazada sin estar casada. ¿Qué me dices a eso?

—Bueno, nadie es perfecto. No eres la primera mujer que lo hace. Agnes se levantó de la mesa.

—¿A dónde vas, hija? —preguntó Marisa—. ¿No ibas a cenar con nosotros?

—Se me han quitado las ganas. Pedid que me suban la cena a la habitación, por favor. Buenas noches.

Joaquín y Marisa observaron cómo Agnes abandonaba la sala.

—No te preocupes. Se le pasará. —Joaquín sorbió un poco de sopa—. ¡Mierda, se ha enfriado!

Marisa se masajeó las sienes y resopló, armándose de paciencia.

Su querida Estrellita... Agnes apretó el rostro contra la almohada para ahogar el llanto. No quería que Aneris la oyera romperse.

3

Aneris volvió a casa de Jenaro sobre las seis de la tarde. La puerta de la vivienda estaba abierta y Jasmina jugaba con sus muñecas en el peldaño de la entrada. Al ver a Aneris esbozó una sonrisa. Le tendió una muñeca despeinada y manca y le preguntó:

—¿Quieres jugar? Ella se llama Anastasia y es una princesa.

—¡Hola, Jasmina! Tal vez otro día, ahora no tengo tiempo para jugar.

Vengo a ver a tu papá. ¿Está en casa?

Jasmina dejó a Anastasia en el suelo un tanto desilusionada. Necesitaba a un compañero de juegos. Las niñas de la plaza tenían prohibido jugar con ella porque sus papás les habían dicho que, como era gitana, tendría piojos, y su hermanito era todavía tan pequeño...

—Está en el patio —contestó.

—Y... ¿puedes decirle que salga un momento?

—Jasmina, ¿con quién hablas, cariño?

La mujer de Jenaro se asomó a la puerta y, en cuanto vio a Aneris retrocedió, ocultándose bajo la sombra del interior de la vivienda. Bajó el rostro e intentó taparse la mitad con el pelo. Aneris no pasó por alto el gran moratón que le cubría parte del pómulo. El ojo, en cambio... Se había hinchado tanto que el párpado se había convertido en una fina y larga línea.

—No... No es lo que piensas. Me caí por las escaleras y... —Lourdes rompió a llorar, intentando cubrirse el rostro una y otra vez—. Jenaro está en el patio. Pasa, por favor.

Aneris no supo muy bien qué decir. Entró en la casa y, antes de dirigirse al patio, le dedicó una fugaz mirada a Lourdes.

—No tienes por qué aguantar esto.

Lourdes asintió con las mejillas empapadas de lágrimas y subió apresuradamente las escaleras. Desde abajo Aneris escuchó sus llantos. Jasmina, en cambio, jugaba con sus muñecas como si no acabara de ver a su mamá en tales circunstancias. Se dirigió hacia el patio con la certeza de que aquello ya era algo habitual para la niña.

Un hombre de tez morena y pelo cano reposaba en una silla bebiendo tinto de verano bajo el techado. Leía el diario y daba profundas caladas a un puro. No se percató de la presencia de Aneris hasta que ella se pronunció:

—Hola. ¿Es usted Jenaro? —Aneris intentó sonar lo más amable posible, aun sabiendo que aquel hombre que tenía delante le había dado una paliza a su mujer. Intentó mantenerse fría e ir al grano.

Jenaro alzó la vista y miró estupefacto a Aneris.

—¿Y tú quién coño eres? ¿Qué eres, amiga de Lourdes? —dijo con desprecio, sin prestarle mucha atención, volviendo la vista al diario.

—No. —Aneris se acercó tímidamente a la mesa, pero sin tomar asiento. Apoyó las manos sobre el respaldo de una silla, que crujió bajo su peso—. Vengo a preguntarle por alguien a quien tal vez conoció hace unos años. ¿Conoce a esta mujer?

—¿A quién? —Jenaro alzó la vista.

Mientras Aneris se llevaba la mano al bolsillo para sacar la foto de su madre, Jenaro dio un brinco de la silla y se acercó a ella, observándola con los ojos muy abiertos.

—No puede ser... —murmuró.

Aneris se sobresaltó al darse cuenta de que tenía a Jenaro prácticamente encima de ella. Logró sacar la foto y la dejó sobre la mesa. Jenaro ni se enteró. De repente solo tenía ojos para ella y la estaban devorando.

—¿Qué...? —preguntó Aneris, retrocediendo unos pasos.

—Debo estar soñando. ¡Esto no puede estar pasando! —dijo Jenaro con voz delirante y cogiendo el rostro de Aneris entre sus ásperas manos.

—¡No me haga daño, por favor! —suplicó ella sollozando.

El hombre plantó su rostro contra el de ella. La miraba con ojos desorbitados, colmados de locura e incredulidad.

—¡Victoria! Dios mío... ¡No puedo creerlo!

Jenaro la abrazó con fuerza mientras daba gracias al Señor de mil y una formas distintas. Aneris permanecía inmóvil bajo sus brazos.

—Creo... Creo que se confunde, señor —logró decir muerta de miedo.

Jenaro la soltó y se alejó para mirarla de arriba abajo. Aquel hombre tenía la expresión de alguien que acaba de conocer que ha ganado en la lotería.

—Es que... ¿No me reconoces? Bueno, ¿cómo ibas a hacerlo? Apenas tenías dos años. —Jenaro temblaba de pies a cabeza. Cogió a Aneris de la mano y la obligó a sentarse a la mesa junto a él.

—Me está asustando... —gimió Aneris. Intentó zafarse de la mano de Jenaro, pero este se negaba a soltarla.

—Victoria, soy tu padre...

El dedo de Jenaro acarició la cicatriz de Aneris.

—¡Dios mío, mi niña! ¿Qué te ha pasado?

Aneris retrocedió, espantada.

—¡Se confunde, señor! Yo no me llamo Vic...

—¿Que me confundo, dices? ¿Crees que un padre puede olvidar el rostro de su pequeña? Tus ojos, Victoria, tus lindos ojos...

Aneris cogió la foto de su madre y se la mostró.

—Mire, señor. Yo solo he venido a saber si reconocía a esta mujer. Se llamaba Dolores Garc...

Jenaro rompió en carcajadas. Cogió la foto y, con la mirada cargada de odio, espetó:

—¡Maldita zorra! Así que te cambiaste el nombre...

—¡Oiga! ¡No le consiento que hable así de mi madre!

Jenaro le devolvió la foto a Aneris como si esta le quemara los dedos.

—¿Cómo has dicho que se llama tu madre, Victoria?

—Dolores García Cortés. Y ya le he dicho que no me llamo Victoria. Mi nombre es Aneris.

—¿Aneris? Vaya, veo que al final se salió con la suya... A mí ese nombre me parecía ridículo.

Aneris empezó a sollozar.

—Señor, me está asustando con todo lo que me está diciendo.

—¿No me crees, verdad?

Aneris negó con el rostro.

—Espera aquí un momento. Voy a mostrarte algo.

Jenaro se levantó y echó a correr al interior de la vivienda. Aneris tiritaba y lloraba al mismo tiempo. No entendía nada de lo que estaba pasando, pero sabía que había dado con algo gordo. Algo que podía cambiarlo todo. Estaba aterrada.

Él regresó al cabo de cinco minutos. Entró raudo al patio con un álbum de fotos bajo el brazo. Lo arrojó, frenético, ante Aneris y desplegó sus páginas.

—Mira, aquí tan solo tenías diez días. Y... y aquí un añito. Fíjate bien. ¡Eres tú, Victoria!

Aneris sintió un súbito ataque de pánico. Por pequeña que fuera la niña que aparecía en las fotos pudo reconocerse en prácticamente todas. Ella tenía un lunar en el muslo, el mismo que poseía aquella niña de mirada inocente que reía mientras la bañaban en un barreño de plástico. Un sudor frío empezó a perlarle la frente.

—¿Puede traerme agua, por favor? No me siento muy bien, me estoy mareando...

—Claro, ahora mismo te lo traigo, Victoria.

Aneris continuó pasando las páginas del álbum. Dio con una foto en la que salía ella en braguitas en un patio. Era un día muy soleado y sonreía mostrando sus primeros dientes. Tras ella había un mural de una sirena. Jenaro volvió al patio y le ofreció el vaso de agua.

—¿Mejor? —preguntó él cuando Aneris se lo tomó.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé... ¿Dónde es esto? —preguntó señalando la foto del mural.

—Esa es la casa donde naciste, Victoria. Tu madre estaba loca con los

libros y la pintura, y... un día pintó a Aneris en la pared del patio.

—A... ¿A Aneris? —preguntó señalándose a sí misma.

Jenaro negó con la cabeza.

—Aneris fue un personaje que Carmela se inventó. Escribió una novela sobre una sirena y no sé qué mierda más. Tu madre dedicaba demasiado tiempo a aquellas cosas y eso no estaba bien. Tenía que cuidar de ti y de la casa mientras yo me partía la espalda para traer un poco de dinero para que pudiésemos comer. Así que un día, cansado, le rompí todos los lienzos para que se centrara en sus obligaciones y, supongo que por venganza, pintó a Aneris en la pared. Quise taparlo, aquello en la pared del patio era un espanto, pero siempre que lo mirabas te reías y acabé dejándolo. Aún sigue allí.

—¿Dónde? —quiso saber ella.

—En una vieja casería a las afueras del pueblo. La vivienda está en ruinas, pero el dibujo aún se puede ver. Un domingo fui de caza por la zona y pasé por allí, y me acerqué a la casa. Allí seguía Aneris.

Aneris rompió a llorar de nuevo.

—¿Qué te pasa, Victoria? —preguntó Jenaro, preocupado.

—Pues que yo no esperaba encontrar nada de esto. Yo pensé que... que habías muerto. Y encima ahora resulta que no me llamo Aneris, que mi nombre real es Victoria.

—Toda la culpa la tuvo Carmela por lo que hizo. —La mirada de Jenaro se quedó suspendida en la nada. Parecía ido.

—Carmela... —repitió Aneris recordando las palabras de Dña. Asun.

—Sí, tu madre se llama Carmela Díaz López. No, Dolores, no sé qué... —aclaró él con desdén.

—Se llamaba... —recalcó Aneris—. Murió hace muchos años.

Jenaro sonrió.

—La vida le da a cada uno lo que se merece.

—¡No se atreva a hablar así de mi madre! —Aneris se levantó de la silla de un salto y, furiosa, miró a su padre—. ¡Dígame qué es lo que pasó de una vez!

—¡A tu padre no le levantes la voz, niña! —gritó a Aneris poniéndose en pie—. No merezco que se me trate así después de lo que tu madre me hizo. Bueno, ¿qué digo? ¡NOS HIZO!

Aneris realizó un esfuerzo titánico por serenarse y volvió a sentarse en la silla. Jenaro hizo lo propio.

—Carmela, bueno... Tu madre y yo nos enamoramos y nos fuimos a vivir a

esa casería que era de mis padres. No estábamos casados, ella no quería y yo tampoco podía obligarla, así que, cuando se quedó embarazada, te tuvimos y te criamos en casa. Nunca vi bien eso de que fuéramos padres sin estar casados. Estas cosas deben de seguir un orden.

Con cada palabra que Jenaro decía, más conseguía perfilar su personalidad machista y cruel. Hizo una pausa y se encendió un puro.

—Entonces —prosiguió—, mientras intentaba convencerla para que nos casáramos, te criaste allí. Eras tan feliz en el campo, Victoria... Hasta que un día, al regresar del trabajo, me encontré con que ninguna de vosotras estaba en casa. Faltaban varias maletas y vuestra ropa no estaba en los armarios. Se había largado y te había raptado. ¡Rompió nuestra familia, Victoria! Y ahora estás de vuelta. ¡Es un milagro! —Jenaro se acercó a Aneris y la besó en la mejilla. Ella no se movió ni un ápice.

—¿Y por qué crees que hizo tal cosa? —preguntó Aneris, aun sabiendo la respuesta. Entendió entonces por qué su padre decía que su madre nunca quiso hablar de su pasado.

—Porque la maldad existe, Victoria. Le di a tu madre la vida que cualquier mujer desearía tener. No la puse a trabajar para que pudiera ocuparse de ti y de la casa. No pagaba ni un duro por la casa en la que vivía, una casa en el campo en la que muchos hubiesen deseado vivir.

—Vaya, qué considerado... —espetó Aneris, irónica.

—¡Por supuesto! Faltaría más... Y ahora, dime, hija mía. ¿Dónde has estado todo este tiempo? Tienes acento gallego. ¿Has estado viviendo en el norte? ¿Cómo me has encontrado?

Aneris se pensó dos veces qué contarle a aquel hombre que, por mucho que resultara ser su padre biológico, por lo que a ella respectaba continuaría siendo solo eso: un hombre al que más valía tener lejos dadas las circunstancias.

—Sí. Viví en Galicia y decidí venir a conocer la tierra donde nací —se limitó a decir—. ¿Me queda más familia?

—No. Tus abuelos maternos murieron hace unos años y tu madre era hija única. Mis padres también murieron, pero de eso hace ya más años, y mi hermana también. Por mi parte solo te quedo yo, y Jasmina y Diego. ¿Te das cuenta, Victoria? ¡Has recuperado a tu familia! Ahora, de repente, tienes un padre y dos hermanitos y, Lourdes, es una chica muy atenta. Te tratará bien.

Aneris obvió todo lo que oyó relativo a la oportunidad que le parecía estar brindando Jenaro para que se quedara a vivir con ellos.

—Entonces... María Carmona Castro, ¿es mi tía? —preguntó con un hilo de voz.

—Deduzco por la expresión de tus ojos que ya sabes lo que le ocurrió.

Aneris asintió quedamente.

—¿Tienes una foto de ella? Me encantaría verla...

—¡Claro! Aquí hay algunas.

Jenaro pasó las páginas del álbum a toda velocidad hasta llegar casi al final. Parecía conocer todo su contenido a la perfección.

—Mira, aquí está tu tía cuando era joven. ¡Fíjate cómo os parecéis! Ambas heredasteis los ojos de papá.

Aneris tomó el álbum y se lo acercó al rostro. El parecido era tan asombroso que le pareció estar mirándose en un pequeño espejo.

—¡Dios mío! Somos prácticamente idénticas... —musitó.

—¿Quieres quedártela? Tengo más tuyas.

Ella asintió agradecida, sacando la foto del plástico.

—Muchas gracias.

Jenaro se quedó mirándola en silencio unos segundos.

—Victoria, no quiero volver a perderte. Quédate conmigo. Podemos recuperar el tiempo perdido. Arriba tenemos una habitación libre. Podría ser la tuya —dijo con los ojos anegados de lágrimas.

—Jenaro... —dijo Aneris poniéndose en pie.

—No, Victoria. No me llames Jenaro. Llámame papá.

—¡Jenaro! —recalcó Aneris—. Yo ya tuve un padre y si crees que voy a quedarme aquí después de ver lo que le has hecho a tu mujer en la cara, es que no estás en tu sano juicio. No me extraña que mi madre te abandonara. Nada le hacía más falta que alejarse de t...

Jenaro le descargó una limpia y sonora bofetada sobre la mejilla.

—¡No vuelvas a desafiarme, niña desagradecida! ¡Yo te di la vida!

Aneris se llevó la mano al rostro sintiendo cómo cada uno de los dedos de la mano de él tomaban relieve en su delicada piel. Cogió la foto de María y corrió fuera de la casa.

Jenaro intentó alcanzarla, pero cuando Aneris cruzó la puerta de entrada se detuvo. Jasmina continuaba jugando con sus muñecas, absorta en su mundo de princesa. Sintióse a salvo en la calle, bajo la mirada de los vecinos, volvió a plantarle cara a Jenaro.

—¡Pégame ahora! ¡Delante de tu hija, delante de todos! —chilló.

Jenaro no se atrevió a salir. Permaneció en el umbral de la puerta jadeando

de pura rabia.

—¡Eres un cobarde hijo de puta y lo sabes! Ni te imaginas cuánto me alegre de haberte conocido. Ahora sé lo valiente que fue mi madre. ¿Y sabes qué? ¡Eso me hace quererla más! Eres un ser repugnante y asqueroso que acabará solo.

—Juro por Dios que como vuelvas a...

—¿Qué harás? ¿Darme una paliza? Seguro que sí. Así funcionáis los que son como tú.

Jenaro dio un puñetazo contra la pared impotente. Jasmina alzó la vista, percatándose de que los nudillos de su padre sangraban.

—Papi, ¿te has hecho pupa?

—¡Ahora no, Jasmina! —le gritó.

Jasmina bajó la mirada y continuó jugando.

—¿Ves? —dijo Aneris—. Solo sabes golpear. Por eso no me buscaste cuando mi madre te abandonó. Tenías tanto que ocultarle a la Policía...

Jenaro vaciló un instante y dio un paso al frente, cruzando el umbral.

Aneris se apresuró a subirse en la bicicleta. Más le valía no seguir calentando a aquella bestia que estaba a punto de estallar.

—Adiós, Jenaro. No me busques, no te acerques a mí. Ahora mismo voy a dar parte a una amiga de todo lo que acaba de pasar. Si algo me sucediera, la Policía ya sabría a por quién ir. Más vale que asumas que tu hija Victoria sigue desaparecida.

Dicho esto, Aneris puso pies en polvorosa y se alejó del lugar a toda prisa.

Jenaro, en cambio, subió al piso de arriba y descargó toda su furia y frustración sobre Lourdes. Alguien tenía que pagar por ello.

4

Tenía la mirada perdida en algún punto del salón. Entre sus delicados dedos sostenía una copa de vino blanco bien fría que bebía a pequeños sorbos. Agnes se reclinó sobre el butacón y continuó en silencio mientras el tictac del reloj de pared se hacía eco en la sala.

Un ruido metálico la sacó de su ensimismamiento. Dirigió la mirada hacia la puerta de la entrada principal. Aneris acababa de llegar a casa.

—Buenas tardes, querida. ¿Alguna novedad? —preguntó sin ganas.

Observó cómo Aneris dejaba sus cosas en el perchero del recibidor y entró en el salón. Se plantó ante Agnes y se quedó en silencio. Parecía estar

completamente ida.

—¿Estás bien, querida? ¿Qué te ocurre? ¿Ha pasado algo? —preguntó Agnes alarmada e incorporándose.

—He conocido a mi padre —dijo con un hilo de voz.

—¿Qué? ¿Pero tu padre biológico no había muerto? —Agnes arrastró a Aneris hasta uno de los sofás. Ella se dejó llevar. Parecía estar en la inopia.

—Ojalá hubiera sido así, Agnes. Ojalá...

Aneris se tomó su tiempo para explicarle todo lo ocurrido aquella tarde en casa de Jenaro. Agnes no daba crédito a lo que oía. Era todo tan enrevesado que en varias ocasiones tuvo que pedirle que parara y que volviera a repetírselo. Mantuvo el tipo sin poner el grito en el cielo ni entrar en cólera, pues nada podía asquearle más que un hombre hubiera tratado así a una mujer y que, por si fuera poco, continuara con el mismo *modus operandi* con su actual pareja. Sin embargo, cuando Aneris le mencionó que era sobrina de María y le mostró la foto que Jenaro le había regalado, se desmoronó. Por primera vez, en veintitrés años, volvía a ver su rostro fuera de los sueños y los recuerdos.

—Ma... María... —gimió rota de dolor.

Aneris pasó un brazo por encima del hombro de Agnes. Esta temblaba de pies a cabeza con la boca desencajada. Las lágrimas le corrían por toda la cara, llegándole al cuello.

—Él me regaló la foto, pero está claro que quien debe quedársela eres tú, Agnes. Es asombroso lo mucho que me parezco a ella, ¿verdad?

Agnes asintió sin apartar la vista de la foto.

—Cuando salí de Peñeiras imaginé mil y una historias sobre cómo podría haber sido la vida de mi madre aquí. Pensé también que si encontraba a mi madre podría obtener información sobre la muerte de mi padre biológico, pero jamás hubiera imaginado todo esto. —Aneris balbuceó y derramó sendas lágrimas—. Agnes, te dejo a solas. Hoy no bajaré a cenar. Necesito digerir todo esto. Qué descansas, hasta mañana.

Besó su mojada mejilla y desapareció por las escaleras de mármol.

—María... —sollozó Agnes cuando se supo sola.

Acarició la foto con añoranza repetidas veces y luego se la llevó al pecho. Ahora todas las piezas del puzle encajaban. En ninguna inquilina había logrado encontrar a María. Algunas habían tenido un pequeño aire y ella se había esforzado en aceptarlas, pero siempre había acabado desistiendo, pues ninguna era lo suficientemente parecida a María. Pero ahora todo tenía

sentido.

Recordó el día en que conoció a Aneris y vio aquel destello tan particular en sus ojos, la forma que tenían estos y el color del iris eran casi idénticos a los de María. De hecho, cada día se sorprendía encontrándole gestos o muecas similares que le recordaban mucho a su difunta amada, pero jamás hubiera podido imaginar que todas aquellas similitudes se debiesen a que compartían sangre. Sabía que María tenía un hermano menor que ella, pero nunca hablaron mucho de sus familias. ¿Qué importancia tenía para ellas si ninguna de las partes iban a aceptar su relación?

Aneris era para ella. Le resultó increíble pensar en cómo sus dos vidas tan diferentes y lejanas habían acabado uniéndose por una sola persona. Recapacitó en que todo lo que le había ocurrido a Aneris había sido necesario para llegar a ella. Estaban destinadas a pasar el resto de sus vidas juntas. Aneris era una pequeña parte viva de María que le pertenecía. Nunca la dejaría escapar. Nada ni nadie podría separarlas. Tan solo la muerte.

5

—Estrellita... Estrelli-ta... ¿Dónd-e estás? En el... cielo o en el... mar...

Tenía la maldita canción en la cabeza. El ángel que se la cantaba en sueños no había parado en horas. Aunque ya no sabía si lo había soñado o es que estaba perdiendo la cabeza. La única certeza que tenía era que era de noche, que seguía sin poder moverse y que le quedaba poca agua.

Los portones de la fábrica se abrieron y por ellos entró un haz de luz. Era «la paleta» con la linterna.

—¿Alba? —preguntó Aneris enfocándole la cara—. ¿Estás despierta?

A pesar de los terribles dolores que sufría en la espalda consiguió llevarse la mano rápidamente a los ojos. Llevaba muchas horas a oscuras y sintió cómo la luz le quemaba las pupilas.

—¡A-aparta eso! ¿Es... es que q-quieres dejarme cie-ga también? —gritó con la voz ronca.

Aneris se le acercó con cautela y depositó una bolsa a su lado. De ella extrajo otra botella de agua y un bulto envuelto en papel de aluminio.

—Hoy te lo he hecho de queso —apuntó. Enfocó la botella de agua casi vacía y encontró a su lado los restos del envoltorio del otro bocadillo—. ¡Vaya! Veo que has comido. Eso es buena señal.

—Maldita psi-psicópata... —masculló Alba.

Aneris se mostró decepcionada.

—Veo que continuamos con el mismo talante. Así no llegaremos a un acuerdo.

—Ne-necesito ir a... a un hosp-pital...

Aneris se sentó a su lado.

—Lo sé, pero no voy a consentir que me vuelvan a arruinar la vida. Otra vez no. Así que...

—¿Qué? ¿Eh? Si v-vas a matar-me... hazlo de un-a vez...

—¡No quiero matarte!

—Si me d-dejas así m-me acabaré muriendo de todas for-mas...

Aneris meditó en silencio. Alba tenía razón.

—De to-das formas... —añadió—. Ya no... me import-ta morir. No quiero pasar-me el resto de mi vi-da en una silla de rued-das...

—Tal vez sea eso lo que te merezcas. Así aprenderás a ser un poquito más humilde y dejarás de mirar por encima del hombro a los demás —sentenció Aneris.

Alba rompió a llorar y Aneris, por primera vez desde que la conocía, pudo ver en su rostro algo de humanidad.

—Sácame de aquí... Perd-dóname...

Aneris lloró también.

—No te creo.

—Crée... me... Diré que f-fue un acciden-te.

Aneris negó con la cabeza mientras densas lágrimas le caían sobre las rodillas.

—No te creo —repitió—. Hace un momento me has llamado maldita psicópata.

Aneris se levantó, recogió los restos de la comida y la bebida del día anterior y los metió en la bolsa.

—¡No! No te vayas... —suplicó Alba.

Aneris, con cara compungida, le contestó:

—Siento todo esto, Alba. Créeme tú también. Mañana volveré y tomaremos una decisión. Esto debe terminar. —Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y abandonó la sala.

Alba supo en aquel mismo instante que le quedaba un día de vida. Lloró hasta quedarse dormida por el agotamiento.

X. La trampilla

Primera parte

1

Agnes abandonó su habitación antes del amanecer. Con Aneris en casa le resultaba más difícil ausentarse sin llamar la atención.

El silencio en la casa era sepulcral. Aneris estaría durmiendo en el ático como un tronco, pero para no correr ningún riesgo decidió echar un vistazo a través del espejo y cerciorarse de que así era. Subió descalza las escaleras hacia el ático para no hacer ruido y corrió la estantería con sumo cuidado.

Aneris yacía dormida en posición fetal y abrazada a un cojín. Agnes pudo ver cómo en dos ocasiones tembló frenéticamente. Tal vez estaba teniendo una pesadilla.

Acarició el cuerpo de Aneris tras el espejo como si a través de él pudiera calmarla.

—Tranquila, querida. Pronto dejarás de dormir sola y yo estaré ahí para espantar a tus fantasmas. Nunca más tendrás que temerle a nada.

Abandonó el cubículo y regresó a su habitación. Se vistió con ropa cómoda y se calzó unas zapatillas. Luego bajó a la cocina y cogió dos bolsas grandes que había escondido tras las conservas en uno de los armarios. Cargó con ellas y se dirigió al jardín trasero.

Fuera el aire era cálido y aún se podía captar el aroma a dama de noche. El cielo todavía era negro, pero no por mucho tiempo, ya que por el este empezaba a clarear.

Agnes cruzó el jardín con sigilo y la cabeza gacha. Pasó la pérgola de parra y el sauce hasta llegar a la puerta de hierro forjado que tanto interés había suscitado en Aneris los primeros días. Sacó su manojito de llaves y abrió el grueso candado. La puerta hizo un agudo chirrido, quebrando el silencio. Se maldijo a sí misma por ser tan descuidada. Llevaba tiempo diciéndose una y otra vez que tenía que engrasar las bisagras, pero siempre acababa posponiéndolo por dejadez.

—De mañana no pasa —se prometió a sí misma.

Caminó por el sendero de tierra cargada con las bolsas. Todavía estaba oscuro, pero podía distinguir perfectamente en la penumbra el camino de tierra abriéndose paso entre la hierba alta.

La arboleda de castaños estaba llena de vida nocturna. Los grillos y las lechuzas inundaban el lugar con sus cantos y algún que otro gato callejero intentaba buscarse el desayuno entre los matorrales. Las ramas de los castaños ululaban en el aire y un gorrión ya se había atrevido a piar desde su nido. La única que parecía dormir era la vieja aceitera. Agnes aguzó el oído y pudo oír sus latidos. Al margen de lo que pudiera pensar la gente, la fábrica seguía viva.

Continuó caminando por el sendero, dejando a un lado la fábrica. Pronto dio con el cuadrado de ladrillo visto. Pasó la mano por la superficie de la trampa buscando el candado. Cuando dio con él lo agarró con la mano, sintiéndolo aún caliente por el sol del día. Cogió el manajo de llaves y tanteó a oscuras buscando la más gruesa y cuadrada. Las conocía a la perfección, tan solo al tacto era capaz de identificarlas.

Abrió el candado y tiró de la trampa pesadamente. Cuando la mandó construir tendría que haber pedido algún material más liviano. Cada vez que retiraba la pesada tapa, terminaba con dolor de espalda durante varios días. Del interior emergió un aire cargado de polvo y humedad. Agnes introdujo la mano en el interior y pulsó el interruptor.

La luz le descubrió la estrecha escalera de caracol. Se cargó las bolsas y empezó a bajar los peldaños a medida que volvía a correr la tapa de la trampa. Corrió un pestillo que cerraba la entrada desde el interior y bajó los escalones con cuidado de no tropezar.

Llegó a lo que había sido el antiguo almacén de la aceitera. Aún quedaban dos gigantes bidones corroídos. Agnes sabía que aquello servía de hogar para los ratones, pero ya no era posible retirarlos. Tan solo cabía esperar a que el óxido se los comiera con el tiempo, quizás acabarían desapareciendo por sí solos.

Cruzó el húmedo almacén y subió las escaleras que conducían hasta la segunda planta de la fábrica, el único lugar al que solo ella tenía acceso. Le faltaba el aliento, la falta de ejercicio y la menopausia le provocaban un dolor punzante en las rodillas y la parte izquierda de la cadera. Se preguntó qué pasaría el día en que ya no pudiera subir aquellos escalones. Todo estaría perdido.

Cuando llegó al rellano soltó las bolsas bruscamente sobre el suelo de cemento y llamó a la puerta con los nudillos. No estaba pidiendo permiso para entrar, solo avisando de que ya había llegado. Giró el pomo y entró a la habitación.

—Hola, cariño. Siento venir a verte a estas horas, pero ya sabes que cuando tengo a una inquilina en casa tengo que extremar las precauciones —se disculpó.

—Mamá, estaba durmiendo... —contestó Estrella desde la cama.

—Lo sé, hija. Y te he dicho que lo siento. Cuando me vaya podrás descansar. —Agnes se sentó al borde de la cama y le acarició las piernas—. Bueno, y dime, ¿qué has hecho durante estas dos semanas?

—Pues nada especial. Lo de siempre... —Estrella se levantó de la cama y besó a su madre en la frente—. ¿Has traído comida? Me queda poca cosa.

—¡Pues claro, cariño! ¿Pensabas que te iba a dejar morir de hambre? Te he traído de todo. He dejado las bolsas en el rellano. Ven, ayúdame con ellas.

Estrella se desperezó y siguió a su madre hasta el descansillo. Cargó con las bolsas, las colocó sobre la mesa y comenzó a sacar el contenido. Agnes abrió la despensa y, procediendo en cadena, depositaron la comida en un santiamén.

—Bien, aquí tienes suficiente comida para dos semanas más —concluyó Agnes, satisfecha al contemplar la alacena rebosante de latas de conserva y paquetes de pasta y arroz.

Estrella, compungida, miró a su madre.

—¿Y para tres? ¿O un mes entero? ¿Para cuánto tiempo me quedarían víveres si murieras?

—Hija, eso no va a pasar. Puedes estar tranquila. —Agnes se sentó a la mesa e invitó a Estrella a que hiciera lo propio.

Estrella negó con la cabeza.

—¡No puedo estarlo, mamá! No desde que te vi a punto de saltar por el balcón. ¡Ibas a suicidarte, mamá! ¿Qué sería de mí entonces? —Estrella se llevó a un puño a la boca y lo mordió para ahogar el llanto—. Querías abandonarme.

Agnes le arrebató el puño de la boca y lo besó con ternura.

—Cariño, ya hablamos de aquello en mi última visita. Ya te expliqué que mamá estaba muy deprimida. Pero mamá es muy feliz ahora, mamá está bien y nunca te abandonará...

—Te detuviste porque te grité. Si no hubiera salido a tomar el aire, no te habría visto y ahora... —Estrella se echó a llorar.

Agnes arrimó su silla a la suya y la atrajo hacia sí. La acunó sobre su seno y la meció mientras le mesaba la larga melena.

—Estrelliiiiita, Estrelliiiiita... ¿Dónde estás? ¿En el cieeeeeelo o en el

maaaaar...?

Estrella cerró los ojos con una sonrisa y se dejó llevar por el vaivén.

—Eso no vale, mamá. Sabes que adoro esa canción —susurró, complacida.

—Pues claro que sí, mi pequeña. Siempre has sido mi bella Estrellita y siempre lo serás...

Ambas permanecieron así un largo rato mientras Agnes continuaba con su canción de cuna. Cuando comprobó que su hija volvía a serenarse la soltó.

—Vamos, cuéntame cariño. ¿Qué has hecho en estos días? ¿Terminaste los libros que te traje? —Agnes se dirigió a la estantería y paseó la mirada por los lomos—. Estos ya los has leído, ¿verdad? Me los llevaré.

—Sí, esos ya puedes llevártelos, pero de los que trajiste solo he leído uno.

—¿Solo uno? ¿Con todo el tiempo libre que tienes? ¿Qué has estado haciendo entonces? —se sorprendió Agnes.

Estrella se encogió de hombros.

—He escrito algunas poesías. He salido a estirar las piernas a la sala. Y, bueno... he leído el libro.

Agnes se cruzó de brazos.

—Te he dicho mil veces que no te acostumbres a salir a la sala. Hazlo siempre de noche. Allí hay ventanas y pueden verte —le recriminó.

—Lo sé, y tengo cuidado. Pero hay días en que estas paredes se me caen encima. Además, desde que cercaste el solar ya no viene nadie.

Agnes asintió.

—Tienes razón, cariño. Mereces tener tu zona de esparcimiento ahora que estamos fuera de peligro... —Agnes se dirigió al escritorio de Estrella y empezó a trastear los cajones—. ¡Vamos, enséñame lo que has escrito! Me muero de ganas por leerlo.

Cuando Estrella vio que su madre abría uno de los cajones donde guardaba sus dibujos, se abalanzó sobre el escritorio y lo cerró con brusquedad. Agnes la miró con dureza.

—¿Qué escondes ahí? —preguntó.

—Nada...

—¿Nada? ¿Cómo alguien que no esconde nada reacciona de esa manera? —Agnes agarró la mano de su hija y la apartó.

Estrella retrocedió y se sentó en la cama. No tenía nada que hacer contra su madre. Cerró los ojos y esperó a que le llegara el chaparrón.

—Veamos... —Agnes sacó un montón de folios y los colocó sobre la mesa

—. Ven aquí, Estrella.

Ella obedeció y se sentó a su lado.

—¿Has estado dibujando? Hace mucho tiempo que no lo hacías. ¿Por qué querías ocultármelo? —preguntó Agnes admirando una de las láminas. En ella se veía su casa desde la perspectiva de la fábrica.

Estrella no contestó. Agnes continuó pasando las páginas en las que se veían ilustraciones a lápiz sobre algunos puntos de la fábrica; nada importante. Estrella miraba hacia otro lado temiendo la reacción de su madre cuando diera con los dibujos que tendría que haber escondido a conciencia.

—¡Estrella! ¿Qué es esto? —chilló Agnes. Tiró del mentón de su hija y le obligó a mirar la hoja—. ¡Explícame qué demonios es esto!

En el folio había dibujado el rostro de una chica de ojos grandes y bellos. Estrella había pintado la larga melena hasta donde el papel le había permitirlo.

—¿Cuándo la has visto?! —exigió Agnes.

—¿A quién? —respondió Estrella.

—¡Ni se te ocurra hacerte la tonta conmigo!

—Es solo una chica, mamá —lloriqueó ella.

—Claro... Es solo una chica con las mismas características de mi nueva inquilina y de la de cuyo físico nunca te he hablado. —Agnes propinó una bofetada a su hija, girándole la cara—. Y ahora dime. ¿Dónde la has visto?

Estrella se frotó la mejilla castigada.

—Siempre has dicho que buscas a inquilinas guapas y de ojos grandes y azules.

—Claro, y todas tienen una cicatriz en la cara que les cruza el pómulo. —Agnes cerró los ojos y resopló, armándose de paciencia—. Estrella, es la última vez que te lo pregunto: ¿Dónde la has visto?!

—En la fábrica, mamá —sentenció, rendida.

Agnes la miró incrédula.

—¿Cómo en la fábrica? ¿Aquí? —preguntó histérica señalando la habitación—. ¿Has estado con ella? ¿Has salido de aquí?

—No. La he visto desde la sala, tras una de las ventanas. Entra por un agujero que hay en la verja. Siempre se queda en la sala de abajo.

—¡Mierda! —espetó Agnes—. ¿Cómo que entra? ¿Ha estado aquí más de una vez? ¿Sabe que vives aquí arriba?

—No, mamá. Ella no sabe nada de mí. —Estrella se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano—. Se cree que soy «el fantasma de la Ruda».

—Maldita leyenda urbana... Debí cerrar este solar desde el primer día, corrimos muchos riesgos. ¡Malditos niños con su botellón y su insana fascinación por emborracharse en sitios abandonados!

Estrella permaneció en silencio mientras Agnes pasaba las páginas. En ellas había otros retratos de Aneris rodeada de corazones y frases románticas.

—¡Ah, espera! ¡Que encima estás enamorada de ella!

—Bueno, ¿y eso qué importa, mamá? Ambas sabemos lo que hay —se lamentó.

—Desde luego, porque Aneris es para mamá. ¿Entendido?

—¿Aneris? —Estrella enarcó una ceja extrañada—. ¿No se llama Sirena? Él siempre la llama así.

—¿¿Él?? —Agnes sentía cómo todo su castillo de arena se desmoronaba grano a grano—. ¿Es que no ha venido aquí sola?

Estrella se tapó la boca con las manos. Su terrible descuido podía salirle muy caro.

Ante el silencio de su hija, Agnes pegó un manotazo sobre la mesa.

—Ha venido con Javier, ¿verdad? El mecánico de mierda... ¡Contesta!

—Han venido juntos alguna vez, mamá, pero no han hecho nada malo. Una vez les grité para asustarles y huyeron. Dio resultado. Ya no han vuelto por aquí, tranquila... —mintió.

—¡Eso! ¡Tú sigue alimentando la estúpida leyenda con tus grititos de mierda!

Agnes se levantó y abrió la puerta que daba a la gran sala principal de la segunda planta de la aceitera donde antes habían estado las oficinas. Se dirigió a una de las ventanas y se asomó con sigilo. Estrella la siguió cabizbaja.

—Es por allí por donde han estado entrando, ¿no? —preguntó Agnes señalando el poste inclinado de la cerca.

—Sí —contestó Estrella tras ella.

Agnes reflexionó unos minutos en silencio.

—Debo irme. Está amaneciendo.

—¿Cuándo volverás, mamá?

Agnes se giró y miró a su hija con dureza.

—Cuando se me pase el enfado. Pero tranquila, que no dejaré que mueras de hambre.

Alguien llamó al timbre a las once de la mañana. Teresa contestó al telefonillo y pidió que aguardara unos segundos. Salió al jardín donde Agnes y Aneris tomaban té helado bajo la pérgola de parra.

—Señora, hay un chico en la puerta preguntando por Aneris. ¿Le digo que pase?

Aneris miró el gesto de desaprobación de Agnes.

—Tranquila, Agnes. Ya voy yo. Tal vez se haya escapado del trabajo para venir a verme. Si ves que tardo es que he salido a dar una vuelta con él. En ese caso, volveré para la hora de comer —declaró Aneris, levantándose del sillón de ratán.

—Tranquila, querida. Nadie te obliga a estar aquí —aseveró Agnes con hostilidad.

—Lo sé, Agnes. Lo sé... —dijo Aneris, inquieta. No sabía a qué venía aquel cambio de tono en su voz cuando habían estado charlando tan ricamente toda la mañana—. Hasta luego, Agnes. Adiós, Teresa.

Ambas señoras inclinaron levemente la cabeza a modo de despedida.

Cuando Aneris abandonó la pérgola y cruzó el jardín, Agnes le preguntó a su asistenta:

—Teresa, ¿ha empezado a hacer la comida?

—No, señora. Ahora mismo iba a ello —respondió servicial.

—No lo haga. Le doy el día libre.

Teresa creyó no entenderla.

—¿Cómo dice?

—Pues que le doy el día libre. Váyase a casa a descansar. Hoy me apetece estar sola. Ya haré yo la comida, no se preocupe.

En el rostro de Teresa se dibujó una sonrisa de gratitud.

—Gracias, señora. Se lo agradezco mucho.

Aneris salió de casa y se encontró a Javier esperando tras la puerta de hierro forjado.

—¡Javier! —exclamó ella saltando sobre sus brazos—. ¿Qué haces aquí? Iba a ir a verte al taller un poco más tarde.

—Mi padre me ha dado el día libre. Como ayer estuve todo el día a cargo del taller yo solo... Tenemos el día entero para nosotros. ¿Te apetece hacer algo en especial? Te llevaré donde quieras, Sirena —dijo él regalándole un tierno beso en los labios.

Ella le miró a los ojos muy seria.

—Pues sí, sí que me apetece. Quiero ir a un lugar muy especial. Espero

que puedas decirme dónde está.

—Si es aquí en Mollina, seguro que lo sé. Y dime, ¿qué sitio es ese?

Aneris le explicó a Javier todo lo que había descubierto sobre su pasado mientras caminaban por la carretera de La Arenca. Javier se sintió indignado y furioso. En varias ocasiones le pidió a Aneris si podía darle a aquel desalmado de Jenaro un pequeño «susto», ya que ella había tomado la decisión de no hacer nada al respecto.

—¡Ni se te ocurra! —le había rogado ella.

El calor caía sin piedad sobre ellos y, cuando dejaron atrás las casas que con sus balcones, les arrojaban algo de sombra, Aneris le preguntó a Javier entre jadeos:

—¿Queda mucho? Esto... Esto es insoportable.

—Si es lo que yo creo que es no falta mucho, pero si lo prefieres podemos venir otro día que no haga tanto calor. Aún estamos a tiempo de darnos la vuelta —indicó Javier con la camiseta empapada por el sudor—. Ahora la carretera continúa campo a través y el calor va a pegar más fuerte.

Aneris vaciló unos segundos.

—No —sentenció parándose en seco para tomar aliento—. Necesito verlo con mis propios ojos y, sabiendo que no andamos muy lejos, prefiero seguir.

—Lo comprendo —dijo Javier. Tiró de ella con fuerza—. ¡Venga! Que si te paras es peor.

La carretera se estrechó y tuvieron que caminar por el lado izquierdo y en fila india. Los coches que pasaban por allí circulaban a gran velocidad y Javier obligó a Aneris a ponerse tras él. Si los iban a atropellar, él prefería ser el primero.

Anduvieron unos doscientos metros, que a Aneris se le antojaron eternos. Estaban rodeados de olivares y el camino era pesado y monótono.

—¿No decías que estábamos cerca? —preguntó Aneris impaciente, a la par que exhausta.

—¡Y lo estamos! ¿Ves ese camino que tuerce a la izquierda? Ahí enfrente, entre los olivos —señaló Javier a escasos metros de ellos.

Aneris asomó la cabeza por encima de su hombro y vio cómo un camino de tierra se abría paso entre los olivos en el lado izquierdo de la calzada un poco más allá.

—Ajá.

—Pues ese es el único camino que conozco que nos puede llevar al lugar que dices. El resto conducen a cortijos y otras fincas privadas —aclaró.

—Bueno, pues probemos.

El camino era pedregoso y seco, aunque muy amplio. En él se veían profundas huellas de tractores. Aneris se adelantó unos pasos y cogió de la mano a Javier, estaba muy nerviosa. Tras el canto de las chicharras, Aneris detectó un ruidito agudo y zigzagueante.

—¿Qué es eso? ¿Lo oyes?

Javier señaló al pie de los olivos. Una manguera negra los unía entre ellos y unas burbujitas emergían de ella por cada árbol.

—Es el sistema de riego, Sirena. ¿Qué creías que era? Te veo muy susceptible —observó él.

—Sí, es que estoy muy nerviosa. Quiero llegar ya.

Javier alzó la vista al final del camino. Tuvo que hacerse visera con la mano para ver con claridad.

—Pues corre. Allí lo tienes. No me equivocaba —exclamó en tono triunfal.

Aneris aguzó la vista al final del sendero para ver que, como le había dicho Javier, no se había equivocado. Unos muros derruidos de barro y ladrillo se alzaban, solitarios, devorados por la hierba salvaje. Aneris soltó la mano de Javier y corrió despavorida hacia ellos.

—¡Ten cuidado, Sirena! ¡Mira por dónde pisas!

Como ya le había informado Jenaro, la casa donde ella nació se encontraba en un estado de ruina total. A medida que avanzaban, eran más evidentes los destrozos que el tiempo y el abandono habían causado en la vivienda. Los marcos de las puertas y las ventanas habían desaparecido y el techo se había reducido a unas cuantas vigas secas y astilladas.

Javier alcanzó a Aneris, que se hallaba impertérrita ante la que había sido su casa.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó.

—No lo sé —contestó ella—. Por una parte, estoy contenta de haber llegado al lugar donde empezó mi vida, pero por otro lado me apena imaginarme a mi madre aquí aislada y maltratada por ese individuo que ahora resulta ser mi verdadero padre.

—Ese no es tu padre, Aneris. Tu padre era Bernard, el hombre que te adoptó y te cuidó. El que te dio un hogar y una vida digna. El que os trató a ti y a tu madre como merecíais. El que te quiso hasta su último aliento.

—Javier, entremos, busquemos el mural y salgamos de aquí. Quiero cerrar este capítulo de mi vida de una vez por todas —dictaminó sin añadir nada más.

Él se encogió de hombros y la siguió. Rodearon la casa buscando una puerta por la que entrar y, cuando dieron con ella, se adentraron en el interior de la vivienda.

El suelo estaba lleno de cascotes y había pilas de escombros aquí y allá. No había muebles ni nada que sugiriese que allí había vivido una familia. Tal vez ellos fueron los últimos en habitar la casa.

—Tiene que haber un patio interior —indicó Aneris.

—Puede que sea aquello. —Javier apuntó a una puerta al final de la estancia donde la hierba había crecido con más abundancia—. Pero déjame que vaya yo primero y pisa por donde lo haga yo, ¿de acuerdo?

Aneris asintió conforme y se hizo a un lado, cediéndole el primer puesto a Javier.

El patio interior era pequeño, aproximadamente del tamaño de la primera sala que pisaron, y aún quedaba algo de pintura blanca en las paredes. Allí las zarzas y las malas hierbas habían crecido a su libre albedrío. Cuando Javier vio el estado en el que estaba el patio negó con la cabeza.

—Sirena, no te adentes mucho. Esto debe de estar infestado de culebras —dijo quedándose en el umbral de la puerta—. Yo ahí no entro.

Aneris hizo caso omiso a sus palabras y continuó penetrando en la pequeña selva. Se dirigió a una de las paredes y comenzó a apartar la hierba de ella, buscando los restos del mural.

—Sirena...

—¡Déjame, *carallo!* No pienso irme de aquí hasta que encuentre el dibujo de mi madre.

Javier alzó las palmas de las manos en señal de rendición.

—¡Tú misma!

Aneris detectó en la pared unas manchas oscuras que se perdían bajo la hierba. Las apartó y las tronchó frenéticamente con el único fin de destapar el muro. Poco le importaban las espinas de las zarzas que le estaban rasgando las palmas de las manos.

—¡Sirena! ¡No te muevas! —gritó Javier de repente.

—¡Lo he encontrado, Javier! Aquí está la sirena. Aquí está Aneris... —Las lágrimas le saltaron de la emoción. Hacía mucho tiempo que no lloraba de alegría.

La cara de la sirena había desaparecido por completo, al igual que los brazos, pero la forma de la melena y la cola se conservaban bastante bien. El mural había sido pintado en tonos verdes y azules. A Aneris le pareció todo un

acierto... Destapó la maleza hasta prácticamente su base y, bajo la cola de pez, pudo ver el nombre de Carmela escrito en letra cursiva y en azul.

—Mamá... —sollozó Aneris, pasando la mano por la firma. Nunca antes la había sentido tan cerca.

—¡Sirena! ¡Sal de ahí! Ven aquí poco a poco —ordenó Javier con cierto temor en la voz.

Aneris, molesta, se giró.

—¡Puedes irte si quieres! —le sugirió ella—. No sabía que pudieses ser tan pesado. Si tú conocieras los sitios por donde yo me metía en Peñeirás... Aquellas rocas eran infinitamente más peligrosas que esto y...

Un zumbido surgió sobre su cabeza. Llevaba rato oyéndolo, pero no le había dado importancia. Miró a Javier y vio cómo sus ojos negros se abrían de temor.

—Sirena... —dijo intentando mantener la calma—. Tienes un panal gigante de avispa encima.

Aneris alzó la mirada y se topó con una gran colmena ovalada de barro. Las avispas la habían construido en el ángulo que formaban la pared y una de las vigas y parecían estar bastante cabreadas por su presencia.

—¡Dios mío! —dijo con un hilo de voz.

—Sirena, no hagas movimientos bruscos. Ven hacia aquí lentamente y salgamos corriendo.

Aneris comenzó a retroceder con dificultad. Sentía las piernas paralizadas por el miedo y la hierba le dificultaba el paso. No era capaz de darse la vuelta para huir. Sentía que si veía el panal podría controlar mejor la situación. A sus espaldas, la voz de Javier continuaba alentándola.

Notó que algo le pellizcaba el antebrazo con fiereza. Luego volvió a sentirlo en el muslo. Se miró las piernas y vio varias avispas revoloteando alrededor de su piel, como si estuvieran decidiendo dónde clavar el aguijón. Sobre su cabeza se había comenzado a formar una pequeña nube con unas cuantas más. Aquellos insectos estaban dispuestos a defender su casa de la mejor manera que sabían.

Aneris chilló ante el inminente escozor que apreció tras el aguijonazo. Javier corrió hacia el interior del patio, dando grandes zancadas, y tiró de ella con fuerza.

—¡Corre! —gritó.

Aneris reaccionó y corrió tras Javier. Sintió cómo las avispas empezaron a ensañarse con ella, al menos, en dos partes distintas de la misma pierna.

Atravesaron la vivienda sin los miramientos ni las precauciones que habían tenido al entrar y, cuando se vieron y se supieron a salvo, se detuvieron para recobrar el aliento.

—¿Estás bien, Sirena? ¿Cuántas te han picado?

—No lo sé... Al menos unas seis, creo... —gimió, escrutándose las piernas con la mirada.

—Vayamos a mi casa. Allí tengo una cosa que neutraliza las picaduras. Duele un poco cuando te lo pones, pero es muy efectivo.

Aneris asintió y abandonaron el lugar.

Entraron a casa de Javier por una pequeña puerta situada junto al taller, tanto la vivienda como el negocio, que se hallaban en el mismo inmueble.

Él la llevó al salón. Aneris observó lo simple y humilde que era su casa. Los muebles eran antiguos y de pino que, con el largo paso de los años, habían adquirido un tono dorado muy poco favorecedor. No había ningún objeto decorativo para dar color al lugar, tan solo un retal de puntilla reposaba sobre el televisor. Aquello no era un hogar, sino un lugar de paso de dos hombres que iban y venían todo el día de trabajar, y que habían perdido a la mujer de sus vidas.

—Lo sé, mi casa es una mierda... —apuntó Javier.

—No, no lo es. Es solo que le falta un poco de color. Si quieres yo puedo ayudarte a darle un toque más animado. Siempre se me ha dado bien la decoración.

—Eso sería fantástico, Sirena. Mi madre era la que se encargaba de esas cosas y nosotros somos un auténtico desastre.

—Lo siento, Javier.

—No pasa nada. Vamos, siéntate y veamos qué te han hecho esas «bichas».

Aneris se sentó en el sofá y se remangó los pantalones cortos hasta las ingles. Tenía las piernas salpicadas de rasguños por las espinas de las zarzas.

—Estás loca, Sirena —le regañó Javier.

—También me he cortado en las manos —dijo mostrándole las palmas.

—Espera aquí, que traeré agua oxigenada y lo de las picaduras.

Aneris observó conmovida cómo Javier se alejaba por un oscuro pasillo. ¡Cómo cuidaba de ella! Añoraba tanto esa sensación... Lo escuchó abrir un grifo y trastear en un armarito metálico. Luego volvió a aparecer por el umbral de la puerta. Se acercó a la mesa y vertió sobre unas gasas un líquido transparente.

—No había agua oxigenada en el botiquín del baño, la habremos gastado.

Nos destrozamos las manos continuamente en el taller y solo nos queda alcohol. —Javier se le acercó con la gasa empapada y se arrodilló ante ella—. Lo siento, Sirena. Esto te va a escocer un poquito.

Aneris le ofreció las palmas de las manos, cerró los ojos y esperó a que llegara el dolor.

—¡Venga, vamos! —le ordenó.

Javier le pasó la gasa por ambas manos y Aneris se mordió el labio inferior para ahogar la intensa quemazón que le penetraba entre la carne abierta. Resopló varias veces esperando a que el escozor remitiera.

—Venga, Sirena. Ahora un poquito más en las piernas y ya habrá pasado lo peor.

Ella no le contestó y le dejó hacer. La mano de Javier paseaba la gasa arriba y abajo con suaves frotos mientras le soplaba los rasguños. Aneris sintió que, no solo la estaba curando, sino que también la acariciaba. Abrió los ojos y lo vio embelesado mirando sus largas y blancas piernas. Pudo sentir cómo la deseaba con voracidad.

—Te quiero, Javier —se limitó a decir ella.

Las palabras lo sacaron de su ensimismamiento. Parpadeó varias veces, como si acabara de salir de un intenso estado de trance.

—Y yo a... ti, Sirena.

Aneris rio con picardía.

—Bueno... —Javier, atontado, se incorporó. Se dio unos toquecitos en la cabeza para volver en sí y cogió una especie de bolígrafo de la mesa. Le quitó el tapón y se lo mostró a Aneris—. Búscate las picaduras, que te aplicaré amoníaco con esto. Te calmará el dolor y te bajará la inflamación.

Ella arrugó la nariz ante el fuerte olor que desprendía aquel palito.

—Lo sé. ¡Huele fatal! —rio Javier.

Aneris le fue indicando los lugares donde sabía o creía que podía tener las picaduras mientras Javier le aplicaba el amoníaco. Al final resultaron ser diez picaduras en total, aunque dos de ellas habían quedado más bien en un intento.

—¿No te duelen? —le preguntó Javier observando las rojeces.

—Sí —asintió ella—, pero nada comparado con las picaduras de medusas. He sufrido decenas de ellas.

—¡Puaj! ¡Qué asco!

Aneris lo miró contrariada.

—¡De eso nada, Javier! Son preciosas, como todos los seres que habitan

en el mar. Es una pena que no lo sepas apre...

La puerta principal se abrió y volvió a cerrarse de un portazo.

—¡Hola, hijo! ¿Estás en casa?

Aneris, boquiabierta, miró a Javier.

—¿Tu padre no estaba trabajando en el taller? —le susurró, apurada.

Javier se encogió de hombros.

—Tal vez haya terminado antes. ¡Papá! ¡Estoy en el salón! ¡Está aquí... mi novia!

—¿Le has dicho que somos novios? Te voy a matar... —le recriminó ella en el mismo tono.

El padre de Javier, sonriente, se asomó por el salón. Primero entró su barriga; luego él.

—¡Qué alegría, niña! ¡Tenía muchas ganas de conocerte! El niño me ha *hablao* muy bien de ti.

El hombre sujetó a Aneris de los hombros y la besó en las mejillas.

—Yo soy Julián, niña —se presentó.

—Yo Aneris. Bueno, aunque supongo que ya lo sabrá... —Sintió cómo se le sonrojaban las mejillas. Nunca se había enfrentado a una situación similar. En la cara del hombre reconoció los ojos y la sonrisa de Javier.

—¿Has visto que guapa es «mi Sirena», papá? —preguntó Javier con el pecho hinchado de orgullo.

—¡Digo! ¡Una hermosura! —asintió Julián—. Y dime, niña. ¿Te vas a quedar a comer? De aquí no te escapas, que estaba deseando conocerte.

Aneris, incómoda, miró a Javier. No quería quedarse, sentía demasiada vergüenza como para sentarse a comer con el padre, pero a él le pareció una idea estupenda. Dio un saltito de alegría y afirmó con entusiasmo:

—¡Claro que se queda!

Aneris tuvo que llamar a casa para avisar a Agnes de que no iría a comer a casa. Esta no puso ninguna objeción. Contestó con un simple y seco: «De acuerdo» y colgó.

Javier se había ido a buscar un pollo asado al supermercado para comer y Aneris se vio sola en casa con Julián. Ambos se hallaban sentados en la mesa y en silencio. Aneris se frotaba las manos, inquieta, y con la mirada clavada en ellas. Julián pudo percibir su nerviosismo y decidió darle algo de conversación.

—Así que las avispas te han puesto fina, chiquilla.

Ella asintió con una risilla nerviosa.

—Sí, se han dado un buen banquete, pero ahí estaba tu hijo para socorrerme.

Julián sonrió afablemente.

—Pues sí. Está loquito por ti, niña. Desde que está contigo le brillan los ojos y me rinde mejor en el taller—. El hombre estalló en sonoras carcajadas y Aneris no pudo evitar hacer lo mismo.

Julián se interesó por su vida en La Coruña y la acosó a preguntas referentes al mar. Le hizo saber que su sueño frustrado había sido vivir junto al océano para poder comprarse un barquito, pero el negocio familiar es el que había dirigido su destino, condenándolo a vivir en el interior lejos de la costa.

—Tal vez cuando me jubile y le deje el taller a este lo haga... —dijo refiriéndose a Javier.

Aneris notó que la tensión que había sentido al principio se había reducido de manera considerable. Julián era un hombre campechano y cercano. Sintió la necesidad de darle otro rumbo a la conversación ahora que se sentía más confiada.

—Entonces, ¿cómo fue la batida ayer? ¿Encontrasteis algo de utilidad para la investigación?

Julián se rascó la panza y negó con la cabeza.

—¿Qué va! —masculló—. Nada de nada. Yo creo que esa chiquilla se ha *largao* de casa. Ayer corría el rumor de que la habían visto deambulando por Marbella, pero ¿sabes que creo yo?

—No —respondió Aneris disimulando su intranquilidad.

—Que a esa niña se la han llevado o que le han dado un *porraso* y la han *tirao* por ahí.

—Y... ¿En qué se basa para pensar algo así?

—¿Es que no ves la noticias? Estas cosas casi siempre acaban así. *Pobresilla*.

—Bueno, seamos positivos. —Se limitó a decir Aneris.

Javier entró en aquel mismo instante con varias bolsas y visiblemente acalorado.

—He traído tinto para beber... —resopló dejando las bolsas sobre la mesa.

—¿Ese es mi niño! Cómo sabe lo que le gusta a su padre, ¿eh? —Julián le premió con repetidas palmaditas en la espalda—. Voy a buscar unos vasos. ¿Tú también quieres un vasito de tinto de verano, Aneris? Es vino con gaseosa

y hielo. ¡Muy fresquito!

—No, no. Gracias, Julián. Tomaré solo gaseosa.

—Yo sí que quiero, papá. ¡Y no te cortes con el hielo! Hoy hace un calor que no se puede aguantar.

Javier abrió las bolsas y sacó la bebida y el pollo en su bandeja de aluminio. Se dirigió a un aparador y sacó los platos y los cubiertos.

Aneris se puso en pie para ayudarle, pero Javier la obligó a sentarse de nuevo.

—Tú ahí quieta, que eres nuestra invitada.

Ella le respondió con una sonrisa y esperó con ansia su vaso de gaseosa. Aún no había bebido nada desde el té helado de Agnes.

—¡Venga! ¡Vamos! —apremió Julián volviendo de la cocina. Llevaba tres vasos de tubo de cristal abarrotados de cubitos de hielo. Los puso sobre la mesa y abrió la botella de tinto.

Javier abrió la gaseosa y esta expulsó todo el gas de golpe, vertiendo parte de su contenido sobre Aneris.

—¡Sirena! ¡Lo siento! —se disculpó, abrumado. La camiseta de Aneris empezó a absorber el líquido espumoso, tornándola, translúcida.

—¡Va! No te preocupes. Con el calor que hace no me molesta —dijo quitándole importancia al incidente. Se pasó varias servilletas por los brazos y, cuando fue a escurrirse la camiseta, se percató de que se le transparentaba, dejando a la vista su ropa interior. —¡Vaya!—. Exclamó, tapándose el pecho.

Javier, travieso, le guiñó un ojo. Julián, en cambio, se giró en redondo para respetar la intimidad de la novia de su hijo.

—Ponte una camiseta mía —le sugirió Javier—. Te quedará un poco grande, pero... ¿ves el pasillo? Pues mi habitación es la última, a la derecha. Abre el armario y ponte lo que quieras.

Aneris, sofocada, abandonó el salón, aún con las manos cubriéndose el sujetador.

La habitación de Javier era tan sencilla como el resto de la casa. Tan solo había un despertador y una lamparita en la mesita de noche junto a la cama. Aneris se tomó la libertad de acercarse a ella para coger la almohada para aplastarla contra su rostro. Aspiró con fuerza y encontró el aroma de Javier, aquel que la hacía sentir tan segura y cómoda.

Dejó la almohada y miró a su alrededor. Allí solo había una silla con un montón de ropa apilada y revuelta y el armario. Se acercó a este y asió los tiradores. El armario se abrió de par en par, como una mariposa que acaba de

salir de la crisálida por primera vez. Del interior de una de las puertas colgaba un espejo. La otra, en cambio, estaba forrada con fotografías. Aneris se colocó el pelo tras las orejas y se acercó para verlas con detenimiento.

—No puede ser... —dijo al borde del llanto.

Todas las fotografías eran de Alba. Muchas de ellas habían sido tomadas por la escuela y el instituto en excursiones donde aparecían más compañeros de clase. En otras, en cambio, se la veía a ella sola y desprevenida. En ninguna de ellas miraba al objetivo de la cámara. La persona que las había sacado lo había hecho sin su consentimiento.

Los pasos de Javier se acercaron a toda prisa por el pasillo.

—¡Sirena! ¡No abras el...!

Aneris se giró con lentitud hacia él. No podía asimilar lo que acababa de ver.

—¿Qué significa esto? —logró preguntar.

Javier, con la cara descompuesta, se dejó caer sobre la pared hasta que quedó sentado en el suelo con la mirada abatida.

—Ya nada.

Aneris se acercó a él. Lo tenía literalmente a sus pies.

—Javier, ¿qué significa esto? —volvió a preguntar ella, sollozando.

—¡Ya no significa nada, Sirena! No desde que te conocí a ti.

Aneris sintió como su corazón se rompía en mil pedazos.

—No, no... Ella no... —musitó con la cara empapada en lágrimas. Corrió hacia la puerta, repitiendo aquellas palabras una y otra vez.

Javier intentó cogerla de una pierna para retenerla.

—Sirena... Yo...

Cuando Aneris sintió que la mano de Javier le rozaba la piel levantó la pierna con brusquedad, asqueada.

—¡No vuelvas a tocarme! —gritó con desprecio—. ¡No vuelvas a tocarme nunca más en tu vida!

Alarmado por los gritos de Aneris, Julián corrió a la habitación para ver qué pasaba.

—¿Qué es este escándalo? ¿Ha *pasao* algo?

Aneris abandonó la habitación, dándose de bruces con Julián.

—¡Lo que ha pasado es que tu hijo acaba de perderme! —chilló Aneris, histérica.

—¿Y tú que le has hecho, niño? —preguntó a Javier, escandalizado por la escena.

—¡Sirenaaaaaaaa! ¡No me dejes! —gritó Javier al oír cómo Aneris salía por la puerta principal dando un portazo tras de sí.

—¡Pero corre a por ella, *atontao* '! ¡Corre! —bramó Julián con el vaso de tinto en la mano.

Aneris corrió calle abajo. Lloraba desconsoladamente, mientras las fotos de Alba iban repitiéndose en su mente. Sintió ganas de vomitar y creyó que iba a desmayarse en cualquier momento, pero consiguió seguir adelante.

—¡Sirena!

Aneris se giró y vio cómo Javier corría tras ella. Estaba a punto de darle alcance y no quería que volviera a tocarla. No podría soportarlo después de aquello, así que aceleró la marcha todo lo que sus piernas le permitieron. Una vez que llegara a casa ya no tendría por qué preocuparse de nada. Si intentaba molestarla ya se encargaría Agnes de espantarlo a escobazos, y lo haría con mucho gusto.

—¡Déjame en paz! ¡No quiero volver a verte! —contestó ella con el grito en el cielo sin detenerse.

—¡Sirena! ¡Espera! ¡Puedo explicártelo!

Las súplicas de Javier sonaron más próximas. Le estaba pisando los talones. Él alargó el brazo y consiguió acariciar algunos cabellos de su larga melena que, enfurecida, ondeaba, al viento. Sintió la terrible tentación de agarrarse a uno de sus mechones para frenarla.

—¡Déjame que te lo explique y te dejaré en paz! —bramó Javier.

Aneris frenó en seco y Javier pasó por su lado como una bala. Le cerró el paso y se puso de rodillas ante ella.

—¡QUÉ! —rugió Aneris.

Javier unió sus manos a modo de súplica y le rogó que le dejara explicarse. Le prometió que desaparecería si así ella lo deseaba, pero con una condición; que le escuchara.

—Lo que tengas que explicarme no va a cambiar nada... —espetó Aneris con ira—. Piensa muy bien cuáles van a ser tus palabras porque esta será la última vez que me veas.

Javier se desmoronó ante la mirada fría y firme de la que había sido su Sirena. En ella ya no quedaba ni un atisbo de la ternura que solía irradiar.

—Sirena... Alba forma parte del pasado, fue un amor platónico de clase. Ya no me importa, solo me importas tú —dijo lloriqueando como un crío.

Aneris se tapaba los oídos para no escucharle. Cada palabra la hería más

que la anterior.

—¡Por eso te apuntaste a las clases de pintura! ¡Para estar cerca de ella! —apuntó Aneris, histérica. —¡Estabas obsesionado con ella! ¡Le hiciste fotos a escondidas! ¡Las he visto!

—No me apunté a las clases para tenerla cerca. Lo hice para romper con la rutina. Que coincidiéramos fue algo fortuito, Sirena. ¡Te lo prometo!

—No te creo, Javier... ¡Ya no puedo confiar en ti! Todo este tiempo has visto cómo me ha tratado. Hasta llegaste a reprochárselo en clase. Y ahora me entero de que estabas enamorado de ella, de que mientras me decías que me querías tenías el armario lleno de fotos tuyas... —Aneris se llevó las manos al rostro y soltó un alarido de dolor. No podía sentirse más traicionada.

Javier se levantó e intentó abrazarla. Ella lo apartó de un manotazo.

—¡Todo este tiempo he sido tu segundo plato! Si ella te hubiese correspondido, ¿me habrías abandonado?

—¡Pues claro que no! —negó Javier furioso. —Sirena, entiendo que esto haya podido sentarte mal, pero creo que estás exagerando las cosas.

Aneris movía la cabeza de un lado a otro, negándose a comprender la realidad.

—Si ella me siguiera importando, como tú dices, ¿no crees que ayer habría asistido a la batida?

Aneris pareció vacilar durante un instante, pero enseguida encontró una respuesta razonable a su pregunta.

—No fuiste a la batida porque alguien tenía que quedarse en el taller. ¡No intentes manipularme!

—¿Eso crees? ¿Y no podría haberse quedado mi padre al mando y haber ido yo en su lugar?

Aneris se quedó en silencio, girando el rostro para evitar mirarle a los ojos. Él no comprendía su dolor. Javier jamás podría entender lo mal que le había hecho sentir Alba y lo mucho que le dolía pensar que él la había amado, que la había deseado hasta tal punto de tener fotos tuyas en su cuarto con el único fin de tenerla presente y... sabe Dios para qué más...

Javier contempló a Aneris con la esperanza de que reflexionara. Contuvo el aliento hasta que ella se volvió para decirle:

—Un día me prometí a mí misma que no volvería a permitir que alguien me hiciera daño y tú me lo has hecho, Javier. Así que lo único que puedo hacer al respecto es eliminarte de mi vida. Solo de esa manera no podrás volver a hacerlo.

—¡Sirena, piensa en lo que estás diciendo! Piensa en lo que hemos vivido en tan poco tiempo...

—¡Fuera de mi vida, Javier! ¡FUERA! —Aneris estaba cegada por el odio—. Para mí estás muerto, Javier. ¿Y sabes qué? ¡Que ojalá lo esté la «otra» también!

—¡Javier! —Julián llamó a su hijo desde el otro extremo la calle. Había estado observando la escena, cauto y manteniendo las distancias.

—Tu padre te está esperando. Dile de mi parte que ha sido un placer conocerle. —Aneris intentaba mantenerse fría, aunque estaba a punto de desmayarse de pena—. Hasta nunca, Javier.

Aneris cambió de acera y bajó la calle, dejando, solo, a Javier, en medio de la calzada,

—¡Javier, hijo! —volvió a llamar Julián.

Se giró y vio a su padre haciéndole señas para que regresara a casa. Volvió de nuevo la vista hacia Aneris, pero esta ya había doblado la esquina. Había desaparecido.

Caminó cabizbajo hasta donde se encontraba su padre, esperándole con preocupación.

—¿Qué ha *pasao'*, hijo?

Javier se lanzó sobre sus brazos, llorando como un bebé.

—Que me ha dejado, papá...

Caminaba apresuradamente, con el pulso martilleándole con fuerza en las sienes. Se giró varias veces para comprobar si Javier la seguía. Al ver que no era así, sintió una mezcla de alivio y tristeza que le hizo derramar nuevas lágrimas. Se sentía colapsada y confusa, enfurecida, dolida y despechada. Se desesperó al ver que todo a su alrededor volvía a desmoronarse. Tenía que volver a enderezar su vida, de modo que, en lugar de volver a casa, se dirigió a la fábrica.

Antes de entrar se hizo con un martillo oxidado que yacía, desparramado, entre los escombros que había fuera de la aceitera. Lo había visto en innumerables ocasiones al entrar y salir de allí. Sin embargo, nunca pensó que lo iba a necesitar, no hasta aquel momento.

Cuando llegó ante el gran portón de madera, algo hizo que todas sus alarmas se dispararan. La cadena que siempre dejaba enroscada entre las argollas descansaba en el suelo y, una de las alas de la puerta, estaba ligeramente entornada.

—No... No, por favor —suplicó con un hilo de voz.

Empujó las puertas con ímpetu y entró en la fábrica.

—¡Alba! —gritó Aneris mirando a su alrededor.

Alba no respondió. No se encontraba allí.

Aneris corrió en su busca de un lado a otro. Entró en las habitaciones de la planta baja, apartando a patadas y martillazos cualquier cosa en la que Alba pudiera haberse escondido. Corrió por el pasillo, que daba a parar al patio interior, en el que se erguía la chimenea, pero tampoco estaba allí. Volvió al lugar exacto donde Alba había yacido, inerte, los últimos días y descubrió, con asombro, que no había ni una sola evidencia que indicara que hubiera estado allí. La gorra, la manta, la botella de agua y el bocadillo habían desaparecido junto a ella.

Alzó el martillo sobre su cabeza, presa del pánico.

—¡Alba! ¡Sal de donde estés! —gritó.

La única respuesta que obtuvo fue la de su propio eco.

—¡No voy a hacerte daño! —mintió, aferrándose al martillo en guardia—. Te dije que volvería para solucionar las cosas. ¡Aquí me tienes!

Nada.

Salió al exterior. Tal vez Alba había conseguido escapar de la fábrica, pero le parecía imposible pensar que hubiese sido capaz de atravesar el solar en el estado en el que la había visto la última vez. Corrió hacia el agujero comprendido entre los postes de la zanja y miró con detenimiento si en alguna de las aristas de metal había algún girón de tela enganchado a ellas. No obstante, todo estaba en perfecto orden.

—¡Mierda! —chilló, descargando el martillo con todas sus fuerzas contra la verja—. ¡Mierda, mierda, mierda!

3

Agnes recogió los platos de la comida y los puso en remojo en la pica. Ya los fregaría más tarde. Ahora lo único que le apetecía era acomodarse en el sofá y ver algún documental de naturaleza, mientras fumaba un cigarrillo tranquilamente bajo el ventilador.

La puerta principal se abrió y por ella entró una Aneris pálida y paranoica. Miraba en todas direcciones y, tras cerrar la puerta, se asomó por la mirilla para comprobar que nadie la seguía.

—¡Querida! Estás... —Agnes contempló las marcas de las picaduras en su piel—. ¡Dios mío! ¿Qué te ha ocurrido?

Aneris respiró tranquila al ver que en casa no la esperaban dos agentes de la Guardia Civil para detenerla por agresión, secuestro y omisión de socorro.

—Agnes... —Aneris temblaba de pies a cabeza y tenía la cara desencajada—. ¿Ha... ha venido alguien por aquí?

Agnes fue a su encuentro y la acompañó al sofá, arropándola con un brazo.

—Aquí no ha venido nadie. ¿Es que esperabas visita? —Agnes observó cómo escrutaba con la mirada cada rincón del salón—. Querida, ¡tienes muy mala cara! Necesitas que te vea un médico. Deberíamos ir a urgencias. El ambulatorio está justo enfrente y...

—¡No! —contestó—. Estoy bien.

Aneris se percató de que los grandes ventanales del salón yacían abiertos de par en par. Corrió hacia ellos y los cerró uno a uno mientras espiaba el jardín trasero a través de los cristales.

—¡Cariño, me estás asustando! ¿Se puede saber de qué o de quién te escondes? —Agnes, alarmada, corrió hacia ella y la apartó de las ventanas—. ¡Siéntate en el sofá y cuéntame qué te ha pasado o llamaré al médico para que él mismo te administre un buen sedante!

Aneris se dejó caer, todo lo larga que era, sobre el sofá y rompió a llorar.

—He roto con Javier... —aulló—. He encontrado en su casa un montón de fotos de Alba. ¡Él la quería a ella!

Aneris se llevó un cojín a la cara y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Le odio, Agnes! ¡Le odio con toda mi alma!

Agnes no pudo evitar relamerse con la escena. Ni en sueños hubiera esperado que aquello llegara a suceder tan pronto. Y, además, la chica había podido comprobar por sí misma que los hombres solo pensaban en una sola cosa. Ya no tenía que convencerla de nada. Javier, sin saberlo, le había allanado el terreno. Su propósito era pan comido.

—No sabes cuánto lo siento, querida, pero los hombres son así. Sabes que yo no me fiaba de ese chico, pero no podía entrometerme en vuestra relación. Me mantuve al margen y esperé a que tú sola acabaras dándote cuenta... —Se sentó junto a Aneris y le peinó la larga melena con los dedos—. Los hombres nunca nos han valorado lo suficiente, siempre hemos vivido bajo su sombra para cuidarles mientras se realizan como personas. Y, para colmo, nunca tienen bastante con nosotras. Al final acaban buscando carne nueva.

—¿Por eso estás soltera, Agnes?

—Pues claro, querida. Ya tuve suficiente con el padre de Estrella, el inglés loco por la pintura gótica... Pero en el fondo se lo agradezco. Lejos de él he

podido vivir mi propia vida, dedicarme a las cosas que me gustan, realizarme como mujer. Créeme si te digo que nunca he vuelto a echar en falta el afecto de un hombre.

Aneris pensó en su difunta madre, en cómo le gustaba pintar y escribir, en cómo necesitaba manifestar su creatividad y cómo Jenaro le cortó las alas, sometiéndola a la esclavitud del hogar.

—¿Nunca? —le preguntó.

—Nunca. Si le cierras las puertas de tu corazón, nunca más podrán hacerte daño.

Aneris se lanzó sobre Agnes y la abrazó.

—¡Cuánta razón tienes! Pero me duele tanto asimilar lo que me ha hecho Javier...

Agnes mecía a Aneris entre sus brazos con una sonrisa de oreja a oreja.

—Claro que duele, querida. El desamor es una de las peores cosas a las que un ser humano se enfrenta a lo largo de su vida. Pero el tiempo se llevará ese dolor... Es un duelo que tienes que pasar, y yo te voy a ayudar a lidiar con él. Siempre voy a estar aquí. Siempre te voy a apoyar.

Aneris soltó a Agnes y la miró con firmeza.

—¿Siempre? —le preguntó.

—La duda ofende, querida.

—¿Siempre? ¿Sea cual sea la causa? ¿Y si hubiera hecho algo... algo malo?

Agnes recordó cómo Estrella le había contado que Aneris se había estado paseando por la fábrica a sus anchas. Se sintió muy ofendida al comprobar que, a pesar de haberle dicho que no entrara en aquel lugar, se había tomado a la ligera su voluntad, pero al final todo había salido bien. Estrella seguía oculta en la fábrica y Aneris no había vuelto por allí. Al fin y al cabo aún seguía siendo una niña en muchos aspectos, y aquello no dejaba de ser una trastada. Agnes la miró muy seria y le dijo:

—Querida, quiero que graves estas palabras en esa preciosa cabecita que tienes: siempre voy a estar a tu lado, sea cual sea el motivo. Siempre te protegeré por encima de todo. SIEMPRE. ¿De acuerdo?

Aneris asintió. Saber que contaba con el apoyo total e incondicional de Agnes le hacía sentir más segura.

—¿Por qué haces todo esto por mí, Agnes? En realidad no soy más que una desconocida para ti.

—Porque es lo justo, querida. No mereces menos.

Aneris pensó que esa no era la verdadera razón. Agnes había perdido a una hija y, en cierto modo, podía verla a ella como tal.

—Y ahora espera aquí tranquila, que te traeré algo de comer —sentenció Agnes, dirigiéndose a la cocina.

—No tengo hambre.

—Te traeré una tila para calmar esos nervios, junto a unas galletas. Debes comer algo, querida.

Tras tomar la tila y comerse tan solo tres galletas, Aneris se quedó dormida en el sofá. Agnes la observaba desde uno de los butacones como la que admira, fascinado, una gran obra de arte.

Alguien llamó al timbre y Aneris se despertó sobresaltada.

—¿Quién es? ¿Quién es, Agnes! —preguntó, agitada.

Agnes se levantó del butacón y obligó a Aneris a permanecer sentada en el sofá.

—Tú quédate ahí quieta. Ya me encargo yo.

Aneris obedeció y se quedó completamente inmóvil. Agnes contestó al telefonillo y ella aguzó el oído para ver si conseguía oír hablar a la otra persona, que se hallaba esperando afuera.

—¡Claro! Espera un segundo, por favor —contestó Agnes a su interlocutor.

Dicho esto, salió de casa con paso firme y decidido. Aneris, temerosamente, se asomó desde el recibidor y observó cómo Agnes abría la puerta de hierro forjado que daba a la calle.

—¡Vaya! ¡Mira a quién tenemos aquí! Al mecánico de mierda.

Javier tuvo que contenerse para no abofetearla.

—¿Puede salir Aneris? —preguntó, intentando mantenerse lo más afable posible.

—No quiere volver a verte.

—Eso quiero que me lo diga ella.

—¡Ah! ¿Es que no te lo ha dicho antes? —preguntó Agnes con una sonrisa sarcástica.

—Vaya, veo que te ha contado nuestra discusión con todo lujo de detalles.

—Más de los que debería haber querido saber. —Agnes se acercó a Javier, plantándole cara—. Seguro que te la sacudías cada noche mirando las fotos de la cerda esa, pero claro, como no te correspondía tenías que estar con Aneris para desahogarte en un cuerpo físico...

Javier avanzó unos pasos y plantó su cara justo delante de la de Agnes. En sus ojos pudo ver una soberbia y una maldad que nunca antes había visto en

una persona, ni siquiera en los ojos de Alba.

—Retira lo que acabas de decir —le ordenó.

—¿Y si no lo hago qué? ¿Vas a pegarme?

—Nada me gustaría más en este momento, créeme. Pero no te voy a dar esa satisfacción.

—Claro. ¡Hombres! Siempre utilizáis los puños para solucionar las cosas —expresó Agnes, sobreactuada y fingiendo sentir pena.

Javier respiró hondo para no estampar a aquella víbora contra los barrotes de la puerta.

—¡Sirena! —vociferó—. ¡Sé que estás ahí! ¡Por favor! ¡Sal y déjame hablar contigo!

Agnes estalló en carcajadas.

—No va a salir. No quiere volver a saber nada de ti. Asímelo con dignidad y deja de arrastrarte como un perro.

Aneris, que los había observado discutir desde la entrada del recibidor sin entender muy bien lo que decían, escuchó con total claridad aquellas palabras.

—¡No! ¡No quiero volver a verte! ¡DÉJAME EN PAZ, JAVIER!

Agnes, triunfante, miró a Javier.

—Ya has oído a la señorita.

Javier empezó a retroceder para marcharse.

—Volveré a por ella —aseguró.

—¡Si te vuelvo a ver por aquí llamo a la Policía! ¿Entendido?

Agnes cerró la verja y volvió al interior de casa.

—¿Cómo estás, querida? —le preguntó a Aneris cuando la vio, descompuesta, en el rellano.

Aneris se encogió de hombros, intentando reprimir el llanto.

—Mal, estoy mal, pero, como tú ya has dicho, es cuestión de tiempo. —Aneris besó en la mejilla a Agnes y se dirigió a la gran escalera de mármol—. Iré a mi habitación a descansar.

—Claro, querida, descansa. Yo también me echaré una siesta.

¿Cómo iba a lograr conciliar el sueño? Le resultaba imposible hacerlo sabiendo que Alba se encontraba oculta en algún lugar que ella desconocía. El asunto de Javier ya había pasado a un segundo plano. Su máxima prioridad era encontrar a Alba, viva o muerta.

—No puede andar muy lejos de la fábrica... —se convenció en voz alta.

¿Cómo iba a estarlo? De ser así ya habría llamado a la Policía, pero todo seguía igual. Nadie se había personado en casa ni siquiera para interrogarla.

—¿Dónde estás, Alba? —volvió a preguntarse.

Tenía que volver al solar. Tenía que rastrear minuciosamente todo el terreno, aunque le llevara el resto del día.

Se levantó de la cama y se dirigió a la cómoda. Sacó del fondo del cajón la cajita de madera, y de su interior el papel que tanto le había ayudado en momentos como aquel en los que se veía sobrepasada y creía que iba a perder el control. Leyó por encima sus palabras, pues las sabía de memoria.

—Tú puedes con todo, Aneris. Eres fuerte. Esto lo demuestra.

Cogió aire y, decidida, abandonó la habitación.

Una gran nube se habría ante el sol, arrojando una agradecida y placentera sombra, aunque las chicharras continuaran con su canto interminable por el calor.

Aneris se hizo con un palo y peinó toda la zona de hierba alta que crecía ante la fábrica. Apartaba las espigas con él y golpeaba el suelo para ver si topaba con algo blando o carnoso. Sin embargo, no encontró nada de interés. Tan solo dos cadáveres de dos gatos infestados de gusanos diminutos y amarillos.

Caminó hasta la arboleda de castaños y miró uno a uno sus frondosas copas, buscando algún bulto oscuro camuflado entre las ramas. ¿Pero cómo iba Alba a lograr trepar hasta allí arriba? ¿Cómo iba a hacerlo con la lesión que le había producido en la espalda? La idea le resultó inviable, pero debía agotar todas las opciones, por descabelladas que fuesen.

Rodeó la fábrica apartando con el palo las hiedras que se adherían a los ladrillos. Eran tan espesas que habrían resultado ser un escondite perfecto para cualquiera que quisiera pasar desapercibido. Pero una vez más se vio sin pistas.

—¿Dónde demonios te has metido! —chilló, desesperada.

Unos pájaros, espantados, levantaron el vuelo por sus gritos. Ella también se sobresaltó al oír el revoloteo.

—Piensa, *carallo*... ¡Piensa!

Se dirigió a la parte trasera de la fábrica y observó su fachada. Le era prácticamente desconocida, tan solo la había mirado desde aquel ángulo una vez. Fue el primer día que entró en el solar, con Javier.

El corazón le dio una sacudida al recordar lo maravillosos que fueron los primeros días junto a él antes de que todo se torciese. Antes de que Alba empezara a perseguirla. Antes de que ella le golpeará con la tubería...

—Javier... —se lamentó, derramando un par de lágrimas.

Miró en dirección contraria y vio la casa de Agnes en el horizonte. Tras la espesura de toda aquella selva de hierba seca se encontraban los muros del jardín trasero. El sauce llorón asomaba, verde y majestuoso, cerca de la casa y los ventanales de su ático, se veían como pequeños rectángulos blancos. Las ventanas de la habitación de Agnes también eran visibles. ¿La estaría viendo? Sabía que estaba durmiendo la siesta, pero ¿y si tampoco había conseguido dormirse como ella? Se moriría de la vergüenza si descubriera que estaba violando su intimidad. Le debía tanto a Agnes... Había hecho tantas cosas por ella...

El piar de un pájaro la sacó de su ensimismamiento y continuó con la búsqueda. Giró a la izquierda y volvió a adentrarse entre la hierba.

Aquel trozo era totalmente desconocido para ella, aunque no le resultó novedoso al encontrarse por delante más de lo mismo: hierba, hierba y más hierba.

¡TAC! ¡TAC! ¡TAC!

El palo de madera chocó contra algo sólido y duro. Aneris se adentró entre la maleza y se encontró ante un cuadrado construido con ladrillos. La plataforma tendría medio metro de altura y, en su superficie, había una gran losa metálica cerrada con un candado.

Se lanzó sobre él y lo intentó manipular con las manos. Luego lo hizo con el palo. El candado era grueso y pesado. Golpeó la placa de metal con el puño y a continuación plantó la oreja sobre ella para ver si oía algo, pero el grosor de la tapa era tal que lo único que pudo escuchar fue su pulso.

Se preguntó qué podría haber bajo aquella trampilla. No entendía mucho sobre aquel tipo de construcciones, pero supuso que allí debajo podía haber un viejo pozo o alguna estancia relacionada con la fábrica. Tal vez unas bodegas o unos almacenes.

Rodeó la trampilla, sin quitarle el ojo de encima, hasta toparse con un sendero de tierra que se abría paso entre el pasto. Caminó por él, movida por la curiosidad. El camino serpenteaba haciendo eses de un lado a otro.

Se paró en seco.

—No puede ser... —musitó.

En el camino se podían apreciar huellas recientes y estas marcaban dos

direcciones: ida y vuelta. Una dirección iba en sentido contrario, hacia la trampilla. ¿Y la otra?

Siguió el sendero, acelerando el paso. Estaba convencida de que aquellas huellas correspondían a Alba y aquello solo podía significar una cosa: que había logrado ponerse en pie y que no había abandonado el solar. Alzó el palo en posición de ataque y continuó rastreando el sendero.

No se percató de que los muros del jardín de Agnes empezaban a emerger pocos metros ante ella. Estaba demasiado concentrada persiguiendo aquel siniestro rastro hasta que se dio de bruces contra una verja.

Alzó la vista y se topó con la entrada trasera del patio de la casa. La verja estaba cerrada con otro candado, como ya comprobó el primer día que la vio. Recordó cómo le había preguntado a Agnes qué había tras ella y cómo le había explicado que conducía a la vieja aceitera de sus padres.

El rastro de huellas se detenía justo allí. Tras la verja, el precioso césped, que con tanto esmero recortaba Beatriz, no permitía vislumbrar ningún tipo de pisada.

Desconcertada, se preguntó qué demonios significaba todo aquello. Tan solo Agnes tenía acceso a aquella puerta. ¿O no? ¿Y si Alba se había hecho con una copia de las llaves antes de que Aneris la lesionara? ¿No le había dicho que era pan comido entrar a Villa Ascensión para robarle el cuadro sin que nadie se percatase? ¿Habría sido capaz de entrar en casa de Agnes? ¿Y qué demonios hacía en la trampilla?

—Está preparando su venganza. Va a matarme... —murmuró, quedándose sin aliento.

Dejó atrás la puerta del jardín. Abandonó el solar corriendo, esperando a que en cualquier momento Alba saliera de entre la hierba con la intención de acabar con su vida, pero nada de eso ocurrió. La única persona que la había estado espionando agazapada tras la maleza era Javier. La había seguido nada más salir de casa y había observado, desconcertado, su comportamiento. Había oído como su Sirena gritaba preguntándose dónde demonios se encontraba alguien cuyo nombre no mencionó. ¿Qué estaba sucediendo allí?

Cuando Aneris desapareció por el agujero de la cerca, Javier inspeccionó la fábrica, pero no halló nada que no hubiera visto antes.

Segunda parte

1

Los primeros rayos de sol penetraron bajo el resquicio de la puerta del cuarto. Llevaba ya un rato despierta en la cama a oscuras y, cuando vio que el nuevo día había llegado, se levantó y salió de la habitación.

Caminó lánguidamente mientras se desperezaba hacia la gran sala del segundo piso de la fábrica. Se asomó a una de las ventanas y contempló, maravillada, cómo la vida en la arboleda emergía segundo tras segundo.

Todas las mañanas se plantaba tras una de las ventanas para ver el despertar del día, incluso en invierno, cuando el frío le calaba en los huesos y la gran mayoría de vida animal dormitaba prácticamente toda la jornada. Luego se dirigía a la cocina y se preparaba café.

Observó cómo en una de las ramas cercanas a la ventana un gorrión acudía al nido para alimentar a sus polluelos. Después esperaba a que su compañera le tomara el relevo, y así sucesivamente.

Estrella derramó una lágrima, conmovida por la escena. Se imaginó a ella y a Aneris alimentando y cuidando a sus propios hijos, pero de sobra sabía que aquello no era posible. Sus cuerpos no eran compatibles para concebir vida y, por lo que a Aneris respectaba, ella ni siquiera existía. ¿Pero y si llegara a conocerla? Su madre nunca le permitiría que se tomara la libertad de expresarle a Aneris sus sentimientos y, aun suponiendo que llegara a saberlo, ¿cómo reaccionaría cuando supiera que era un monstruo?

Estrella se miró las manos huesudas y bastas. Eran demasiado grandes y feas. Ella lo sabía y su madre también. Agnes se había empeñado en enseñarle

a hacerse la manicura para embellecerlas un poco, pero no había surtido efecto. Sus manos continuaban viéndose brutas y toscas.

Lo mismo le ocurría con los pies y con el resto del cuerpo en general. Era más grande de lo habitual, de complexión famélica y desgarbada. Cuando el solar estaba sin cercar y a los alrededores de la fábrica acudían grupos de chicos y chicas jóvenes a emborracharse observaba con envidia cómo lucían las jovencitas. Sus pieles delicadas, sus facciones dulces, sus largas melenas brillantes y colmadas de vida.

Estrella se miró uno de los largos mechones que le caían hasta la cintura. Era de un rubio cenizo y apagado, que cada día iba estrechándose y perdiendo forma. ¿Qué había hecho ella en la vida para que esta la castigara con un cuerpo tan aberrante? La maldita enfermedad tenía la culpa, ella era la responsable de todo. Hubo un tiempo en que se negaba a asimilarla, pero a sus veintidós años había terminado por aceptarla con resignación.

Una mariposa pasó ante la ventana y se posó en el canto de uno de los cristales rotos. Abrió sus alas y dejó que el sol le secara el rocío de la noche. Estrella sonrió e intentó tocarla con el dedo índice, pero la mariposa alzó el vuelo, perdiéndose entre los árboles.

—Hasta los insectos huyen de mí... —se lamentó.

Entonces dirigió la vista hacia la trampilla y recordó cómo Aneris había intentado entrar el día anterior. Cuando la vio manipular el candado de la puerta que la llevaría a encontrarse con ella el corazón le dio un vuelco. Deseó que lo consiguiera abrir, aunque sabía que le resultaría imposible sin la llave. Si Aneris hubiera abierto el candado habría acabado dando con ella. ¿Cómo habría sido aquel momento? Estrella pasó toda la noche imaginándolo. Por fin habría podido acariciar su precioso pelo y su blanca y fina piel. Habría conseguido ver aquellos despampanantes ojos azules que tan bien podían apreciarse desde allí arriba. Habría besado su gran cicatriz y le habría dicho que no tendría de qué avergonzarse.

—¿Acaso no me has visto a mí? —dijo Estrella en voz alta imaginándose estar ante ella. —¿Has visto mi cara? ¿Has visto mi cuerpo?

Estrella movió la cabeza, compadeciéndose de sí misma, y volvió a su cuarto. Ya era hora de hacer el café.

—¡Hijo, me vas a mellar el destornillador! Eso ya está más que

apretao'...

Javier arrojó la herramienta al suelo y se quedó mirando, pensativo, el retrovisor que estaba reparando. Se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo y resopló abatido.

—Lo siento, papá. No he pasado una buena noche.

Julián asintió tras el mostrador mientras rellenaba unos albaranes.

—Lo sé, te oí llorar hasta quedarme dormido. Deduzco por tus ojeras que así pasaste el resto de la noche.

—Deduces bien. No he pegado ojo. —Javier empezó a sollozar—. La quiero tanto, papá...

Julián abandonó su asiento y tomó una botella de agua fría de la nevera que guardaban bajo el mostrador. Se acercó a su hijo y se la ofreció. Javier rehusó el trago, apartando la botella con la mano.

—Apenas puedo beber. Cada vez que lo hago me entran ganas de vomitar —dijo asqueado.

—Hijo, tienes que animarte. —Julián le pasó un brazo por el hombro e intentó animarlo, zarandeándolo con cariño—. Ya sé que no es fácil, pero no es el fin del mundo. Eres muy joven, hijo. Tienes diecinueve años y toda la vida por delante. Hay mil chicas ahí fuera para ti.

—¡Pero ninguna como mi Sirena, papá! Ella es tan diferente, tan rara, tan lista, tal dulce, tan hermosa... Es como el último ejemplar de su especie. ¡Y yo lo he echado todo a perder por ser un completo idiota! —Javier descargó su frustración propinando una fuerte patada en la pared.

Julián retuvo a Javier antes de que perdiera el control y acabara desahogándose contra un coche. Lo abrazó contra sí y le habló con ternura, como cuando era niño y llegaba a casa indignado porque el resto de compañeros de clase no querían jugar con él.

—Hijo, sé que estabas mucho por esa muchacha. ¿Pero sabes qué? Creo que ella ha exagerado las cosas. Tal vez cuando se le pase el enfado vea que todo esto no es para tanto.

Javier se derrumbó sobre el hombro de su padre.

—Estaba tan abstraído con ella que olvidé quitar esas malditas fotos. Las olvidé porque ya no significaban nada para mí.

—Lo sé, hijo. Lo sé.

—Sé que ella no tenía derecho a enfadarse tanto por algo así, pero la entiendo. Alba la despreciaba sobremanera.

—Bueno, a ella y a mucha gente. Recuerda cómo te trataba a ti en clase.

—Pero yo soy fuerte, papá. Mi Sirena es muy sensible y, poniéndome en su lugar, puedo llegar a comprenderla. La reciente muerte de su padre, abandonó su hogar para venir hasta aquí para acabar conociendo a su padre biológico, que resultó ser un maltratador de mierda. Y voy yo y la decepciono de esta forma... —Javier recordó lo que Aneris le contó sobre su violación pero prefirió no mencionarlo—. Y luego está Agnes. Imagino lo contenta que estará de que me haya abandonado, lo vi ayer en sus ojos. Es una desgraciada de mier...

—Déjalo ya, Javier. ¡Basta! —Julián apartó a su hijo y le miró a los ojos—. Ahora vas a ir a casa, te vas a preparar algo de comer y luego te irás a la cama a dormir.

—Pero ¿y el taller?

—Yo me encargaré de todo. Tómate el día libre para recuperarte, hijo. Se me parte el alma al verte así.

—Gracias, papá. Te quiero.

—Y yo a ti, hijo. Más que a nada en este mundo.

Ambos hombres volvieron a fundirse en un tierno abrazo. Javier rompió a llorar de nuevo. Esta vez Julián esperó a que su hijo se desahogara todo cuando quisiese. Solo lo tenía a él para hacerlo.

3

Aneris no había salido del ático desde la tarde del día anterior. Estaba completamente aterrada. Le parecía ver a Alba en cada rincón del cuarto. Incluso vació varias veces el armario para asegurarse de que no yacía allí agazapada a la espera de que se durmiera para poder asfixiarla con la almohada.

Agnes le llevó la cena en una bandeja y esperó a que comiera algo. Aneris aceptó para complacerla por haberse tomado tantas molestias.

—Te he subido esto —le había dicho Agnes cuando terminó de cenar. Le mostró un bote de pastillas y lo sacudió como un sonajero.

—¿Para qué son? —le había preguntado ella.

—Te ayudarán a dormir, querida. Necesitas descansar... Ponte dos bajo la lengua y túmbate. En seguida se desharán y te quedarás dormida.

Aneris intentó negarse, pero la mano de Agnes ya le estaba abriendo la boca y metiéndole las píldoras.

—Hazme caso, si no mañana estarás hecha un trapo.

Agnes tuvo razón. Había dormido como un tronco y no creyó que pudiera haberlo conseguido sin aquellas pastillas. Agnes volvió a verla para llevarle el desayuno a la cama y, cuando se lo terminó todo bajo su atenta mirada, volvió a dormir un rato más hasta la hora de comer. Todavía se sentía somnolienta por los efectos de los tranquilizantes.

Desde el ático le llegaba el aroma que desprendía la comida que preparaba Agnes. Era jueves y Teresa tenía el día libre, así que dedujo que le tocaría comer una ensalada y un plato de pasta a la carbonara o a la boloñesa. Cuando le tocaba cocinar a Agnes, el nivel de exquisitez de los platos que acostumbraban a comer bajaba de manera considerable.

Aneris apoyó la cabeza sobre la almohada y observó su cuadro al final de la habitación. Ver el mar era lo único que le reconfortaba. Si se concentraba mucho rato en el lienzo, podía sentir el olor a salitre, el graznido de las gaviotas sobrevolando los bancos de peces, el crujido de la arena húmeda bajo el peso de sus pies, el estallido de las olas al chocar contra las rocas del gran espigón...

—Mi mar... —suspiró nostálgica.

Agnes vociferó desde la cocina para avisarle de que en diez minutos subiría con la comida. No le había dejado cerrar con llave la habitación, como Aneris acostumbraba a hacer para preservar su intimidad.

—Estás en un estado muy frágil emocionalmente hablando, querida. No quiero que hagas ninguna tontería —le había dicho Agnes—. Me quedo más tranquila si dejas la puerta abierta.

A las tres Agnes anunció que se retiraba a su habitación para dormir la siesta. Aneris esperó paciente unos veinte minutos para asegurarse de que Agnes yacía completamente dormida y se vistió.

—Ahora o nunca... —susurró. Se miró al espejo y dijo resuelta—: ¡Vamos!

Bajó las escaleras de puntillas y corrió el largo pasillo hasta llegar a la habitación de Agnes. La puerta estaba ligeramente entornada. Se acercó a ella conteniendo la respiración y aguzó el oído. Al otro lado de la puerta la respiración de Agnes se oía profunda y lenta. Dormía como un lirón.

Aneris alzó la vista al techo y suplicó a su difunta madre que la ayudara en su misión. Pidió perdón porque no era lo correcto, pero no tenía opción.

Empujó la puerta despacio, intentando hacer el menor ruido posible. Esperó a que el chirrido de la puerta la despertara y que le estropeará todo el plan, pero, para su sorpresa, la puerta se abrió de manera suave y silenciosa.

Aneris resopló aliviada y entró en el cuarto.

Toda la estancia se hallaba en penumbra. Las cortinas estaban corridas y la ausencia de viento en el exterior las dejaba fijas. Agnes yacía sobre la cama despatarrada y enfundada en un fino camisón. Las aspas del ventilador del techo emitían un continuo traqueteo, por lo que los pasos de Aneris quedaron reducidos en mudas pisadas.

Miró a su alrededor buscando el manajo de llaves que siempre portaba Agnes consigo a todas partes, pero la escasa luz que conseguía atravesar las cortinas no le facilitó la tarea. Contó los muebles que componían la habitación. Un butacón junto a una mesita de cristal encaramados a uno de los ventanales, una gran cómoda, un perchero, un armario y una cama de matrimonio con sus dos correspondientes mesitas de noche. ¿Estarían las llaves en alguno de los cajones de la cómoda o las mesitas? De ser así no le sería posible abrirlos y rebuscar en su interior con la poca luz que había y cuando Agnes se despertara, si es que no la pillaba con las manos en la masa, vería que sus cosas estaban removidas.

Se acercó al perchero a hurtadillas y palpó los bolsillos de las prendas que colgaban a plomo. En ninguna de ellas notó nada que se asemejara a unas llaves bajo la tela.

Se dirigió a la cómoda y pasó la mano por su superficie con cuidado de no tirar ninguno de los candelabros y figuritas que había sobre ella. Lo único que encontró fue un pequeño paquete de pañuelos mentolados.

Cruzó la habitación y probó con la mesita y el butacón sin suerte. Solo le quedaban las mesitas de noche, ya que de los pomos de los armarios no vio que colgara nada metálico. Cruzó los dedos y se acercó a la mesita más cercana a los ventanales y, por tanto, la que más lejos estaba de la puerta.

Tenía a Agnes tan cerca... Pensó en arrojarse al suelo si abría los ojos para ocultarse tras la cama. Solo de pensarlo sintió que el corazón se le aceleraba todavía más.

Se acercó a la mesita y, entre la oscuridad, vislumbró un bulto junto a la lamparita. Pasó la mano por encima de él y, cuando notó las tiras de metal frío bajo sus dedos, sintió ganas de gritar por haber completado parte de su misión. Lo aferró con fuerza, intentando acaparar todas las llaves para que ninguna quedara colgando y tintineara junto a la otra.

—Claro. ¿Es que no lo has visto en televisión?

Aneris se quedó petrificada con el manajo de llaves clavándosele en la palma de la mano y los dedos. Agnes acababa de hablar.

—Sí. Y el zumo ya está listo —dijo Agnes a continuación con voz ronca. Estaba hablando en sueños.

—Dios mío... —dijo Aneris sin voz.

Agnes farfulló un par de frases más inconexas y se dio la vuelta. Luego continuó con la misma respiración lenta y profunda que indicaban que seguía sumida bajo un profundo sueño.

Aneris no se lo pensó dos veces. Cogió las llaves, las apretó contra su vientre y salió de allí despavorida, dejando la puerta en la misma posición. Bajó a la planta baja por la escalera de mármol y fue a la cocina. Sobre una de las encimeras había un juego de cuchillos carniceros insertados en un bloque de madera. Se hizo con el más grueso y se lo metió en el forro del pantalón. Sabía que Alba la estaba esperando en el solar y quería estar preparada para lo peor.

Desde el jardín trasero se veían las ventanas de Agnes con las cortinas corridas. Todo parecía seguir en orden. Atravesó el jardín corriendo directa a la puerta trasera. Observó el candado que la cerraba y miró una a una las llaves, intentando adivinar cuál de ellas podía ser la que encajara. Escogió las que eran de un color similar al candado y, cuando probó con una tercera, este se abrió.

Empujó la verja y un estridente chirrido surgió de las bisagras. Aneris se quedó petrificada. Estaba tan distraída pensando en lo bien que le estaba saliendo todo que aquel ruido quebró su confianza de una estacada.

—No, no, no... —repitió mientras continuaba empujando la verja que cada vez chirriaba más.

Salió del jardín y se quedó unos minutos tras los barrotes observando las ventanas del cuarto de Agnes. Esperó ver a que una de las cortinas se descorriera de golpe y que tras ella apareciera una Agnes recién levantada y desconcertada, pero nada de eso ocurrió. Las cortinas permanecieron fijas.

Por su propia seguridad, Aneris decidió no volver a cerrar el candado. Aquello no sería más que un obstáculo si tenía que huir. Dejó la puerta en su posición inicial y se introdujo en el sendero cuchillo en mano.

En la tierra no encontró huellas nuevas, tan solo el reciente rastro que había dejado ella el día anterior. La hierba alta ocultaba lo que había a los lados del camino y de vez en cuando Aneris asestaba cuchilladas entre ellos para dejar claro que iba armada.

Cuando se halló ante la trampilla y su correspondiente candado procedió de la misma manera que con la verja del jardín, pero aquel candado era

extremadamente grande y pesado, y de un color ocre que no correspondía al de ninguna llave, por lo que optó por buscar la más gruesa.

Encontró una similar a las de las puertas blindadas de las casas, la insertó en el candado y este se abrió. Lo arrojó al suelo y dejó el cuchillo a un lado.

—Vamos —se animó posicionándose para retirar la losa metálica, a sabiendas de que iba a pesar bastante por su sólido aspecto.

Introdujo los dedos por la ranura comprendida entre la losa y los ladrillos y gruñó al mismo tiempo que la levantaba.

La luz del sol se filtró por ella, iluminando parte del interior.

—¿Una escalera de caracol? —se preguntó Aneris sorprendida, sujetando la pesada trampilla. Imaginaba que podía haber una escalera similar a las de las alcantarillas o pozos, algo mucho más sencillo y práctico tratándose de una entrada como aquella.

Accionó el interruptor que se encontraba junto a la escalera y la luz se hizo en el interior, desvelando el final de esta.

Aneris se guardó las llaves en un bolsillo, se encajó el cuchillo entre los dientes y empezó a bajar los peldaños a medida que iba dejando caer la losa de metal con cuidado. Pasó por alto el pestillo que permitía cerrar la trampilla desde el interior, algo que lamentaría mucho más tarde.

La escalera de caracol terminaba en una gran sala subterránea. A su izquierda quedaban dos grandes bidones corroídos por el óxido y nada más. Los rodeó aferrando el cuchillo con fuerza. Si Alba estaba escondida allí abajo solo podía estar tras ellos. Pero tampoco estaba allí.

—¿Dónde demonios estás? —exigió Aneris elevando la voz—. ¡Esto ha terminado Alba! ¡SE ACABÓ!

El eco de su voz retumbó entre las paredes mohosas y polvorientas. Un ratoncillo asustado cruzó el lugar, escondiéndose tras uno de los bidones.

—¡Muy bien! ¡Tú lo has querido! ¡Voy a encontrarte de todos modos!

Cruzó la gran sala hasta llegar a unas escaleras de obra que subían al piso superior. Nerviosa, subió los escalones de dos en dos. Sospechaba lo que iba a encontrarse cuando llegara al rellano, creía saber dónde estaba.

Maravillada, observó dos grandes arcos tapiados con hormigón. Paso la mano por ellos fascinada, como si acabara de descubrir una cámara secreta en una pirámide. Tras los arcos se encontraba la sala principal de la fábrica a la que ella solía acceder. Sin pretenderlo, había conseguido entrar a la parte hermética de la fábrica y las escaleras continuaban hacia el piso superior. Empuñó el cuchillo temiéndose lo peor. Su camino terminaba y debía estar

preparada.

—¡Alba, voy a subir! Y... ¡tengo un cuchillo!

Subió las escaleras hasta llegar a un pequeño rellano con una puerta a cada lado. Se encontraba en la última planta y aquellas dos entradas eran lo último que le quedaba. No lo pensó dos veces y abrió la que tenía más cerca.

La corriente se deslizó tras la puerta, atizándole la larga melena. Ante ella se expandía una gigantesca sala muy similar a la de la planta baja, pero con la diferencia de que allí las ventanas estaban sin tapiar y la luz del día penetraba en el interior.

—¡Vaya! —exclamó Aneris mirando a su alrededor. Allí no había ni la mitad de porquería que en la planta inferior. Tan solo el polvo y las telarañas habían persistido en el tiempo.

Atravesó la gran sala admirando cada detalle del lugar. Se acercó a una de las ventanas y divisó el agujero que Javier y ella habían abierto en la cerca muchos días atrás.

—¡Alba! —gritó observando el solar. Esperó unos minutos para ver si la veía sortear la hierba alta desde allí arriba. Pero no ocurrió nada.

Un pequeño y tímido ruido surgió tras ella. Aneris sintió cómo la sangre se le helaba en las venas. Escuchó que unos pasos pesados se le aproximaban por la espalda, acortando cada vez más la distancia. Percibió el sonido de la gravilla crujiendo contra el pavimento bajo las pisadas. Alzó el cuchillo y, sin ser capaz de darse la vuelta y plantarle cara a Alba, ordenó:

—¡Detente!

Los pasos se detuvieron en el acto. Aneris podía oír con claridad la respiración entrecortada de Alba.

—No des un paso más o... ¡me veré obligada a defenderme! —advirtió con dureza, intentando sonar lo más segura posible.

El cuchillo le temblaba en la mano, arrancando destellos de luz. Se lo acercó al rostro para intentar ver lo que había a sus espaldas, pero el pulso le brincaba como un caballo desbocado y tan solo consiguió distinguir una silueta que permanecía inmóvil a escasos metros de ella.

—Me temo que no soy la persona a la que estás buscando... —le contestó una voz ronca y cansada.

Aneris dio un brinco espantada. Esperaba la voz de Alba, no la de...

—No voy a hacerte daño. —La voz empezó a alejarse junto con sus pasos.

Aneris se giró lentamente sin alejarse de la ventana. Estaba dispuesta a saltar por ella si la situación lo requería.

La silueta resulto ser una extraña chica vestida con un viejo y anticuado camisón. Tenía las manos en alto en signo de rendición.

—No me hagas daño, por favor —dijo la joven.

Aneris soltó un grito por la estupefacción y el miedo.

—E-eres el... ¡El fantasma! —chilló blandiendo el cuchillo ante ella para que no se le acercara.

Estrella, disgustada, bajó el rostro.

—Eso dicen... Así decidieron llamarme hace algún tiempo, la Ruda, ¿no?

Aneris asintió repetidas veces, aterrada, al comprender que estaba manteniendo una conversación con un espectro.

—Eres tú quien cantaba, ¿verdad? ¡Y la que gritó de aquella manera tan extraña! ¿Qué eres? ¿Una especie de alma en pena??

—No soy un fantasma. Soy de carne y hueso y... sí. Era yo la que cantaba. Acostumbro a cantar esa canción porque me reconforta. —Estrella bajó el rostro—. Siento haberte asustado con mis gritos. Lo hice porque te estabas acercando mucho y, aunque lo deseara, no podía permitirlo.

—Dijiste Sirenita en lugar de Estrellita en una ocasión...

—Pues sí, Aneris. No pude contenerme. De alguna manera quería que supieras que estaba aquí.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—¿Prefieres que te llame Sirena?

Aneris se aferró al marco de la ventana y pasó una pierna hacia el vacío.

—¡No lo hagas! —suplicó Estrella—. Podrías matarte.

—¿Cómo sabes mi nombre? —repitió Aneris pasando un brazo al otro lado de la ventana. Se asomó al exterior para calcular los metros de caída que le esperaban. No podían ser demasiados, pero desde allí arriba tenía la sensación de estar en un rascacielos.

Estrella continuó retrocediendo con la esperanza de no asustarla más.

—Vivo aquí desde hace muchos años. —Estrella decidió sentarse en el suelo para mostrar su absoluta sumisión—. Te he visto entrar y salir al solar. Cuando estás en la planta baja no puedo verte, pero sí oírte.

Aneris permaneció inmóvil con la mitad del cuerpo colgando hacia el exterior.

—¿Quién eres? —preguntó algo más serena.

—Me llamo Estrella.

Aneris abrió la boca de par en par por el impacto que le supuso escuchar el dato.

—¿La hija de Agnes?

Estrella asintió.

—Y, ahora que sabes que no soy un fantasma, ¿puedes volver aquí? No voy a hacerte nada.

Aneris volvió a pasar la mitad de su cuerpo al interior de la fábrica, pero sin soltar el cuchillo.

—¿Sabe Agnes que estás aquí? Y... ¿dónde está Alba?

—Relájate, aquí estás a salvo —dijo Estrella incorporándose y retomando el rumbo hacia Aneris.

Aneris retrocedió espantada hasta toparse con la pared. Alzó el cuchillo a la altura del pecho y esperó a ver cuánto era capaz Estrella de acercarse.

—Suelta eso, por favor. No quiero hacerte daño... Yo nunca lo haría y sé que tú tampoco. Sé que eres una buena persona...

Estrella se aproximó a Aneris todo lo que el cuchillo le permitió. En su pecho notaba la afilada punta temblando sobre su piel.

—Yo no soy mala —repitió Aneris sollozando.

—Lo sé.

—Alba se lo buscó. Yo no soy mala.

—Claro que no. Yo sé que fue un accidente, lo oí todo desde aquí arriba —aseveró Estrella.

Los ojos de Aneris se iluminaron.

—Tú podrías testificar en mi favor, ¿verdad? —El cuchillo se le cayó de la mano al contemplar aquella posibilidad.

Estrella le tendió la mano. Aneris la miró y vaciló varios segundos antes de estrechársela. No sabía bien el qué, pero había algo en el aspecto de aquella chica que le escamaba y le provocaba rechazo.

Cuando Estrella sintió la suavidad y la delicadeza de la mano de Aneris contra la suya rompió en llanto.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

—Es-es que... hacía siete años que no tenía contacto con nadie que no fuese mamá.

Estrella se abalanzó sobre ella y la abrazó entre sus largos y desproporcionados brazos. Sollozaba como un bebé al que le acaban de retirar el pecho. Aneris permaneció inmóvil cobijada bajo su cuerpo.

—No lo entiendo —dijo—. Agnes me contó que estabas en Suiza...

—En Suiza... —repitió Estrella negando con la cabeza—. No hay lugar en el mundo al que yo pueda ir. No donde haya gente. Mi sitio está aquí arriba a

salvo de la sociedad.

—¿Pero por qué dices eso?

—Porque soy un monstruo. —Estrella se apartó de Aneris y abrió los brazos en cruz—. ¡Vamos, mírame! ¿Acaso crees que el mundo está preparado para convivir con una mujer como yo?

Aneris observó a Estrella con detenimiento. Era muy alta y de complexión famélica, y el camisón raído que portaba apenas conseguía tapanle las ingles, dejando al descubierto dos piernas largas y finas como alambres. Su rostro era anguloso y grande, tanto que el poco pelo largo que tenía apenas conseguía enmarcarle la cara. Este le caía sobre los pómulos y las orejas en dos finas cortinillas rubias que le llegaban casi a la altura de la cintura.

—No voy a ser yo quien te juzgue por tu físico —concluyó resuelta. Se apartó la larga melena y la abrió para que Estrella pudiera verle la cicatriz en su totalidad—. Yo sé lo que se siente cuando eres diferente, pero eso no es razón para que vivas aquí, aisl...

Aneris enmudeció en el mismo instante en que sintió el dedo de Estrella repasándole la cicatriz.

—Parecía más pequeña desde aquí arriba —observó Estrella perpleja—. ¿Qué te pasó?

—Eso me lo tienes que explicar tú primero.

—¿No se lo dirás a mamá?

Aneris negó vehementemente con el rostro.

Estrella sonrió agradecida.

—¿Sabes? Desde el primer día en que te vi soñé con este momento, con que acabarías por encontrarme. Nada puede hacerme más feliz...

4

Javier se despertó algo más descansado. Apenas había podido comer, pero después de haberse tomado dos tilas cayó rendido en la cama. Más que por el efecto sedante de las infusiones, por el agotamiento y el cansancio de no haber dormido toda la noche anterior.

Se desperezó y abandonó su cuarto. El pasillo estaba desierto y a oscuras. Se asomó al dormitorio de su padre y vio como este yacía durmiendo la siesta en calzoncillos y panza arriba.

Caminó quedamente y aturdido hasta llegar a la cocina. Abrió el frigorífico y sacó una botella de agua medio llena. La bebió de una sentada y cuando fue a

arrojar el envase a la basura vio todas las fotos de Alba troceadas en mil pedazos. Antes de cerrar la tapa del cubo escupió dos veces sobre ellas.

Se miró en el espejo del recibidor y observó su reflejo. Seguía bastante demacrado y aún tenía los párpados hinchados de tanto llorar, pero al menos los surcos violáceos bajo los ojos se habían disipado un poco tras haber descansado varias horas seguidas.

—No importa. Esto es lo que soy sin ti, Sirena —dijo en voz alta—. Y voy a volver a por ti, no descansaré hasta que me perdones.

Dicho esto, tomó aire y salió a la calle.

5

—Así que... ¿es aquí donde vives? —preguntó Aneris mirando a su alrededor.

La habitación era grande y muy estrecha, proporcionando una sensación claustrofóbica, aunque no le faltaba ningún detalle. En la misma había un pequeño baño junto a una ducha, una cocinita con horno, un escritorio y una estantería repleta de libros, una mesa camilla con un par de sillas y una cama de tamaño individual.

—¿De dónde ha salido todo esto? ¿Y las ventanas? ¿Por qué están selladas con cemento? —preguntó Aneris horrorizada. Ella habría preferido morir antes que vivir allí encerrada por muchas comodidades que tuviera.

—Esto fue en su tiempo un baño para empleados y un trastero. Mi madre tiró el muro que los separaba para que pudiera disfrutar de más espacio. —Estrella se acercó a una de las ventanas y pasó la mano por el hormigón que las cubría—. También ordenó sellar estas ventanas para mantenerme a salvo de los curiosos. En la otra sala tengo luz y ventanas de sobra... Incluso a veces me llevo allí una toalla y tomo el sol un rato. Tengo tan mala cara...

Aneris pidió permiso para sentarse en una de las sillas. Estrella, entusiasmada, corrió y le ofreció asiento.

—¿Cómo no! Eres mi primera invitada... —Estrella se sentó en la otra silla y la miró alucinada—. Dios mío, ¡no puedo creer que estés aquí!

—Ni yo... —respondió Aneris.

—¡Espera, espera! Tengo algo que enseñarte. ¡No te muevas!

Estrella corrió hacia el escritorio y abrió el cajón donde tenía guardados los dibujos a lápiz. Pasó las hojas obviando los retratos en los que aparecía Aneris con declaraciones de amor y corazoncitos.

—Mira. Tardé toda una tarde en dibujarte. ¿Te-te gusta?

Aneris admiró el dibujo sorprendida. Parecía estar mirándose en un espejo.

—Dios mío, Estrella. ¡Es precioso! ¿Cómo has podido hacerlo sin tenerme delante? Es realmente sorprendente.

Estrella se llevó las manos a la boca intentando ahogar un grito de júbilo.

—Puedes quedártelo.

—¿Quién te enseñó a dibujar de esta manera? —De repente Aneris recordó cómo Beatriz, la jardinera, le había explicado que Agnes se había hecho cargo de toda la educación de su hija—. ¿Fue tu madre?

—Sí, nos encantaba pintar y dibujar juntas.

Aneris echó una última ojeada al dibujo y luego lo dejó en la mesa.

—Sigo sin entender cómo una niña normal que vivía en casa con su madre ha acabado aquí.

—Tengo miedo a que me repudies cuando conozcas el motivo.

Aneris invitó a Estrella a sentarse a su lado.

—Tal vez tú sientas lo mismo por mí cuando sepas qué se esconde detrás de mi cicatriz, pero he prometido contártelo si tú lo hacías primero.

—Eso no ocurrirá por mi parte —aseguró Estrella.

Aneris se encogió de hombros.

—Ni por la mía. Así que, por favor, explícame qué haces aquí.

Estrella estrechó la mano de Aneris para armarse de valor y contar su historia. Nunca antes, ni siquiera cuando era libre, le había hablado a nadie sobre su rara y trágica enfermedad. Pero Aneris no era una cualquiera. Era la única persona que le importaba en su vida junto a su madre. La amaba tanto como su corazón le permitía. Aspiró profundamente para serenarse y soltó todo lo que tenía en su interior.

—Desde que tengo memoria he vivido sola con mamá. Mi abuela murió estando mamá embarazada y mi abuelo tardó tres años más en hacer lo propio. Siempre he estado con mamá en casa y con las mujeres del servicio. Me trataban muy bien, pero mamá no dejaba que me acercara mucho a ellas.

»Siempre me obligaba a permanecer a su lado y me vigilaba las veinticuatro horas del día. Ella tan solo quería protegerme de lo que yo aún no conseguía comprender. Yo era solo una niña y no entendía mi enfermedad, ni siquiera era consciente de que estaba enferma.

»Años más tarde, cuando empecé a razonar de manera más adulta, mamá me confesó que sufría una enfermedad extraña que los médicos no podían curar y que por eso no tenía que salir de casa. Me decía que la gente era muy

mala y que iban a reírse de mí a medida que fuese

creciendo porque mi problema iría haciéndose más visible a lo largo de los años. Recuerdo que en un par de ocasiones mi mamá me juntó con otros niños, pero, por lo visto, algo malo hice después porque nunca más volví a verlos.

»Yo no le di mucha importancia a la enfermedad. A pesar de lo que dijera mamá, yo entendía que una persona enferma tendía a sentirse mal y yo siempre tenía ganas de jugar en el jardín o de aprender cosas con ella.

»Pero cuando alcancé la pubertad todo cambió. Empecé a sentirme extraña y tenía pensamientos y sueños recurrentes que no conseguía interpretar. Fue a los quince años cuando ocurrió. Aquel día fue el que determinó que mi madre acabara por traerme aquí.

»Estaba durmiendo la siesta en mi habitación del ático cuando desperté de uno de esos sueños tan repetidos que no me dejaban en paz. No sabía qué hacer al respecto, pero por instinto me llevé la mano a la entrepierna y me toqué. Fue la primera vez que lo hice, pues mi madre me había enseñado que «aquello solo servía para mear».

»Me sentí tan bien y tan violenta a la vez... ¿Cómo podía ser que algo que me resultaba tan placentero estuviese mal hecho y fuera digno de castigo? Sin saberlo me estaba masturbando ante mamá. La escuché gritar cerca del armario y yo aparté las manos de mi entrepierna lo más rápido que pude. Después de aquello supe que dentro del armario empotrado mi madre había construido un minúsculo apartado secreto al que se accedía por una librería que colocó en el rellano, junto a la escalera, para tapar la puerta y por el que podía espiarme tras un espejo de doble cara. Pero lo hizo por mi bien, tenía que cuidar de mí.

—¡Alto! —interrumpió Aneris—. Ese espejo continúa en mi habitación, al igual que la librería. De hecho... —recordó cómo un día en el que se estaba aplicando un poco de maquillaje le pareció notar una especie de vibración tras él—. ¿Tu madre ha estado espiándome?

Estrella se encogió de hombros.

—Eso lo desconozco, pero si lo ha hecho ha sido por una buena causa. Ya te he dicho que mamá lo hacía por mi bien.

—Perdona, es que... —Aneris no podía salir de su asombro—. Continúa, por favor.

—¿Por dónde iba? —Estrella se concentró varios segundos para retomar el hilo de su historia—. ¡Ah, sí! Cuando mamá vio lo que estaba haciendo se

enfadó mucho conmigo. Me dijo que mi enfermedad estaba empezando a empeorar y que lo mejor sería apartarme de allí un tiempo, ya que pronto la gente del servicio podría empezar a sospechar.

»Estuve encerrada más de un mes en el ático. Mamá cerraba con llave y venía a verme con mucha frecuencia. Yo me enfadaba mucho, quería salir de allí, pero mamá me prometió que estaba construyendo un nuevo hogar para mí y que había hablado con un médico muy importante que iba a curarme. Así que esperé paciente.

»Una noche me sacó de la cama y me pidió que metiera en una maleta toda mi ropa y en otra todos mis libros o cosas que pudiera echar de menos a corto plazo. Yo pensé que nos íbamos de viaje, pero me trajo hasta aquí. Cuando me mostró esta habitación creía que se trataba de una broma, pero me dijo que tenía que estar allí hasta que el médico llegara, que tardaría dos o tres días, y que allí me recuperaría de mi tratamiento.

»El médico tardó cinco días en venir. Cuando entró en la habitación junto a mamá me pidió que me desnudara y me tumbara sobre la cama. Luego me inyectó algo y, cuando desperté, él ya no estaba. Mamá en cambio sí. Estaba esperando sentada en una de las sillas y, cuando vio que recobraba la conciencia, respiró aliviada. Al parecer, aquel tratamiento conllevaba un elevado riesgo de muerte. Pero todo salió bien.

—¿Qué salió bien, Estrella? ¿Qué ocurrió en esta habitación? —Aneris se mostraba inquieta ante la incertidumbre.

—Te lo mostraré, pero no te asustes —dijo Estrella poniéndose en pie.

Retrocedió unos pasos para mantener una cierta distancia con Aneris, pues desconocía cuál iba a ser su reacción. Se subió el camión hasta las axilas y se bajó las bragas.

Aneris se llevó una mano a los ojos escandalizada. Entre el vello púbico de Estrella, había una gran cicatriz vertical gruesa y maltrecha. Intentó disimular su espanto ante Estrella, pero esta no lo pasó por alto.

—Lo sé, es horrible. ¿Ves como soy un monstruo? No pudo quedar mejor, pero al menos mamá consiguió que «me arreglaran» un poco —dijo subiéndose de nuevo las bragas y bajándose el camión.

—Pero... Pero ¿Qué te han hecho, Estrella? ¿Qué es esa cicatriz?

Estrella volvió a sentarse a su lado.

—No había otra salida, Aneris. Tuvieron que extirparme el pene y los testículos. Me dijo mamá que así terminarían las pesadillas y que, de esta forma, lograríamos eliminar parte de mi enfermedad.

Aneris agarró el rostro de Estrella entre sus manos y lo zarandeó, gritándole:

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? ¿Eres consciente de la gravedad de todo esto? ¡Agnes es una maldita psicópata!

Estrella se zafó de sus garras con brusquedad, visiblemente dolida por sus palabras:

—¡No hables así de mamá! ¡Lo único que ha hecho ella es protegerme de los demás! ¿Quién querría tener a su lado a una niña con pene y testículos? ¿Eh? —Estrella empezó a sollozar—. ¡Hacemos lo posible para que no se me note y yo sea feliz! Me depilo y me afeito todos los días.

—Estrella, ¿es que no te das cuenta de que tu madre te ha hecho creer que tienes una enfermedad que no existe?

—¡Sí que existe! ¡Se llama disforia de género! —chilló Estrella golpeando la mesa con la palma de la mano.

—Estrella, ¡piensa! Si tú hubieras sufrido disforia de género tu madre te habría mandado a especialistas para tratarte, ¡no te habría castrado y encerrado aquí! Desconozco qué la ha llevado a hacerte algo así.

—¡No me castraron! ¡Yo soy una mujer! Solo intentaron solucionar parte del problema.

—¡No, Estrella! ¡Estoy segura de que naciste varón y de que la loca de tu madre y su insano odio hacia los hombres consiguieron convertirte en lo que eres ahora!

—¡NO! ¡No, no y no! ¡Mientes! ¡Mentirosa!

Estrella descargó su puño contra la nariz de Aneris. El golpe le hizo perder el conocimiento en el acto.

6

Ya no dormía, había dejado de hacerlo hacía ya un rato, pero se sentía tan fresca y relajada envuelta en la penumbra de la habitación bajo el aire que arrancaban las aspas del ventilador, que prefirió permanecer un rato más en la cama. Pronto tendría que preparar algo de merienda y subírsela a Aneris al ático.

Sentía que su objetivo no tardaría en llegar. Aneris ya había comprobado lo que le esperaba en el terreno sentimental masculino y estaba recibiendo apoyo en todos los sentidos por su parte. ¿Qué más necesitaba para darse cuenta de que estaban hechas la una para la otra?

—Tal vez esta noche abra un buen vino y prepare una cena romántica —fantaseó Agnes con la ilusión y el entusiasmo de una quinceañera—. Le pediré que se venga a vivir conmigo para siempre. Todo esto será suyo el día que yo falte.

La memoria llamó a la puerta de su mente para recordarle que tenía una gran responsabilidad a sus espaldas para con Estrella.

—Tal vez Aneris esté preparada algún día para conocerla. Estrella la necesitará el día que yo muera.

En abril del próximo año Estrella cumpliría veintitrés años. Podría celebrar una fiesta de cumpleaños en la fábrica y presentarle a Aneris. Para entonces ellas ya tendrían su amor más que consolidado y Aneris tendría que aceptar a su hija y la vida que llevaba.

—Dios mío, cómo pasa el tiempo... Veintitrés años en abril.

Febrero 1978

Desde que Marisa había muerto, Agnes había vuelto a recaer en su depresión. Sucedió una mañana de enero de la manera más absurda del mundo. Tropezó al bajar por las escaleras de mármol y rodó por ellas hasta golpearse en la cabeza con el último peldaño, quedando inconsciente ante la mirada de dos chicas del servicio. Los servicios de urgencias la trasladaron de inmediato a un hospital, pero nada se pudo hacer por salvarle la vida. Tras once días en coma y dos intervenciones quirúrgicas murió en aquella fría habitación de hospital, mientras Agnes le sostenía la mano.

Joaquín se volcó en el trabajo para superar la pérdida de su esposa y Agnes volvió a encerrarse en su cuarto.

El médico que venía a casa a hacerle las revisiones del embarazo le recomendó que intentara relajarse, ya que el shock sufrido por la repentina muerte de su madre podía perjudicar al niño.

—¿Al niño? ¿Por qué ha de ser un niño? —le había preguntado Agnes al doctor con desprecio.

—Bueno, o una niña. Lo he dicho sin pensar, Agnes. La costumbre...

—Claro... En esta sociedad machista se dice por defecto el bebé, el niño, el futuro hijo... —le había reprochado ella palpándose la barriga—. Pero le digo una cosa, mi bebé es una niña.

—¿Es que se ha hecho una ecografía sin consultármelo?

—No, ya sabe que solo quiero que me atienda en casa.

—Entonces... ¿cómo puede estar segura de que su bebé es una niña,

Agnes?

—Porque lo sé. Una madre sabe esas cosas... Usted nunca lo entenderá.

—Bueno, ya que está tan segura, ¿tiene algún nombre en mente?

—Por supuesto, se llamará Estrella.

Abril de 1978

Unas lluvias terribles e interminables asolaban Mollina aquellos días. Los cultivos de muchos lugareños se habían echado a perder y muchas cabezas de ganado habían perecido bajo la lluvia. Agnes se preguntó, observando desde la ventana la gran cortina de agua que caía imparable sobre los cristales, cuándo volvería a brillar el sol. En tres semanas salía de cuentas y no quería que su hija llegara al mundo entre tanta catástrofe.

Era sábado y se encontraba sola en casa. Joaquín se había ido a Málaga para cerrar un acuerdo con un cliente y el servicio no volvería hasta la primera hora del día siguiente. La luz se había ido y Agnes se vio obligada a acercarse a una ventana y sentarse a leer en un butacón a la luz de un candelabro.

Llevaba todo el día con calambres en el bajo vientre muy similares a los que sentía cuando tenía la menstruación, pero como aún «no era el momento», achacó los dolores al embarazo.

Sobre las diez y media de la noche, tras haberse preparado un simple sándwich de pavo, los dolores empezaron a aumentar de manera considerable. Asustada, se tumbó en la cama.

—No puede ser. Aún no... —dijo en voz alta retorciéndose.

Siguió los consejos que la comadrona le había dado en las clases de parto en casa para atenuar el dolor. ¿Cómo iba a dar a luz ella sola? Descolgó el teléfono de la mesita de noche y, horrorizada, comprobó que tampoco había línea. No podía llamar a su padre ni a la partera que tenía contratada para asistir el parto ni a nadie que pudiera ayudarla. Estaba ella sola con su bebé.

—Nooo... —gritó ante otra contracción más profunda.

Miró el reloj de la mesita de noche y vio que tan solo habían pasado diez minutos. ¿Cuánto tiempo iba a tener que soportar más aquellos calambres insufribles? Había leído que existían mujeres que parían en pocos minutos y otras que, en cambio, podían pasar veinticuatro horas así antes de dar a luz. Si la línea telefónica no volvía a funcionar, ¿iba a pasar así el resto de la noche hasta que llegara el servicio a primera hora de la mañana? Casi lo

prefería a dar a luz sola. En tal caso, ambas opciones se le hacían un mundo.

—¡Dios mío! —chilló Agnes cuando sintió que rompía aguas empapando toda la cama—. Ya está aquí...

Transcurrieron dos lentas horas agónicas hasta que las contracciones fueron tan fuertes que obligaron a Agnes a empujar. Se aferró con firmeza al cabecero de la cama, se abrió de piernas y apretó con todas sus fuerzas, mientras un grito desgarrador escapaba por su garganta.

—Mamáaaaaaaa, ¡ayúdameeeeeee! —chilló empapada en sudor.

De repente sintió como si todo su interior se le cayera. Un gran peso se liberó de su vientre y un llanto acompañó a los suyos. Estrella acababa de nacer.

Agnes cogió a la pequeña ensangrentada a oscuras y se la llevó al pecho, mientras lloraba de alegría. La tapó con una manta que había a su lado y se armó de valor para bajar a la cocina.

—Ya estás aquí, mi pequeña. No llores, cariño. Mamá está aquí para protegerte.

La recién nacida movía la cabecita con efusividad bajo la manta, buscando consuelo en la piel de su madre mientras lloraba a pleno pulmón.

Agnes bajó las escaleras con el candelabro en una mano y a su pequeña en la otra. Al ver la empinada escalera recordó la fatal caída de su madre y bajó los escalones con todo el cuidado que pudo reunir aun sintiendo que las piernas le fallaban, dejando tras de sí un rastro de líquido y sangre.

En la cocina colocó la manta sobre la encimera y luego depositó a Estrella sobre ella con cuidado.

—Será solo un segundo, cariño. Mamá tiene que separarnos —dijo Agnes con un amor que jamás había sentido por nadie y con los ojos anegados de lágrimas.

Cogió el candelabro y alumbró el cajón que había bajo la encimera. Trasteó entre los cubiertos con las manos llenas de sangre buscando unas tijeras. Cuando dio con ellas rio al pensar cómo lo estaba pringando todo. El servicio tendría más trabajo de lo habitual al día siguiente.

Abrió las tijeras ante la luz del candelabro e iluminó a Estrella. Esta se debatía en llanto, agitando sus pequeños bracitos y piernas.

—¿Pero qué demon...?

Se quedó sin habla al ver que su querida y esperada Estrella no tenía una vulva entre sus piernas.

—¡No! —chilló.

Cortó el cordón umbilical de inmediato, sintiendo la necesidad de desprenderse de aquel ser indigno de ella.

—¡No! —gritó Agnes horrorizada con la mirada clavada en los genitales de Estrella—. *No puede ser...*

¿Cómo había sido tan ilusa? ¿Cómo no había contemplado la posibilidad de que su bebé fuera, efectivamente, un niño? La respuesta era muy sencilla: porque la naturaleza no podía ser tan cruel como para darle un varón después de todo lo que le había ocurrido. Jamás pensó que la vida pudiera ser más dura de lo que ya había sido con ella.

El bebé se agitaba cada vez más buscando atención y calor. Agnes lo miró sin saber qué hacer. En su interior se estaba librando una gran batalla que tenía que resolver cuanto antes.

Lo cogió por las axilas y lo escudriñó con la mirada bajo la luz parpadeante de las velas del candelabro. Amaba a su bebé, pero no podía ser un varón. Antes que eso prefería terminar con él con las tijeras que tenía a mano.

Las miró indecisa.

—No puedo... Es mi bebé... Es...

Agnes arropó a su hijo con la manta, tapándole por completo y dejándole solo la carita al descubierto.

—Es... Es mi Estrella... —dijo al fin—. *Eres mi Estrellita preciosa. Mi niña caída del cielo.*

Agnes resopló al recordar lo duro que había sido descubrir que su querida niña había resultado ser un varón y lo rápido que había conseguido solucionar el problema sin tener que acabar con su vida. Había sido más sencillo de lo que creyó en el momento en que tomó la decisión de tratar a Estrella como la niña que merecía ser. Tan solo tuvo que educarla como la niña que realmente era y hacerle entender que tenía una enfermedad que había hecho que naciera en un cuerpo que no le correspondía.

Estrella resultó tener una salud de hierro, por lo que nunca necesitó llevarla al médico de urgencia. Ella misma se encargó de cuidar de ella, aun cuando el personal del servicio le ofrecía ayuda. Nadie podía descubrir que su pequeña tenía un feo y asqueroso pene entre las piernas. Bastante desgracia tenía ya.

Cuando murió el abuelo pudo, por fin, despedir a todos los hombres que se

encontraban en el servicio y sustituirlos por mujeres. Al fin toda la plantilla era femenina y así Estrella podía tener un referente claro a lo que debía parecerse y ser. Finalmente cerró la aceitera y se quedó con todo el dinero. Ambas lo iban a necesitar para vivir con todas las comodidades al margen de la sociedad.

Estrella nunca dio problemas. Siempre fue obediente y asimiló su enfermedad en secreto. Por esa razón Agnes pensó que tal vez podía llevarla algún día al parque para que se relacionara con niños y niñas de su edad. En la primera visita no sucedió nada destacable. Estrella enseguida se unió a un grupo de crías de su edad y jugó a pilla-pilla toda la tarde bajo la atenta mirada de Agnes, que observaba todos sus movimientos desde un banco. Las niñas corrían allí y allá en parejas mientras otra se apresuraba a darles caza. Agnes sonrió al observar que Estrella les sacaba a todas dos palmos. «Mi pequeña será tan alta como una modelo», había pensado Agnes, orgullosa.

La segunda visita al parque fue la última. Estrella se juntó con un grupo comprendido de niños y niñas, y Agnes tuvo que extremar la precaución. Jugaron a balón prisionero, ocupando prácticamente toda la zona de tierra del parque y todo fluyó con total normalidad hasta que Estrella lanzó el balón fuera y un niño se le acercó, desafiante, para recriminarle su gran error. Estrella no lo pensó dos veces y le propinó un fuerte empujón. El niño cayó al suelo avergonzado al ver que sus compañeros se reían de él porque «le había pegado una niña». Harto de la humillación, se incorporó con las palmas de las manos raspadas por la gravilla y se enzarzó en una pelea con Estrella. Mientras los niños luchaban, varias madres que descansaban en otros bancos, alarmadas, acudieron a su encuentro. Agnes hizo lo propio con el corazón en un puño.

—¡Te vas a enterar! —había chillado el rival de Estrella antes de soltarle una patada que terminó golpeándole en su parte secreta.

Estrella cayó en el acto sobre la grava, retorciéndose de dolor y llevándose las manos a la entrepierna.

—¡Mamá! —había gritado pidiendo auxilio—. Me ha dado en...

Agnes llegó justo a tiempo para hacer callar a su hija.

—¡Ya estoy aquí, cariño! —Había chillado Agnes arrodillándose ante su hija y ayudándola a incorporarse.

El niño al que Estrella había golpeado había quedado hecho un cristo.

—Pega como un niño, mamá... —se había quejado a su madre cuando esta llegó para atenderle.

Cuando Agnes vio como el resto de madres miraban atónitas a Estrella sin comprender cómo aquella niña de carita dulce había destrozado la de su compañero. Las mujeres empezaron a cuchichear y, mientras Estrella seguía quejándose con la mano en la entrepierna, Agnes tiró de ella, obligándola a caminar después de haber sufrido una patada en los testículos. «Nunca más», se prometió Agnes.

En la pubertad volvió a dar señales que se salían del camino. A veces se negaba a ponerse los vestidos que Agnes le hacía y se cortó las trenzas en dos ocasiones en un arrebató de furia, alegando que no le gustaba tener el pelo largo, pero Agnes consiguió corregir todas aquellas irregularidades con mano firme.

Pero lo peor aún estaba por llegar. Agnes siempre la observaba atentamente tras el espejo para contemplar si su comportamiento evolucionaba favorablemente hasta aquel fatídico día en que la vio masturbándose. Ese día supo que tenía que terminar con el problema de una vez por todas.

Construyó una vivienda para Estrella y luego contactó con un reputado cirujano que había perdido la licencia por una negligencia y le pagó diez millones de pesetas por castrar a Estrella. El doctor accedió a hacer el trabajo bajo un contrato de confidencialidad.

Cuando Estrella vio lo que le habían hecho fue más fácil convencerla de que no la aceptarían en el mundo real. Lo mejor que le podía pasar era seguir viviendo al margen de todo bajo el cuidado de su madre. Al fin y al cabo así había sido desde que nació.

Alguien llamó al timbre, arrancándola de sus pensamientos. Se levantó de la cama farfullando, cabreada, temiéndose de que el pesado del mecánico se hubiera atrevido a volver desobedeciéndola. Se dirigió a la biblioteca y se asomó tímidamente por una de las ventanas que daba a la calle.

—Me cago en tu puta madre... —maldijo Agnes cuando vio a Javier esperando en la acera.

Volvió a su cuarto en busca de las llaves. Estaba dispuesta a abrirle la puerta a aquel niño para molerlo a palos con uno de los paraguas que guardaba en el mueble del recibidor.

Descorrió las cortinas apresuradamente, dejando que la luz del día penetrara en la habitación, y se dirigió como una bala hacia la mesita de noche, donde había dejado las llaves antes de irse a dormir.

—¿Pero qué...? —se preguntó en voz alta cuando la descubrió vacía.

El timbre sonó de nuevo, pero Agnes no prestó atención. Miró debajo de la

cama para ver si su preciado manojito de llaves había caído al suelo al depositarlas sobre la mesita, pero no encontró nada más que polvo.

—No puede ser...

Rebuscó entre los cajones y sobre las superficies de todos los muebles que componían el cuarto sin resultado. Tal vez las había colocado en otro lugar, pero recordaba con nitidez la imagen de las llaves reposando sobre la mesita. Un presentimiento atroz empezó a invadirla, paralizándola.

—No habrá sido capaz...

Salió de la habitación y enfiló las escaleras hacia el ático.

—¡Aneris, querida! —chilló cuando llegó al rellano.

La puerta de la habitación de Aneris estaba entornada. La abrió de un manotazo sin tener en cuenta que tal vez su querida Aneris no tuviera nada que ver con todo aquello, pero cuando vio la cama vacía confirmó sus sospechas.

Volvió a su cuarto y se vistió con lo primero que encontró, luego corrió hacia la biblioteca para ver si Javier continuaba esperando. Respiró aliviada al ver que la calle estaba desierta.

—Bien, un problema menos.

Salió al jardín trasero aún con la esperanza de que todo aquello tuviera una explicación más sencilla a la que ella se temía. Tal vez Aneris se había despertado y había querido salir a estirar las piernas con la mala suerte de que había extraviado sus llaves y se había atrevido a entrar a hurtadillas en su habitación para tomárselas prestadas.

—¡Y una mierda! —espetó Agnes cuando encontró el candado de la verja abierto—. No te bastó con meter las narices en su día. ¡Tenías que meter el cuerpo entero!

Abrió la verja con una fuerte patada y entró en el solar.

7

Nadie contestó a su llamada. Le pareció atisbar un ligero movimiento tras las cortinas de una de las ventanas del primer piso que daban a la calle, pero todo quedó en eso, en algo que no pudo precisar si había sido producto de su imaginación o que si Aneris o Agnes habían escuchado el timbre y, viendo que era él el que esperaba, habían optado por ignorarle.

Al ver que al segundo intento nadie le contestaba, optó por ir a la vieja aceitera por si su Sirena continuaba deambulando por allí como el día anterior.

Cuando cruzó el agujero abierto en la verja, una nueva oleada de nostalgia y sentimientos le invadieron. Se hallaba en el mismo lugar en que aquella noche lo descubrió de manera fortuita, pero la situación había cambiado tanto desde entonces...

—Sirena... —musitó tristemente.

Cruzó el camino que ya habían definido ellos entre la hierba alta y penetró en la fábrica.

—¿Sirena? —preguntó temeroso cuando se adentró en la gran sala.

Todo permanecía tal y como lo recordaba la última vez que estuvo allí con Aneris, pues el día anterior se había limitado a espiarla solo desde fuera.

Atrás quedaron los temores que la Ouija y aquella extraña cancioncilla, que parecía emerger de las paredes, le indujeron tanto respeto. Todo le daba igual. Su único propósito era encontrar a Aneris y convencerla de que en su corazón solo había espacio para ella.

Al comprobar que la gran sala estaba vacía decidió abandonar el lugar e ir en busca de Aneris por la otra cara de la fábrica. El día anterior la había visto trastear con una trampa que nunca antes habían visto.

Sin embargo, el olor a quemado que inundaba la sala le obligó a detenerse ante la entrada y a retroceder. Había detectado el hedor desde el primer momento en el que entró, restándole importancia y relacionándolo con algún agricultor que estuviera quemando rastrojos. Pero cuando abrió la puerta para salir los conceptos «olor a quemado» y «chimenea» se conectaron en su mente, dejándolo completamente paralizado.

Se giró en redondo y corrió hacia el pasillo que conducía hacia el patio interior, donde se encontraba la gran chimenea de ladrillo rojo que Aneris descubrió en su primera visita en la aceitera.

A medida que lo recorría, el olor a quemado iba intensificándose cada vez más. Con lágrimas surcándole los pómulos, Javier se preguntó si su Sirena no habría cometido una locura.

—Sirena, más vale que estés bien. Si no... —dijo Javier con la voz entrecortada por la preocupación.

Abrió la puerta que daba al patio, propinándole una fuerte patada. La portezuela metálica que cerraba la chimenea se hallaba entreabierta. Los candados que antes la cerraban yacían en el suelo y del interior emergía un hedor nauseabundo a carne chamuscada.

—No. No... —lloriqueó Javier, temiéndose lo peor.

Retiró la puerta y la luz del día descubrió una silueta humana calcinada.

—¡Sirena! —chilló horrorizado.

El cuerpo yacía desprovisto de piel y pelo. En algunas zonas alcanzó ver el hueso, lo que le provocó una arcada que le hizo vomitar.

—¡Oh, no! —se lamentó sabiendo que había encontrado a su Sirena. Estaba convencido de que Agnes la había matado y quemado para intentar deshacerse del cuerpo o borrar pistas.

Quiso abrazar el cuerpo de todas formas para sentir por última vez a su Sirena bajo sus brazos, pero sabía que no podía tocar nada. Era la escena de un crimen y había aprendido mucho sobre ellas viendo una serie policiaca que emitían los lunes por la noche.

Se sentó en una esquina cerca de la puerta y se sentó en el suelo, abrazándose las piernas mientras lloraba como un niño.

8

—Ya está todo perdido. Lo sabes, ¿verdad?

Estrella asintió con el rostro compungido. Miró a Aneris, que yacía inconsciente sobre la cama y con la nariz ensangrentada.

—¿Y qué va a pasar ahora, mamá? ¿Qué va a ser de mí?

—Lo sabremos en cuanto despierte. Veremos si comprende nuestra situación y se mantiene en silencio. Eso sería lo ideal. Pero si no es así, sé cómo hacerla callar. Aunque, en ese caso, también la perdería.

Agnes se echó a llorar y se encendió un cigarrillo con el único fin de calmar sus nervios.

—¿Puedes fumar fuera, mamá? Aquí hay poca ventilación y el olor a tabaco tarda días en desaparecer.

—Claro —contestó entre sollozos.

Agnes se dirigió a la gran sala de al lado y se quedó en silencio mientras daba profundas bocanadas al cigarrillo. Estrella la siguió cabizbaja como un perrillo faldero.

—La culpa es vuestra —irrumpió Agnes al fin—. Aneris no debería haberse inmiscuido en mis asuntos y tú no tendrías que haber hablado tanto. No sabes lo cara que me puede salir tu confesión.

—Lo siento, mamá. ¿Y qué iba a decirle si no? Estoy segura de que terminará comprendiéndolo, ya lo verás...

Agnes propinó una sonora colleja a Estrella.

—Más vale que sea así por la cuenta que nos trae.

—¿A-Agnes?

Ambas se giraron sobresaltadas. Aneris había recuperado la conciencia y las observaba con la cara desencajada desde el umbral de la puerta.

—¡Querida! —exclamó Agnes, intentando disimular su nerviosismo—. Disculpa a Estrella... Estaba asustada y reaccionó de forma indebida. Pero no te preocupes, recibirá un castigo por ello.

Estrella asintió con la cabeza gacha sin mirar a Aneris. Agnes, en cambio, empezó a avanzar con cautela hacia ella.

—¡No te acerques a mí! —advirtió Aneris—. ¡Estás loca! Estrella me lo ha contado todo.

Agnes se detuvo.

—¿Que yo estoy loca? ¿Y qué hay de ti? ¿Le preguntamos a Alba? ¡Ah, no! Espera... ¡Si está muerta!

—¿Qué...? —Aneris no podía creer lo que estaba oyendo.

—Lo que oyes, querida. Cuando Estrella me contó que habías estado deambulando por mi fábrica me apresuré en descubrir qué cojones habías estado haciendo. Le di a Teresa el día libre y vine hacia aquí inmediatamente. Cuando encontré a Alba moribunda en la planta baja, con suministros de comida y con una manta de mi propia casa, entendí lo que habías estado haciendo.

—Fue un accidente... —contestó Aneris. Clavó su mirada en Estrella—. ¡Tú lo oíste todo, Estrella! ¡Díselo!

Estrella sacudió la cabeza y permaneció en silencio.

—Estrella ya le ha contado a mamá lo que escuchó y te entiendo, querida. Lo que no se entiende es lo que hiciste después con ella. —Agnes resopló fingiendo sentirse apenada—. Se me partió el corazón cuando Alba me vio y me contó todo lo que le hiciste. Pobrecilla, si hubieras visto su cara cuando me vio entrar por la puerta... Creía que iba a sacarla de allí —soltó una carcajada que retumbó en toda la sala.

Aneris se derrumbó.

—No sabía qué hacer... Tenía miedo y se me fue de las manos...

Viendo cómo Aneris se volvía vulnerable, Agnes aprovechó la oportunidad para intentar persuadirla.

—Por eso tuve que matarla, querida. La Policía no iba a entender todo lo que habías hecho y tienes toda una vida por delante. No merecías acabar entre rejas por una desgraciada que te jodía la existencia.

Aneris tragó saliva.

—¿Qué... qué has hecho con ella?

—La asfixié con la manta y la quemé junto a todas las pruebas que podían incriminarte.

—¿¿Qué??

Agnes dio un paso al frente.

—Tranquila, querida. Ya estás fuera de peligro. Tan solo debes dejar que acabe de ocuparme de un par de cosas y todo habrá terminado. Y ahora... — Agnes avanzó dos pasos más—, ¿podrías venir aquí con nosotras para hablar de Estrella? Déjame que te explique y entonces...

—¡No! Ahora mismo pienso ir a la Policía a contarle todo lo que has hecho con Alba y con Estrella. ¡No me importa si tengo que acabar pagando mi parte!

Dicho esto, Aneris se giró en redondo y entró al rellano para huir escaleras abajo.

—Estrella, ¡cógela! —ordenó Agnes poniendo el grito en el cielo.

Estrella obedeció y corrió tras ella.

Aneris sentía cómo los pies le volaban sobre los peldaños. Los gritos de Agnes le llegaban lejanos y la respiración agitada de Estrella sonaba cada vez más próxima a ella. Llegó al rellano de la planta baja como una tromba cuando una voz que la reclamaba le llegó a través de las entradas selladas con cemento que daban a la sala principal de la aceitera.

—¡Sirena, estás viva! ¡Puedo oírte! ¿Dónde estás?

Aneris dio media vuelta y, en lugar de continuar escaleras abajo, aprovechó la oportunidad para indicarle a Javier dónde se encontraba, sabiendo que Estrella la alcanzaría. Golpeó los muros sellados de cemento con ímpetu, haciéndolos temblar.

—¡Estoy aquí detrás, Javier! —indicó, histérica.

—¿Cómo te has metido ahí? —Javier golpeaba los muros desde el otro lado con fuerza, como si pudiera derribarlos.

—¡Busca una trampilla, Javier! ¡Está al otro lado de la fábrica!

Los brazos de Estrella se aferraron alrededor de su cuerpo y la levantó como si de un saco vacío se tratara. Aneris pataleó frenéticamente. Atrapó uno de los mechones de Estrella y tiró de él con fuerza hasta arrancarlo.

—¡Ahhhhhhhh! —gritó Estrella—. ¡No me obligues a hacerte daño, Aneris! ¡Por favor!

—¡Suéltameeeeeeee! —suplicó entre sollozos—. No me mates, por

favor... ¡Tú no eres como tu madre!

Estrella enfiló las escaleras con Aneris a cuestas.

—¡Estrella! —gritó Agnes desde arriba.

—¡Ya voy, mamá! ¡La tengo!

Aneris forcejeó y se batió bajo los brazos de Estrella cuanto pudo, sabiendo que no podría librarse de ella. No podía competir contra la fuerza de un hombre de más de un metro ochenta de altura.

9

—¿Pero qué...?

Javier escuchó algo similar a una carcajada seguida de unos gritos. La voz era femenina y destilaba cólera. Se incorporó sacudiéndose el polvo de los pantalones y dedicó una última mirada al cuerpo quemado que sobresalía tímidamente por la puerta de la chimenea.

—Volveré, Sirena. Iré a buscar ayuda.

«Mejor será que llames a la funeraria. Aquí ya no hay gran cosa que hacer», se dijo a sí mismo con el corazón en un puño.

Corrió por el pasillo hasta que llegó de nuevo a la gran sala. Ahora la voz sonaba lastimera y parecía estar en apuros.

Miró a su alrededor sin saber a dónde dirigirse. Fuera quien fuese el que necesitaba ayuda parecía estar allí dentro muy cerca de él, pero no hallaba el modo de localizar el foco de los gritos.

Unos pasos retumbaron sobre el piso superior, haciendo temblar todos los muros de la vieja estructura. Recordó el día en que Aneris y él habían buscado las escaleras para subir al piso superior en su primera visita como exploradores y cómo no habían hallado el modo. Miró al final de la sala y vio los grandes arcos sellados con cemento. Algo estaba sucediendo tras ellos, pudo oír movimiento tras aquellas pesadas paredes.

Javier corrió hacia los arcos y apoyó la oreja sobre el frío hormigón, en un intento de descifrar lo que estaba ocurriendo tras ellos.

—¿Sirena? —se preguntó cuando escuchó a Aneris lloriquear tras la pared. Estaba completamente seguro de que era ella. ¿Cómo no iba a reconocer su timbre de voz? —¡Sirena, estás viva! ¡¡Puedo oírte!! ¿Dónde estás? —bramó, triunfal.

—¿Javier? ¡Socorro! ¡Ayúdame! —contestó Aneris al otro lado.

Sintió cómo los puños de Aneris aporreaban el cemento desesperadamente.

Él hizo lo propio.

—¿Cómo te has metido ahí? —preguntó desesperado al no poder socorrerla.

—¡Busca una trampa, Javier! ¡Está al otro lado de la fábrica!

Sin pensarlo dos veces abandonó la gran sala mientras los gritos de Aneris se acrecentaban. Por suerte, sabía dónde estaba la dichosa trampa. Si no hubiese estado espiándola el día anterior habría tardado en dar con ella. Buscó entre los escombros que rodeaban la fábrica y se hizo con una barra de acero para plantar cara a lo que demonios estuviese atacando a su Sirena.

El candado que custodiaba la trampa yacía en el suelo. Javier se lanzó sobre la losa de metal para destaparla, pero algo se lo impidió.

—¡Mierda! —gruñó empapado en sudor.

Se armó de paciencia para no perder el control y se agachó para mirar entre el resquicio que había entre la losa y la base de ladrillo. Introdujo la barra de acero y la abrió un poco. Alguien había cerrado desde el interior con un cerrojo.

—¡Joder!

Javier encajó la barra sobre el pestillo e hizo palanca para reventarlo.

—¡Vamos, por favor! ¡Venga!

Gritó notando cómo todos los músculos del cuerpo se le tensaban y endurecían para rendir al máximo. La trampa empezó a abrirse lentamente mientras las clavijas del pestillo iban rompiéndose, escupiendo tornillos hacia el interior.

Javier chilló de alegría mientras continuaba empujando la barra. Finalmente el pestillo se rindió, emitiendo un chasquido.

Calló de bruces, raspándose los antebrazos con la tierra y las piedras que componían el suelo. Se levantó de un salto y se hizo de nuevo con la barra sin prestar atención a la sangre que empezaba a emanarle con rapidez de sus nuevas heridas.

Abrió la trampa con rapidez y descubrió una escalera de caracol. Había luz y olía a humedad y abandono.

—Joder... —musitó bajando los peldaños con cuidado de no tropezar.

—¡Lo has estropeado todo! ¡Maldita seas! —gruñó Agnes sobre el rostro de Aneris.

Estrella la tenía entre sus brazos. Había dejado de sacudirse hacía ya unos minutos. Sabía que no podía librarse de Estrella y también que se encontraba en peligro, así que decidió guardar todas sus energías por si volvía a tener la oportunidad de escapar.

—Entonces, ¿dices que el mecánico viene hacia aquí? —preguntó Agnes, agitada, a Estrella.

Esta asintió con vehemencia.

—Le ha dicho que se metiera por la trampilla. ¿Quieres que me encargue yo de él? Tú no vas a poder, mamá.

—¡Ja! ¿Qué no? —rio Agnes cuando vio el cuchillo a pocos metros de Estrella.

—¡Si le haces algo te mataré, hija de puta! —advirtió Aneris.

—¡Vaya! Creo que alguien sigue enamorada de ese capullo. Creía que ya habías escarmentado. Te creía más lista...

Agnes se agachó y recogió el cuchillo. Lo limpió con la camiseta, quitándole toda la gravilla, como si se dispusiera a cortar un bistec. Corrió hacia la puerta y se posicionó a un lado, esperando a que Javier cruzara el umbral.

—¿Sirena?

La voz de Javier se abrió paso por el hueco de la escalera. Agnes sonrió y le hizo un gesto a Aneris con el dedo índice para que guardara silencio.

—¡No subas, Javier! Agnes tien...

Estrella le tapó la boca para hacerla callar.

Aneris se debatió bajo su mano hasta que pudo abrir la boca. Hundió los dientes sobre los dedos de Estrella hasta que sintió que un líquido caliente comenzaba a brotarle por las comisuras de los labios.

Estrella soltó un alarido de dolor y de forma inconsciente soltó a Aneris:

—¡No subas, Javier! ¡Agnes tiene un cuchillo!

Aneris se dispuso a cruzar la gran sala para enfrentarse a Agnes. Javier apareció con la barra en alto tras la puerta y penetró en el interior, dispuesto a descargarla sobre la primera persona que se le pusiera por delante.

—¡NO! —aulló Aneris cuando Agnes asestó una puñalada al torso de Javier—. ¡No, por favor!

El rostro de Javier se contrajo en una mueca de sorpresa e incredulidad. La barra de acero se le cayó de las manos y se precipitó hacia el suelo, mientras, jadeando, se debatía con el dolor.

Aneris se abalanzó sobre él y se precipitó a taponarle la herida con manos

temblorosas. Él aulló al sentir la presión. La bruja de Agnes le había pinchado en algún punto entre el hombro y el pectoral. Se preguntó, horrorizado, si le habría perforado el pulmón.

—¡No te mueras, Javier! —suplicó Aneris agazapada a su lado mientras contemplaba cómo la sangre brotaba a borbotones bajo sus dedos. Se giró y clavó su mirada en Agnes—. ¡Hija de puta! ¡Vas a pagar por esto!

—Si-Sirena... Te a-amó. Perdóname... —balbuceó Javier—. Dile a mi pa-padre que le qui...

—¡No te despidas! —suplicó Aneris con los ojos anegados de lágrimas—. ¡Vas a salir de esta y te vas a poner bien!

—Oh... Qué tierno —observó Agnes, burlona, jugueteando con el cuchillo con las manos.

Estrella se acercó a su madre con cautela, apretándose la mano herida con la otra.

—Mamá... Esto no está bien, esto no.

—¿Y qué quieres que haga, eh? —le recriminó Agnes encarándose a ella—. ¡Todo esto lo he hecho para protegerte!

—¡No! ¡Todo esto lo has hecho para protegerte a ti misma porque sabes que eres un maldito monstruo! —espetó Aneris.

—¡Mamá! ¡Tienes que entregarte! ¿Qué vas a hacer? ¿Matarla a ella también?

Agnes miró a Aneris intentando mantenerse firme, pero los ojos de María estaban más vivos que nunca en su mirada. Aneris estaba muerta de miedo y temía por su vida, como lo estaba María la última vez que la vio con vida en aquella fatídica noche de agosto.

—Yo no puedo... —concluyó sollozando—. Tendrás que hacerlo tú.

Le tendió el cuchillo a Estrella. Esta vaciló unos instantes antes de cogerlo.

—¿Yo...? —preguntó mirando el cuchillo empapado con la sangre de Javier—. No voy a poder, mamá. Yo no quiero que muera.

Aneris observaba atónita y muerta de terror la conversación que estaban manteniendo madre e hija. Miró a Javier, que palidecía cada vez más.

—Lo siento... —le susurró, al mismo tiempo que dejaba de taponarle la herida.

Javier asintió mordiéndose el labio para ahogar el dolor.

Aneris cogió la barra de acero sigilosamente.

—Estrella, cariño. Si no lo haces mamá irá a la cárcel y tú... ¡A ti te encerrarán en un hospital! ¿Eso es lo que quieres?

—No, mamá. Pero es que...

Aneris se alzó rauda y descargó la barra de metal contra el cráneo de Agnes. Una nubecilla vaporosa de sangre quedó suspendida en el aire durante unos segundos antes de que cayera al suelo.

—¡Joder! —chilló Aneris con el rostro cubierto de salpicaduras de sangre.

—¡Nooo! ¡Mamá! —graznó Estrella arrojándose a su lado—. Mamá...

El cuchillo se le cayó de las manos y Aneris se lanzó a cogerlo inmediatamente. Señaló a Estrella con él y la amenazó.

—¡Apártate de ella! —le ordenó—. ¡Sal de aquí ahora mismo y ve a pedir ayuda! Si no lo haces te juro por Dios que la mato.

Agnes jadeaba inerte en el suelo. Se llevó una mano a la cabeza y notó cómo el cráneo le cedía bajo el cuero cabelludo.

—Pero yo no puedo salir... —lloriqueó Estrella con la vista fija en su madre.

—¡Claro que puedes! —Aneris se arrodilló ante Agnes y puso el cuchillo sobre su garganta—. ¡Sal de aquí o le corto el cuello!

Estrella asintió y desapareció escaleras abajo. Cuando Aneris dejó de escuchar sus pisadas, arrojó el cuchillo lo más lejos que pudo. Se acercó a Javier y le volvió a taponar la herida. Este aulló de dolor cuando sintió de nuevo la presión.

—Lo siento, Javier. Tendrás que aguantar un poco más.

—Ja, ja, ja —rió Agnes sin fuerzas a sus espaldas.

Aneris se giró y vio cómo a Agnes se le ponían los ojos en blanco. Un tic extrañó empezó a recorrerle la pierna, sacudiéndosela como un pez fuera del agua.

—Querida... Eres toda una heroína... —Tragó saliva con dificultad.

—¡Putá! —bramó Javier con esfuerzo.

—Ay, mecánico... Qué iluso eres. ¡Qué... qué poco sabes de la persona que te está... salvando la vida...!

Aneris sintió como los pelillos de la nuca se le erizaban. Se puso en pie, abandonando de nuevo a Javier y se acercó a Agnes.

—¿Te ha contado lo que pone en el papel que... esconde en su cómoda? —preguntó Agnes con una risa sarcástica.

—¿Qué papel, Sirena? ¿A qué... a qué se refiere?

Agnes rompió a reír con los ojos completamente en blanco mientras se sacudía entre temblores.

—A nada. No se refiere a nada. —Aneris lanzó un fuerte puntapié sobre el

cráneo roto de Agnes. Esta dejó de reír en el acto cuando su cabeza se sacudió fuertemente al ser pateada como un balón.

Agnes acababa de morir.

—¿Qué ha-has hecho, Sirena? —preguntó Javier cuando se hizo el silencio.

—Terminar con su agonía.

XI. Los días después

Doce días más tarde, después de que la Guardia Civil y su Departamento de Criminalística hicieran las pruebas y los interrogatorios pertinentes después de lo acontecido, un agente se presentó en el Hotel Fortes donde Aneris se había hospedado todos aquellos días. Le hizo saber que ya podía irse de Mollina si así lo deseaba pero sin abandonar el país.

—Gracias. Es todo un alivio saber que ya puedo marcharme de aquí —le había respondido ella.

El guardia civil le informó de que Estrella, que se hallaba internada en un hospital psiquiátrico, había acabado confesado que Agnes había secuestrado y asesinado a Alba tras conocer la mala relación que tenía con Aneris. Su confesión y los resultados de las pruebas por el Departamento de Criminalística fueron suficientes para cerrar la investigación. Como Agnes había fallecido por el fuerte golpe que Aneris le había asestado con la barra en defensa propia (según testificaron Javier, Estrella y ella misma), la familia de Alba acusó a Estrella por ser cómplice de raptó y de asesinato, pero, tras varios exámenes psiquiátricos, se determinó que Estrella no podía ser juzgada. Permanecería hospitalizada hasta que se la pudiera reinsertar en la sociedad.

—Le queda mucho por pasar... —le había dicho, apenado, el agente.

La terrible historia de Estrella había conmovido a toda Mollina y al resto de España. Los medios de comunicación enseguida se hicieron eco de la noticia y docenas de periodistas estuvieron día y noche por todo el pueblo en busca de lugareños a los que poder estrujar hasta sacarles la última gota sobre Agnes y la leyenda del fantasma de la Ruda. Aneris recordó con ira cómo todas las cámaras habían estado retransmitiendo en directo el funeral de Alba una vez se le hizo la autopsia y las pruebas pertinentes. El velatorio se realizó en la iglesia y luego los familiares llevaron el ataúd hasta el cementerio sobre sus hombros, mientras todo el pueblo los acompañaba en su dolor. Ella no asistió al entierro. No le pareció correcto dadas las circunstancias.

—¿Cuándo piensa irse, señorita? —le había preguntado el agente antes de irse.

—Mañana mismo. Cogeré el primer vuelo que salga para A Coruña.

—Que tenga un buen viaje entonces. Gracias por toda su colaboración. Le deseo toda la suerte del mundo.

—A usted, señor. Igualmente.

Al día siguiente Aneris dejó la habitación del hotel. Se dirigió a recepción y pagó su estancia a pesar de que el propietario insistió en que no era necesario.

—Pero... ¿Y tu equipaje? —preguntó el hombre cuando estaba a punto de salir por la puerta al verla tan solo con una pequeña mochila sobre los hombros—. ¿Y el cuadro? ¿Te lo enviamos a algún sitio?

—No. Donen mi ropa y mi bicicleta a la parroquia. Y el cuadro y mis pinturas pueden llevarlos a Villa Ascensión. Estoy segura de que lo recibirán con los brazos abiertos —respondió Aneris con voz queda—. Hasta la vista, señor.

—¡Buena suerte, niña! ¡Y ya sabes que aquí siempre serás bien recibida!

Aneris cruzó la puerta y abandonó el establecimiento.

Cuando se halló ante la puerta respiró hondo y se armó de valor para llamar al timbre.

Segundos después la puerta se abrió y apareció Javier sin camiseta. Un aparatoso vendaje le cubría el pecho y parte del hombro izquierdo. La puñalada que le había asestado Agnes había estado a un centímetro de perforarle el pulmón.

—Sirena... —dijo Javier ilusionado.

Aneris había estado visitando a Javier en el hospital hasta que le dieron el alta. Después de aquello ella le pidió tiempo para estar sola y digerir todo lo ocurrido, cosa que él respetó.

—Vengo a despedirme, Javier.

Javier palideció en el acto.

—¿Cómo a despedirte?

—Me voy, Javier. Vuelvo a Peñeiras.

—Pero... Sirena. Ahora que ya ha pasado todo podrías quedarte aquí. Podríamos darnos una segunda oportunidad.

Javier salió del interior de su casa y se plantó ante ella.

—Te necesito, Sirena. Te quiero demasiado y... sé que tú también a mí. No te vayas, por favor... —Javier se enjugó las lágrimas y luego le acarició la mejilla.

Aneris se dejó acariciar por él por primera vez antes de que discutieran por las fotos del armario.

—Javier, me has regalado los mejores momentos de mi vida y eso es algo que no puedo obviar. —Aneris se sacó del bolsillo un sobre—. Por eso quiero que te quedes esto.

Javier, extrañado, miró el sobre.

—¿Qué es? ¿Una carta de despedida?

Aneris vaciló unos segundos antes de contestar.

—Sí. Eso es lo que es exactamente. No podrías haberlo descrito mejor.

—Sirena, lo que tengas que decirme prefiero que me lo digas ahora... —

Javier se dispuso a abrir el sobre, pero Aneris lo frenó.

—Javier, te ruego y te suplico que no lo abras aún.

—¿Entonces cuándo? No te entiendo.

—Guárdalo en un cajón seguro y espera. Pronto sabrás cuándo hacerlo.

Llegado el momento lo comprenderás.

Aneris empezó a sollozar.

—Va a pasar algo, ¿verdad?

Ella asintió.

—Todo irá bien, Javier. Pronto lo entenderás —contestó ella besándole en los labios. Esbozó una sonrisa y lo miró a los ojos por última vez—. Así que, por favor, respeta mi voluntad y espera a abrirlo. Es algo muy importante para mí.

Javier se encogió de hombros y luego asintió.

—Si eso es lo que deseas..., así lo haré. Aunque sigo sin entender una mierda...

—Siempre te querré, Javier. Nunca lo olvides.

Aneris bajó la vista porque no se sentía capaz de soportar tanta tristeza.

—Debo irme. El taxi no tardará en llegar y me viene a buscar a la puerta del hotel.

—¡Deja al menos que te acompañe! —insistió él.

—¡No me lo pongas más difícil, por favor! —suplicó Aneris huyendo del lugar.

—¡Iré a buscarte, Sirena! ¡En cuanto me recupere iré buscarte! —bramó Javier sintiendo cómo el corazón se le rompía en mil trozos.

Aneris desapareció al cruzar la esquina calle abajo.

XII. El secreto de Aneris

El gran faro viejo, el que había sido su hogar hasta hacía poco más de un mes, se encontraba cubierto de andamios amarillos y mallas cargadas de cascotes hasta su cúspide. Los de la inmobiliaria se habían dado prisa en comenzar las obras de restauración. A través de la gris y polvorienta malla, Aneris pudo apreciar cómo lo estaban pintando de un blanco brillante, acabando así con el halo de misterio que siempre lo había caracterizado.

Aneris miró en todas direcciones, asegurándose de que no había ningún obrero en las inmediaciones del faro. El cielo estaba repleto de nubes oscuras y un gran viento fresco levantaba grandes olas contra las rocas del espigón. Un trueno irrumpió en el horizonte y las primeras gotas de lluvia empezaron a caer.

Con una calma pasmosa, Aneris se acercó a un hueco comprendido entre tres grandes rocas que reposaban al pie de la escalera de madera que conducía al faro. Se despojó de la mochila y de su ropa apresuradamente y notó cómo la lluvia iba intensificándose al sentir las frías gotas estrellándose contra su piel. No le importó en absoluto.

Se introdujo en el agujero con la habilidad de un contorsionista y se quedó sentada entre aquellas paredes de piedra. La pequeña cueva que formaban las rocas era húmeda y salada, y el ruido de las olas rompiendo contra el espigón se filtraba en el interior, produciendo un eco acuoso fantasmagórico.

Aneris cerró los ojos y aspiró con fuerza el olor a salitre que la envolvía. Desde que tenía memoria recordaba haber pasado largas horas allí dentro sumida en sus pensamientos mientras oía comer a los cangrejos que, tímidos, se le acercaban como si no tuvieran nada que temerle. De alguna manera percibían que ella formaba parte del mismo reino marino que ellos.

De repente, como si hubiera despertado de un sueño, se movió con rapidez y empezó a escarbar en una esquina movida por un gran frenesí. Ahuecó las manos en forma de pala para tratar de escavar con la mayor velocidad y eficacia posibles.

A medida que profundizaba en la arena, esta iba humedeciéndose cada vez más, facilitándole la tarea. El agua subterránea empezó a emerger y Aneris supo que estaba llegando al final.

Sus uñas chocaron de golpe con una superficie lisa y resbaladiza.

—Bien. Bien... Aquí estás —dijo, aliviada. Sabía que aquella playa era

poco o nada transitada, y que nadie se vería empujado a meterse en aquel agujero, pero el pensamiento de que hubiera habido un gran temporal y el agua hubiera llegado hasta allí dentro removiendo toda la arena la había tenido aterrorizada. Pero, por primera vez en mucho tiempo, había tenido suerte. Ya se lo había advertido el tablero de Ouija el día en que Javier y ella jugaron. «Está en la cueva», había señalado el máster.

Desenterró un antiguo tarro de cristal de conservas y retiró la arena para poder ver a través de él. El pequeño frasquito (no más grande que el de un pintañas) seguía intacto en el interior. Desenroscó la tapa del bote de conservas y sustrajo el frasquito del interior. Lo batió, viendo cómo su contenido seguía intacto, o al menos eso le parecía, y salió del agujero.

Una lluvia fina se cernía sobre la pequeña playa del faro. Varios relámpagos empezaron a resquebrajar el cielo en largas líneas de luz. Aneris, desnuda y completamente empapada, se acercó a una de las rocas donde había depositado sus pertenencias y sacó de la mochila una pequeña botella de agua que había comprado en el aeropuerto de Málaga.

Con sumo cuidado, abrió el frasquito que había desenterrado en la cueva y vertió todo su contenido en ella. Con la botella en la mano, volvió la vista al mar y se zambulló en él, saltando de cabeza. Cuando sintió el gusto del agua salada en sus labios, estos se estiraron formando una larga sonrisa. A pesar de encontrarse bajo el agua, sintió cómo derramaba lágrimas de felicidad. Definitivamente, aquel era su lugar.

Nadó con esfuerzo y decisión a contracorriente. El viento soplaba hacia la costa, en sentido contrario, y notaba cómo las densas y altas olas la hacían retroceder un o dos metros por cada brazada que daba. Pero debía continuar, tenía que terminar su misión y eso requería llegar a la boya amarilla, que se encontraba a ciento cincuenta metros de la orilla.

A pesar del escozor que le provocaba el agua del mar, Aneris nadó con los ojos abiertos. Amaba vislumbrar cómo el agua iba oscureciéndose bajo ella cada vez más hasta perder de vista la arena y las rocas que componían el fondo. Solo cuando sentía que abandonaba tierra firme y se fusionaba con el mar se sentía en casa. ¡Cuánto lo había extrañado durante su estancia en Mollina!

La boya amarilla apareció entre el oleaje y, exhausta, se abrazó a ella. Descansó unos minutos hasta que sus pulsaciones empezaron a equilibrarse. Entonces fijó su mirada en la botella con los ojos irritados por la sal y una voz del pasado resonó en su mente. Era la voz de una vecina de Peñeiras, Alicia,

una señora conocida por todos.

«Aneris, es preciso que acudas al hospital lo antes posible. Mi marido está en su lecho de muerte y ha insistido en que te diga que quiere verte antes de... de irse. También me ha dicho que vayas tú sola. Desconozco qué es lo que quiere, no ha querido contármelo, pero me ha dicho que es de vital importancia».

Aneris recordó cómo aquella misma tarde, después de que Alicia le dijera aquello en la cola del supermercado, había cogido un autobús en dirección a A Coruña capital, donde se encontraba el hospital donde Andrés perecía, en lugar de ir al Centro Cívico a pintar. Le extrañó que se interesara por verla. Lo conocía de vista. Algunas veces su padre le había hablado de él, ya que trabajaba en el puerto reparando barcos, pero tratándose de los deseos de alguien que estaba a punto de pasar al «otro lado» Aneris aceptó la petición.

Cuando entró en la estéril habitación del hospital se encontró con un cadáver viviente postrado en una cama y entubado por todas partes. Un monitor emitía un pitido intermitente informando sobre las constantes vitales de aquel hombre que había perdido veinte o treinta kilos, además del pelo. Aneris tuvo que mirar un par de veces el número que colgaba de la puerta de la habitación para cerciorarse de que no se había equivocado de paciente, pero no. Estaba en el lugar correcto.

—Me alegro de que hayas venido, Aneris —le había dicho el moribundo con voz ronca cuando la vio entrar en la habitación—. Siéntate, por favor. Tengo algo que contarte y es un poco largo...

Mientras el mar la mecía cada vez con más fuerza, recordó cómo había aceptado la invitación de Andrés sin articular palabra.

—Siéntate, por favor, tengo algo que contarte y es un poco largo...

Ella tomó asiento en silencio, obediente.

—Aneris, mereces saber la verdad, pequeña. No puedo llevarme esto a la tumba y sé que si no te lo digo yo este secreto morirá conmigo. Tal vez eso sea lo más apropiado, pero... —hizo una pausa para carraspear y aclararse la voz—, pero, desde que enfermé, me dio por visitar la parroquia y esas cosas y... sé que tengo que irme de aquí en paz. Tengo que intentar enmendar todo lo malo que dejo atrás y, contándote esto, sé que te hago un favor que te debo. No puedes vivir en una mentira, Aneris. Nadie merece

vivir en una puñetera mentira.

Aneris no tenía ni idea de lo que Andrés le estaba diciendo. «¿Estaba el pobre hombre sumido en un viaje de morfina y delirios?», se preguntó. Sin saber muy bien cómo reaccionar, le dijo:

—Tranquilo Andrés, estoy aquí para que me expliques lo que quieras.

—Quiero hablarte de tu accidente, Aneris. No te estrellaste contra un árbol mientras ibas en bici. Eso no sucedió así. Te mintieron.

Dicho esto, Aneris se llevó una mano a la cicatriz de manera automática y se la acarició.

—¿Qué...? —preguntó con un hilo de voz.

—Todo empezó cuando cumpliste los trece años, Aneris. Cambiaste. Pasaste de ser una niña a... a una mujer. Tu desarrollo fue muy rápido, ocurrió en cuestión de meses, y eso no pasó desapercibido en una población tan pequeña como esta. Empezaste a ser muy deseada por los hombres, ¿no lo recuerdas?

Ella negó rápidamente con la cabeza, aún con la mano sobre la cicatriz.

—Claro, qué tonto soy. ¿Cómo ibas a acordarte con lo de tu amnesia? Lo siento, perdona si te he ofend...

—¿Qué pasó? —exigió saber Aneris de repente. Andrés se sobresaltó levemente y el monitor cambió durante unos segundos el ritmo del pitido. Luego volvió a estabilizarse.

—El día de tu accidente me encontraba bebiendo en una de las tabernas del puerto. Era viernes y estaba agotado después de cinco días de duro trabajo. Así pues, me resultó más relajante irme a la taberna a beber que volver a casa con mi mujer. Nunca le he prestado demasiada atención, es una de las cosas que estoy intentando arreglar ahora también, ahora que sé que «me voy».

»Como te decía, decidí emborracharme tranquilamente hasta que se me nublara el juicio. Me senté en la barra del bar y bebí cerveza y chupitos de whisky. Primero una cosa, luego la otra, en ese mismo orden. Al principio me encontraba solo en la barra, luego, con el paso de las horas, la barra estaba atestada de gente y me vi obligado a relegar mi sitio a otro e irme a una de las mesas. Busqué desesperadamente un lugar en el que poner mi culo mareado y borracho, pero todas las mesas estaban ocupadas al completo. Bueno, casi todas. Vi a Bernard, a tu padre, sentado en una de ellas con dos sillas vacías. Me acerqué a él y le pregunté si le importaba que le acompañase. También estaba borracho, la mesa estaba llena de vasos

vacíos y, a juzgar por el brillo de sus ojos, supe que se los había bebido todos él solito.

—Siéntate, Andrés —contestó tu padre con voz empalagosa.

Me senté y permanecimos un rato en silencio. Le ofrecí un cigarrillo y él aceptó. Entonces, cuando exhaló el humo, empezamos una conversación.

—¿Qué tal el negocio? —me preguntó.

—Se va a la mierda —contesté con amargura.

—¿Y con Alicia?

Me encogí de hombros. Mi mujer, en aquellos momentos, ni me iba ni me venía. Me era indiferente.

—No seas idiota. No sabes lo que tienes... Una mujer que te cuida, que te mimas, que te quiere, mientras tú... —Bernard estaba visiblemente indignado—. ¡Mientras tú pasas de ella como de la mierda! Reza para que no le pase nada y quieras irte detrás.

Tu padre se sentía indignado porque yo tenía a mi mujer y él ya no.

—Deberías ir a algún loquero a que te ayudara a superar la muerte de tu mujer, Bernard. Ya han pasado varios años... No puedes seguir así, debes rehacer tu vida.

Tu padre descargó un puño sobre la mesa con fiereza.

—No pienso reemplazar a mi difunta esposa con la primera mujer que me encuentre, ¿entiendes? ¡Aún sigo enamorado de ella! Mi Dolores... Aún la sueño, aún la siento... —Bernard empezó a sollozar.

Dejé que tu padre llorara todo lo que quisiera mientras yo me mantenía al margen y en silencio, sabía que dijera lo que dijera, todo le iba a resultar inoportuno o fuera de lugar. Cuando volvió el silencio me acerqué a la barra y le pedí al camarero que me sirviera cuatro chupitos de whisky. Los pagué, los llevé a la mesa y le dije a tu padre, alzando un vasito al aire:

—Invito yo, amigo. Todo se arreglará.

—Claro, claro... Brindemos por ello.

Al cabo de dos horas apenas podíamos mantenernos en pie y el ambiente del local estaba demasiado cargado, por lo que decidimos abandonar el lugar, no sin dificultad. Una vez fuera tuvimos que sujetarnos a la barandilla de la pasarela del puerto para no caer al agua. De ser así hubiéramos muerto ahogados.

Íbamos demasiado borrachos, tanto que nos arrepentimos de haber bebido tanto. ¿Y qué se hace en esos casos? Una persona normal se metería en la cama a dormir de inmediato, pero nosotros no éramos normales.

Estábamos enfermos de tristeza, de malos hábitos y muy inestables, así que decidimos consumir cocaína para bajarnos «el pedo».

Yo tenía un poco pero no lo suficiente, apenas medio gramo. Eso no era nada. Bernard dijo que el iría a por más, que conocía a un tipo de confianza que le atendía siempre que llamaba a su puerta, pero me dijo que tenía que ir solo. El tipo vivía en Peñeiras y tenía sus clientes habituales. No quería que se corriera la voz, no en un pueblo tan pequeño.

—¿Y qué coño hago yo mientras? —le pregunté.

Tu padre me dio las llaves del faro

—Ve a mi casa y espérame en el comedor. Ten cuidado de no despertar a mi hija, ¿vale? Llamaré a la puerta cuando llegue.

Acepté. Caminé por la playa dando bandazos hasta que llegué a la pequeña cala del faro. Subí las escaleras de madera torpemente y caminé por el sendero hasta llegar a la puerta. No se veía luz en ninguna de las ventanas, así que entré con todo el cuidado del mundo para no hacer ruido y despertarte.

Una vez en el comedor me metí dos rayas para despejarme. El efecto fue casi inmediato. Dejé atrás el mareo y las náuseas, para dar paso a la euforia tan característica y placentera que da esa mierda. Luego encendí la televisión. Estaban dando una película porno cutre con mujeres muy feas, pero aun así me excité y me masturbé. Cuando terminé, miré cuánto polvo blanco me quedaba. Lo que había en la bolsita era una miseria, así que decidí fumármela sobre un cigarrillo.

En ese mismo instante, en el que la cocaína se quemaba sobre el cigarrillo, bajaste las escaleras de caracol. Ibas descalza y con un camisón muy fino. Cada curva de tu cuerpo se marcaba bajo él. Estabas tan... tan guapa. Parecías una muñeca de porcelana».

En ese mismo momento, Aneris se estremeció en la silla.

—Qué... ¿Y qué me hiciste...? —intuía lo que le iba a decir y, por eso, dejó de tutearle.

—Oh, señor... —Andrés se llevó las manos a la cara y se la cubrió avergonzado. Bajo ellas Aneris vio cómo densas lágrimas le corrían hasta el cuello.

»Preguntaste por tu padre...

—Hola, Aneris. Siento haberte despertado... Tu papá vendrá dentro de un rato —contesté fingiendo estar lo más lúcido posible.

—No pasa nada. Me desperté y vi que había luz bajo la escalera. ¿Está bien mi papá?

Tu cara era un poema. Vi en tus ojos una preocupación indigna para tu edad. Sabías que tu padre no atravesaba un buen momento y te sentías responsable de él.

—Tu padre... Ya sabes que no está en su mejor momento. Dale tiempo. Se le pasará.

—Me quedaré aquí a esperarle —dijiste sentándote junto a mi en el sofá. Apoyaste los pies sobre la mesa de té y suspiraste.

—No creo que sea una buena idea, Aneris. No es bueno que veas a tu padre... perjudicado.

—Estoy acostumbrada a ayudarle a vomitar cuando viene así. Tengo que estar aquí para cuando venga. Yo sé cómo cuidarle.

Yo asentí sorprendido, jamás había visto que una niña de trece años fuese tan responsable y madura. Nos quedamos en silencio unos minutos mientras los anuncios de la teletienda se sucedían uno tras otro.

—¿Qué fumas? Huele muy raro —dijiste al fin.

—Esto es... Bueno..., algo para calmarme los nervios.

—Ya... Droga.

—¡No! No es droga, es algo parecido... La droga te destruye, esto no. — No sabía ni qué decirte.

—Ah...

Volviste la mirada hacia el televisor.

—¿Quieres probarlo? —te pregunté poniéndote el cigarrillo frente al rostro. No sé por qué lo hice, supongo que me pareció divertido ver tu reacción.

Te negaste en rotundo, como era de esperar.

—Yo no fumo. Además, yo no necesito calmarme los nervios, estoy bien. Gracias.

—Insisto, Aneris. Ya eres toda una mujer y debes empezar a hacer cosas de mayores. Además, esto no solo te calma los nervios, esto te hace sentir muy bien. Pruébalo, prometo no decirle nada a tu padre.

Te guiñé un ojo para ganarme tu confianza y cogiste el cigarrillo. Lo miraste, indecisa, y me preguntaste:

—¿Y cómo se hace?

—Tienes que aspirar con fuerza y tragarte el humo. —Aspiré con fuerza para mostrarte como se hacía—. Luego lo expulsas y ya está.

Lo miraste dos segundos antes de darle una profunda bocanada. Inmediatamente empezaste a toser y se te escapó todo el humo.

—¡Qué asco! ¡Sabe muy mal!

—Eso es porque no te has tragado el humo, carallo. Vamos, hazlo más despacio, pero tienes que tragarte el humo como te lo he mostrado antes. Un par de caladas más y ya verás cómo se te pasa.

Hiciste lo propio y, ¿sabes que es lo peor? Que creo que lo hiciste por complacerme y para que te dejara en paz.

Tosiste de nuevo y con fuerza. Yo te di unas palmaditas en la espalda para aplacarte la tos. Te serví inmediatamente un vaso de agua. Lo bebiste a trompicones mientras volvías a la normalidad.

—¿Qué tal? ¿Cómo te sientes? —pregunté mientras veía cómo ibas palideciendo.

—Es- Estoy mareada. Me siento muy rara...

Te dejaste caer sobre mi pecho. Tu frente estaba perlada de sudor.

—No. No me siento bien. Creo que me voy a desmayar...

—Te habrá bajado la tensión. No te preocupes. Cierra los ojos y relájate.

Obedeciste. Te cogiste a mi camisa y te aferraste a ella con fuerza, como si tuvieras miedo de caerte del sofá. Respirabas muy rápido. Cerraste los ojos mientras jadeabas. Estabas sufriendo un «mal viaje».

Te acaricié el pelo para intentar calmarte. Era tan suave y espeso... Lo tenías recién lavado porque aún olía a champú. Me llevé un mechón de pelo a la nariz y aspiré el aroma con fuerza. Olías a gloria.

De repente sentí que dejabas de cogerme de la camisa y te solté. Habías perdido el conocimiento y caíste a plomo sobre el sofá. En aquel mismo momento tendría que haber ido a la cocina a por azúcar y meterte un kilo bajo la lengua, pero en lugar de eso me quedé observándote fascinado. Ni en sueños hubiese imaginado que podría tener a un ángel como tú ante mí.

Acaricié tus piernas desnudas. Eran tan blancas y tan suaves... Parecían de cerámica. Me atreví a subirte el camisón para verte mejor. Tus pechos ya estaban terminando de desarrollarse, eran absolutamente perfectos y simétricos. Y tu vientre... Tan liso, tan terso, aterciopelado... parecía satén. Cuánta frescura había en tu piel... ¡Oh, señor! No pude resistirme.

Te retiré las braguitas hacia a un lado. Aún recuerdo como eran... de color azul con el dibujo de una estrella de mar en el centro. Te penetré y te hice el amor. Aquello no era follar, aquello era puro amor. A un angelito así no se le podían hacer guarradas.

Empezaste a recobrar el conocimiento, supongo que por el dolor. Abriste los ojos poco a poco sin saber que te estaba ocurriendo, pero cuando me viste sobre ti recuperaste la conciencia de inmediato y empezaste a gritar mientras intentabas apartarme de ti. Pero no pudiste, aún estabas débil y yo terminé antes de tiempo.

Aneris tenía los ojos llenos de lágrimas y la cara ardiendo por la ira. No se movió del asiento ni interrumpió al moribundo pervertido. Solo quería que acabara de contarle aquella pesadilla que su memoria había borrado y que aquel sinvergüenza le estaba relatando.

—Me asusté mucho, creí que no ibas a darte cuenta. No podía pensar con claridad, ¿cómo iba a hacerlo en el estado en el que estaba? Tu padre estaba al llegar y tú no dejabas de gritar, así que te golpeé en el pómulo y perdiste el conocimiento de nuevo.

Te vestí y te coloqué en el sofá. Yo daba vueltas, nervioso, en todas direcciones. ¿Qué iba a decirle a tu padre?

En ese mismo momento llamaron a la puerta. Te miré y seguías sin conocimiento y con el pómulo notablemente hinchado y enrojecido.

Abrí la puerta y allí estaba tu padre drogado hasta las cejas. Se había metido medio gramo de cocaína de camino hasta el faro. Eso me lo dijo más tarde.

Bernard intentó entrar pero le cerré el paso.

—Berny, hay algo que tengo que contarte, tío.

Tu padre ni se inmutó. Tenía los ojos más negros que la noche. Me dio un empujón y entró. Al principio no te vio, estaba fuera de sí y fue directo a la mesa de la cocina para hacerse dos rayas más. Las consumimos juntos.

—Tío... Ha pasado algo, Berny —le dije dejándome llevar por el subidón.

—¿Qué pasa...?

—Tu hija. Me la he tirado. Está en el comedor.

Tu padre saltó de la silla y fue en tu busca. Te encontró aún inconsciente sobre el sofá. Se lanzó sobre ti y te sacudió para que volvieras en sí.

—¿Qué le has hecho, hijo de puta? —gritó mientras te zarandeaba.

—Lo siento, Berny... Yo me estaba fumando un chino y bajó. Yo estaba aquí esperándote viendo una peli guarra y se me insinuó.

—¿¿¿Qué???

—Fumamos juntos y... bueno, ya sabes. Lo siento, tío.

Tu padre se lanzó sobre mí y me agarró del cuello.

—No me jodas, cabrón. ¡Conozco a mi hija y sé qué tipo de persona es!

Yo empecé a gimotear. Mi versión de los hechos no era verosímil.

—Gritaba mucho y... la quise hacer callar.

Me zafé de las garras de tu padre, arrancándomelas del cuello y le obligué a mirarte.

—Vamos, Berny. No me digas que nunca lo has pensado. Es preciosa y... al fin y al cabo no es tu hija.

Tu padre se acercó a ti con los ojos desorbitados. Te acarició la mejilla y, mientras maldecía en francés, te besó en los labios.

—Se parece tanto a mi Dolores...

—No se enterará de nada. Le he dado bien fuerte, tardará en despertarse. Y si recuerda algo diremos que fue cosa de la coca...—de alguna manera buscaba que alguien se pringara de mierda hasta al cuello como acababa de hacer yo.

Tu padre se quedó unos minutos en silencio mientras te observaba. Parecía estar manteniendo una lucha interna contra el terrible demonio que acababa de aflorar en su interior. Su instinto más primitivo acababa de dispararse en un punto sin retorno.

—¡Vete a la cocina! —me ordenó—. No quiero que lo veas...

Yo obedecí y esperé en silencio mientras seguía oyendo a tu padre hablar en francés. Parecía estar rezando.

—¡Papá!

Te oí gritar y corrí al comedor. Te habías despertado de nuevo y tu padre te intentaba poner la mano sobre la boca para que dejaras de chillar.

—¡Aneris, cariño! Esto no es lo que parece... —Tu padre lloraba como un neno.

—¡Papá! ¡Papá!

—Lo siento cariño, ¡lo siento! Perdóname, mi vida...

Tu padre se derrumbó y se echó a llorar al suelo mientras se subía los pantalones. Tú saltaste del sofá y corriste hacia la puerta principal para escapar, pero conseguí cogerte de la melena y tiré de ti. Te sujeté por el cuello con el antebrazo y apreté.

—Juro por Dios que si no te estás quieta te dejo sin aire.

Te measte encima. Temblabas como un pajarillo.

—Papá... —dijiste con un hilo de voz.

—Cariño mío. Esto ha sido un malentendido, has fumado algo que no

debías y te has confundido, ¿verdad?

—Papá... ¿Cómo has podido hacerme esto...?

Tu padre se acercó a ti mientras yo seguía sujetándote.

—Aneris, podremos arreglarlo, ¿vale? Debes entender que no soy yo el que ha hecho esto. Ahora mismo no soy yo.

Escupiste sobre el rostro de tu padre.

—Pienso contárselo todo a la Policía —dijiste, amenazante.

Yo miré a tu padre y negué con la cabeza. Bernard me miró y asintió.

—¿Lo dices en serio, hija? ¿Quieres que tu padre vaya a la cárcel?

—¡Un padre no le hace esto a su hija! —gritaste.

—Trae una cuerda —le dije a Berny.

Tu padre accedió con el rostro lleno de lágrimas. No teníamos elección. Teníamos que deshacernos de ti. No podíamos pasar toda la vida entre rejas por un accidente.

Te sentamos en una silla y te atamos a ella de pies y manos.

—¿Vas a matarme, papá?

Tu padre fue incapaz de responderte.

—Hay que limpiarla y vestirla —me dijo decidido.

—¿Qué? —le pregunté.

—Ahora vengo, vigílala.

Bernard fue a tu habitación y trajo unos shorts azules de algodón y una camiseta de manga corta junto con unas bragas.

—¿En qué estás pensando, carallo?

Tu padre no respondió. Se fue directo a la cocina y trajo un paño empapado en agua. Tú te removías en la silla intentando soltarte sin éxito.

—Voy a limpiarte, cariño. Te quiero...

Tu padre te metió la mano entre las piernas y limpió la sangre que habías ido derramado.

—¡No me toques! ¡No vuelvas a tocarme!

—Lo siento, cariño. Nunca podré perdonarme, nunca.

Cuando terminó, te desatamos y te vestimos. Primero la parte de arriba, luego la de abajo.

—¿Para qué cojones la hemos vestido? —yo volvía a retenerte entre mis brazos.

—Ven conmigo...

Te sacamos fuera. Gritabas porque sabías que la vida iba a terminar para ti, pero los tres sabíamos de sobra que nadie nos oiría. No en aquel

lugar.

—Sujétala bien por los brazos. Yo la cogeré por las piernas —dijo tu padre. Yo aún no sabía bien qué iba a pasar a continuación, pero él parecía tenerlo claro.

Pataleaste con fuerza, resistiéndote a que tu padre se hiciera con tus piernas, pero no lo conseguiste.

—Vamos a arrojarla por aquella zona del espigón —indicó tu padre señalando con la cabeza. —Allí hay una gran caída entre las rocas y... Ella se pasa horas inspeccionando todo esto, parecerá un accidente.

Suplicaste poniendo el grito en el cielo.

—¡No, papá! No diré nada, por favor. ¡Papá!

Tu padre me lanzó una mirada dubitativa.

—¿Sabes que miente! ¿Vas a correr el riesgo? ¿Y si se ha quedado embarazada?

Bernard te miró.

—Hija, eres un ángel y, como tal, irás al cielo con tu madre y me perdonarás. Ambas lo haréis.

Tu padre tiró de ti y yo le seguí. Te llevábamos como si fueras un saco de escombros. Cuando llegamos al filo del espigón me asomé al borde. La luz de la luna apenas dejaba entrever el final, tan solo se veía la espuma blanca de las olas al restallar contra las rocas.

—Berny, esto no parece muy alto... ¿Estás seguro de que...?

—Andrés, me conozco este lugar como la palma de mi mano. Hay seis metros de caída y ni te imaginas lo afiladas que están esas rocas. Sé que es una forma horrible de morir, pero no se me ocurre otra manera de fingir un accidente.

—¡Papá, no lo hagas!

—Ahí abajo se crean grandes corrientes. El agua se la tragará y la estampará contra las rocas, si no lo harán las olas. No hay escapatoria.

Tu padre hablaba con la mirada perdida. Parecía haber abandonado su cuerpo. Yo asentí. Se me ocurrían más formas de hacerlo, pero era tu padre el que te conocía y sabía que era lo más conveniente.

Nos miramos el uno al otro antes de contar hasta tres.

—Júrame que esto nunca saldrá de aquí. Si caigo yo caes tú.

—Y viceversa —contesté.

Contamos hasta tres mientras te balanceábamos para coger impulso. Al lanzarte, emitiste un sonido que hasta hoy sigo escuchando por las noches.

No sabría decir exactamente cómo fue, pero sonó a que acababas de aceptar tu destino. Habías dejado de luchar.

No conseguimos oír cómo habías caído al agua, pero tampoco te oímos agonizar. Las olas restallaban con fuerza contra las afiladas rocas, eso era todo.

—Berny, siento mucho...

—¡Vete de aquí! ¡Vete a tu casa ahora mismo!

—De acuerdo. Pero me mantendrás al margen...

—¡Que te vayas!

Me alejé de allí. Tu padre lloraba arrodillado en la cima del espigón. Sentí pena por él, pero no más que por ti.

A la mañana siguiente mi mujer me despertó gritando. No sé cómo había podido dormir después de lo que pasó. Supongo que fueron los excesos.

—¿Qué quieres, Alicia? Estas no son formas de...

—¡Despierta! ¿O es que estás borracho aún? Han encontrado a la hija de tu amigo ese en el espigón del faro, al parecer la encontró su padre a primera hora de la mañana. ¡Qué tragedia! —gritó mi mujer arrancándome de la cama.

—¡Oh, Dios mío! Pobre Bernard, Primero su mujer... Luego su hija...

—¡No! No está muerta, pero está muy grave. No creen que vaya a sobrevivir. Es lo que tiene descuidar a los tuyos, abandonar a tu familia. Si ese amigo tuyo no hubiera estado ayer emborrachándose contigo en la taberna esto no hubiera pasado.

—¿Y cómo sabes que estuve con él en el puerto? —pregunté aterrado.

—Pues porque el marido de la vecina te vio allí con el otro, borrachos como cubas. ¿Qué te pasa? Acabas de ponerte blanco.

—Y... ¿Qué-Qué ha ocurrido? —No entendí cómo era capaz de articular palabra. Sentí que iba a sufrir un infarto.

—Pues al parecer la nena salió como de costumbre a caminar por las rocas del espigón, con la mala suerte de que resbaló y se abrió la cabeza. Está muy mal. Me apena Bernard, pero sigo creyendo que la culpa es suya.

Yo creía que iba a morir de un ataque al corazón. De camino al hospital pensé en suicidarme si sobrevivías. Supongo que a tu padre también se le pasaría por la cabeza, pero eso nunca llegamos a hablarlo.

Cuando llegué, la sala de espera de la UCI estaba atestada de gente de Peñeiras. Desde el párroco hasta el panadero. Te estaban operando de urgencia. Tu padre estaba allí sentado en una de esas incómodas sillas.

Cuando estuvimos el uno ante el otro, nos quedamos en silencio. Nuestro futuro dependía de tu vida.

—Qué... ¿Qué ha ocurrido, Bernard? —opté por preguntarle al fin.

—Mi... Mi niña... —logró decir. Una mujer mayor que estaba sentada a su lado, cuya identidad desconocía, propinó unas palmaditas de consuelo sobre la pierna de tu padre—. Me levanté y... cuando vi que el desayuno no estaba listo me alarmé. Aneris siempre me lo deja listo para cuando me despierto.

Yo asentí fingiendo estar afligido. Tu padre continuó con su discurso de carrerilla sin vacilar ni un instante. Imaginé que había estado toda la noche preparando su coartada para no dejar ni un cabo suelto.

—Fui a su cuarto y, cuando lo encontré vacío, corrí hacia las rocas. ¿Dónde iba a estar sino?

—Cálmate, Bernard —sugerí tragando saliva.

—La encontré al final del pequeño acantilado, junto al espigón... Había caído sobre una roca y no se movía. Estaba tan pálida... Las olas la sobrepasaban una y otra vez, parecían querer arrastrarla hasta lo más profundo del mar. Pero mi niña permanecía allí quietecita, como una estrella de mar pegada a una piedra. Dios Santo, tenía la cabeza destrozada...

Tu padre estaba completamente roto de dolor y, seguramente, de arrepentimiento.

—Y... ¿qué pasó, Berny?

—Pensé que estaba muerta, pero cuando llamé a la Policía y cuando les expliqué la situación, enviaron a la Guardia Costera para sacarla de allí... Me dijeron que aún tenía pulso.

—Es una niña muy fuerte —comentó la mujer de al lado.

Me sentía mareado y agitado. Tenía el pulso disparado y la cabeza como si me la hubieran rellenado con algodón.

—¿Y cu-cuál es el diagnóstico?

En realidad no estaba preparado para oír la respuesta. No podía contemplar la posibilidad de que sobrevivieras.

—Ingresó con una profunda fractura en el cráneo, con dos costillas rotas por la caída y con hipotermia moderada. Gracias a Dios que estamos en verano, de lo contrario no habría tenido ninguna posibilidad de sobrevivir. Al menos eso es lo que me ha dicho Salvador. Menos mal que él está aquí y me va explicando la situación. Los médicos de este lugar me están volviendo

loco con sus silencios y sus palabrejas...

—Sí, gracias a Dios que es verano —aseveré más preocupado de lo que he estado en toda mi vida. —Aun así... La cosa pinta mal, ¿verdad?

Tu padre me miró fijamente leyendo entre líneas.

—Sí. Es muy probable que no supere la operación...

Pero, para sorpresa de todos, sobreviviste a la operación aunque no despertaste. Estuviste un mes y medio en coma, Aneris, y cuando abriste los ojos por primera vez, tu padre me llamó para hacérmelo saber.

—Ha despertado —dijo al otro lado de la línea sin añadir nada más.

—¿¿¿Y??? —pregunté sintiendo como me flaqueaban las piernas.

—No se acuerda de nada, Andrés. No sabe quién es, no me reconoce. Van a seguir haciéndole pruebas, pero el psiquiatra que nos han asignado asegura que sufre amnesia retrógrada. Es muy común en personas que han sufrido un fuerte traumatismo craneoencefálico. Pierden los recuerdos previos al accidente, pero su caso parece más grave. Me ha dicho el doctor que hay casos muy extremos en los que el paciente sufre una pérdida total de la memoria.

Yo me desplomé sobre el sofá. Sentí que me habían quitado una gran losa de encima y, a juzgar por el tono de las palabras de tu padre, supe que a él también le ocurría lo mismo.

—¿Es irreversible? —pregunté esperando una respuesta afirmativa.

—Parece ser que sí, Andrés. El tiempo dirá...

—Bien. ¿Y ahora qué?

Tu padre aguardó en silencio varios segundos al otro lado del teléfono.

—Siento que la vida me acaba de regalar una segunda oportunidad para enmendar mi... mi «tropiezo» y voy a dedicarme en cuerpo y alma a mi nena —. Bernard volvió a hacer una pausa—. No quiero volver a verte, Andrés. Esto se ha acabado.

—Lo entiendo, Bernard. Pero... ¿me informarás si hay algún cambio?

—Puedes estar seguro.

Y colgó. No volví a hablar con tu padre nunca más. No hubo una segunda llamada. Para bien o para mal... No recuperaste la memoria...

—Mientes... —aseguró Aneris cuando Andrés terminó de relatar su terrible historia.

—Ojalá fuera así. Pero no miento, ¿qué ganaría yo contándote una mentira de tal magnitud antes de morir?

Ella permaneció en silencio varios segundos intentando hallar la respuesta.

—Tal vez quieras perjudicar a mi padre por... No sé, por algún problema que hayáis tenido...

Andrés rió sin ganas.

—Podría querer perjudicarlo a él, pero ¿por qué querría hacértelo a ti? —Andrés se quitó la almohada que reposaba tras su cuello y se la tendió a Aneris con manos temblorosas—. Y ahora... aceptaría que fueses tú la que terminara con mi vida. ¡Hazlo, por favor! Solo así se hará justicia...

La mirada de Aneris se ensombreció. Apartó de un manotazo la almohada arrojándola al suelo.

—Voy a otorgarle a mi padre el beneficio de la duda. —Se levantó de la silla y miró a Andrés por última vez—. Y, en cuanto a ti... Sería demasiado fácil ahorrarte el sufrimiento. Sea cierto o no lo que acabas de contarme, mereces que sea la naturaleza la que te castigue como lo está haciendo. Un individuo con una mente tan retorcida como la tuya no merece mi compasión...

Las olas intentaban arrastrarla hacia la orilla, pero Aneris permaneció firmemente aferrada a la boya mientras la tormenta se cernía sobre ella.

Aquella misma tarde, cuando Aneris regresó del hospital y llegó a casa, se encontró a su padre sentado en el sofá viendo la televisión. Pensó en contarle todo lo que Andrés le había confesado, pero no tuvo valor. Algo en su interior le decía que aquel hombre que yacía desparramado en el sofá ante ella había cometido un acto atroz. Demasiados detalles, demasiadas coincidencias, demasiados datos para una mentira, se repetía Aneris una y otra vez, pero al mismo tiempo, aquella realidad se le antojaba tan horrible que acabó dudando de nuevo. No podía precipitarse, tan solo debía observar con detenimiento a su padre aunque le llevara tiempo conocer la verdad. Por eso optó por besarle en la mejilla y dirigirse a la cocina a hacer la cena.

Una semana después Andrés murió por una insuficiencia cardiaca. Aneris conoció la noticia mientras hacía la compra en el supermercado y, en cuanto llegó a casa, no dudó en ponerle la primera trampa a su padre. La ocasión no podía venirle mejor. Se acercó a él mientras pescaba en la cala del faro y le dijo:

—Papá, ha muerto tu amigo ese, el que reparaba barcos. Lo he oído en el supermercado. Las vecinas no hablaban de otra cosa... ¿Lo sabías?

Bernard suspiró profundamente sin apartar la vista del mar.

—Sí. Yo también me he enterado.

—Y... ¿cómo estás?

Bernard se encogió de hombros.

—Bien, supongo. Estaba muy enfermo, ya sabes. Ahora descansa en paz.

Aneris no pudo pegar ojo aquella noche. La frialdad y la indiferencia con la que su padre había tratado la muerte de Andrés le removi6 el est6mago. Pero a6un haba habido algo m6s perturbador en aquella escueta conversaci6n. Su padre no le haba mirado a los ojos en ning6n momento.

Dos semanas m6s tarde se le present6 de nuevo una oportunidad de oro. Ambos se hallaban en el sof6 viendo el telediario cuando, en el apartado de sucesos, una noticia sobre violencia machista anunci6 que un hombre haba asesinado a su mujer porque esta le haba descubierto manteniendo relaciones sexuales no consentidas con su hija.

—¡Qu6 horror! —coment6 Aneris espantada mirando por el rabillo del ojo a su padre—. ¿¡C6mo puede haber gente tan enferma en el mundo!? No puedo creer que un padre pueda hacerle eso a su propia hija...

Aneris pudo contemplar como su padre palidecía en el acto. Se removi6 inquieto en el sof6 y empez6 a abanicarse con la mano el sudor frío que le empezaba a emanar por la frente.

—Papá, ¿te encuentras bien?

Bernard se desabroch6 los botones del jersey como si estos le impidieran respirar.

—Sí, hija. Hay mucho loco suelto por ahí.

Dicho esto, Bernard se incorpor6 r6pidamente y se dirigi6 al baño. Pero no lleg6 a tiempo. Una gran bocanada de v6mito sali6 disparada por su boca empapando todo lo que haba a su paso.

—¡Papá! —exclam6 Aneris alarmada corriendo a su encuentro.

—Es el c6ncer, hija —aclar6 6l limpi6ndose la boca con el dorso de la mano—. Dios mío, lo he puesto todo perdido.

—No te preocupes por eso. T6 ve a la ducha que yo me encargar6 de limpiar esto.

—Gracias, cariño. Eres un 6ngel...

Cuando su padre se disponía a abrir la puerta del baño, Aneris le interrumpi6.

—Papá...

—Dime, hija —respondió Bernard girándose hacia ella, temeroso.

—Deberías ir al médico y empezar con la quimio. No puedes vivir así, morirás...

—Todos lo haremos tarde o temprano, cariño. No quiero terminar mis últimos días en la habitación de un hospital entubado y drogado.

Bernard se encerró en el baño.

—Tranquilo, papá. Eso no ocurrirá.

Mientras Aneris vertía la lejía en el cubo de la fregona, empezó a planear la muerte de su padre. Ya no le cabía la menor duda de que Andrés le había contado la verdad.

Revivir aquel momento le hizo estallar en lágrimas. Se abrazó a la boya como si fuera un oso de peluche buscando consuelo.

Estuvo un tiempo acudiendo a la biblioteca municipal del pueblo vecino para informarse sobre sustancias tóxicas que pudieran resultar letales en un ser humano. Su objetivo era lograr que su padre falleciera de la manera más limpia y rápida posible. A fin de cuentas, ya estaba muerto en vida, solo había que darle el toque de gracia. Podría haberle empujado escaleras abajo o asfixiarlo con la almohada pero, en su intensa búsqueda sobre cómo matar a un ser humano, había descubierto que aquel tipo de muertes podían llegar a ser objeto de investigación y de rigurosas autopsias.

Pero un día sonó la campana. El cianuro de potasio resultó ser lo más conveniente para su plan. Rápido, fulminante y con síntomas que coincidirían con la muerte de su padre si esta hubiera sido natural.

Conseguir el cianuro le resultó más fácil de lo que creyó. En la misma biblioteca, en la zona de los ordenadores, consiguió contactar a través de un foro con un estudiante de la Facultad de Química de la Universidad de Santiago de Compostela. El chico no hizo preguntas que pudieran poner a Aneris en un aprieto, tan solo le advirtió de su alta toxicidad y peligrosidad y del precio que debería pagarle por cada gramo.

Una mañana, después de prepararle el desayuno a su padre, cogió un autobús hacia Santiago de Compostela con todos sus ahorros y se presentó con unas gafas de sol en un pequeño parque cerca de la universidad donde se había citado con el estudiante. Se sentó en un banco y esperó inquieta a que el chico la reconociera por la bufanda roja que llevaba.

—¿Qué llevarás puesto? ¿Cómo podré reconocerte? —le había dicho él en un mensaje privado del foro.

—Una bufanda roja y unas gafas de sol.

—Perfecto.

Su camello tardó en llegar unos quince minutos que a Aneris se le antojaron días. Cuando la vio la saludó manteniendo las distancias y sin establecer contacto físico.

—Aquí tienes lo «tuyo». Te lo he envuelto bien para que no se te rompa por el camino. Debes tener mucho cuidado—. Le había dicho el estudiante ofreciéndole un pequeño paquete envuelto en plástico y cinta americana.

Aneris le sonrió agradecida y le tendió el fajo de billetes que con tanto esfuerzo había conseguido reunir durante cuatro años.

—Está todo —aclaró ella.

El chico sumó los billetes con extrema rapidez y, cuando se cercioró de que la cantidad era la correcta y la acordada entre ambos, se despidió de ella y abandonó del lugar.

La tormenta iba intensificándose cada vez más. La boya se batía entre las fuertes sacudidas del oleaje y el viento cargado de lluvia azotaba el rostro compungido de Aneris.

Con el frasco de cianuro en sus manos, Aneris escribió una carta de despedida a su padre. Quería que aquel ser supiera exactamente por qué se estaba yendo al otro barrio, no merecía que creyera que el culpable era el cáncer.

Preparó la cena, vertió la mitad del cianuro en la jarra del agua y sirvió la comida en el pequeño balcón del faro. Desde allí había unas vistas preciosas del océano. Una bonita postal de muerte.

Su padre se sorprendió con el bonito detalle que había tenido en organizar una cena tan elaborada. Él sabía que algo había cambiado en ella por la frialdad con la que lo había tratado las últimas semanas. No muy lejos se encontraba ya de saber el motivo.

Hasta que su padre no se sirvió una copa de agua no le ofreció la carta. Luego, con la excusa de que había olvidado la cesta del pan en la planta baja, abandonó a su padre mientras leía la carta y el veneno comenzaba a matarlo.

Esperó pacientemente veinte minutos en la cocina mientras comía un trozo de pan recién horneado. Sabía que el cianuro actuaba rápido, pero

trató de ser precavida y de aguardar un rato. No quería presenciar la muerte de su padre. No quería verlo retorcerse de dolor mientras la vida se le escapaba en cada última de sus exhalaciones.

Pasados los veinte minutos, subió las escaleras y se dirigió al balconcito. Bernard, el que había sido su padre hasta hacía escasos minutos, yacía sentado con la mirada clavada en el cielo. Sus labios estaban torcidos y abiertos en una mueca desgarradora de dolor. Una de sus toscas manos reposaba sobre su pecho como si hubiera intentado sacarse el corazón, la otra, estaba firmemente cerrada sobre la carta. Aneris se preguntó si le habría dado tiempo a leerla, esperó que sí.

Se acercó a él con cautela y posó sus dedos índice y corazón sobre el cuello buscando movimiento en la vena carótida pero, afortunadamente, no detectó nada bajo la piel.

—Se acabó, papá —dijo con lágrimas en los ojos.

Corrió al comedor y descolgó el auricular. Marcó el número de teléfono de Salvador, el doctor del pueblo.

—¡Soy Aneris, Salvador! Ya ha ocurrido. Mi padre no tiene pulso, creo que se le ha parado el corazón...

Cuando incineraron el cuerpo de su padre, Aneris pudo respirar al fin tranquila. Todo había terminado.

Guardó el cianuro en un lugar que consideró seguro. No quiso desprenderse de él. Era algo demasiado potente y poderoso que, de una manera u otra, la hacía sentirse segura sintiéndolo bajo su dominio. Lo mismo hizo con la nota. Desde que se la arrancó a su padre de los dedos, se había convertido en un talismán. Aquellas palabras le recordaban de lo que había sido capaz, de lo valiente que había sido, de que nadie podría con ella. Pero no fue así...

Aneris destapó la botella con cuidado y dejó que el tapón se perdiera en el mar.

¿Cómo iba ella a pensar el día que tomó el tren hacia Málaga que el mundo la trataría aún peor? El asesinato de su tía María, encontrarse con que su verdadero padre estaba vivo y había maltratado a su madre, el terror que sufrió bajo el injusto trato de Alba, la terrible historia de Estrella y Agnes, la traición de Javier... Se sentía tan sola en el mundo... Ya no le quedaba nada por lo que luchar, no sentía el impulso de seguir adelante. Solo con su muerte podría arreglar un poco las cosas.

Ahora estaba donde debía estar. En el océano, en su verdadero hogar. El único lugar que siempre la recibía con los brazos abiertos para mostrarle que la vida era mágica y hermosa si se unía a él.

Miró la botella por última vez.

—El sueño se terminó... —musitó.

Decidida. Bebió todo su contenido.

—Ya voy, mamá.

Soltó la boya y se dejó llevar por el oleaje. Antes de morir, pensó en el mural de la sirena que su madre había pintado en aquella vieja y derruida casa, en su bello rostro invitándola a caminar por el sendero de luz que la llevaría a la paz eterna. Pero el rostro de Javier irrumpió en su mente de repente. La imagen correspondía al primer día en que se conocieron, cuando ella esperaba fuera del aula para preguntarle al profesor Hidalgo por las clases de pintura. Javier la había visto y la había saludado visiblemente sorprendido por su presencia.

—¡Hola! —le había dicho él con una sonrisa.

Un intenso quemazón empezó a roerle el esófago y empezó a toser. Tragó grandes bocanadas de agua salada, luego comenzaron a penetrarle en los pulmones.

—Hola... Ja-Javier... —consiguió decir.

Aquellas fueron las últimas palabras de Aneris antes de que su corazón dejara de latir para siempre.

Epílogo

Dos días después de que un obrero de los que trabajaban en la restauración del faro encontrara el cadáver de Aneris en la orilla y de que su cuerpo fuese rápidamente identificado, un hombre se presentó a primera hora de la mañana en casa de Lourdes y Jenaro.

—¿Sí? —preguntó Lourdes con Diego en brazos y Jasmina revoloteando a su alrededor. El hombre iba trajeado y tenía unos modales muy elegantes y refinados que de alguna manera alertaron a Lourdes—. ¿Ha ocurrido algo? —preguntó finalmente alarmada.

—Buenos días, señora. ¿Es usted Lourdes Salazar Padilla?

Lourdes asintió recelosa.

—Vengo del banco. ¿Conocía usted a la señorita Aneris Lévesque?

—Claro. La conocí un poco antes de que... Bueno, ya sabe, antes de que saliera a la luz todo este asunto de Agnes, su hija y la chiquilla que estaba desaparecida, Alba.

El hombre asintió.

—Bien. Lamento decirle que la señorita Lévesque ha fallecido.

—¿Qué? ¿Oh, Dios mío! ¡Pobrecilla! ¿Cómo ha sido? ¿Cuándo ha ocurrido?

—Desconozco los detalles de su muerte, señora. Pero ayer se nos comunicó la noticia en la sucursal.

Lourdes derramó densas lágrimas.

—¡Qué horror, señor! Era tan joven... —se lamentó.

—La acompañó en el sentimiento, señora. La cuestión es que la señorita Lévesque acudió al banco días antes de que se marchara de Molina y pidió encarecidamente de que se le notificara en persona que abrió una cuenta a su nombre con una gran suma de dinero del que solo podrá disponer usted y sus dos hijos.

Lourdes abrió los ojos llena de asombro.

—¿Para mí? No, no puede ser. Debe tratarse de un error.

El hombre negó con la cabeza.

—También se nos pidió que le adjuntáramos esta carta escrita por ella en el momento en el que usted fuera conocedora de la noticia —dijo sacando de una carpeta dos sobres.

Se los entregó a Lourdes y ella los cogió perpleja.

—No lo entiendo...

—En uno de ellos vienen escritos todos los detalles y condiciones de la cuenta. En el otro está la carta en la que la señorita se dirige directamente a usted.

Lourdes asintió.

—Y ahora, si me disculpa, debo marcharme. Enhorabuena, señora. Disfrute de la donación. Buenos días.

Lourdes entró en casa y leyó en voz alta la carta de Aneris ante la atenta mirada de sus hijos.

Estimada Lourdes:

Siento que vuelvas a tener noticias mías de esta forma, pero no se me ocurre otra manera de hacer feliz a alguien con mi muerte.

Te he dejado a ti, a Jasmina y a Diego todo mi dinero. Espero que sesenta y tres millones de pesetas sean suficientes para ayudarlos.

Desconozco si Jenaro llegó a decirte que yo era su hija biológica, pero por si no tuvo el detalle de decírtelo, aquí te lo aclaro de antemano.

Mi madre sufrió malos tratos por parte de tu marido y lo abandonó cansada de vivir en un infierno. Se fue conmigo, aún siendo un bebé, con una mano delante y una detrás. Así que creo conveniente donarte todo lo que tengo para facilitarte las cosas a ti y a mis hermanos.

Huye, Lourdes. Huye como lo hizo mi madre y permítete vivir la vida que mereces, a ti, a Jasmina y a Diego.

No lo pienses dos veces y sal por la puerta con lo puesto.

Te deseo toda la suerte del mundo.

Atentamente, Aneris.

—¿Qué significa eso, mami? —preguntó Jasmina, enjugándole las lágrimas a su madre.

—Que nos vamos de viaje, cariño.

Javier conoció la noticia a través de su padre. Se lo había dicho un cliente del taller y corrió a casa a contárselo a su hijo antes de que los medios comunicaran que «la chica que había liberado a la hija de Agnes, la asesina de Alba» había fallecido.

Cuando Javier supo que su Sirena había abandonado este mundo, supo que era «el momento» que con tanta ansiedad había estado esperando.

Corrió a su mesita de noche y abrió el pequeño y único cajón que tenía. Sacó el sobre y lo abrió.

Papá:

Si estás leyendo esto es porque he conseguido que te tomes una dosis letal de cianuro potásico. Así que intentaré ser breve para que te dé tiempo a leer estas palabras antes de que mueras.

Andrés me contó en su lecho de muerte lo que me hicisteis aquella noche en la que me robasteis la inocencia y la memoria, tirándome a las rocas como si fuera una bolsa de basura.

¿Cómo pudiste hacerme algo así, papá? Abusaste de mí y luego quisiste terminar con mi vida para tapar tu aberrante error.

Desde que tengo memoria te he oído alardear de lo mucho que me querías aun siendo tu hija adoptiva.

Yo también he cuidado de ti y te he querido como a un padre, pero ¿qué digo? Para mí siempre lo has sido y así me lo has pagado... Nunca llegaré a entender qué clase de sentimientos puede albergar ese corazón tuyo que en breve dejará de latir.

Cuando esto acabe lo venderé todo e iré a Molina para conocer el pasado de mamá. Tal vez allí, en el lugar donde nací, encuentre a alguien que nos conoció a mamá y a mí. Incluso puede que tenga a algún familiar lejano que me recuerde y me dé el amor y el respeto que merezco. Nada me haría más feliz, aunque no más de lo que soy ahora mismo sabiendo que he hecho justicia quitándote la vida.

Llegado a este punto, tal vez ya estés sufriendo convulsiones. No intentes nada. Lo que te está ocurriendo es irreversible.

Felices sueños, papá. Descansa y duerme para toda la eternidad.

Con cariño, tu hija.

—¡Dios mío, Sirena! Ahora lo entiendo todo... —aulló Javier, sintiendo como algo en lo más profundo de su corazón se rompía para siempre.

Cogió la carta y se dirigió a la cocina. Allí, bajo la preocupada mirada de Julián, la quemó bajo la pica.

Abrió el grifo y el agua arrastró todos los pedazos cenicientos que aún quedaban del papel. Y, entonces y solo entonces, se permitió derrumbarse sobre su padre para llorar la muerte de su amada.

—Papá, papá... —bramó Javier roto por el dolor.

—Lo sé, hijo. Lo sé... —contestó Julián abrazándolo e intentado reprimir las lágrimas—. Ya descansa en el cielo... con mamá.

BIOGRAFÍA



Laura García, nacida en Barcelona pero de descendencia malagueña, se vio irremediabilmente atraída por el misterio y el género de terror, tanto en la literatura como en el cine, desde bien pequeña. Fiel seguidora de Stephen King, siempre andaba con su libreta ideando historias y personajes que escaparan fuera de lo común y lo ordinario hasta que se decidió por escribir esta, su primera novela: *El secreto de la sirena*.

Con esta primera novela, pretende llegarnos al corazón escarbando en los pasados intrincados de las protagonistas e inquietarnos con situaciones que nos alejan de la realidad introduciéndonos en un mundo misterioso, mágico y desconcertante.

AGRADECIMIENTOS:

Gracias a mis padres, Simón y Pili, por haber confiado en mi historia y por haberme criado en un ambiente colmado de amor, respeto e igualdad. Sois un ejemplo a seguir como pareja y como padres.

A mis tías Tere, Salud y Carmen por haber leído esta historia a medida que la iba escribiendo. He disfrutado mucho con vuestros halagos e impresiones. Ha sido un placer oír cómo me pedíais más y más cada vez que terminaba un capítulo.

A mi marido Alberto, por haber tenido una paciencia infinita al escucharme parlotear durante horas sobre lo que estaba haciendo bien o mal. Tienes razón. Tengo que hacerte más caso. Gracias...

A mi familia de Mollina y al pueblo. Estoy muy orgullosa de que la mitad de mi ser provenga de allí.

A Kiko Gómez Ruiz (mi osteópata) y al Dr. Aníbal Martínez (Traumatólogo del hospital Sant Joan de Déu), por vuestro asesoramiento en las partes médicas.

También a Aitor, él ya sabe porqué.

Y por último, a todos los que habéis llegado hasta aquí. Gracias por haber querido conocer mi historia. Gracias...

